

Roger L. Simon

**EL PATO
DE PEKIN**

de



Lectulandia

Le presentamos al detective judío Moses Wine. Un personaje verosímil, nada épico, que se casó, tuvo hijos, se divorció, se psicoanalizó y que viajó a China “para comprar unos dólares de revolución”.

Lectulandia

Roger L. Simon

El pato de Pekín

Moses Wine - 03

ePub r1.0

Titivillus 14.04.2018

Título original: *Peking Duck*

Roger L. Simon, 1979

Traducción: Gloria Pous

Diseño de cubierta: Sergio Camporeale

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRESENTACIÓN

Señoras y señores. Tengo el honor y el privilegio de presentarles al detective judío Moses Wine.

Moses Wine fue creado por Roger L. Simon en 1973 en la novela The Big Fix (conocida en España con el título de La gran maquinación), y el actor Richard Dreyfuss lo encarnó en la película Un investigador insólito, de Jeremy Paul Kagan.

No es el típico tópico detective que va «por calles canallescas (según dice Roger Simon que dice Chandler) sin ser un canalla, sin ser temerario ni tampoco miedoso». No es «el mejor hombre de su mundo y lo bastante bueno para cualquier mundo», ni tampoco «es el héroe», ni mucho menos «lo es todo». Moses Wine se define a sí mismo como «un mirón izquierdista y un consumista americano». A través de él, su autor Roger Simon nos ofrece la imagen del norteamericano que fue hippy cuando tocaba ser hippy, más fumador de porros que bebedor de whisky, que participó en el movimiento estudiantil de Berkeley, que se manifestó contra la guerra de Vietnam, que (según palabras de la inefable tía Sonya) «hace diez años fue a la cárcel por no delatar el paradero de un cura que se oponía a la guerra; hace siete estaba en el norte defendiendo a los indios en contra de los propietarios de tierras; el año pasado peleaba por los derechos de los inmigrantes ilegales en la frontera de Texas» y que hoy ha sido alcanzado por ese tipo de menopausia a la que se llama eufemísticamente «desencanto». Un personaje, pues, perfectamente verosímil, nada épico, que se casó, que tuvo hijos, que se divorció, que se psicoanalizó y que una vez viajó a China «para comprar unos dólares de revolución», según sus propias palabras.

El presente libro recoge, precisamente, su aventura china.

Yo me reí mucho cuando lo leí. Con una habilidad envidiable, Roger Simon no sólo consigue que nos creamos el personaje del detective privado, sino también un viaje insólito y lleno de aventuras divertidísimas. Como en Woody Allen, la comicidad deriva de la cotidianeidad, y en el reflejo de esta cotidianeidad hay una profunda humanidad. Para Simon, como para Allen, la comicidad no es una simple frivolidad con fines comerciales, sino una ligera pero inquebrantable coraza para acercarse a la realidad tanto externa como interna del propio autor.

Deduzcan dé todo esto que no van a encontrar en las páginas siguientes el consabido cliché de la gabardina de cuello alzado, del callejón solitario y de la mujer fatal. La actriz Ruby Crystal que conocerán no será una Doris Day tontuela con pantalones ajustados y dorados (que parece inevitable en toda novela de detective en Los Ángeles), sino una Jane Fonda o una Shirley McLaine, que «arriesga su carrera en Hollywood y millones de dólares por sus principios».

A pesar de lo cual, les garantizo un enigma policíaco impecable, como Hammett manda. No se dejen engañar por las apariencias: el caso de El pato de Pekín

comienza mucho antes de lo que ustedes creen.

ANDREU MARTÍN

Para Richard Hunter

Los hombres combaten y pierden la batalla, pero aquello por lo que lucharon llega, a pesar de su derrota. Y cuando llega, resulta que no era lo que se proponían. Entonces, otros hombres deben luchar por ello, pero dándole otro nombre.

WILLIAM MORRIS

DELEGADOS, ESTUDIO AMISTOSO NÚMERO CINCO

Ruby Crystal, 32 años, actriz de cine, Malibú, California
Max Freed, 31, editor, San Francisco, California
Staughton Grey, 66, líder de un movimiento, Walnut Creek, California
Reed Hadley, 65, bienes raíces e inversiones, Palm Desert, California
Nancy Lemon, 39, asistente social, Newport Beach, California
Natalie Levine, 52, política, Oakland, California
Li Yuying, 49, profesor universitario, Logan, Utah
Sonya Lieberman, 64, «Persona Responsable», Los Ángeles, California
Fred LisLe, 46, profesor universitario, Redlands, California
Mike Sánchez, 44, trabajador hostelería, Portland, Oregón
Nicholas Spitzler, 43, abogado de ideas radicales, Los Ángeles, California
Ana Tzu, 38, ama de casa, Downey, California
Harvey Walsh, 34, terapeuta del Instituto Gestalt, Santa Bárbara, California
Moses Wine, 33, detective, Los Ángeles, California

SUS GUIAS:

Yen Shih, 42, varón
Liu Jo Yun, 29, mujer
Hu Jung Chen, 26, varón

Recibí la invitación el mismo día en que había comprado el Porsche. Un modelo del 73, cuidado, pero un Porsche al fin y al cabo: plateado, con aire acondicionado, radio-casete estéreo con FM; un 911 T.

Me colgué el mensáfono, deslicé un 38 en la sobaquera y me estuve paseando toda la mañana por Hollywood Hills creyéndome James Bond.

Asqueroso.

Por la tarde recogí a los niños en casa de Suzanne y les llevé a dar una vuelta.

—Bueno, no se lo digáis a tía Sonya —les advertí mientras saltaban al interior del coche—. Me daría la lata hasta el día del juicio final.

Estallaron en risas y nos pusimos en marcha, tomando una de las vías de acceso a lo largo de Los Ángeles River.

—¡Es fantástico! —exclamó Jacob cuando puse la quinta.

—¡Tremendo! —gritó Simon—. ¡Más de prisa!

Pasamos de sesenta a noventa y cinco millas sin que se apreciara la velocidad, y temía descontrolarme.

—¿Cuánto te ha costado? —preguntó Jacob.

—¿Qué?

—¿Cuánto te ha costado?

—No es asunto tuyo.

—Anda, papá, a mí puedes decírmelo.

—¿Qué más da? Además, como acabo de decir, no es asunto tuyo.

—Más de cien dólares —se entrometió Simon.

—Eso es —contesté con ganas de dejar el tema. Divisé por el retrovisor un coche patrulla de autopistas y aminoré la marcha de inmediato.

—Apuesto a que te ha costado más de diez mil —dijo Jacob:

—No. Es de segunda mano.

—¿Nueve mil?

—Ocho.

¡Vaya! Lo había dicho.

—¡Oh! —Pareció decepcionado. Se produjo un momento de silencio al enfilar Fountain hacia mi casa. A continuación dijo—: Cuando sea joven me parece que querré un MGB.

—Estupendo —repliqué y pregunté a Simon—. ¿Tú qué quieres?

—Un Corvette.

—Jesús, cuando yo era...

Me callé. No era cierto. Después de todo, me había comprado el Porsche. En realidad, había considerado el coche como una compensación por el caso Leonard. Se trataba de algo que normalmente no suelo permitirme en circunstancias habituales:

hacer gala de dignidad profesional. Repartirse los honorarios con un abogado es ilegal para un detective, para empezar; e ir a interrogar testigos de una colisión de tres vehículos no es lo que yo llamo una diversión de primera clase. Pero pagó bien, realmente bien. Al Rothstein me había dado el quince por ciento de su minuta una vez finalizada la operación, y sus minutas son legendarias en todos los bares que suelen frecuentar los abogados desde Nob Hill hasta Century City. Así que después de una serie de razonamientos comunes a la mayoría de los varones americanos de clase media camino de la mediana edad, me dije que si iba a comer de la fruta prohibida me llevaría como mínimo un buen mordisco. De ahí el Porsche.

Estaba meditando sobre esto por enésima vez mientras los niños miraban el Betamax^[1], cuando sonó la llamada de tía Sonya.

—Así que tienes un coche nuevo...

Directamente al grano, con la franqueza que proporcionan sesenta y cuatro años de odio por las trivialidades. «¿Quién te lo ha dicho...?», iba a preguntarle, pero un vistazo a la sonrisa de Jacob me hizo pensar que no valía la pena.

—Eres repugnante —prosiguió ella.

—Tienes razón. Repugnante.

—¡Fascista!

—Completamente. Fascista.

—Ahora seguro que no vas.

—¿No voy?

—No, no irás.

—¿Adónde?

—¿Adónde? ¿Qué me preguntas?

—Te estoy preguntando de qué me hablas.

—No tiene importancia. De todas formas no vas a ir.

—¿Cómo diablos lo sabes?

—¡Te has comprado un Porsche!

—¡Maldita sea! ¿Y qué?

—¿Quién sabe de alguien que tenga un Porsche que haya visitado China?

—¿China?

—Eso es, *shmendrik*. La República Popular de China. ¿Te acuerdas de ella? ¿O quemaste tu carné del SDS^[2] cuando te dieron el permiso de circulación?

—Estamos en agosto de 1977, Sonya. Hace once años que no pertenezco al SDS.

—Es lo que pensaba. —Murmuró de forma incoherente al auricular—. Bien, ¿vas a ir... o te has pateado todos los ahorros en el Gestapomóvil?

—¿Lo dices en serio?

—Claro que lo digo en serio. Amistad EE.UU.-China. Viaje Amistoso de Estudios Número Cinco.

Viaje Amistoso de Estudios Número Cinco. Me dejé caer en el sofá para asimilarlo. Durante los últimos años Sonya había sido miembro de la junta de una

organización llamada Sociedad de Amistad con China, la cual se ocupaba de organizar viajes programados a China para los afortunados elegidos por un misterioso comité de viajes. Ella misma había figurado en los primeros viajes. Esto me dio una idea. Cumplimenté varios cuestionarios, incluyendo las fotografías de pasaporte que se solicitaban y pagué las cuotas anuales, pero nunca había ocurrido nada.

—¿Tiene esto algo que ver con mi solicitud de hace cuatro años, por casualidad?

—¿Qué solicitud?

—No importa.

—No sé a qué esperas. ¿Piensas ir o no?

—Voy..., voy... Yo... es...

Miré a Simon y Jacob. Habían introducido en el vídeo el casete de *Fantasía* y estaban viendo la secuencia de los dinosaurios, *La consagración de la primavera*, que resonaba unos decibelios más alto de lo necesario.

—¿Cuándo sale?

—El jueves.

—¿Dentro de tres días?

—¿Cuál es el problema? ¿Algún cliente rico tiene una habitación de motel que tú debes...?

—¡Sonya!

—Moses, si supieras por lo que he tenido que pasar para incluirte en este viaje... ¡Un detective privado! ¿Crees que saben lo que es un detective privado allí? ¿O cualquier cosa privada? Cuando quieren justicia, la gente decide. Ellos...

—Lo sé, lo sé.

Comprendí que ir a China con tía Sonya tenía sus inconvenientes. Era como visitar el Vaticano con santa Bernadette.

Durante unos momentos me mostré evasivo. Por supuesto que cualquier retraso era sólo un juego. No había nada que deseara más en aquel preciso instante de mi vida que escapar. Cuanto más lejos, mejor. Alfa del Centauro hubiera sido perfecta, pero China no estaba mal. Y el jueves también me iba bien. Cinco minutos después no hubiera sido demasiado precipitado para mí.

El Porsche era una compensación por algo más de lo que quería reconocer. La verdad es que estaba harto. Si otro cobista en un cóctel me preguntaba a qué me dedicaba y después de decírselo contestaba «¡Me está tomando el pelo!», le hubiera dejado tendido en el suelo. Si otra anfitriona decía «Venid, acercaos. Quiero que conozcáis a Moses Wine. Es un detective privado de verdad. ¡Se gana la vida con ello!», hubiera prendido fuego a su casa y disparado el extintor contra sus invitados.

Era como si la vida se hubiera convertido en el precepto ochenta y tres de «¿Qué es mi especialidad?». Los síntomas clásicos de que la incipiente mediana edad se acercaba sigilosamente. Me sentía aburrido y alienado. Tenía fantasías: algunas veces se trataba de abrir una librería en Berkeley, otras formaba parte de la clase obrera en la asamblea de dirigentes. Incluso pensaba regresar a la facultad y terminar Derecho.

No sabía lo que quería. Lo que quería era saberlo.

—Moses, ¿sigues ahí?

—Sí.

—Espero tu respuesta.

—¿Crees que estoy loco? Claro que voy a ir.

—Bueno, al menos queda alguna esperanza para ti.

—Sonya, eres un regalo del cielo.

—Por favor, sin mitologías.

—Por supuesto. —Había empezado a brincar por la habitación dando gracias de que ella no pudiera ver mi entusiasmo a través del teléfono—. ¿Cómo lo has hecho? ¿Cómo has conseguido meterme en un vuelo a China con sólo tres días de aviso?

De repente, se produjo un arrebato de tos en el otro lado de la línea.

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

—¡Ssss...! —exclamó Jacob. Les interrumpía la película.

—¿Sonya?

La tos se calmó tan repentinamente como había comenzado.

—Te he hecho una pregunta.

—¿Cuál?

—¿Cómo has conseguido incluirme en el viaje?

—Uno de los delegados del distrito de la Bahía se ha dado de baja en el último momento. Muerte de un familiar... Además, ha sido fácil. Esta vez soy Persona Responsable.

—¿Persona Responsable?

—Tu jefe de viaje, *shmendrik*. Yo también voy.

—¿Qué me traerás?

La inquisición había continuado durante la mayor parte del día, primero Jacob y después Simon, reprochando, preguntando, pidiendo. ¿Cómo me atrevía yo, su padre, a desaparecer sin ellos durante tres semanas cruzando el globo, a desvanecerme en una cultura extranjera, ver la Gran Muralla, olisquear flores de loto, comer cocina china?

No tenía respuestas. Me limité a balbucear algo sobre una oportunidad única en la vida, que seguramente les llegaría a ellos también algún día (seguro que sí: es probable que incluso puedan ir a la Luna, a Marte, ¿quién sabe?) y continué organizando mi partida inminente, pasando unos casos a un amigo de una agencia y asegurándome de que mi nuevo coche quedara a buen resguardo en el taller del mecánico en Hollywood.

Pero los niños no se ablandaron. Las preguntas eran cada vez más concretas. Simon quiso saber si en caso de que hubiera espadas en China, le traería una. Jacob estaba preocupado, ya que no tendrían nada que vender, pues se trataba de un país comunista y todos tenían lo mismo, ¿verdad? Intenté explicarles que contaban con tiendas especiales para turistas, y según tenía entendido ofrecían maravillosos bordados del siglo XVII para que los visitantes ricos pudieran verlos y comprarlos. A Jacob no le pareció justo y traté de defenderlo, pero todo el asunto me parecía absurdo.

Casi fue un alivio ir a recoger a Sonya por la noche al Centro de Personas de la Tercera Edad de Fairfax.

—Así que éste es el Messerschmitt —dijo, al tiempo que depositaba una bandeja de pastel *tamal*^[3] en mis manos—. ¿Cuándo bombardeamos Varsovia?

—¡Ya está bien, Sonya! Se trata sólo de una máquina.

—¡Mucha máquina!

Se apoyó en el techo con sus dedos delgados y montó como si penetrara entre hiedras venenosas.

—Bien, ¿dónde es la fiesta? —pregunté cuando me senté a su lado.

—Malibú. La Colonia.

—¿La Colonia del cine?

—¿Tiene algo de malo?

—Las estrellas cinematográficas no son precisamente proletariado.

—Se trata de Ruby Crystal. Viene con nosotros y le pedí que diera una fiesta para que todos pudiéramos conocernos.

—¿Quién más viaja con nosotros? —pregunté con súbito interés.

—Primero pon esto en marcha —dijo señalando el coche—. Quiero ver cómo vuela la Luftwaffe.

Dirigí una mirada a Sonya y salí disparado de Fairfax camino de la autopista.

—No será uno de esos viajes *chics*, ¿verdad?

—*Chic*... y no tan *chic*.

—¿Cómo debo interpretar eso?

—Lo que he dicho... Claro que para los chinos no supondría ninguna diferencia.

—Por supuesto.

—Sin embargo, están haciendo un esfuerzo especial para proporcionar a este grupo una de las visiones más profundas de su sociedad.

Miré a Sonya cuando subía la rampa de la autopista.

—¿Según quién?

—Mi corresponsal.

—¿Tu corresponsal?

Ella asintió sin darle importancia, pero yo sabía exactamente lo que quería decir. Sonya me había recordado en numerosas ocasiones que era una de las pocas extranjeras que aún mantenía contactos con la guía de su primer viaje a China. Era lo más cerca que podría llegar de la jactancia.

—Vamos ya, Sonya. Habla. ¿Quién más viaja?

—Ya lo verás.

Apreté la mandíbula y seguí avanzando por la autopista. Era obvio que ella disfrutaba del pequeño suspense que podía crear. Horas antes, Suzanne se había comportado igual. Yo había ido aplazando el ponerla al corriente, pues aquel mes me tocaba ocuparme de los chicos mientras ella se preparaba para el examen final en la Facultad de Derecho.

—Supongamos que suspendo —me dijo.

—No suspenderás. Pagaré a una niñera. Además, obtuviste la máxima nota en el primer semestre.

—¿No te parece que tengo derecho a obtener también la máxima en el segundo?

—Siempre tendrás la nota máxima por mi parte.

—¡Oh, vete al cuerno!

—El viaje es importante para mí, Suzanne. Tengo treinta y tres años. Ha llegado el momento de saber qué debo hacer con mi vida.

—China está bastante lejos. Tal vez podrías probar un fin de semana en Palm Springs.

—Tú siempre decías que estaba malgastando mi vida.

—Simplemente decía que alguien capaz de escribir una crítica de la *Utopía* de Moro, como hiciste en Berkeley, no debería pasarse la vida investigando casos de esposas adúlteras.

—¡No es eso lo único que hago!

—Oh, claro; un par de heroicidades para que tu foto aparezca en *Rolling Stone*. Estás loco por la publicidad. Y no hablemos de tu imagen de Bogart de pacotilla con la pipa de hachís. Te encanta.

Y así continuó hasta desaparecer en el cuarto de baño para acicalarse, ya que tenía una cita con su profesor de Teoría Fiscal.

No llegó a decirme que podía ir, aunque tampoco se manifestó en sentido contrario. Salí de su casa con la magnífica sensación de asunto no resuelto, que hace del divorcio algo tan especial.

—¿Eso es la Colonia Malibú? —preguntó Sonya cuando giramos a la izquierda y salimos a la carretera de la costa, pasando delante de una planta de gas y un tenderete de tacos, hasta un muro impersonal de estuco.

No podía decirse que fuera un gran paisaje. La mayoría de casas tampoco parecían muy atractivas: simples construcciones de madera de baja calidad, imitación de las de Cape Codders o del estilo moderno de los años cincuenta, metidas con calzador en unos cien metros de playa cuyo valor era de seiscientos veinticinco mil dólares.

Dimos nuestros nombres al portero y seguimos hasta la casa de Ruby, la número 37, una estructura en forma de A cerca del final de la Colonia. Por insistencia de Sonya éramos los primeros, y Ruby nos aguardaba en la puerta. Vestía una blusa de encaje antiguo y vaqueros, no llevaba maquillaje y parecía más joven que en las películas. Oí la voz de Linda Ronstadt cantar *El amor es una rosa*, procedente de la sala a sus espaldas. Considerando dónde me encontraba, me pregunté si sería en vivo o grabada. Probablemente, Memorex.

—Ruby, éste es Moses Wine. Se ha añadido a última hora a nuestro viaje.

Sonreí.

—Póngase cómodo —dijo—; estoy terminando el *tabouli*^[4].

Sonya la siguió a la cocina con el *tamal*, mientras yo deambulaba por la casa. No era ostentosa, pero sí se había gastado mucho dinero en el mobiliario, estilo Centro de Diseño, con estanterías de pino natural que 5colección de antigüedades. Las paredes estaban decoradas con litografías originales de Liechtenstein y Johns, y unos cuantos pósters políticos, incluyendo algunos que yo nunca había visto de Tanzania y Chile. Un *gouache*, de colores vivos con campesinos chinos sobre un fondo de campos de algodón titulado *Crítica de Lin Piao y Confucio. Fomento de la producción*, pendía sobre la repisa de la chimenea. Ruby tal vez se había incorporado más tardíamente a la política que Fonda o MacLaine, pero se esforzaba mucho por alcanzarlas.

Su ama de llaves sudamericana me ofrecía sangría cuando los demás empezaron a llegar. Me acerqué a la ventana para observar los coches que aparcaban. El primero era un viejo Peugeot 304 que parecía bien cuidado, recién pintado y con una pegatina del *parking* universitario en la ventanilla posterior. Se apeó un hombre alto, sobre la cuarentena, barba entrecana y con un jersey de lana gruesa, al tiempo que un Seville púrpura aparcaba detrás.

Se apeó también una mujer delgada de mentón hundido. Vestía una chaqueta de piel y pañuelo de Cacharel, y siguió al hombre barbudo al interior de la casa. Iba a retirarme de la ventana cuando apareció otro vehículo: un abollado Volkswagen del

modelo clásico de los sesenta, con matrícula de Oregon y el parachoques cubierto por el eslogan NO OS DOBLEGUÉIS A LOS PATRONOS. ¡APOYAD LA HUELGA DE LOS TRABAJADORES DE HOSTELERÍA DE PORTLAND DEL SUR! Observé que se abría la portezuela y salía un chicano de unos cuarenta años, con una bolsa marrón de comestibles. Se detuvo frente a la casa con una sonrisa satisfecha y después entró.

Me encontraba aún mirando por la ventana cuando el hombre de la barba se me acercó y extendió su mano.

—Fred Lisie —se presentó—. Estudios Asiáticos de la Luterana de California. Especialista en las revoluciones de Taiping de 1850.

Nos estrechamos la mano mientras yo trataba de asimilar su pedigree.

—Moses Wine.

—Moses Wine... Moses Wine... Su nombre no me suena.

—Recién llegado —aclaré.

—Oh, un cambio.

Lisie me estudió con atención. De cerca tenía el aire inequívoco de alguien que trata de parecer más joven de lo que es: corte de pelo a la moda, pantalones con pinzas y un colgante de plata caro de los que se venden en las tiendas de La Marina.

—No estuvo usted en la conferencia orientativa —prosiguió—. Confío en que esté informado sobre la Banda de los Cuatro.

—Sólo sé lo que he leído en los periódicos.

—Ésta es la cuestión ahora..., la Banda de los Cuatro... ¿A qué se dedica, Moses?

—Detective.

Lisie estalló en una sonora carcajada.

—¡Oh, no me diga! —Se dirigió a la mujer del Seville, que se encontraba al lado—. Alguien ha contratado a un detective para este viaje.

—Nadie me ha contratado —repliqué, conteniéndome—. Voy a dar una vuelta, igual que usted.

—Pero supongamos que alguien roba algo, por ejemplo un fragmento de la Gran Muralla. O que se produzca un asesinato.

Lisie parecía complacido por la idea. La mujer sonrió y se presentó como Nancy Lemon, asistente social de Newport Beach. Pero a juzgar por su coche y su vestuario no vivía de su sueldo.

—¿Dónde dejó esto? —preguntó el chicano, que se nos unió con un par de botellas de dos litros de Italian Swiss Colony. El ligero nerviosismo en su voz me dijo que sabía que un vino de dos dólares la jarra no era por lo general el preferido en casa de Ruby Crystal. No tuvimos oportunidad de contestarle, ya que el ama de llaves se las arrebató para después esconderlas al fondo de la mesa del buffet, detrás de una magnum de Schramsberg, Blanc des Blancs de 1970.

El chicano se presentó como Mike Sánchez.

—No me lo diga; deje que adivine —le contesté—. Los trabajadores de hostelería de Portland del Sur.

—Ha visto el eslogan en mi parachoques.

Asentí.

—¿Qué ocurre allí?

—Podríamos decir que tenemos nuestra Banda de los Cuatro. Los cabrones intentaron hacerse cargo del sindicato, para utilizarlo en interés propio.

—Alguien va a tener que explicarme este asunto de la Banda de los Cuatro —intervino Nancy Lemon.

Llegó otro par de coches en el momento en que Ruby y Sonya salían de la cocina con el *tamal* y el *tabouli*. Me serví y me senté en el sofá. Nancy se acomodó a mi lado, rozándome las piernas con las suyas. No era exactamente lo que yo tenía en mente.

—¿Vio la exposición? —me preguntó.

—¿Qué exposición?

—La exposición arqueológica china. —Me señaló un libro de arte que estaba sobre la mesilla de café, frente a nosotros—. Estuvo en el museo del condado en mayo. Ruby también debió verla...; eran piezas increíbles. No veo el momento de volver a contemplarlas.

—¿Le gustan las antigüedades chinas?

—Son maravillosas. —Me rozó el brazo—. Eche una ojeada a la página treinta y cuatro.

Tomé el libro: *Tesoros descubiertos durante la Revolución Cultural China*, y lo abrí, buscando la página treinta y cuatro, cuando mi atención se centró en un grupo que estaba junto a la puerta. Habían llegado los otros dos miembros de nuestro viaje. Una mujer chinoamericana de unos cuarenta años y un distinguido caballero de cabello blanco, como mínimo veinte años mayor. Su rostro me pareció familiar, pero no pude identificarlo.

—¿Quién es él? —pregunté a Nancy.

—Staughton Grey —contestó Mike Sánchez.

Staughton Grey. No había vuelto a pensar en él desde que yo tenía quince años y él era líder de aquello que se llamó el Movimiento por la Paz en los últimos años cincuenta. Aún recordaba fotografías suyas tendido sobre las arenas del desierto de Yucca Flat, Nevada, en las primeras protestas contra las pruebas nucleares. Por aquel entonces me había parecido un héroe. Sonya me presentó a la mujer: Ana Tzu, un ama de casa de Downey. La contemplé. No era especialmente atractiva, pero las mujeres chinas siempre han ejercido una tremenda fascinación en mí. Llamémosle sexismo, racismo o simple inaccesibilidad, pero no puedo apartar mis ojos de ellas. Solía ser objeto de burla entre mis amigos cuando entré en Berkeley, y frecuentábamos el Chinatown de San Francisco para cenar. ¡Pobre amigo Moses, subyugado como un amante shakespeariano por las mujeres orientales! Sin embargo,

nunca tuve la oportunidad de relacionarme con el motivo de mi atracción.

—También visitaron la exposición —dijo Ana Tzu, a los allí reunidos. Me di cuenta de que aún tenía en mis manos el libro de tesoros arqueológicos—. Es una pena que no tuvieran el pato.

—¿Por qué un pato? ¿Por qué no un pollo?

Por la reacción, era obvio que nadie más había visto *The Cocoanuts*^[5], de los Hermanos Marx.

—Dinastía occidental Han —prosiguió Ana Tzu, observándome de forma extraña—. El gobierno chino no lo dejó salir del país. Es su descubrimiento más importante.

—Página treinta y cuatro —precisó Nancy Lemon.

Ana Tzu asintió.

Encontré con facilidad la página, ya que estaba señalada por un recibo de la librería del museo. Mostraba un pato, en efecto, de plata y jade tallado; pero en blanco y negro era difícil apreciar a qué venía tanto entusiasmo.

—Confío en que tengamos la oportunidad de verlo cuando estemos allí —dijo Nancy.

—Así que preferís ver una reliquia feudal en lugar del esplendor de la nueva China.

Había algo muy familiar en el sarcasmo de aquella voz, y levanté la vista para descubrir una imagen igualmente familiar delante de mí.

—¡Nick Spitzler!

—Sólo los mejores vamos a Pekín.

Me levanté y le estreché la mano. Hacía varios años que no había visto al abogado, desde que estuve haciendo una entrevista complementaria para el juicio California Cuatro, pero parecía en forma, como si su virtuoso estilo de vida hubiera resuelto el secreto de la eterna juventud. En realidad, hubiera dado por sentado que Spitzler ya habría estado en China. Viajó a Hanoi para negociar el canje de prisioneros después de la guerra. Y alguien me lo había señalado como el primer americano que pisó Albania.

—También hay alguien más a quien conoces en este viaje: Max Freed.

No supe si se trataba de una noticia buena o mala. El joven editor de *Modern Times* era un bastardo egocéntrico, y su antiguamente contracultural revista se había doblegado al poder establecido de la peor manera.

—No vendrá esta noche; inútil decirlo.

—Inútil decirlo —repetí.

—Señor Spitzler —intervino Nancy Lemon—, ¿cree usted que veremos la verdadera China? Quiero decir, ¿mejor que Nixon?

—Eso pretendemos como «amigos» de China, ¿no?

—Bueno, confío en que podrá explicarme algunas de las más complejas cuestiones de ideología.

Le dedicó un parpadeo.

—¿Quién sabe? —replicó Nick—. Tal vez tenga la oportunidad de ver el Gran Mundo.

—He oído hablar de la Gran Muralla, pero no del Gran Mundo, señor Spitzler.

—Oh, es como mínimo igual de interesante.

Aproveché la ocasión para escabullirme e ir en busca de otra ración de pastel *tamal*.

—¿Qué piensas de Staughton Grey? —preguntó Sonya mientras me servía.

—¿Qué debería pensar? Acabo de conocerle... estoy impresionado.

—¿Por qué? Sólo es un ser humano.

Parecía molesta.

—Son las personas las que hacen historia.

—¡Sólo es dos años mayor que yo!

Se marchó en busca de otros tres miembros del grupo. Al primero le reconocí de inmediato. Era Natalie Levine, de Oakland, años atrás la mujer más batalladora del Congreso. Acababa de fracasar en la nominación para el Senado por California y supuse que debía de estar encantada de escapar para olvidar el enorme déficit de sus gastos de campaña, el cual había merecido titulares en el periódico del domingo.

El segundo era otro chinoamericano, Li Yu-ying, un profesor de idiomas de Utah. Era un hombre tímido, con un tartamudeo académico, que había nacido en el seno de una familia burguesa de Shanghai pero había abandonado China en los años treinta, cuando sólo tenía nueve años, para ver mundo. Después de vivir en Francia, Suiza y Sudamérica, por uno de esos extraños reveses propios del siglo xx había terminado enseñando italiano en Utah. Ahora volvía a casa.

Me hubiera gustado saber más sobre su vida, pero antes de que pudiera preguntarle, el tercer hombre, un grueso notario con camisa de Banlon azul y pantalones del mismo color, empezó a estrechar manos con satisfacción. Estrechó la mía con demasiada fuerza, al tiempo que depositaba una tarjeta en el bolsillo superior de mi chaqueta: REED, «LLAMADME RED» HADLEY/BIENES RAÍCES E INVERSIONES/13 TAMARISK DRIVE/PALM DESERT, CALIFORNIA^[6].

—En el dorso está impresa en chino —dijo. Le di la vuelta y vi que así era—. Soy también tasador.

—¿Tasador?

—De objetos de arte. —Miró por encima de mi cabeza como si tratara de hacer un estudio preliminar de la colección de Ruby Crystal—. ¿Qué es esto? —De repente se acercó al sofá, donde Mike Sánchez hojeaba el catálogo de la exposición arqueológica—. ¿De dónde lo ha sacado?

Antes de que Mike pudiera responder, Hadley le arrebató el catálogo y comenzó a pasar páginas. Sus dedos se detuvieron en la página treinta y cuatro.

—¡No creo que piensen que tendrán la menor oportunidad!

—Oportunidad ¿de qué? —preguntó Mike—. ¿De qué está hablando?

—Ya sabe de lo que estoy hablando. El pato Han. ¡Estoy seguro de que la mitad

de estos viajeros quiere comprarlo!

Miró a Sánchez con la sonrisa hipercrítica de un verdadero experto en bienes raíces. En Palm Desert, personas como Hadley abundan tanto como las liebres.

—¡Es una ocasión única en la vida!

—¿Cree que vamos de compras? —protestó Natalie Levine.

—¡No es una casualidad ese catálogo sobre la mesa!

—¡Estoy aquí para conocer la República Popular! —exclamó Mike.

—Yo también —aseguró Nancy Lemon.

—¡Ja, ja! Bien; todo lo que puedo decirles es que no existe un solo americano que pudiera resistirse a un objeto como ése si pudiera adquirirlo. Y mantengo mi primera afirmación: la mitad de las personas de esta sala le tienen echado el ojo.

—¿Cómo va a probarlo? —preguntó Fred Lisie.

—No tengo que probarlo. Es un hecho.

—¡Oh, vamos! —objetó Natalie Levine—. Es demasiado absurdo.

—¿Cómo le han incluido en este viaje? —murmuró Nick Spitzler.

—Ésta es la Sociedad de Amistad con China —contestó Mike Sánchez.

—Ah, ¿sí? —dijo Hadley—. Entonces, ¿cómo es que he encontrado esto en la avenida, a menos de seis metros de la puerta de la casa?

Mostró una postal doblada. No había escrito nada al dorso, pero incluso desde donde yo estaba pude ver la imagen del anverso. Era el pato, y esta vez a todo color.

Ruby hizo tintinear un vaso.

—¡Atención, por favor! Me complace presentarles al último miembro de nuestro viaje, que se nos une esta noche: Harvey Walsh, del Instituto Gestalt de Madurez Personal, de Santa Bárbara. —Señaló a un hombre con jersey de cuello de cisne y mostacho caído, que estaba detrás de una gran caja de cartón—. Harvey ha tenido la gentileza de prepararnos algo para romper el hielo.

—Hola a todos. —Nos sonrió—. Cuando un pequeño grupo como éste va a emprender un viaje largo, pueden producirse muchas tensiones. Ya saben, se despiertan hostilidades que producen malestar a todos. Por lo tanto, he traído esto... para que podamos desprendernos de todo eso por anticipado.

Metió la mano dentro de la caja y sacó un puñado de objetos en forma de bastón.

—No se preocupen —dijo, mientras empezaba a distribuirlos—. No hacen daño. Se les llama «batacas» y son de espuma... Bien; empiecen a golpearse unos a otros.

Nadie se movió.

—¿Cómo es que tía Sonya nunca se ha casado? —preguntó Simon.

Faltaban quince minutos para el vuelo y estábamos sentados en la cafetería de la sala de salidas internacionales del aeropuerto de Los Ángeles.

—¿Cómo es? —repitió, con el codo moviéndose peligrosamente cerca de su batido de chocolate.

Miré a Sonya, que tenía los ojos pegados a un ejemplar reciente de la *Revista de Pekín*.

—No me he casado porque el matrimonio es una institución burguesa de valor dudoso.

No se molestó en levantar la vista, pero no estaba dispuesta a aceptar una réplica de Suzanne, que aquella mañana estaba tan cordial como un acuario de pirañas. Me acababa de informar que tendría que dejar la Teoría Legal debido a mi viaje, y que se graduaría más tarde.

—¿Ni siquiera has tenido novio?

Simón se estaba poniendo pesado.

—Eres un pesado —le informó su hermano mayor.

—Sí, tuve un amigo —contestó Sonya, volviendo la página a un artículo titulado «El vicepresidente Yeh critica sin paliativos a la Banda de los Cuatro».

—En los años treinta. En el piso de la cooperativa del Bronx —dije—. ¡Se acostó con todos los bolcheviques del edificio!

—¡Nada de eso! —Me miró irritada—. ¡Sexista!

Esperé el eco de Suzanne.

—Sabes que era, en esencia, una persona monógama. Que ha habido un solo hombre en mi vida. Es más de lo que puedo decir respecto a algunos gustos pervertidos de esta mesa.

Me observó con toda intención.

Simon se inclinó hacia delante, derramando el batido sobre la silla vacía a su lado. Me precipité al mostrador en busca de otro antes de que empezara a lamentarse y yo me convirtiera en el receptor de los últimos reproches prevuelo de Suzanne.

Me encontraba esperando en la fila, tratando de localizar en las mesas al resto de nuestro grupo, cuando un hombre salió de detrás de un anuncio de pasteles de San Francisco, y se me acercó. Debía de tener unos cuarenta años e iba vestido de forma muy elegante, con una chaqueta de cachemir de las que no se encuentran rebajadas en J. C. Penny's.

—Perdone —susurró—. ¿El señor Wine?

—Sí.

—Mi nombre es Arthur Lemon. Soy fabricante. —Me entregó su tarjeta, mirando con nerviosismo a sus espaldas—. Va usted a China, ¿verdad?

Asentí.

—Y..., ejem, según tengo entendido es detective privado.

—Ajá.

No me mostré muy entusiasmado.

—Bien, ejem, yo no voy, pero... ¿ve a aquella mujer? —Señaló una mesa en una esquina, en la que Nancy Lemon tomaba café—. Es mi esposa. Es posible que la conociera anoche en la fiesta. Ella va... y me estaba preguntando si usted podría echarle una ojeada.

—¿Echarle una ojeada?

—Sí, ya sabe, cuando ella va de vacaciones... Bueno, incluso cuando no va de vacaciones... Mire, señor Wine, ¿cuánto quiere?

—¡Oh, por todos los cielos!

—Por favor, señor Wine. Para mí es muy importante. Usted tiene...

—Escuche, señor Lemon, no quiero ofenderle, pero voy en viaje de estudios a la República Popular de China, no de vacaciones. No tengo la menor intención de vigilar a su mujer ni a nadie. Y si a ella le apetece largarse, irse a vivir con el piloto o profanar el cadáver de Chu En-lai... es asunto suyo.

—Si se trata de dinero...

—Lo siento, señor Lemon.

Y me marché, en el preciso momento en que por el altavoz se anunciaba el embarque para el vuelo de Hong Kong, nuestra puerta de entrada a China.

Los niños ya estaban de pie cuando regresé, observando cómo varios fotógrafos tomaban instantáneas, de la marcha de Ruby Crystal.

—¿Va ella contigo? —preguntó Jacob.

—¿Qué quieres? ¿Una fotografía o un mechón de pelo?

Otro par de fotógrafos rodeaban a Natalie Levine y al recién llegado Max Freed, que hacía un dictado de última hora a una secretaria con gafas de aviador.

—Felicidades, Sonya —dije cuando nos dirigíamos hacia la puerta.

—¿Porqué?

—Por todos estos famosos. Será mejor que China les guste o terminarás haciendo guardias de invierno en la frontera rusa.

—No seas impertinente. Además, ésa es tu especialidad.

—Oh, así que soy un comisario, ¿eh? Tengo que andarme con ojo con ellos.

—Algo parecido.

La palabra Hong Kong fue repetida por el altavoz y por primera vez un escalofrío recorrió mi espalda. Iba en serio. Cogí a los niños de la mano y me dirigí con rapidez hacia la puerta. Sonya nos acompañaba, agarrándome por la manga a causa de la excitación. Suzanne nos seguía a pocos pasos. Yo notaba mi pulso latiendo al ritmo de mil abanicos chinos. Llegamos a la puerta y Sonya y yo entregamos nuestras tarjetas de embarque al empleado. Los chicos parecían llevarlo bien, pero en el último momento aparecieron lágrimas en los ojos del pequeño, Simon. Me incliné para

besarle.

—Te traeré un panda —dije.

Luego les abracé a ambos.

—Que lo pases bien —deseó Suzanne, y creo que lo decía en serio—. Saluda de mi parte al presidente Hua.

Sonya se encaminó hacia el avión. Yo permanecí inmóvil unos segundos mirando a mis hijos, y después la seguí.

Me sentía un poco culpable, pero el interior del fuselaje era otro mundo y me olvidé de ellos casi por completo tan pronto el avión empezó a correr por la pista. Cierta vertiginosa resolución me inundó. Era esa curiosa euforia del viajar, ampliada por algo difícil de definir y sin embargo más poderoso. No importaba lo muy a la ligera que lo hubiera tomado, las bromas que hubiera hecho; ir a China no era para mí como hacer un viaje a Nueva York o a Londres, ni siquiera a Tokio o Bombay. Se trataba de una búsqueda de mí, una búsqueda de valores que decaían con tanta rapidez que me preguntaba si alguna vez los había tenido. Después de quince años de coquetear con movimientos radicales, de jugar con el compromiso, quería descubrir si valía la pena resolver la ambivalencia en mi vida, una ambivalencia que había reducido cualquier idealismo que tuviera, a adoptar poses en los cócteles y a hacer donaciones a organizaciones progresistas. Y si existía una resolución, pensaba que debía ser en China, el único lugar en que el ideal igualitario no parecía haber sido completamente destruido por los burócratas y por el expansionismo a todas luces no socialista. Al menos, todavía no.

Así que, en los pocos momentos tranquilos de los últimos dos días, había empezado a considerar este viaje como un nuevo principio, una especie de camino espiritual. Sonya no era la única que hacía su peregrinación a La Meca. Yo también, el hijo escéptico, el dubitativo que envuelve con su duda el núcleo de una fe aún arraigada.

Me ofendió aún más de lo que debería el verme catalogado como detective: Moses Wine, 33 años, detective, Los Ángeles, rezaba en la lista de delegados del Viaje Amistoso de Estudios Número Cinco. Una profesión en la que había caído por accidente, que intrínsecamente me distanciaba del mundo convirtiéndome en una especie de fotógrafo que lo percibía todo al primer chispazo. Miré a Fred Lisie, sentado en el lateral de nuestro 747 y me molestó que se hubiera precipitado en clasificarme. Sonya, sentada a su lado, ya dormitaba con un ejemplar del *Manual del médico descalzo* en el regazo. En la siguiente hilera, Ana Tzu mostraba a Harvey Walsh fotografías de sus hijos, en tanto Nancy Lemon, con un *whisky* con soda en la mano, se presentaba a Max Freed. Percibí algo parecido a lo muy complacida que estaba por conocerle, que había leído todos los números de *Modern Times* desde el que había publicado el reportaje del asesinato en el concierto de los Rolling Stones en 1969.

Detrás, Nick Spitzler y Mike Sánchez buscaban con la mirada a las personas que

ambos conocían en el movimiento sindical. Reed Hadley, que se había colocado al lado de Ruby Crystal, cerca de la salida de emergencia, se lamentaba de la escalada de precios en los bronceos chinos. Algunos de los que había visto en la exposición arqueológica habían cuadruplicado su valor en los últimos cinco años.

Me disponía a abandonarme a la somnolencia cuando Li Yu-ying se inclinó sobre mí.

—He pensado que le gustaría leer esto. Lo envié a los demás miembros del grupo hace algunas semanas.

Me entregó una copia ciclostilada en papel del estado de Utah.

¿QUÉ ES LA BANDA DE LOS CUATRO?

«En estos días, los reportajes sobre China están llenos de noticias del ataque contra la llamada “Banda de los Cuatro”: Chiang Ching (viuda de Mao), Wang Hung-wen, Chang Chun-chiao y Yao Wen-yuan. Superficialmente, se trata de una lucha ideológica con la “banda” y sus seguidores que defienden las conquistas de la Revolución Cultural contra un grupo de burócratas de estilo soviético; en esencia, una batalla entre quienes defienden el comunismo puro contra quienes se inclinan por un proceso gradual de consolidación del socialismo que conduzca a la utopía comunista y a la abolición del Estado en un futuro indefinido. Sin embargo, los chinos sostienen que esto no es cierto; que los objetivos de la banda no son idealistas, sino un intento oportunista para hacerse con el poder a través de la explotación de un ingenuo fervor revolucionario, y creando una anarquía debilitante en todo el sector productivo de la sociedad. También acusan a la “banda” de sofocar la libre expresión de las artes (provincia de Chiang Ching) y de intentar suprimir la colaboración legítima de viejos revolucionarios como Chu En-lai.

»Los miembros de la “banda” fueron detenidos como resultado directo de sucesos precipitados por la muerte de Mao. Se supone que sus componentes se encuentran ahora bajo arresto preventivo en Chang An Hai, en las afueras de la Ciudad Prohibida, la morada histórica de los emperadores chinos».

Llegamos a Hong Kong alrededor de las once de la noche, hora local, las siete de la mañana en Los Ángeles, después de catorce horas de avión. La mayoría de nosotros presentaba mal aspecto, excepto Fred Lisie, que tuvo el mágico talento de quedarse dormido una hora después de despegar y despertarse cuando el capitán estaba anunciando el aterrizaje.

A través de las ventanillas tuvimos la primera vista de Oriente, una ciudad sobre laderas parecida a San Francisco, con rascacielos creciendo como la hierba a lo largo

del océano. La pista de aterrizaje, la más corta de cuantas había conocido, nos elevó por encima de los edificios y nos hizo descender con la prontitud de un helicóptero.

Y ya estábamos en el suelo, caminando con la misma prontitud desde el avión hasta la cinta de equipajes, a unos escasos cincuenta metros. Llovía, y las chinas elegantes de Hong Kong, con faldas ceñidas y trajes de algodón recién comprados en California, se nos adelantaron. Pero antes de que tuviéramos ocasión de desorientarnos, un hombre bajito y carirredondo, con camisa blanca deportiva y pantalones azules, nos salió al paso para darnos la bienvenida. Llevaba puesto un gorro parecido al de los taxistas y una estrella roja sobre el pecho izquierdo. Todavía no sé cómo supo quiénes éramos, entre los muchos viajeros procedentes del Oeste en el mismo avión, pero ése sólo fue el primero de los diversos acontecimientos desconcertantes que se sucedieron en los siguientes días.

Se nos presentó como el señor Kau. Le acompañaban otros dos hombres vestidos de forma similar y otros seis con camisas azules y pantalón corto del mismo color, todos con la estrella roja sobre el pecho. Nos sonrieron como si compartiéramos algún secreto maravilloso, desplegaron paraguas y nos escoltaron hasta la terminal. Esos hombres eran mucho más sencillos, más parecidos a los campesinos que los chinos del avión. Los de Hong Kong no les miraron, ni ellos a los de Hong Kong, como si existiera una *entente cordiale* entre las dos Chinas para no perturbarse. Tal vez fuera mi falta de sueño, pero los continentales tenían un primitivismo, casi una calidad sagrada, comparados con los otros, como los discípulos de un antiguo santo cristiano que desarrollasen su tarea entre paganos. Y eran mucho más bajitos. O acaso se debiera a que llevaban sandalias en lugar de tacones altos y zapatos con plataforma y correas de lamé.

El señor Kau nos acompañó hasta un moderno autobús con aire acondicionado, mientras nuestro equipaje era depositado en un desvencijado camión por los hombres de pantalón corto. Me encontré sentado en el pasillo, al lado de Fred Lisie, cuando el vehículo se puso en marcha.

—Éste es el puerto Victoria —señaló al divisar los buques de carga y los transbordadores.

—¿Ya ha estado antes aquí?

—Oh, sí. Varias veces —contestó, como si fuera lo más natural del mundo.

El autobús giró por Nathan Road y nos tomó por asalto una cortina de rótulos de neón mayores y más luminosos que los de Times Square: relojes, estilográficas, estéreos, calculadoras, máquinas fotográficas...; todos los productos de la colosal industria japonesa, expuestos con el genio detallista de China. El señor Kau asintió disculpándose, como si lamentara tener que descubrirnos tanto mercantilismo.

A continuación, entramos en una calle secundaria hasta llegar a la puerta de nuestro hotel, el New Kowloon, donde dos inmensos tigres de cerámica con aplicaciones de bisutería flanqueaban una puerta corredera accionada electrónicamente. Sobre ella, una hilera de tableros con flores color naranja y rosa

anunciaba baile toda la noche en el restaurante de la terraza. Una versión dinastía Ching del Ramada Inn.

Fred y yo nos levantamos después que Max Freed y Ruby Crystal, y les seguimos para bajar del autobús.

—Apuesto a que no aparecen —musitó él de forma misteriosa.

—¿Cómo dice?

—Las celebridades. Apuesto a que no aparecen en la orientación de mañana por la mañana.

Veinte minutos después estaba viendo *Permiso para amar hasta medianoche* con subtítulos chinos. Era el último programa en la televisión de Hong Kong, y yo estaba tendido sobre la cama, demasiado exhausto para cambiar de canal, a pesar de que ya había visto la película. De todas formas, me sentía incomprensiblemente tranquilo, como si personificara un puente cultural. Mi cuerpo estaba en Asia, pero mi alma seguía a medias en una zona años treinta del Sepúlveda Boulevard.

Harvey Walsh, mi compañero de habitación durante la primera noche del viaje, se repantigó en una butaca, leyendo una lista de restaurantes que le había facilitado un colega de Palo Alto que había trabajado en importación-exportación. Yo observaba alternativamente la televisión y a él. El niño negro de la película hacía una referencia a Mao Tse-tung y sonreí.

Es lo último que recuerdo de aquella noche hasta que se produjeron unos golpecitos en nuestra puerta. Walsh y yo nos incorporamos en las camas.

—¿Sí? —dije.

—¿Ana Tzu?

Walsh y yo nos miramos. En aquel momento no tenía ni idea de quién pudiera ser Ana Tzu.

—¿Ana Tzu? —repitió la voz.

El acento era chino. Entonces me acordé. Ana Tzu era la chinoamericana de nuestro viaje. Apenas había intercambiado unas palabras con ella durante el trayecto.

—¿Ana Tzu?

Más golpecitos. Salté de la cama un poco antes que Walsh y me encaminé a la puerta. El reloj digital de nuestra habitación reflejaba las dos y treinta y cinco de la madrugada.

Entreabrí la puerta dejando puesto el seguro. En el pasillo había tres personas chinas bien vestidas y de mediana edad: un hombre y dos mujeres. Me observaban inquietos.

—¿Ana Tzu? —dijo el hombre de nuevo, pero esta vez su voz era insegura.

Si Ana Tzu estaba en aquella habitación, algo no funcionaba.

—No está aquí —dije—. Se han equivocado de habitación.

Musitó algunas palabras y empezó a retroceder. Las dos mujeres me miraron durante un segundo.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

Pero ellas no respondieron. Siguieron al hombre hasta la esquina, donde oí que volvían a golpear la puerta de otra habitación.

—¿Ana Tzu? —seguía insistiendo la voz.

Cerré la puerta. Walsh y yo nos miramos y volvimos a la cama.

No conseguí dormir mucho durante el resto de la noche. La intrusión me había desvelado y mi reloj interior seguía agitado por el cambio de horario. A las seis de la mañana decidí abandonar y bajé para hacer un poco de ejercicio y echar una ojeada a la ciudad. Lloviznaba, y el portero me informó que pasaba un tifón. A ritmo de *jogging* rebasé algunos edificios Nathan Road arriba, dejando atrás algunas salas de masaje, un lugar llamado Lee-Kee Go-Go Club y un puesto de McDonalds.

Una expectación nerviosa inundaba nuestra sesión informativa, que tuvo lugar a las diez de la mañana en el salón «Aberdeen» del segundo piso. Nos sentamos alrededor de una gran mesa circular, frente a varias teteras, y procedimos a intercambiarnos miradas. Los americanos ya hacía algunos años que entrábamos y salíamos de China, desde la visita de Nixon, pero las plazas seguían siendo limitadas y todos nosotros lo sabíamos.

Éramos los escogidos.

Y a pesar de la insinuación de Fred Lisie, estábamos todos, incluyendo a las celebridades: Natalie Levine, con su sombrero de terciopelo, ladeado; Max Freed, vistiendo lo que debía de ser el traje para safari más caro de Abercrombie and Fitch; y Staughton Grey, en un extremo, llevaba un jersey sin cuello del mismo tipo que el utilizado en sus marchas sobre Aldermaston, junto a Bertrand Russell, a últimos de los años cincuenta. Tenía el mismo aspecto raído.

Como una figura mítica de nuestra mesa redonda, estaba nuestra Persona Responsable, mi tía Sonya. Era difícil verla en tal situación. Para mí siempre había sido un personaje vagamente divertido. Cálida y afectuosa, sí, una madre suplente desde que la mía murió; pero, aun así, cómica, un Quijote femenino luchando contra molinos de viento. Recordé cuando a los siete años intentó enseñarme la letra de *La Internacional* en ruso y a mi madre casi le dio un ataque. No tenía nada que temer, ya que nunca la aprendí; ni en ruso ni en inglés.

—Algunas veces es difícil para los americanos comportarse como grupo —dijo Sonya, mientras nos entregaba los impresos en los que debíamos indicar nuestros principales centros de interés—, pero en China es la mejor manera de obtener resultados. Así pues, cuando rellenen estos cuestionarios no se sientan desengañados si sus solicitudes individuales quedan sin contentar. Sin embargo, si cinco o seis personas pueden ponerse de acuerdo, verán que la gente de este país hará lo posible para complacerles.

Sonya se había puesto las gafas y me miraba fijamente. Sabía que me consideraba un lobo solitario individualista, pero me molestó que lo diera a entender.

—Hay ciertos lugares en los que nos está prohibido entrar —prosiguió con una autoridad que nunca le había conocido—. Los chinos nos han hecho un itinerario y las reservas de hotel. Por tanto, si quieren ir al Tíbet, olvídenlo. También quedan fuera los hospitales psiquiátricos, al igual que las cárceles y los juzgados. Sé que esto decepcionará a algunos de ustedes. —Contempló a Spitzler y a Harvey Walsh—. Pero tendrán que conformarse. En cuanto al sexo...

De repente, mi tía de sesenta y cuatro años había acaparado la atención de todos; es decir, de todos a excepción de Ana Tzu, que se había adormilado en un sillón nada más empezar la reunión.

—Supongo que sabrán que los chinos observan una actitud peculiar respecto al sexo. Tal vez sea remilgada o quizá sentido común, pero Pekín no es Hollywood Boulevard. No encontrarán homosexuales ni prostitutas con minifalda. Todo lo que hacen es en privado. Por lo tanto, no se comporten como idiotas: nada de caricias, mimos ni ir cogidos de la mano. Y si alguien se encapricha de algún compañero de viaje, que guarde sus efusiones hasta que regresemos a Hong Kong. ¡Ah! Y, sobre todo, no coqueteen con los guías. Sólo ocasionarían problemas.

—¿Qué clase de problemas? —bromeó Reed Hadley, en su papel de bufón de corte.

—Pues para empezar tenemos el relato del corresponsal de un periódico que le dijo a la ascensorista del hotel Pekín que tenía las piernas bonitas. Al cabo de doce horas estaba fuera del país. Pero si su imaginación va más lejos, déjenme recordarles que el adulterio en China constituye un delito denominado «sabotaje a la familia», penado con treinta años de cárcel.

Max Freed silbó pensando, sin duda, en los muchos años que hubiera podido pasar en la cárcel de Shanghai.

—Otra cosa —dijo Sonya—, ya que estamos en el tema de la decadencia de Occidente. A la mayoría de nosotros nos gusta coleccionar recuerdos de los viajes: objetos de escritorio, carteritas de cerillas, ceniceros, incluso alguna toalla del Hilton de Roma. Esto desagrada a los chinos. Dejen cada cosa en su sitio a menos que la hayan pagado. Todo es propiedad del pueblo.

Empezamos a rellenar los cuestionarios. Vi que Reed Hadley escribía «el pato Han» en su hoja.

Tres asientos más allá Nancy Lemon preguntaba por el Gran Mundo.

—No, no —decía Li Yu-ying—, no podrá visitarlo; ahora está fuera de los límites.

Pero ella insistió en anotarlo. Yo no sabía qué poner, así que garabateé algo parecido a cooperar con el grupo. Me pareció que éste era el espíritu e imaginé que a Sonya le gustaría.

—Bueno, ¿quién va a ser el encargado del equipaje? —preguntó ella mientras recogía los formularios—. Necesitamos a alguien que se haga cargo durante los desplazamientos.

Nadie respondió.

—¡Vaya, es fantástico! Muy bien —comentó.

Finalmente, Mike Sánchez levantó la mano.

—Ajá. Qué interesante.

Sonya nos miró con malicia, ya que a nadie nos había pasado por alto nuestra torpeza al permitir que el único voluntario hubiera sido la única persona de nuestro grupo que pertenecía a la clase proletaria y a una minoría racial, por añadidura.

—Yo también —dijo Staughton Grey alzando la mano.

—Demasiado tarde —replicó Sonya—. Sólo necesitamos uno. Hubiera debido

decidirse antes.

Se nos dio permiso para ir a almorzar. Yo tenía la intención de ir con Harvey Walsh, que sabía de un restaurante especializado en sopa de aleta de tiburón, situado en el distrito de Mongkok, pero hube de desistir ante la insistencia de Max Freed, que quiso que fuera con él.

—¿Qué estás haciendo en este viaje? —me preguntó cuando cruzábamos la puerta del hotel. Estaban construyendo un paso subterráneo para comunicar ambas aceras de Nathan Road, y el estruendo de las excavadoras era inevitable.

—Lo mismo que tú, supongo; echar una ojeada a la Utopía.

—¡Ah!

Me observó con atención.

—¿Tenías una idea distinta?

—No especialmente.

Avanzamos algunos pasos. Pasaron unos turistas en un carrito rojo con toldo verde.

—¿Piensas que hay un agente en la expedición?

—¿Un agente?

—Ya sabes...: de la CIA, el FBI; algo por el estilo.

—No creo que despertemos tanto interés... Por cierto, también a mí me sorprendió encontrarte en el viaje. ¡Tú relacionándote con la extrema izquierda! Tenía entendido que tu revista se leía en las altas esferas. Truman Capote y Richard Avedon.

—¿Quién eres tú para hablar? Me han dicho que buscas clientes en las ambulancias.

—¡Siempre es mejor que cotillear en los cócteles con la princesa Radziwill!

—No hubiera debido dedicarte una portada. —Me miró con su burlona mueca juvenil—. Los detectives *hippies* no venden.

—La próxima vez no te apartes de tus grupos de *rock*.

Nuestra relación se reemprendía donde la habíamos dejado. La última vez que nos encontramos intercambiamos insultos durante una hora en un bar frecuentado por actores, en Santa Mónica Boulevard. Pero ahora se rió.

—¿Te has traído alguna droga?

Le sonreí y negué con la cabeza.

—¡Vamos, Wine! Solías ser un gran consumidor. Recuerdo cuando te hinchaste de novocaína durante tres horas en la habitación de Gunther Thomas, en el Château Marmont.

—Locuras juveniles —repliqué—. Ya tengo treinta y tres años cumplidos.

—Bueno, tú no sé, pero yo me he traído mis provisiones: medio gramo de coca, un par de onzas de hierba y seis tabletas de metadrina. ¿Con quién voy a compartirlo si no es contigo?

—Con la Cuarta Sesión Plenaria del Undécimo Congreso del Partido.

Negó con la cabeza.

—Sabía que iba a ser un viaje aburrido.

En aquel momento llegó Nancy Lemon, corriendo para alcanzarnos.

—¡Ana Tzu se ha puesto enferma! ¡Se la llevan al hospital!

El día antes de la marcha encontré un viejo ejemplar de *Las citas del presidente Mao Tse-tung*, que había comprado durante mi segundo curso en la Facultad de Derecho. No era la conocida edición china con las tapas de plástico rojo, sino una publicada por Bantam en 1967, con una introducción de Stuart Schram para «aclarar», según pregonaba la contraportada. ¡EL LIBRITO ROJO QUE HA CONMOCIONADO EL MUNDO!

Recuerdo que me sentí estafado al tener que pagar un dólar por él, cuando el original impreso en Pekín costaba cincuenta centavos.

Lo cierto es que había comprado el libro obligado por dos amigos, David y Jane Petrakis, que ya entonces pensaban que China era la cumbre de la civilización. Eran estudiantes de cine en la escuela de California y abandonaron una prometedora carrera en las pantallas para convertirse en operarios de una cadena de montaje. Poseían la irritante habilidad de hacerme sentir culpable cada vez que les veía. Mi respuesta a su chinofilia era seguir el sistema del avestruz —«sabemos-tan-poco-sobre-eso»—, pero en realidad me negaba a aceptar que China fuera tan especial. Tenía un interés étnico en su fracaso y también, supongo, un interés en que los Petrakis estuvieran equivocados. Después me obsequiaron con ejemplares de *Los documentos más importantes de la Gran Revolución cultural proletaria* (nunca los leí) y *Cinco artículos del presidente Mao Tse-tung* (leí dos).

Abrí el libro, pasando por alto la parte del vicepresidente Lin Piao, gran compañero de armas del presidente Mao, fallecido misteriosamente, y busqué las acotaciones que el Moses Wine de diez años atrás había subrayado y marcado con asteriscos. La primera daba en el clavo:

«Quien toma partido por el pueblo revolucionario es un revolucionario. Quien apoya el imperialismo, el feudalismo y el capitalismo burocrático es un contrarrevolucionario. Quien apoya la revolución con *palabras* pero actúa de forma distinta es un revolucionario retórico. Quien se alía con los pueblos revolucionarios tanto de palabra como de obra es un revolucionario completo».

Estaba subrayado dos veces y tenía tres asteriscos.

Otra cita que estaba marcada era del ensayo *Sobre la contradicción*, escrito en agosto de 1937, en el que Mao sostenía que las luchas revolucionarias nunca terminan, que siempre existirán contradicciones. Según lo expresa el ensayo, uno siempre se desdobra en dos. Por tanto, no existe punto final a la revolución ni una sociedad perfecta.

Me gustaban entonces, en el sesenta y siete, y me seguían pareciendo válidas. Y

sabía por qué: me proporcionaban la excusa para mi visión de la vida, irónica y agradablemente alienada. El mismo Mao me permitía coquetear con el compromiso. Al fin y al cabo, ¿qué sentido tenía participar en una dialéctica que no se podía resolver?

En cuanto al *Libro Rojo*, ¿por qué preocuparse? Ya estaba desacreditado; era sólo un documento de la Revolución Cultural y sus partidarios, la infame Banda de los Cuatro. Actualmente, en la nueva, novísima China, el volumen V de las obras de Mao está en auge: sus *Diez conexiones principales* fomentan la modernización, el incremento de la producción y la tecnología.

Sin embargo, yo, el maoísta de salón de Hollywood Hills, tenía una debilidad por el idealismo imposible de la Revolución Cultural, aquella revolución de la que Li Yu-ying nos habló en nuestra reunión informativa y que él creía que había empezado en 1927, cuando se produjo la sublevación de la Recolección de Otoño, y no como nosotros, que habíamos hecho un estudio superficial de China y pensábamos que se inició con los llamados excesos de la Guardia Roja en 1966 y 1967. Fue entonces, en 1927, cuando los conflictos entre la línea de masas y la línea burocrática aparecieron por primera vez en el Partido Comunista Chino.

De todas formas, mi mayor conflicto en aquel momento era mantenerme despierto. Ya era la una de la madrugada en casa, y Li Yu continuaba su examen de la historia revolucionaria de China: todo un curso de inmersión. En realidad, el hombre me agradaba, y en otras circunstancias más normales no le hubiera encontrado aburrido. Pero ahora no podía distinguir a la Banda de los Cuatro de la delantera de los Chicago Bears, o una comuna de Shanghai del comercio más a la moda de Beverly Hills.

Todos nos sentimos aliviados cuando Sonya, como Persona Responsable, tomó la iniciativa de levantar la sesión. Todos, a excepción de Ana Tzu, que hacía horas se la habían llevado.

Cuando Max y yo regresamos al hotel, sin haber llegado a ir a almorzar, ya la estaban depositando en una camilla, con Sonya a su lado, dando golpecitos con el pie en el suelo y poniendo la misma expresión que yo recordaba de cuando estuvo recluida en casa durante seis meses por la artritis.

—¿Qué ha ocurrido? —le pregunté.

—Algo de estómago..., no lo sé. Dice que ha estado vomitando.

Miré a Ana Tzu, que sujetaba una sábana blanca sobre el hombro y contemplaba el techo. Su aspecto no revelaba en qué estado debía encontrarse.

—¿Cómo se siente? —inquirí.

—Bien —contestó—, no se preocupe.

Dos enfermeros la levantaron y se la llevaron por una puerta lateral.

Me dirigí a Sonya.

—Alguien me despertó anoche preguntando por ella.

—A ti y a todo el mundo.

—¿Quién era?

—No tengo la menor idea.

—¿Qué piensas hacer?

—¿Y tú? ¿Vas a organizar un interrogatorio?

—Bueno, vas a hacer algo, ¿no?

—He hablado con el señor Kau... Ellos se ocuparán de ella e intentarán que se reúna con nosotros si mejora.

—¿Y si no mejora?

—Pues no mejora. ¿Qué puedo hacer yo?

No tenía ninguna respuesta. A través de la ventana, vi que introducían a Ana Tzu en una ambulancia y se la llevaban.

—Es una verdadera pena —comentó Sonya—. Ella nació en Cantón y quería ver su antiguo hogar.

Aquella noche, después de la lección de historia de Li Yu, decidí salir solo. Era mi última oportunidad de ver Hong Kong, y pensé que también mi última oportunidad de separarme del grupo antes de que entráramos en China.

Me duché y bajé al vestíbulo para escribir una postal a mis hijos. En el quiosco de periódicos escogí una fotografía de dos niños en un sampán y empecé a escribir. Por el rabillo del ojo vi a Nancy Lemon, sentada al lado de la puerta del ascensor, observándome. Me sonrió y tuve la impresión inequívoca de que me invitaba a hacerle compañía. Preferí pasar por alto la insinuación, le devolví la sonrisa por educación y terminé de escribir la tarjeta.

Fuera llovía aún, y las luces nocturnas de Hong Kong se reflejaban sobre el pavimento. Me dirigí hacia el sur, al Star Ferry. Oleadas de gente camino de casa después del trabajo me empujaban en ambas direcciones. Los peatones iban muy bien vestidos y las mujeres eran sumamente atractivas. Me hallaba en la parte elegante de la ciudad. Frente al hotel Península había dos Bentley aparcados.

Iba a pasar de largo y cruzar la calle cuando observé que Staughton Grey salía de uno de los coches. ¿Staughton Grey en un Bentley? Me detuve y le miré. Durante un segundo, pareció como si fuera a entrar directamente al hotel, el más antiguo y lujoso de Hong Kong, pero vio mi imagen reflejada en la luna de la puerta giratoria y se dio la vuelta.

—Me lo ha prestado un viejo amigo del cuerpo diplomático británico —dijo antes de que pudiera preguntarle—. Quería ver el paisaje desde la cima del pico Victoria.

—¿Y qué tal?

—Terrible. Todo envuelto en niebla... Tengo que devolvérselas. —Me mostró las llaves—. Cada tarde a las siete toma unas copas en el bar del Península.

—¿Ginebra Bombay y tónica?

—Subcampeón de la Copa Pimm's.

Nos sonreímos con cierta incomodidad durante unos segundos.

—¿Verdad que no le diré a nadie que me ha visto en un Bentley? Causaría

estragos en mi reputación.

—Tranquilo. Yo tengo un Porsche.

Hizo una mueca.

—Hasta mañana —dijo, y se dispuso a entrar, pero se detuvo—. ¿Cómo está su tía?

—Muy bien —contesté—. Ya acostada.

Asintió y cruzó el umbral. Contemplé el Bentley cuyo capó desprendía humo bajo la lluvia, mientras un portero de librea me observaba desde lo alto de la escalinata.

Me marché y paseé en el transbordador de un lado al otro varias veces. Era divertido, pero una bruma densa ocultaba la vista legendaria. No se podían ver las luces de la línea del cielo de Hong Kong hasta que prácticamente se topaba uno con ella, y la cima del pico Victoria estaba totalmente envuelta en nubes. Así que lo dejé y volví a apearme en el lado de Kowloon. Se estaba haciendo tarde, y teníamos que madrugar.

Camino del hotel, pasé por un bar llamado club Barcelona. Una china alta, con vestido azul abierto a un lado y una gardenia blanca en el pelo negro, me sonrió a través del cristal de la puerta. Era una preciosidad, y le devolví la sonrisa. A sus espaldas percibí una cortina de cuentas plateadas y un rayo de tenue luz verde, y también una tumbona tapizada en brocado. Me hizo un gesto para que entrara, pero no me moví. No sé por qué, pero no me pareció bien. A las siete de la mañana iba a entrar en la República Popular China. Debía acudir puro.

Entrar en China Popular es como entrar en la sala de espera del más allá en una versión de principios del Renacimiento, sólo que los coros heráldicos cantan *La marcha del ejército voluntario* y los ángeles celestiales llevan coleta y sandalias de esparto y reparten ejemplares de la *Revista de Pekín*. Todo es limpio, sencillo y verde, verde pálido al estilo de Piero della Francesca, y no domina el agresivo rojo proletario. El mostrador de registro de equipajes tiene a sus espaldas dos enormes murales donde aparece gente de todas las nacionalidades que llega jubilosa a la República Popular entre un torbellino de cintas multicolores, pero incluso éstas son de sutiles tonos pastel.

Uno casi espera que alguien le dé un toquecito en el hombro y le lleve a sentarse en mullidos sillones adornados con puntillas.

Llegamos allí después de cruzar los Nuevos Territorios en un tren atestado. Fue un viaje lento de treinta kilómetros a través de los suburbios de Hong Kong, y después, bordeando la bahía de Mirs. Cuando llegamos a Tai Po, el paisaje se había transformado, dando paso a grandes extensiones de verdes tierras de labranza, arrozales y búfalos de agua iguales a los que se reproducían en los dibujos de mis cuentos infantiles.

Estaba sentado junto a Mike Sánchez. Frente a nosotros, Natalie Levine dictaba a un diminuto Sony. Le oí decir: «Queridos electores: Es difícil creer que me encuentro ahora en...». En el exterior, un chaparrón cayó sobre un grupo de campesinos en torno a un camión. Corrieron a resguardarse bajo una higuera. Sánchez parecía preocupado.

—¿Cuánto ha pagado? —me preguntó.

—¿Por el viaje? Lo mismo que todos. Dos mil cuatrocientos dólares.

—Yo pedí un préstamo al sindicato. Ahora estoy hasta el cuello. Lo debo todo: el televisor, la lavadora, dos coches y el viaje a China.

—Vaya al casino —le sugerí.

No sonrió.

Nos detuvimos unos momentos en la ciudad mercado de Fanling. Un vendedor de Coca-Cola —el último vestigio del capitalismo— saltó del último vagón. Nos estábamos acercando a la frontera. El tren reemprendió la marcha, y la mitad de nosotros, de pie en los pasillos, tomábamos fotografías a través de las ventanillas salpicadas de agua y nos esforzábamos por distinguir el río Sham Chun, que separa los Nuevos Territorios de la provincia de Kwang-tung.

Noté una mano sobre el hombro. Era Harvey Walsh.

—Volvió tarde anoche —dijo.

—Salí a dar una vuelta.

—Hubiera tenido que verles. —Me indicó a Nancy Lemon y a Fred Lisie, que

estaban sentados juntos—. Han estado de juerga en el Lee-Kee Go-Go Club hasta las tres menos cuarto.

Observé las ojeras de Nancy cuando el tren volvió a aminorar la marcha al rodear un acantilado cubierto de jazmines.

—¿Sabe? —proseguía Harvey—. La última vez que llevé un grupo a Esalen se produjeron doce divorcios.

Frenamos en seco en la estación de Lo Wu: unos pocos edificios bajos de estuco blanco a lo largo del muro del puente ferroviario. Una bandera roja ondeaba sobre un fortín. Me costó un minuto darme cuenta de dónde me encontraba, pero ya habíamos llegado. El señor Kau, de pie al fondo del vagón, nos hacía señas para que le siguiéramos.

Poco después nos abríamos paso en el edificio de la aduana de Hong Kong, donde se aglomeraba más de un centenar de chinos de ultramar que acudían a visitar a sus familiares. Un inspector joven timbró mi pasaporte y me lo devolvió. Levanté la vista y vi a Kau que me hacía señas desde una de las puertas. Imaginé sobre su cabeza un cartel: A CHINA.

Me dirigí hacia la salida con los demás. Esperamos a Kau, pero nos indicó con la mano que siguiéramos adelante. Atravesamos la frontera a pie a través del puente del ferrocarril. Kau se quedó en el lado de Hong Kong despidiéndose de nosotros. Una muchacha de unos dieciocho años con coletas y con unas mejillas que le resplandecían como los melocotones de algunos cuadros, nos aguardaba al otro lado sonriendo beatíficamente. Miré a Li Yu, que caminaba a mi lado. Las lágrimas le bañaban el rostro y mi corazón se aceleró. Aquello era el Telón de Bambú.

Nos detuvimos ante una oficina al aire libre donde examinaron nuestros documentos, una escena que me recordó el día de formalización de matrícula en Berkeley. A continuación, se produjo un extraño proceso de segregación. Los chinos de ultramar quedaron relegados mientras nosotros, los visitantes extranjeros, éramos conducidos por un pasillo hasta una gran sala de recepción con decoración inequívoca del siglo XIX: tapetitos de adorno encima de las mesas y una alfombra con un panda bordado. Mi primera reacción fue preguntarme: «¿Por qué nosotros? No nos merecemos este trato deferente». Pero la muchacha me sonrió y me dejé caer sobre un sofá, con una taza de té en la mano y varios ejemplares de la *Revista de Pekín* en cinco idiomas sobre la mesa.

Nos presentaron a quienes iban a ser nuestros guías fijos. Eran tres: el señor Hu, un joven de unos veinticinco años, con el cabello casi rapado; la señora Liu, una mujer cercana a la treintena, con el pelo muy corto, y el señor Yen, un tipo alto, en torno a los cuarenta, con rasgos aguileños y ojos oscuros y carismáticos. A éstos guías se les añadirían en cada ciudad otros locales, pero ellos eran los responsables principales en la supervisión de nuestro viaje y, supuse, nuestros enlaces con la gente de China.

Yen fue el primero en dirigirnos la palabra en el tono cálido y zalamero que

reflejaba nuestra emoción por estar allí.

—Buenos días. Nos sentimos complacidos de dar la bienvenida a nuestros amigos americanos del Viaje Amistoso de Estudios Número Cinco, y les recibimos con afecto en la República Popular de China.

Nuestros aplausos se unieron a los de nuestros guías, que palmearon al estilo chino.

—Vemos que hay varios amigos destacados de China en esta expedición, y deseamos hacer una mención especial a nuestros antiguos conocidos: la señora Sonya Lieberman, Persona Responsable; el señor Li Yu-ying que regresa después de *cuarenta* años al país que le vio nacer, y el señor Fred Lisie, que también vuelve al lugar donde pasó su infancia.

Fred Lisie en China... ¡Esto sí que supuso una sorpresa!

—Otra amiga, la señora Ana Tzu, tengo entendido que se reunirá con nosotros en cuanto le sea posible. Confío en que disfrutarán de su estancia en la República Popular y que regresarán a su país con un mejor conocimiento de nuestra Revolución socialista.

A continuación, habló la señora Liu.

—¡Bien venidos, amigos americanos! Han llegado a China en un gran momento. Todos nos regocijamos por el derrocamiento de la ultraderechista Banda de los Cuatro, y por la actual dirección de nuestro preclaro presidente Hua. Al tomar la lucha de clases como misión principal y la agricultura como factor primordial, continuamos la guía de Tachai en la agricultura y la de Taching en la industria, a fin de protegernos del peligro de una restauración capitalista y avanzar con ilusión por el camino socialista.

—Y ahora, un pequeño *almuerzo* —anunció el señor Hu.

—Almuerzo —corrigió el señor Yen.

—Sí, almuerzo —rectificó el señor Hu, ruborizándose.

Seguimos a nuestros guías por otro pasillo cruzando varios despachos vacíos y otro salón. Sonya iba al frente, conversando en voz baja con la señora Liu, como si fueran viejas amigas que vuelven a reunirse después de varios años. Las observé mientras llegábamos al otro lado del edificio, donde habían sido dispuestas dos mesas redondas bajo un retrato marrón del presidente Mao en su despacho.

Yen nos hizo un gesto para que nos acomodáramos, y yo me senté entre Ruby Crystal y el señor Hu. La señora Liu, Harvey Walsh y Reed Hadley tomaron asiento enfrente. Empezamos lo que resultó ser un almuerzo de once platos, con cerdo asado en salsa de pimientos picantes, rabo de buey al vapor, gambas en salsa de gelatina y pescado con salsa de ostras. Una camarera nos llenó los vasos de cerveza, naranjada y *mao tai*.

—¿Qué es eso? —pregunté al señor Hu, indicando una mezcla de pollo y otros ingredientes totalmente desconocidos para mí.

Miró indeciso a la señora Liu.

—El tendón de Aquiles del cerdo, con pollo y jamón —explicó ella—, cocinado con escalonias, jengibre y un chorrito de vino de arroz... ¿Usted no come?

Observaba a Ruby Crystal, que efectivamente estaba sentada frente a un plato vacío.

—Es mi día de ayuno. Tengo dos por semana.

La señora Liu continuó mirándola, totalmente desconcertada. A continuación estalló en una carcajada.

—¡Ah, los americanos! Siempre están a dieta. —Se dio unas palmaditas en el estómago, que era tan liso como el de Ruby—. Aquí, en China, trabajamos.

Ruby contempló su plato con incomodidad. Sirvieron una bandeja de costillas magras de cerdo con judías adobadas, y a continuación frijoles en salsa de sésamo. El señor Yen se puso en pie con un vaso de *mao tai*. Los demás seguimos su ejemplo.

—¡Por la amistad de los pueblos chino y americano!

—¡Por la amistad!

El *mao tai* bajó por mi garganta hasta los pies en menos de un segundo. Harvey Walsh se inclinó hacia mí.

—Es preciosa, ¿verdad?

—Igual que en las películas.

—No me refiero a Ruby, sino a la señora Liu.

Después del almuerzo bajamos un par de pisos y salimos al andén de la estación. A través de los altavoces sonaba *El Este es rojo*. Me detuve y lo escuché mientras observaba al otro lado de las vías un arrozal en el que varios campesinos trajinaban. Cerca de allí, algunas mujeres con cascos trabajaban en las líneas de conducción eléctrica.

Acaso fuera el *mao tai*, pero de inmediato me sentí plenamente identificado con los arroceros y las mujeres. En realidad, con todos los *que me* rodeaban. La música también me producía efecto, igual que en los años sesenta, cuando hubiera podido echarme a llorar mientras cantaba *Venceremos* en las marchas por la paz y en las manifestaciones. Era aquella extraña sensación de sentirme en mi elemento, si bien en un lugar tan exótico resultaba poco menos que incomprensible.

Pero me dejaba llevar por las emociones, al tiempo que cruzaba el andén y pasaba por una enorme sala de espera, donde centenares de chinos de ultramar guardaban cola ante las ventanillas, para dirigirme al tren de Cantón. Nos hicieron subir a un vagón con aire acondicionado, con más tapetitos Victorianos y literatura propagandística. Escogí un asiento al lado de la ventanilla. Se acercó otra camarera con coletas que me ofreció té en tazas de cerámica blanca con tapadera. Pero no se sentía mi servidora, sino mi igual. Le sonreí al aceptar una taza. Su sabor me pareció ambrosía. Todo lo que esperaba de aquel país empezaba a volverse realidad.

El señor Yen debió de adivinar mis pensamientos, ya que abandonó su asiento al lado del señor Hu y se sentó a mi lado.

—Y bien, ¿cómo se siente al encontrarse en China, señor Wine?

—Me parece imposible. ¡Apenas puedo creerlo!

—Nos complace tenerle aquí.

El tren se puso en marcha, resoplando al pasar por el arrozal donde estaban los campesinos agachados. Parecían personajes de un cuadro.

—Tengo entendido que es usted detective privado.

Asentí.

—Da la impresión de ser algo interesante. ¿Qué hace usted?

—Investigo asuntos que la policía no puede... o no quiere investigar.

Yen pareció confundido.

—Verá —aclaré—: un empresario quiere averiguar algo sobre la competencia... o alguien trata de localizar a un niño extraviado, o un hombre quiere confirmar que otro hombre mantiene relaciones con su esposa.

—¿Usted se dedica a eso?

Una cabeza se asomó por el respaldo de enfrente antes de que pudiera contestar.

—Claro que sí. Es un desastre. ¡Un saldo!

Era Sonya.

—¿Un saldo? —Yen no entendía.

—¡Hace cualquier cosa por dinero y se pasea en un Porsche!

—¿Es eso cierto?

—Básicamente —admití, sin humor para hacer propaganda de las dos o tres ocasiones en que había empleado mi talento en asuntos que valían la pena.

Pero Yen no se alteró.

—No tiene nada de que avergonzarse; todos somos el producto de nuestras condiciones históricas. Usted es el producto de las condiciones de su sociedad, al igual que nosotros de la nuestra.

—Eso no es una excusa para que no actúe mejor —refunfuñó Sonya.

Pero no me importó. Tenía a Yen de mi parte y estaba en China.

El tren avanzaba a toda velocidad. Me recliné mientras otros miembros del grupo le acribillaban a preguntas.

—Sí —decía—, por difícil que sea imaginarlo, la zona que ahora estamos atravesando era estéril antes de la Liberación. Los programas de repoblación forestal y la construcción de embalses han cambiado la faz de esta tierra. Los pobres campesinos que antaño podían creerse afortunados si conseguían una escasa cosecha de arroz, ahora forman parte de comunas que recogen dos o tres abundantes cosechas cada año. Se han desmontado colinas enteras y se han instalado sistemas de regadío por doquier. A pesar de la injerencia de la Banda de los Cuatro, el pueblo sigue empeñado en convertir toda la provincia en un vergel.

Al irnos acercando a Kwangchow, el terreno parecía más poblado, y algunas fábricas moteaban los arrozales. Atravesamos el río Perla, ancho y de color ocre. Algunos campesinos circulaban en bicicleta por el puente de caballetes. En el grupo había surgido una alegre camaradería. Max Freed le enseñaba al señor Hu las más

modernas palabras del argot americano, mientras Mike Sánchez y Harvey Walsh tomaban fotografías en la parte posterior del vagón. Spitzler, que debía de sentir las mismas emociones que yo, se paseaba por el pasillo tarareando canciones pacifistas. Al llegar a la estación de Kwangchow, la señora Liu empezó a cantarnos una estrofa de una canción campesina de *El Gran Salto Adelante*. Tradujo la letra:

*No existe Emperador de Jade en el cielo,
no existe el Rey Dragón en la tierra.
Yo soy el Emperador de Jade,
yo soy el Rey Dragón.
Abridme camino, colinas y montañas:
ya voy.*

Aquella tarde, Reed Hadley, nuestro consejero de inversiones, me comentó que Cantón era el centro del jade. Nos encontrábamos bajo el pabellón del parque dedicado a los mártires de la insurrección de 1927. Uno de nuestros guías estaba explicando que las tropas de Chiang Kai-shek habían irrumpido en la comuna de Cantón, donde asesinaron a cinco mil personas, cuando Reed me aconsejó que no me fiara si encontraba alguna ganga. Le contesté que no entendía nada de tales piedras.

De regreso al autocar, Hadley pegó la hebra con el señor Hu, a quien preguntó si Cantón era un buen lugar para adquirir antigüedades. Sólo estaríamos dos días y medio en la ciudad, y necesitaría tiempo libre para hacer algunas compras.

El señor Hu pareció un poco perplejo y titubeó unos momentos, para terminar diciendo que vería lo que se podía hacer. Entramos de nuevo en la ciudad siguiendo el curso del río Perla. Al llegar al centro, el tráfico de vehículos y personas se intensificó. Unida por un puente, apareció la isla de Shamien, la antigua concesión francesa y británica, con sus villas de color pastel que se reflejaban en el agua.

En épocas anteriores, se nos informó, ningún chino podía entrar sin salvoconducto, y los puentes se cerraban a las diez de la noche.

Nos detuvimos frente a un monumento dedicado a la memoria de los manifestantes asesinados allí en 1925 por balas de soldados europeos. Los chinos protestaban por el «trato desigual», lo que dio como resultado la huelga general que paralizó los puertos de Cantón y Hong Kong.

Ahora otros chinos nos contemplaban con las narices pegadas a la ventanilla de nuestro autocar.

—¿No podríamos dar un paseo? —preguntó Spitzler a Yen, expresando un deseo que todos teníamos: salir y mezclarnos con el pueblo chino.

Habíamos sido recogidos por nuestros guías locales nada más llegar a Cantón y llevados de monumento en monumento sin detenernos siquiera en el hotel para dejar el equipaje. Teníamos muy poco tiempo para ver Cantón, dijeron, y nosotros estuvimos de acuerdo.

Yen consultó el reloj.

—De acuerdo, pero debemos estar de regreso en el hotel a la hora de la cena.

Nos incorporamos con rapidez y bajamos del autocar, mientras los chinos se dispersaron educadamente para observarnos desde la acera cercana. Me sentía algo incómodo, tal vez culpable por los actos de unos soldados europeos que habían muerto varios años antes de que yo naciera, cuando un camión abierto apareció con media docena de hombres en la parte posterior. Llevaban pañuelos rojos alrededor de la frente, gritaban y aporreaban enormes timbales y platillos. De los parachoques y las portezuelas pendían serpentinas rojas.

—¿Es alguna fiesta? —pregunté a la señora Liu.

—Son trabajadores de la siderúrgica número tres de Cantón, que celebran la segunda conferencia de aprendizaje industrial de Taching.

—Parece el Año Nuevo chino en América.

—En la Nueva China, señor Wine, subsisten antiguas tradiciones.

La señora Liu parecía divertida. Me di cuenta de que Harvey Walsh tenía razón. Era hermosa. Pero no al estilo de las chicas de la frontera con mejillas de melocotón, del tipo que aparecía en las portadas de las revistas chinas. Ella era a la vez más cotidiana y más distante, como las mujeres combativas, y con un atractivo especial que yo había conocido en la universidad aunque fuera totalmente distinto.

El camión dio la vuelta, y al pasar por delante de nuestro autocar los timbales sonaron más fuerte.

—Es la emulación socialista —explicó—. Los trabajadores aprenden de los éxitos de otros trabajadores, para poder servir mejor al pueblo.

Vimos que el autocar desaparecía por la esquina, y ella se dio la vuelta para contestar a una pregunta de Ruby Crystal.

Me uní a Nick Spitzler y a Natalie Levine para dar un paseo por la isla de Shamien. El antiguo baluarte imperialista había sido tomado por el pueblo, ya que la ropa tendida ondeaba en las ventanas de las viejas mansiones. Lo que debió ser el «club», edificado a lo largo de la ribera, ostentaba banderas rojas que decoraban el paseo marítimo donde los antiguos oligarcas tomaban el sol.

Nick, Natalie y yo decidimos abandonar la calle principal, y nos internamos por un callejón donde algunas ancianas jugaban a algo parecido al ajedrez. Nos miraron asombradas, y Natalie las saludó con la mano experta de un político.

Spitzler y yo no nos habíamos visto desde hacía bastante tiempo e intercambiamos bromas sobre la vez, algunos años atrás, en que acudí a él para que me ayudara a localizar a un tipo del movimiento clandestino de quien él era abogado. Un año después aún creía que yo era un agente del FBI.

—¿Qué te parece que puede ser eso? —dijo, señalando un enorme edificio al final de la manzana rodeado por un muro de ladrillo.

Trozos de cristal dentado estaban empotrados en el cemento alrededor de las ventanas, y en la parte alta del muro, con la intención de desanimar a los visitantes.

—El monumento Sun Yat-sen a los Disidentes Políticos —bromeé, pero sin mala intención.

—Vamos a echar una ojeada —dijo, al tiempo que se encaminaba hacia la puerta principal, una muralla de hierro que daba la impresión de necesitar un ariete para franquearla. Empezó a empujar con el hombro.

—¡Nick, por todos los cielos! —gritó Natalie, disponiéndose a detenerle.

—¡Oh, vamos! —dijo—. ¿Qué pueden hacernos? Además, ¿no sentís interés? ¡Somos defensores del pueblo!

—¡Hace cuatro horas que entramos en China!

—¡Si tienen algo que ocultar, debemos saberlo!

Volvió a empujar la puerta. Le cogí del brazo para disuadirle.

—¡Nick!

—¿Qué pasa?

Se me quedó mirando y con los músculos en tensión. Yo sabía que Spitzler era un exaltado. Había sido procesado por desacato más veces que cualquier otro abogado al oeste de Omaha.

—No lo hagas —le dije.

—Que no haga ¿qué?

Se soltó y dio un puntapié a la puerta. Estuvo a punto de caer cuando la puerta se abrió sin apenas ofrecer resistencia.

—¡Mierda! —sonrió—. ¿No queréis ver esto?

Avanzamos unos pasos y miramos por encima de su hombro. En el interior había alrededor de unos cien niños sentados sobre las rodillas y cantando a coro. Al vernos callaron y empezaron a aplaudir. Su joven y bonita maestra nos saludó con la mano y nos dedicó una amplia sonrisa. Me sentí avergonzado por mis prevenciones.

Nuestra pequeña aventura provocó una anécdota divertida en el autocar, ya de vuelta al hotel. Incluso provocó la carcajada de los guías. Al parecer, según explicó uno de los de Cantón, habíamos irrumpido en la guardería de la fábrica de seda de la localidad. Sí, muchos años atrás había sido una prisión, pero había dejado de serlo incluso antes de la Liberación, durante el gobierno del Kuomintang, hacía más de cincuenta años.

Aún estábamos con la sonrisa en los labios cuando nos reunimos en el vestíbulo del hotel, el Viento del Este, un edificio sombrío parecido a un granero, que me recordó el Atlantic City antes de que lo convirtieran en casino. Mike se dedicó a contar los equipajes, mientras Sonya distribuía las habitaciones para nuestra primera noche en el interior del país.

—¡No puedo creerlo! ¡Las habitaciones no tienen llave! —exclamó Nancy Lemon.

—¿Verdad que es fantástico? —dijo Ruby. Ya se había comprado un traje tipo Mao y llevaba la estrella roja en la solapa.

—Seguro que le saca de sus casillas —comentó Sonya señalándome.

—¡Cielos! —exclamó Nancy—. No debe de haber delitos.

—¿Es eso cierto? —preguntó Max Freed dirigiéndose a nuestros guías, que seguían allí para asegurarse de que todo funcionara bien.

—Aún se producen delitos —admitió el señor Liu—. Estamos en un período de transición y en el socialismo quedan enemigos clasistas, contradicciones entre el pueblo. Puede seguir así durante varios años.

—Pero no tienen nada que temer —concluyó Yen, alentador.

Nancy negó con la cabeza, atónita. Los demás compartíamos su impresión. Entonces Sonya asignó a ella y a Natalie Levine una habitación. Se encaminaron al ascensor.

—Llama cuando bajes a cenar —oí que Nancy le decía a Fred Lisie antes de que se cerraran las puertas.

Mi compañero de habitación en Cantón era Staughton Grey. Hubiera querido hacerle saber que su discurso en la Cooper Union, en 1958, había sido el motivo por el que a los quince años me afilié al Sindicato Pacifista de Estudiantes.

Sin embargo, agotado por el trajín, se quedó dormido inmediatamente después de la cena.

Salí al balcón y contemplé Cantón. En una dirección divisé el río Perla que serpenteaba en su camino de vuelta a Hong Kong; en la otra, una hilera de fábricas que finalizaba en la hermosa pagoda del templo de las Seis Higueras. La Vieja y la Nueva China.

Agité la cabeza y suspiré profundamente. Allí estaba yo, en el balcón de una habitación de hotel a doce mil kilómetros de casa, rodeado de una cuarta parte de la raza humana.

No conocía a nadie, aparte las personas de la expedición y algunos guías que había conocido pocas horas antes. No hablaba una sola palabra del idioma, me hubiera perdido a veinte metros del hotel y en mi puerta no había cerradura. Sin embargo, no tenía miedo. Aún sonaba en mis oídos *El Este es rojo*.

Al día siguiente, aprendí mucho sobre la Banda de los Cuatro, o al menos eso creí. Nos encontrábamos en la comuna Nueva China, a una hora de viaje desde Cantón, chapoteando en el barro que había producido la tormenta. Tuvimos nuestra primera experiencia de lo que los chinos llamaban «una breve introducción», seguida de las visitas a los campos comunales de cacahuets y a un taller de reparaciones.

Nos disponíamos a regresar, para el almuerzo, al edificio donde había tenido lugar la introducción, cuando me detuve para observar una pizarra llena de complicada caligrafía escrita con tiza de tonos pastel. Iba a proseguir mi camino cuando me di cuenta de la presencia a mi lado de la señora Liu.

Había llegado sin hacer ruido, caminando sobre el terreno fangoso.

—Equipo de Producción Número Tres... Noticias del día —aclaró señalando la pizarra.

—¿Locales, nacionales o internacionales?

—De todo tipo.

Le desagradó la ironía en mi voz, sin comprender que no pretendía insinuar nada. Simplemente era mi estilo.

Mientras aparentaba interesarme por la pizarra, la miré por el rabillo del ojo. Aquella mañana no vestía de azul proletario, sino una blusa de manga corta con un estampado cursi de florecitas del tipo que solían llevar las universitarias a principios de los años sesenta, antes de que todo el mundo se volviera *hippie*. Pero en ella no parecía cursi en absoluto.

—¿Qué dice aquí? —pregunté, indicando un ángulo inferior a la derecha.

—Equipo de Producción Siete... Primero en producción de cerdos en mayo de 1977.

—¿Y aquí?

—Nuestros hermanos y hermanas de Taiwan esperan ansiosos la Liberación.

—¿Y aquí?

Señalé la más espectacular de todas las caligrafías: grandes ideogramas en color rosa adornados con nenúfares meticulosamente dibujados.

—Continuemos la lucha a vida o muerte entre el proletariado y la burguesía hasta el final. ¡Aplastemos a la Banda de los Cuatro!

Sonreí.

—¿Le parece divertido?

—Lo que dice, no; sólo la retórica.

—Eso ¿qué significa?

—El lenguaje. Es un poco exagerado.

—Usted no lo comprende. Todo nuestro Partido, la dictadura del proletariado, estaba amenazado.

—¿Por quién?

—Por la Banda de los Cuatro. —Parecía impacientarse—. No entiendo cómo puede considerarlo un asunto frívolo.

—No lo considero un asunto frívolo.

—¿Se da usted cuenta de que la Banda hizo retroceder la producción diez años?

—¿Cómo lo consiguió?

—Predicando la revolución y practicando el revisionismo.

—No lo entiendo.

—Eran izquierdistas en la forma, pero derechistas en la esencia. ¿Conoce el concepto «rojo y experto»?

Negué con la cabeza.

—Durante la Revolución Cultural, se llegó a la conclusión de que no era suficiente ser bueno en algo, ser un experto. También era necesario tener buenas ideas políticas, identificarse con las masas... Rojo y experto. —Aguardó unos momentos para que sus palabras causaran efecto. Estábamos solos. Todos los demás habían entrado en el comedor—. La Banda de los Cuatro transformó... ¿Cómo lo llaman ustedes? Transformó en una burla esa idea. Afirmaban que ser rojo era lo más importante, y que la condición de especialista no contaba nada. La producción bajó. Las fábricas se convirtieron en un caos. Cualquiera que fuese un buen técnico, que quisiera hacer bien su trabajo, era acusado de fuerza productiva. Era puesto al ridículo.

—Puesto en ridículo.

—Eso es. Puesto en ridículo. No hablo muy bien.

—Habla usted estupendamente.

Una débil sonrisa apareció en su rostro y en seguida se desvaneció.

—¿Dónde aprendió inglés? —pregunté.

—En el Instituto de Lenguas Extranjeras de Pekín. Bien, ¿lo ha entendido?

—Algo.

Oímos una puerta que se abría y giramos la cabeza. El señor Yen estaba en la entrada de la sala de reuniones.

—Llega tarde al almuerzo —se apresuró a advertir—. Si tiene más preguntas sobre la Banda ya habrá oportunidad de hacerlas después.

Comimos en un salón de la planta baja, con retratos de Marx y Engels en las paredes y frente a un paisaje rural. El jefe del comité revolucionario, un individuo anodino de aspecto robusto y campesino, nos sirvió él mismo alimentos que, según afirmó con orgullo, procedían exclusivamente de la comuna. Después nos explicó cómo había perdido su empleo durante la Revolución Cultural, debido a que los labradores pensaban que se estaba convirtiendo en un burócrata engreído. Incluso ahora, para demostrar su espíritu proletario, únicamente empleaba medio día en tareas administrativas, y el resto trabajaba en el campo.

Nos mostró sus manos callosas, pero no le presté mucha atención. Había pasado

todo el almuerzo reflexionando sobre la conversación en el patio, preguntándome si la señora Liu habría observado que nos encontrábamos solos y por qué me había escogido a mí para conversar. China era, evidentemente, un país de pequeños detalles, de enormes procesos ideológicos que enmascaraban sutiles cambios de la conducta social.

Sorbí un poco de té, consciente de que tal tipo de especulaciones no eran muy caballerizas. Incluso la idea de una relación con una mujer china era imprudente, si no absurda, de acuerdo con las advertencias de Sonya. No obstante, así estaba yo, al segundo día, como un Jimmy Carter cualquiera cometiendo adulterio con la mente. «Romanticismo —me dije—; romanticismo burgués y nada más». Apuré la taza y traté de olvidarme.

Pasamos la tarde viendo piaras de cerdos y otros animales de la comunidad agraria. Seguía cayendo una lluvia sutil y las lejanas colinas parecían dibujadas a pincel. Fotografié un búfalo de agua y un novillo, para mis hijos. También tomé una instantánea de un muchacho que llevaba una red de cazar mariposas. A ellos les encantaría.

Seguimos al camarada del comité revolucionario montaña arriba, bordeando un río que desembocaba en el pantano de la comuna. La cuesta era empinada y llegamos hasta un lugar desde donde se divisaba todo el valle. Al parecer, por casualidad, me encontré caminando al lado de la señora Liu. Ella no dijo nada y yo tampoco. Seguimos adelante en silencio hasta que tuvo que detenerse para atender a dos miembros del grupo que tenían solicitudes concretas. Mike Sánchez quería saber si dispondría de tiempo para visitar el taller de máquinas y Harvey Walsh preguntaba si sería posible convocar una sesión de crítica y autocrítica. Después de contestar a sus preguntas creí que reemprenderíamos la marcha, pero ella me miró de frente.

—Me sorprende que no sienta más curiosidad por la Banda de los Cuatro.

Tenía los ojos risueños. A toda prisa inventé dos preguntas.

—Ejem... Pues en primer lugar, si esta banda era tan terrible, ¿cómo sus miembros pudieron llegar a ocupar cargos tan importantes?

—Es un tema complejo que tiene que ver con el Partido Comunista y la lucha de clases bajo el socialismo.

—¿Cree que estoy lo suficientemente adelantado para entenderlo?

—No lo sé... ¿Comprende ya el concepto de Rojo y experto?

—Creo que significa poner la experiencia al servicio del pueblo.

—¿Y...?

—Y ¿qué?

—¿Eso es todo?

—Supongo.

—No suponga. Piense.

—¿Qué más puede ser?

Ella agitó la cabeza.

—Se está comportando como el hombre con los ojos vendados que caza gorriones. Debe estudiar las condiciones conscientemente y actuar desde la realidad objetiva, no desde los deseos subjetivos.

A continuación, reemprendió la subida. Me disponía a seguirla cuando oí gritos al otro lado del río. Unos campesinos, dos mujeres y un hombre, corrían cuesta arriba hacia el pantano. Entonces vi que Yen bajaba para reunirse con ellos, seguido del camarada del comité revolucionario y varios miembros de nuestro grupo. Después de un rápido intercambio de palabras en chino, se dirigieron a un pequeño puente de madera. Fui detrás de ellos hasta el otro lado, donde se elevaba un silo en el remanso del río. Al lado de unas rocas flotaba el cadáver de un chino.

—Debe de haber caído desde arriba —dijo Yen de inmediato a los aterrorizados americanos que le rodeaban.

Los campesinos sacaron el cadáver del agua. Todavía manaba sangre del gran orificio que las rocas habían abierto en su cráneo. Nancy Lemon jadeó y se dio la vuelta. Max Freed se había puesto lívido y se llevó las manos al estómago.

—Es una verdadera pena que hayan tenido que ver esto —prosiguió Yen intentando alejarnos, al tiempo que el camarada del comité daba instrucciones a los campesinos para que cubrieran el cadáver con una manta.

Por instinto profesional me acerqué al cuerpo para observarlo con atención. Se trataba, ciertamente, de una muerte extraña. Teniendo en cuenta el lugar de la herida, daba la impresión de que el hombre hubiera debido caer hacia atrás desde el silo, una maniobra bastante torpe tratándose de un campesino local. A menos que hubiera sufrido un ataque. O...

—El detective inspecciona el cadáver —comentó Yen con una media sonrisa.

—Sí. Al parecer, el hombre estaba entrenándose en el salto hacia atrás.

—¿Salto hacia atrás?

Yen parecía confundido.

—Ya sabe. De esta forma.

Le hice una demostración.

—Oh, sí. —Yen emitió una risa forzada y me miró fijamente unos momentos—. Lamento tener que reconocerlo, pero ha habido muchos accidentes de este tipo, especialmente bajo el mandato de la Banda de los Cuatro. Defendían una pésima forma de trabajar, y los campesinos y obreros no tomaban precauciones. Este hombre, según me han informado, era partidario de la Banda.

Señaló el cadáver, que ya estaba cubierto por una manta verde.

—¿La Banda de los Cuatro? —dijo Max—. Parece difícil de creer.

—Lo sé de buena tinta —afirmó Yen—. Pero no debemos quedarnos aquí.

Nos indicó que le siguiéramos colina arriba. Al darme la vuelta vi que Liu se encontraba a pocos pasos. Saludaba militarmente, con la mirada fija en el cadáver y la intensa sensación de pérdida que uno asocia con los parientes del difunto en un funeral.

—Usted le conocía —dije.

—¿Qué?

Pareció sobresaltada.

—Usted conocía a este hombre.

—No. Por supuesto que no. —Me miró a los ojos tratando de mostrarse categórica. Me pregunté si la verdadera camaradería convertiría a todo el mundo en un familiar cercano. Pero nadie más parecía tan afligido—. Vamos —me dijo—, tiene que ver el pantano. No permita que este tipo de accidentes estropee su viaje a China.

Empezó a subir la colina con agilidad. En pocos segundos estaba en la cima. La seguí despacio mientras observaba cómo los campesinos se llevaban la incómoda carga río abajo. Cuando alcancé a Liu ya estaba traduciendo las palabras del camarada sobre la presa. El viento salvaje no movía ni uno solo de sus negros y cortos cabellos. Me reuní con los demás y escuché.

Aquella noche, la muerte del hombre había quedado reducida a una anécdota desagradable. Se nos había preparado un acontecimiento especial. Presenciaríamos *La Sociedad de la Pequeña Daga*, un espectáculo de danza revolucionario inspirado en la rebelión de Taiping del siglo XIX. Las mejores localidades del teatro dedicado a la memoria de Soong Ching-ling, viuda de Sun Yat-sen, habían sido acordonadas para nosotros, y yo me senté junto a Sonya en el centro de la fila de honor, rodeados de más de tres mil personas. Encima de mi cabeza una gran pancarta roja decía: ¡APOYAD LA LÍNEA REVOLUCIONARIA DEL PRESIDENTE MAO EN LA LITERATURA Y EN LAS ARTES!

Me acomodé y traté de interesarme por los estrafalarios brincos y el manejo de espadas; pero si bien en circunstancias normales me hubiera fascinado, mis ojos se desviaban continuamente del escenario hasta otra persona.

—Me alegro de que China te guste tanto, Moshe —dijo Sonya, siguiendo mi mirada hacia la derecha, donde estaban sentados los guías—. Me complace mucho..., pero recuerda que, pase lo que pase, estás aquí para aprender socialismo.

El tercer día por la mañana, estábamos todos ebrios de ideología y enamorados de China. Ni siquiera los brotes de gripe y diarrea (*la venganza de Chiang Ching*) enfriaron nuestro entusiasmo. Lo único que nos preocupaba era que nuestros compatriotas no nos creyeran a nuestro regreso.

Y para que nada enturbiara el resto del viaje, Ana Tzu se presentó a la hora del desayuno. Había llegado a la frontera la noche anterior y, gracias a Yen, un coche la había recogido en Lo Wu y la había traído a Cantón. A nadie pareció extrañarle que los médicos de Hong Kong hubieran sido incapaces de diagnosticar su dolencia ni que las preguntas sobre su estado actual fueran contestadas con evasivas.

La euforia del grupo continuaba después de subir al autocar que nos llevaría a visitar la antigua fábrica de cerámica, en los suburbios de Foshan. Sólo Sonya, sentada sola en la parte posterior, parecía apesadumbrada. Siempre había existido en ella una parte oscura y reservada —el producto de más desengaños de los que quería admitir—, y no confiaba en que me abriera su corazón. Pero no habían transcurrido cinco minutos desde la salida del hotel, cuando ella se inclinó sobre mi asiento y me habló al oído como si se dispusiera a comunicarme que Goebbels acababa de ser elegido alcalde de Filadelfia:

—¿Qué piensas hacer con ellos?

—¿Quiénes?

—La Banda de los Dos.

Se inclinó aún más para indicar el asiento sobre la rueda. Fred Lisie y Nancy Lemon se apretujaron riendo y rozándose las piernas mientras rebotaban en la carretera llena de baches.

—¡Oh, vamos!

—No pienses que los chinos no lo han notado.

—¿Cómo lo sabes?

—Siempre se dan cuenta... Además, anoche después de la función, Yen me lo mencionó.

—¿Qué te dijo?

—Que era asunto nuestro.

—¿El qué?

En aquel momento, la señora Liu se levantó para mostrarnos el Instituto del Movimiento Campesino, el antiguo templo de Confucio, donde en 1923 Mao discutió por primera vez con Borodin, el representante ruso, sobre si sería el proletariado industrial o el campesinado el que hiciera la Revolución en China.

—¿Qué es asunto nuestro? —repetí.

—Procurar que se comporten.

—Pero ¿qué han hecho?

Sonya me perforó con la mirada.

—Sonya... ¿Por qué debemos procurar que se comporten si no han hecho nada?

—¿Cómo lo sabes?

—Exacto. No lo sé.

—Entonces ¿cómo quieres que lo sepa yo?

—Bueno, ¡pues pregúntaselo a Natalie Levine! ¡Ha sido su compañera de habitación las dos últimas noches!

—Eh, ¿qué ocurre? —preguntó Harvey Walsh dándose la vuelta—. ¿Puedo ayudar?

—Nada. Bobadas. Olvídelo —dije.

Antes de que él pudiera añadir algo, llegamos a la fábrica de cerámica, una construcción espaciosa alrededor de una explanada y al parecer incólume tras cataclismos políticos como la Revolución Cultural y la lucha contra la Banda de los Cuatro. Después de otra «breve introducción», nos llevaron a los talleres. Ante las mesas bien iluminadas estaban sentadas atractivas mujeres cantonesas que modelaban pececillos y dragones para la exportación, o algunas cerámicas más ambiciosas de figuras de trabajadores y médicos rurales. En el piso de arriba algunos hombres sentados bajo los tragaluces manipulaban grandes pellas de arcilla oscura. Tenían los dedos largos y elegantes y ofrecían encantadoras sonrisas: eran los diseñadores.

Natalie Levine inquirió por qué ninguno de ellos era mujer. Más tarde, en la sesión de preguntas, descubrimos que sólo el veinte por ciento del comité revolucionario de la fábrica lo formaban mujeres, a pesar de que la fábrica contaba con el ochenta por ciento de trabajadoras.

Era igual que en casa. Me quedé allí sentado, con un ligero sentido de culpabilidad masculina, mientras las mujeres de nuestro grupo se iban indignando más y más. Todas excepto Nancy, que daba la impresión de que nada podía perturbarla.

—¿Qué ocurre? —volvió a preguntarme Harvey cuando salíamos de la sala de reuniones, y entrábamos en la tienda de la fábrica para comprar recuerdos.

—No se preocupe —le dije.

—Oiga, soy un profesional del funcionamiento de grupos, y cuando la dinámica empieza a fallar, mi sexto sentido me advierte de inmediato.

—Sí, y yo soy un fisgón profesional, y sé que lo más inteligente es mantener el pico cerrado cuando se trata sólo de chismes.

—Lo dice por lo de Nancy y Fred, ¿verdad?

No contesté, y continué buscando en las estanterías algo que gustara a mis hijos. Vi unos pandas, pero un poco más adelante encontré algo que quería para mí: una cerámica de unos noventa centímetros que representaba a Mao, Chu En-lai y al general del Ejército Rojo, Chu Teh, sobre la cumbre de la montaña de Chingkiang.

—¿Cuánto vale ésta? —pregunté a la guía que tenía más cerca.

Un intercambio de palabras con el dependiente dio la respuesta: ciento cuarenta

yuans. Setenta dólares americanos. «No está mal», pensé, y me decidí a comprarla cuando otro de los dependientes la trasladó desde la estantería a las codiciosas garras de Max Freed.

—Para la sala de juntas de *Modern Times*.

Sonrió con superioridad. Una hilera de ábacos contabilizaban a medida que mis compañeros vaciaban la tienda. Compré dos pandas y salí.

Todos nosotros, orgullosos propietarios de cerámica revolucionaria de Foshan, subimos al autobús con nuestros tesoros. Yen se paseaba arriba y abajo examinándolos. Pasó de largo al llegar a Reed Hadley, que llevaba un delicado ramillete de geranios de cerámica —el objeto más caro de la tienda— y se detuvo frente a Ruby Crystal, quien había comprado una hermosa escultura de tres mujeres trabajadoras: una negra, otra blanca y la tercera oriental.

—«Las mujeres son la mitad del cielo» —dijo Yen, traduciendo la cita de Mao grabada en la peana—. ¿Cuánto le ha costado?

—Doscientos ochenta yuans —contestó Ruby.

—Muy bonito —comentó Yen—. A sus amigos les encantará.

Ella se sonrojó. Acabábamos de saber que el salario medio de los trabajadores de la fábrica era de cuarenta y seis yuans al mes. Aquella cerámica significaba el sueldo de seis meses. Para Ruby, menos de una hora de trabajo.

Yen se dio la vuelta.

—¿Cuándo veremos el pato? —le preguntó Reed.

—¿El pato?

—Sí. El pato de la dinastía Han. Ese que no enviaron a la exposición arqueológica.

—Nunca he oído hablar de tal cosa.

Interrogó con la mirada a la señora Liu, que no contestó.

El autobús arrancó para llevarnos a una fábrica de seda, donde varias centenas de telares producían veinte mil metros diarios de tejido, y a un templo taoísta del período Ming, ahora parque público.

El templo se encontraba en el mismo distrito de la fábrica de cerámica, y estaba decorado con serigrafías vidriadas de varios siglos de antigüedad. Pero el arte era más exigente en el pasado, y la calidad del vidriado, mejor. Me abrí paso entre una multitud de chinos curiosos hasta una sala llena de gongs de bronce y símbolos yin-yang. La decoración me recordaba la de un restaurante macrobiótico de Berkeley, cuyos alimentos en malas condiciones costaron a tres estudiantes la hospitalización. Algunos dioramas mostraban lo que imaginé debían de ser los espíritus diabólicos de la religión. Uno mostraba a un monje taoísta devorando un banquete mientras la gente desfallecía de hambre; otro, un sumo sacerdote que azotaba a los trabajadores que construían el templo. En la vitrina de la pared de enfrente aparecía una serie de caricaturas de malvados más recientes: Wang-Chang-Chiang-Yao, la Banda de los Cuatro. Los hombres eran mostrados como traidores, embozados en capas negras o

bombardeados con tomates, y sus tortuosos rostros sujetos en cepos. Chiang Ching estaba retratada como una zorra de 1890 ajustándose las ligas, frente a un grupo de personas que resultó ser la prensa extranjera.

Los caricaturistas habían hecho lo posible para presentar a Chiang Ching lo más repulsiva posible, pero en mí causaba un efecto erótico. En mi mente se producía una asociación, no podía evitarlo.

Me di la vuelta esperando encontrarme a Liu. No estaba allí, por supuesto. En su lugar había un grupo de asistentes sociales retirados australianos, a quienes reconocí del hotel. Les hice una inclinación de cabeza y pasé de largo decidido a buscar a Liu. Entré en diversas salas del templo y empecé a bajar los escalones que conducían a la explanada. Una hilera de jóvenes exploradores con mentes sanas en cuerpos sanos, seguían a su instructor con paso marcial. Aguardé a que se alejaran y entonces la vi. Estaba al lado de una acacia hablando con Sonya. Cuando se percataron de mi presencia, se separaron de inmediato *como* si las hubiera cogido en falta. Liu vino hacia mí.

—La estaba buscando —le dije cuando llegó—. Quería preguntarle por esas caricaturas de la Banda.

—¿Sí?

—Hay algo que me inquieta... Chiang Ching estuvo casada con Mao durante más de treinta años, ¿no? ¿Cómo no llegó a darse cuenta él de lo malvada que era?

—¡Oh, sí que se dio cuenta! En 1974 el presidente Mao le dijo: «Es mejor que no volvámos a vernos». Y después del Décimo Congreso del Partido aseguró: «Chiang Ching tiene ambiciones sin límite».

—Eso no es nada comparado con algunos matrimonios que conozco.

—¿Qué?

No insistí. Contemplé a los jóvenes exploradores, que estaban concentrados para almorzar. Detrás de ellos Ana Tzu cruzaba la explanada con paso rápido.

—Deje que le explique lo de rojo y experto —propuso Liu—. Usted es detective y dispara con una pistola, ¿no es así?

Asentí.

—¿Dispara bien?

—Algunas veces.

—¿Cuándo dispara mejor?

—Cuando necesito hacerlo.

—Éste es el significado de rojo y experto. Si primero uno aprende a servir al pueblo, si aprende a *necesitar* servirlo, será un experto en lo que haga. Lo hará mejor porque será por la razón justa.

Oímos unos gritos de dolor. Giré la cabeza y vi que Ana Tzu se retorció sobre la escalera del templo. Corrí hacia ella lo más de prisa que pude.

—¡Qué ha sucedido! —grité cuando llegaba a los escalones, poco antes que el grupo y una multitud de chinos.

—El estómago... ¡Me quema!

—¿Quema?

—Sí. Arde. Dígaselo a todos. A todos.

A duras penas le salían las palabras entre los gemidos. Yen se abrió paso dando órdenes en chino que alejaron a la gente. Le miré. Primero el cadáver en la comuna y ahora el extraño malestar de Ana Tzu. Me pregunté si habría alguna relación.

Me agaché para examinarla cuidadosamente. No tenía heridas externas. Su rostro estaba color púrpura, pero podía deberse a los gritos. Los ojos parecían transparentes.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sonya, estrujándome el hombro.

—No lo sé.

—Salimos para Shanghai dentro de una hora —dijo—. ¡Esos malditos médicos de Hong Kong! ¡No sirven más que para sacar dinero!

Levanté la vista.

—No saques conclusiones aventuradas.

Llegó un par de hombres con uniforme blanco y formaron una silla con los brazos para levantar a Ana Tzu.

—¿Quiénes son? —pregunté.

—De Seguridad Pública —contestó Yen—. No se preocupe; la cuidarán bien.

Oí sus gritos mientras se la llevaban.

El impacto que produce Shanghai es como el estallido de una bomba en la conciencia. Existen tres niveles a la vez y es probable que más. En primer lugar está el pasado mítico: una película de Marlene Dietrich dirigida por Josef von Sternberg, con personajes misteriosos apartando una cortina de abalorios y bajando al salón de baile de un gran hotel, y toda una vida de burdel jugando al ma-jong. Después, el pasado real: las palabras PROHIBIDO CHINOS Y PERROS en la verja del parque de Hwang Pu, los culis (la fuerza bruta de China) explotados en los muelles, el Club Alemán, el Bando Ruso-Asiático, el edificio de Aduanas construido por los ingleses en el estilo Tudor, las matanzas de Chiang Kai-shek, «el terror blanco», los miles de tugurios, el hambre y las epidemias. Incluso este segundo nivel es difícil de comprender, pero el tercero lo es aún más: el Shanghai actual, el corazón comercial del Asia comunista y la más poblada ciudad del mundo.

Los tres niveles se mezclaban en mi cabeza aquella tarde al dirigirnos desde el aeropuerto hacia el puente del Arco Iris, donde el Ejército Rojo y el Kuomintang habían combatido por el control de la ciudad en 1949. Ahora miles de bicicletas, más bicicletas juntas que las que hubiera podido imaginar, circulaban incesantemente desde los suburbios industriales al centro. Las calles estaban atiborradas de peatones que caminaban entre las bicicletas, o cruzaban de uno a otro lado bajo las indicaciones de uno de los hombres uniformados de blanco de la Seguridad Pública. Era una ciudad densa y ajetreada, igual que Nueva York o el centro de Chicago. Hacía que Cantón pareciera un despoblado provinciano de una república bananera.

Nos instalaron como marajás en un lugar llamado Jin Jiang, en la antigua concesión francesa. Nixon se había alojado allí, según me informó Spitzler, y me imaginé al pelotillero jugando al billar en el salón artesonado cercano al vestíbulo.

Me recliné en el diván de la *suite* que compartía con Li Yu-ying sorbiendo Jack Daniel's y contemplando la luz de neón roja que decía SIRVE AL PUEBLO, y que dominaba el perfil nocturno de Shanghai.

Entonces irrumpieron Max Freed y Harvey Walsh visiblemente animados.

—¡Eh, amigo, salgamos! ¡Vamos de juerga! —exclamó Max—. ¡Estamos en Shanghai!

—¡No perdamos tiempo —apremió Harvey—, lancémonos por vía capitalista!

—Muy gracioso. —Miré a Li Yu—. ¿Quiere venir?

Negó con la cabeza. Desde que habíamos cruzado la frontera, Li Yu se había mostrado silencioso. Me intrigaba el motivo, pero era difícil resistirse a una salida nocturna en Shanghai.

—Anímese, Li Yu —dije—, le necesitamos..., necesitamos un intérprete. Navegar los mares es la tarea del timonel.

—Esa frase es de Lin Piao —replicó— y está muerto.

—Bueno, no se preocupe por eso. Tiene a su lado a un sabueso —dijo Max. Se refería a mí—. No te olvides la pistola.

A regañadientes, Li Yu salió con nosotros al pasillo, donde Mike Sánchez y Ruby Crystal entregaban su ropa al empleado para lavar. Para ser alguien que nunca había tenido que malgastar el tiempo ocupándose de los detalles proletarios de la vida, se las estaba arreglando muy bien. Les dije lo que nos proponíamos, y el empleado se encaminó hacia el ascensor.

En el exterior la temperatura se mantenía en los cuarenta grados: el Calor del Tigre. Desde las escaleras del hotel vi grupitos de gente sentada en los bordillos charlando o jugando a las cartas. Las calles de Shanghai continuaban atestadas, a pesar de que eran más de las diez de la noche.

Nos encaminamos a Nanking Road, la arteria principal de la ciudad, que estaba a pocas manzanas. En las aceras se alineaban árboles recién plantados, pero las calles disponían de poca iluminación, teniendo en cuenta que se trataba de un barrio céntrico. A los habitantes no parecía importarles, ni tampoco nos prestaron mucha atención, al contrario que en Cantón. Al fin y al cabo era Shanghai, ciudad de eventos más dignos de asombro que un grupo de turistas. Yo me encontraba allí, en la ciudad más revolucionaria del mundo y que el presidente Mao enardeció con la Revolución Cultural cuando los mandarines políticos de Pekín resultaron demasiado conservadores.

Giramos a la derecha y llegamos a Nanking Road. Seguimos paseando entre el sonido constante de timbres de bicicletas y el fragor intermitente de las chicharras, un zumbido intenso y machacón que sobrecoge aunque uno sepa que se trata de miles de insectos inofensivos restregándose los élitros.

Las paredes estaban cubiertas de grandes carteles conmemorativos del decimoquinto aniversario del Ejército de Liberación del Pueblo y de otros más pequeños que alentaban a la participación en campañas de salud pública. Estaba fascinado aunque algo inquieto. No habíamos pedido permiso para salir. Pero continué caminando sin dejar de contemplar los carteles, las fachadas de los almacenes y los escaparates de las tiendas de tallarines hasta que me di cuenta de que Li Yu no nos acompañaba. Me detuve y miré a mis espaldas. No estaba. Volví rápidamente a la esquina. Nada.

Ya me disponía a dar voces, cuando apareció por detrás de un edificio, un par de manzanas más abajo. Me reuní con él.

—Me parece que he encontrado El Gran Mundo —dijo—. Mi padre me dijo que estaba al lado de Nanking Road.

—¿El Gran Mundo?

Recordé que Spitzler lo había mencionado durante la velada en Malibú, y que Nancy Lemon lo anotó en el formulario de preferencias.

—Títeres, bailes... ¡espectáculos!

—¿Un parque de atracciones?

—Más que eso: salones de té, ópera clásica...; un lugar para todas las edades. Era el alma de Shanghai.

Doblamos la esquina, y los demás, después de dudarlo un momento, nos siguieron.

—Mi padre solía traerme cuando era niño —prosiguió—. Los comunistas lo mantuvieron abierto después de la Liberación, cambiando el contenido de los espectáculos... Incluso eso terminó durante la Revolución Cultural...

—¿Vive aún su padre?

Li Yu negó con la cabeza.

—Era propietario de algunas fábricas. Me sorprendió que me dejaran volver.

Llegamos a un enorme edificio con terrazas y, en el centro, un gran patio. Las ventanas eran de doble hoja, con gruesos paneles de madera, y las paredes estaban encaladas. Un candado del tamaño de una pata de elefante cerraba la verja que daba al patio. Ciertamente, se adivinaba un cambio social, pero quedaba como testimonio de otra época.

—Aquí estaba la atracción principal —dijo Li Yu señalando el patio—, pero había otros edificios que se comunicaban a través de pasadizos subterráneos.

Con gran frustración intenté ver algo a través de la verja, en busca de pruebas concretas de que alguna vez había existido allí otra civilización. El patio estaba vacío, y todas las puertas cerradas y repintadas, pero en la pared del fondo, debajo de un pasquín político rasgado, creí ver la pierna de una tanguista. Era casi un descubrimiento arqueológico.

Deseoso de ver más, miré por la rendija de una ventana. No sé si esperaba ver a Anna May Wong reclinada en un diván con una larga boquilla en la mano, o al malvado Fu Manchú con una de sus túnicas de dragones, pero estaba oscuro como boca de lobo.

—¿Sabes lo que necesita esta ciudad? —dijo Max a mis espaldas—. Un buen fumadero de opio.

Me disgustaba admitirlo, pero estaba de acuerdo y me disponía a decírselo, cuando un ladrillo se hizo pedazos a mis pies. Me di la vuelta de inmediato para ver de dónde había venido, pero no vi a nadie.

Aterrizó otro ladrillo.

Todos retrocedimos de un salto.

Tres musculosos jóvenes chinos salieron de detrás de un camión, increpándonos con rabia. Vestían camisetas color rosa y blandían piedras y palos. Seguimos retrocediendo contra la pared, pero sus gritos aumentaron.

—¿Qué dicen? —pregunté a Li Yu.

—Hablan en dialecto de Shanghai —parecía asustado.

—¿No lo entiende?

—Dicen algo como... «diablos extranjeros».

—Bueno, pues dígales que somos amigos —sugirió Ruby.

Pero Li Yu no les dijo nada. Tal vez no podía.

—Vamos, Li Yu —le animó Harvey—, explíqueles.

Uno de los jóvenes agitó su palo furioso y los tres avanzaron hacia nosotros gritando. Durante un segundo pasó por mi mente la imagen del hombre con el cráneo aplastado.

—¿Qué gritan?

De forma inconsciente había aferrado a Li Yu del brazo y le estaba zarandeando.

—No sé... «Los diablos extranjeros son la perdición de China», o algo parecido... «Volved al hotel. ¡Imperialistas, volved a casa!».

Una piedra voló por encima de nuestras cabezas. Otra se estrelló a mi lado, y uno de los trozos rozó mi espinilla izquierda. Vi un cuchillo que resplandecía bajo la luz de un farol.

—Dígales que lo haremos —le pedí—. ¡Dígales que sí!

No quería enfrentarme a una pelea; no en aquel momento y en la esquina de Nanking Road y Yen'an Boulevard.

Pero comprendí de inmediato que Li Yu no iba a abrir la boca. Estaba temblando.

Entonces llegó otra piedra que rebotó contra el suelo y golpeó con una de sus aristas una pierna de Ruby. Un hilillo de sangre empezó a descender por su pantorrilla.

Saqué un pañuelo, pero ella frenó mi gesto.

—No es nada. Tranquilo.

Eche un vistazo a los jóvenes. No me quedaba otro remedio que recoger alguna piedra y actuar en defensa propia. Sin embargo, antes de que hiciera el menor movimiento, los chicos dieron tres zancadas hacia atrás y desaparecieron tan rápida y misteriosamente como habían llegado. Dieron la impresión de haberse desvanecido en una madriguera de conejos. Nosotros seis permanecemos inmóviles, observando a través de la oscuridad.

Al cabo de cinco minutos ya estábamos de regreso al hotel. No veíamos el momento de entrar por la puerta giratoria en busca de la seguridad del vestíbulo. Una vez en el interior, nos miramos, indecisos. El incidente nos había deprimido y nadie sabía qué hacer. A Ruby le dolía la herida y optó por retirarse a su habitación. Mike y Li Yu subieron con ella en el ascensor, y Max, Harvey y yo quedamos solos.

—¡Joder! —exclamé—. ¿Dónde está el bar?

Sabía que no lo había.

—Confórmate con esto —dijo Max al tiempo que me alargaba un porro.

Estaba provisto de una boquilla metálica a prueba de olores, del tipo que solíamos utilizar antes de que California legalizara la droga. Dudé un segundo antes de dar una profunda calada. El cannabis me llegó rápidamente al cerebro, sacudiendo las neuronas con una explosión lenta; la que suele proporcionar la yerba de mejor calidad. Por supuesto que Max Freed disponía siempre de la súper. Teniendo en cuenta las circunstancias, necesité otro.

Siguió un tercero y otros más ya en el salón de lectura del hotel, repantigado en uno de los mullidos sillones que había empezado a asociar con la República Popular. En mi estado mental me costó algunos minutos darme cuenta de que la señora Liu estaba sentada frente a nosotros con un libro en las manos.

—¿Qué está leyendo? —le pregunté.

—Engels. *El Anti-Duhring*.

—Ah.

Traté de que mi seso adormilado encontrara alguna referencia. Las clases de Schorske, en Berkeley, se me aparecieron como sugerencia, pero el hombre ya me había comunicado que era como hablarme en chino.

—Bien —dijo Liu—. Ya ha dado una vuelta por Shanghai. ¿Qué ha descubierto?

—China no es el paraíso —dijo Max con la lengua desatada por los porros.

—Nadie ha dicho que lo fuera.

—¿Sabe lo que nos ha ocurrido?

Empezaba a mostrarse agresivo.

—No. Claro que no.

—Unos desgraciados nos han tirado piedras. Nos han tachado de imperialistas.

—¿Cómo lo sabe? ¿Hablaban inglés?

Observé que Liu había advertido la boquilla entre los dedos de Max, pero no mostró sorpresa.

—Li Yu-ying nos acompañaba —expliqué—. Una piedra lastimó a Ruby.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Liu en tono alarmado.

—Eso creo.

Liu asintió.

—Es una pena, pero en nuestra sociedad aún quedan elementos nocivos.

—Ya. Eso lo explica —dijo Harvey con sarcasmo.

—¿Qué es un elemento nocivo? —preguntó Max.

Liu no contestó.

—Claro. ¿Qué es un elemento nocivo? —insistió Harvey.

Ella seguía sin contestar.

—Adelante. ¿Qué es? —repitió Max—. ¿Qué es un elemento nocivo?

Ella continuaba sin responder.

—Yo os lo diré —prosiguió Max—. En argot chino designa la escoria. ¡Tal vez trabajen para el Gobierno, pero son escoria!

—Un conflicto pendiente —comentó Harvey—. La represión que aún subsiste en la sociedad.

—Asqueados, asqueados... Fascistas y asqueados.

—Paranoia social aguda. ¡El mundo externo es una amenaza, ya que existe!

Liu seguía callada. Con el libro en las manos se limitaba a mirarles. Me pregunté por qué no respondía. Ellos tal vez se estuvieran comportando como imbéciles, pero una explicación sencilla les hubiera hecho cerrar el pico. Incluso yo, medio

entontecido por la yerba, tenía noción del significado de la frase «elemento nocivo», causa de la discusión.

—¡Apuesto a que ella está conforme! —aventuró Max—. ¡Ellos lanzan piedras, pero utilizan el mismo lenguaje que esta chica!

—Bueno, Max, ya está bien —le atajé.

—Sales en su defensa, ¿no? ¿No eras tú el que afirmabas hace poco que una sociedad que cierra sus parques de diversión debe de tener graves problemas?

—Oye...

—¿Lo dijiste o no?

—¿Y qué si lo dije? Además, ya sabes lo que es un elemento subversivo. ¡Es bastante explícito!

—¡Así actuaban la Inquisición española y el maccarthismo! —replicó Max.

Se puso en pie y se marchó. Un momento después, Harvey hizo lo mismo. Liu y yo nos quedamos solos frente a frente.

—Han estado en el Gran Mundo —dijo.

—Sí.

—Solía ir cuando era una chiquilla. Tenían unas marionetas maravillosas.

Sonreí sardónicamente.

—¿Una buena comunista?

—No debería ser tan sarcástico. Vivo en Shanghai y me crié aquí. Mi padre era maestro en el Yu Garden y mi madre, música.

—¿Qué hace su marido?

Ella titubeó unos instantes. Era una pregunta lógica, pero, dadas las circunstancias, parecía atrevida.

—Es ingeniero en Kunming, provincia de Yunnan.

—A unos mil doscientos kilómetros de aquí.

—Más.

—No deben de verse muy a menudo.

—Tres o cuatro veces al año.

Me miró unos momentos. Creí percibir un destello de vergüenza cuando volvió a centrar su atención en el libro.

Cuando regresé a la habitación, Li Yu me estaba esperando. Mostraba cierto nerviosismo, sentado en una esquina de la cama y con un sobre en las manos.

—Es para usted —dijo al entregármelo—. Estaba debajo de la puerta.

Miré el sobre. Llevaba membrete del hotel y tenía la solapa cerrada con cinta adhesiva. Lo abrí y saqué una postal. La descripción de la fotografía estaba en chino, pero reconocí al instante el pato de la dinastía Han que había visto en el catálogo de la exposición arqueológica. En el dorso aparecían escritas en mayúscula las siguientes palabras: MOSES WINE. CORRE GRAVE PELIGRO. TENGA CUIDADO EN TODO MOMENTO.

—¿Qué es? —preguntó Li Yu alarmado.

—De mi madre —contesté—. Siempre me sigue la pista.

—Y bien, Moses, ¿qué tal lo está pasando en China?

La pregunta de Yen me sacó de mi ensimismamiento mientras circulábamos por los suburbios de Shanghai en dirección a la Planta de Industria Pesada Número Cuatro, en el extrarradio de Ming Hoang. A pesar de que eran sólo las nueve de la mañana, el «Calor del Tigre» no había disminuido, y la temperatura estaba ya alrededor de los treinta grados, más que suficiente para haberme sumido en la somnolencia si los acontecimientos de la noche anterior no me hubieran mantenido despierto y pensativo.

—Muy bien —contesté—. Habida cuenta de las circunstancias.

—Sí; por lo que sé, tuvieron un tropiezo con unos indeseables.

Asentí.

Todas las personas acomodadas en la parte posterior del autocar estaban pendientes de nosotros.

—Debe usted hacerse cargo de que estos individuos no son representativos de nuestra sociedad. Nosotros recibimos con agrado la visita de extranjeros.

—No siempre —intervino Staughton Grey—. En el sesenta y siete unos diplomáticos británicos, sus esposas e hijos fueron obligados a desfilar por las calles con capirotos, mientras el edificio de su delegación era pasto de las llamas.

—¡Qué disparate! —exclamó Sonya.

—¿Qué quiere decir?

—¡Es una mentira y lo sabe!

—No lo es.

Grey se mostró desconcertado.

—Una mentira y una deformación. ¡Toda su vida la ha pasado mintiendo y distorsionando los hechos!

—¿De qué está hablando?

—¡Sabe muy bien de lo que estoy hablando!

—No. La verdad es que no.

—¡Dándoselas de líder de los derechos humanos mientras no hacía otra cosa que destruir a los seres a los que amaba!

Sonya se había puesto lívida. Yo no tenía la menor idea de dónde procedía su ira. Me di la vuelta para mirar a Liu, que parecía disgustada.

—El señor Grey tiene razón en gran parte —reconoció Liu—, pero los excesos del pasado se han corregido.

—También ustedes tienen elementos nocivos en su sociedad —añadió Yen—. Proletariado lumpen y otros con antecedentes de clase social errónea que aún no han aprendido a servir al pueblo.

—Es cierto —convino Harvey, cuya actitud había cambiado desde la noche

anterior—. ¿Qué derecho tenemos a criticar su sociedad, si no mantenemos el orden público en la nuestra?

—Sí, todos tenemos mucho que aprender y debemos perfeccionarnos —concluyó Yen.

Contempló a Nancy y a Fred, que estaban sentados, como en previas ocasiones, en el asiento sobre la rueda.

El autocar enfiló la calzada de la planta de industria pesada donde nos aguardaba la pancarta habitual: CALUROSA BIENVENIDA. EE.UU.-REPÚBLICA POPULAR: VIAJE AMISTOSO DE ESTUDIOS NÚMERO CINCO. Sin embargo, a pesar de los aplausos de los «miembros destacados» de la fábrica, empezaba a sentirme persona no grata en China. Y no me gustaba tal sensación. Me enfurecí con ellos por traicionarme, y conmigo por sentirme traicionado con tanta facilidad. Traté de luchar contra mis sentimientos, pero durante la Breve Introducción me sentí más consternado de lo habitual ante el retrato de Stalin en la pared, al lado de Marx, Engels y Lenin. Por encima de cualquier opinión que uno tuviera del comunismo, los tres últimos eran idealistas en uno u otro grado, pero Stalin era un carnicero incapaz de entrar en una sala donde gente civilizada estuviera tomando el té, masticando cacahuetes y escuchando las últimas cifras de aumento y descenso de la producción.

Tampoco daba demasiada importancia a la Banda de los Cuatro. Ellos no podían ser los culpables de todos los males de una sociedad de ochocientos millones de personas, y era dolorosamente obvio que los cargos y recriminaciones no pasaban de una farsa por la lucha feroz para hacerse con el poder supremo; una disputa entre chacales con uniforme gris hurgando entre los huesos del cadáver de Mao.

Por la expresión de sus caras, otras personas del grupo debieron de sentir lo mismo.

—Pero fue la Banda de los Cuatro —oí que Liu le decía a Ruby cuando pasábamos frente a una prensa de no sé cuántas toneladas de capacidad—. Ellos fomentaron el anarquismo en los lugares de trabajo. Decían a los obreros que no hicieran caso de ningún reglamento y que dirigieran la fábrica ellos mismos. Como los obreros eran los propietarios, podían llegar tarde al trabajo si querían y marcharse antes. ¡O no trabajar!

—Bueno, se trata de su fábrica —contestó Ruby—. Esto es el socialismo, ¿no? Los medios de producción en manos de la clase obrera.

—Pero ¿no se da cuenta? Es metafísica. Claro que los trabajadores tienen el control de los medios de producción, pero aun así tienen que trabajar. ¡Si las industrias no producen, la gente se muere de hambre!

Ruby y Liu se miraron fijamente unos segundos. Ruby dijo:

—¿Trata usted de convencerme de que esa Banda hizo que todo el país dejara de producir?

—No todo el país..., pero sí muchos lugares.

—Entonces, ¿por qué no lo impidieron antes?

—Algunas personas lo intentaron. —Liu bajó la voz—. Estábamos asustados.

Ruby sonrió con escepticismo.

Aquella tarde el ambiente mejoró. Fue obra de los niños. Visitamos un Palacio de la Infancia, en el centro de Shanghai, instalado en una hermosa mansión que antiguamente había albergado un lujoso prostíbulo, frecuentado por los potentados del hampa. Ahora era un lugar recreativo para después de las horas escolares, una joya del socialismo regido por la norma de «primero la amistad y después la competencia».

¿Quién hubiera podido resistirse cuando a cada uno de nosotros nos dio la bienvenida un niño que nos llamaba tía o tío, y éramos conducidos a través de una serie de salas de canto coral, danza, laboratorios científicos, talleres, perfeccionamiento de caligrafía, recortado de papel, y así sucesivamente? Escuchamos *El pavo en el pajar* interpretado por una orquesta de pequeños violinistas, y una elegía llamada *Canción de pescadores del mar de China* tocada con un instrumento parecido a la cítara. Después, en un teatrillo, un grupo de pequeños de cuatro años escenificó un espectáculo de marionetas, en el que varias abejas, incansables trabajadoras, por medio de la acción cooperativa derrotaban a un oso individualista y gandul que pretendía robarles la miel. A continuación se disputó una carrera de relevos, en la que el más veloz retrocedió para ayudar a terminarla al más lento, y una lucha de tira y afloja en la que nadie ganó.

Aplaudimos sin cesar y yo pensaba en mis hijos. Me hubiera gustado que estuvieran allí; quería que los niños de todo el mundo pudieran crecer en un lugar como aquél, donde los niños a partir de los dos años eran educados en el amor y la tolerancia. Allí, en aquellos niños, estaba la belleza y la gloria de la Nueva China. ¿Cómo habíamos sido tan estúpidos dejándonos influir por la hostilidad de unos revoltosos, unos elementos nocivos? China podía ser una montaña rusa emocional, pero había más subidas que bajadas, y con tal de alcanzar el destino final valía la pena el pequeño dolor que pudieran ocasionar las sacudidas en nuestros traseros. Primero la amistad; después la competencia. Era maravilloso volverse a sentir en el paraíso.

Apenas oí a Sonya cuando, durante el último espectáculo que nos ofrecieron los niños, un despliegue de banderas multicolores al son de *Toda la infancia nacional quiere al presidente Hua*, se inclinó sobre mí y dijo:

—Tienes que acompañarme.

Las dos niñas en cabeza, preciosas con sus trajes blancos y rojos, y haciendo sonar panderetas doradas, retrocedieron hasta una cortina trenzada. La hicieron caer y aparecieron los retratos de los dos presidentes: Mao y Hua. La música subió de tono.

—¿Qué? —pregunté.

—Necesito que me acompañes —repitió—. El señor Hu nos llevará.

—¿Adónde?

—No estoy muy segura. Ha surgido algún problema. Por lo general, los chinos

sólo tratan con una persona a la vez, pero he insistido.

—¿En qué has insistido?

Pero ya estábamos todos de pie aplaudiéndonos unos a otros.

Momentos después me encontraba sentado en el asiento posterior de una limusina gris Bandera Roja, que se abría paso a bocinazos entre una riada de bicicletas. Observé por el cristal posterior el resto del grupo, que estaba al lado del autocar frente al Palacio de la Infancia, y cuyos miembros se mostraban tan desconcertados como yo. El señor Hu, a mi izquierda, parecía nervioso. Daba la impresión de ser más joven; se diría que contaba diez años menos de los veintiséis que tenía.

—¿De qué se trata? —le pregunté.

—No lo sé —respondió.

—Bueno, ¿adónde vamos?

—Yo... no lo sé.

—Tenía entendido que usted nos llevaba.

Se encogió de hombros. Hubiera querido hacerle una pregunta más directa, pero tenía la certeza de que su inglés era muy limitado.

El coche no dejaba de hacer sonar el claxon mientras avanzaba entre el denso tráfico del centro de Shanghai. Un hombre que mantenía una docena de bidones en equilibrio sobre la bicicleta estuvo a punto de estrellarse al apartarse bruscamente de nuestro camino. Después de otro par de manzanas, nos detuvimos frente a un enorme edificio de oficinas.

—Era un banco alemán —comentó con timidez el señor Hu.

Un funcionario abrió la puerta y entramos en el antiguo banco. Ahora era un gigantesco nido de burócratas, con una asombrosa cantidad de despachos. Miré por una puerta entreabierta y en su interior las mesas parecían no tener fin; a ellas se sentaban cientos de empleados que, al igual que en las oficinas de todo el mundo, parecían no tener nada que hacer.

Subimos en el ascensor hasta el noveno piso y salimos a una sala de visitas que ofrecía una vista panorámica del puerto de Shanghai. Allí fuimos recibidos por un hombre de unos cincuenta años y una mujer de edad parecida. Aunque vestían pantalones y sencillas camisas blancas, algo en su actitud y porte indicaba que eran funcionarios importantes. Tan pronto el señor Hu se hubo marchado, se presentaron como el señor Chao, director del Servicio de Viajes Internacionales de China, sucursal de Shanghai, y la señora Xu, del Departamento de Seguridad Pública de la ciudad.

—¿No quieren tomar asiento? —invitó el señor Chao, indicando un sofá—. Han tenido un programa muy apretado y deben de estar cansados.

Nos sentamos, y los chinos siguieron nuestro ejemplo.

—No ha sido tan malo —dijo Sonya—. La última vez que estuve aquí visitamos siete ciudades en veinte días. La mitad del grupo contrajo bronquitis y el resto se pasó el tiempo yendo al... —Se contuvo al recordar la gazmoñería de los chinos—. A

lavarse las manos.

El señor Chao sonrió, pero la señora Xu no reaccionó. Era evidente que no hablaba inglés. Como ocurría tardía, Chao se dirigió a ella y tradujo la conversación. Ella asintió con la cabeza.

—Bien —dijo Chao—, tal vez se estarán preguntando qué hacen aquí.

—Sí, en efecto —admitió Sonya haciendo lo posible por aparentar distanciamiento.

No era su fuerte.

Chao dirigió unas palabras a la señora Xu y ésta sacó una carpeta y se la entregó.

—A las 12,45 horas de hoy, un miembro de su grupo intentó penetrar ilegalmente en la redacción del *Diario de la Liberación*.

—¿Qué?! —exclamó Sonya.

—Según el camarada responsable, escaló la pared de la redacción del periódico cinco minutos después de que se le hubiera negado la entrada por la puerta.

—¿Quién hizo eso? —pregunté.

El señor Chao consultó sus papeles.

—Un tal Nicholas Spysler.

—¿Nick Spitzler? —dijimos Sonya y yo al unísono.

—Sí, Spitzler —corrigió Chao.

—Debe tratarse de un error —aventuró Sonya.

—¿Por qué tendría que ser un error? —replicó Chao.

—El señor Spitzler nunca haría nada parecido.

—Pues así consta en el informe del camarada responsable.

Sonya y yo nos miramos.

A continuación, la señora Xu habló durante unos minutos en su lengua mientras nos observaba con la más absoluta gravedad, como si diera por supuesto que entendíamos lo que nos decía. Cuando terminó, Chao retomó el hilo, y su trato cordial había desaparecido.

—Como es lógico, ya se habrán dado cuenta de la importancia de esta acusación. Se trata precisamente del tipo de aventuras que la Banda de los Cuatro intentaba promover en nuestro país. En circunstancias normales pediríamos a su grupo que saliera de China inmediatamente. Los camaradas del periódico han celebrado una asamblea y es lo que han solicitado, como mínimo. En realidad, todavía no se ha tomado una determinación al respecto.

Calló y me miró fijamente. El anónimo de la noche anterior cruzó por mi mente: MOSES WINE. CORRE GRAVE PELIGRO. TENGA CUIDADO EN TODO MOMENTO. Parecía ridículo, pero no me hizo la menor gracia.

Chao desvió los ojos hacia Sonya antes de proseguir:

—Sin embargo, dado que es usted una antigua conocida del pueblo chino..., y ya que intentamos mejorar las relaciones con nuestros amigos americanos, aun a pesar de que han violado el espíritu del Comunicado de Shanghai y continúen apoyando a

la pandilla reaccionaria de Taiwan, ocupando una provincia de China con sus tropas, hemos decidido pasar por alto el incidente. Pero usted, como Persona Responsable, tiene que asegurarme que no volverá a ocurrir.

—Se lo aseguro —se comprometió Sonya.

Chao, asintió e hizo un gesto para anunciar que la entrevista había terminado. Nos incorporamos mientras informaba de sus palabras a la señora Xu. A continuación, volvió a dirigirse a nosotros:

—Hay otra cosa que no es competencia de Seguridad Pública. Un camarada del hotel Jin Jiang nos ha comunicado que el señor Fred Lisie le ha solicitado cambiar de alojamiento y compartir una habitación con la señora Nancy Lemon.

—¡Oh, no! —exclamó Sonya.

—Ambos están casados, ¿no es así? —preguntó Chao.

—Sí.

—No nos importa el comportamiento burgués de esas personas en su país, pero son huéspedes de China y deben actuar de acuerdo con nuestras normas.

—Nos ocuparemos de que no vuelva a suceder —aseguró Sonya.

Estaba temblando. No era exactamente el tipo de asunto más adecuado para solucionarlo a sus sesenta y cuatro años.

Impulsado tal vez por un repugnante vestigio machista, conseguí que Sonya me dejara hablar con Fred Lisie. Le atrapé en el pasillo antes de la cena y le arrastré hasta mi habitación.

—Tome asiento, Fred —dije, al tiempo que le indicaba un sillón, al estilo en rústica de los métodos de interrogatorio del señor Chao.

Me miró con cierta irritación antes de efectuar lo que yo le solicitaba.

—¿Té?

—No, gracias.

—Verá, Fred, no tiene sentido irse por las ramas. Esto es un viaje a China y no dos semanas de juerga en la sucursal asiática del Club Mediterráneo.

—¿Cómo?

—No se haga el tonto conmigo. Todos sabemos lo que hay entre usted y Nancy.

—¿Qué hay entre yo y Nancy?

—No sé nada de las horas de cama, pero cualquiera de nuestros compañeros de viaje sabe que ustedes dos pasan juntos las horas del día.

—Nancy y yo somos únicamente amigos.

—Eh, que no soy un repórter de la prensa del corazón. Me importa un comino si son amigos o lo que sean..., pero los chinos empiezan a estar inquietos.

—¡Santo cielo! ¡Los chinos son tan mojigatos!

—A donde fueres haz lo que vieres, Fred.

—Bien, ya lo hago.

—Ya lo veo.

—¿Qué insinúa..., que no nos sentemos juntos en el autocar?

—Según los chinos, usted ha solicitado compartir una habitación con Nancy.

—¡Cielo santo!

—No ha sido muy acertado, Fred.

—¿Por quién me toma..., por un idiota?

—Nada de eso. Pero deberá comportarse o todos tendremos problemas.

—¿Problemas? ¿Por qué? ¿Acaso no se da cuenta de la situación? Estos chinos están desquiciados. Locos. Ven gente jodiendo detrás de cada arbusto.

—Fred, pedir cambio de habitación no es irse detrás de los arbustos.

—¡Ya está bien! ¡Estoy hasta la coronilla! —Se incorporó de golpe—. Mi padre tenía razón. ¡Fue una tragedia para el mundo que perdiéramos China! —Taconeaba impaciente mientras contemplaba a través de la ventana el rótulo que proclamaba SIRVE AL PUEBLO, y después se dio la vuelta para mirarme frente a frente—. Y a usted... le han embaucado. Lo tiene delante de sus narices y no lo ve. ¡Y dice que es detective!

—Confórmese con su habitación, Fred; es todo lo que le pido.

—Como quiera, camarada.

Salió de la habitación.

El asunto de Nick Spitzler fue más complicado. Requería una reunión de grupo para explicar a dónde habíamos ido Sonya y yo al salir del Palacio de la Infancia. La dirección del hotel nos ofreció la sala de juntas de la planta baja, pero optamos por reunirnos en la habitación de Sonya, que nos pareció más discreta. Así que, después de cenar, los quince ocupamos el dormitorio llenando sillas, cama y suelo. Sonya fue directamente al grano. Ninguno de nosotros contaba con la reacción de Nick.

—Es mentira. No escalé la pared.

—Pero no estabas con nosotros —dijo Sonya—, no viniste al almuerzo.

—Quería ir de compras —aclaró Nick—. Vi unos grandes almacenes desde el autocar y recordaba dónde estaban.

—¿Y fuiste al *Diario de la Liberación*?

—Supongo que ése era el periódico. Estaba enfrente de los almacenes. Parecía muy oficial y tenía varios ejemplares expuestos en el escaparate. Hice algunas señas con la mano a la guardia para que me dejara entrar, pero me dijeron que no con la cabeza.

—¿Eso fue todo?

—Eso fue todo.

—Nick —dijo Natalie Levine—, con nosotros puedes ser sincero. Todos sabemos que eres un tipo lanzado.

—¿De qué está hablando?

—No aceptaste un no como respuesta cuando Moses, tú y yo vimos la vieja prisión de la isla. Abriste la puerta antes de que pudiéramos impedirlo.

—¿Me estás llamando mentiroso?

—En absoluto, pero todos sabemos que lo que más deseabas era ver un periódico. Tú mismo me comentaste que lo habías hecho constar en el primer lugar de tus preferencias en el cuestionario.

—¡Eso es ridículo!

—¿Por qué no nos calmamos? —propuse—. Nadie hace acusaciones. El problema es que los chinos creen que intentaste penetrar en ese edificio. Bien, pues tratemos de minimizar el asunto y asegurarnos de que no vuelva a suceder.

—Pero ¡alguien miente! —dijo Mike Sánchez.

—No podemos barrerlo debajo de la alfombra —insistió Harvey—. Es un dilema de grupo que debe dilucidarse por completo, o la funcionalidad del colectivo se verá fatalmente deteriorada.

—Lo vuelvo a repetir —dijo Nick—. No escalé esa pared.

—Entonces mienten los chinos —concluyó Nancy.

—No lo creo —aseguró Mike.

—¿Por qué no? ¿Piensa que todo lo que hacen es perfecto?

—Tenía entendido que era usted amigo de los pueblos progresistas.

—Por favor, Mike...

—Bueno, pues o mienten los chinos o alguna otra persona.

—Pudo ser un accidente —aventuró Sonya—. Un error.

—¿Qué clase de error? —preguntó Mike—. ¿Un espejismo? ¿O alguien vestido como Nick Spitzler se encaramó por la fachada del *Diario de la Liberación*?

—¿Por qué ha tenido que meternos en un lío? —le acusó Reed Hadley—. Esto es un país comunista.

—¡Me cago en...! —exclamó Nick—. ¡No puedo creer que tenga que oír eso!

—¿Por qué no se lo preguntamos al detective? —insinuó Ruby—. Tal vez pueda informarnos de lo ocurrido.

Todos los ojos de la sala se concentraron en mi persona. De repente, no pude recordar una ocasión en que hubiera deseado menos una responsabilidad.

—Oigan, es que ya le dije a alguien antes de salir que no se trataba de unas vacaciones a las que uno se lleva trabajo. Además, no sé más que ustedes de lo que ocurre aquí.

—¿Qué piensas tú, Max? —preguntó Sonya—. No has dicho nada.

—Temo que la sala tenga micrófonos ocultos.

—¡Jesús y María! —exclamó Mike—. ¡Un pequeño contratiempo y toda la tripulación pequeñoburguesa empieza a saltar por la borda como las ratas de un barco a punto de hundirse!

—No salta por la borda —dijo Fred—. Se limita a hablar con sentido común. No hace falta ser Sherlock Holmes para darse cuenta de lo que está ocurriendo.

—¿Y qué está ocurriendo? —inquirió Mike.

—Lo que muy atinadamente acaba de señalar Reed. Esto es un país comunista. Y también Oriente. Nosotros, con nuestra sensibilidad judeocristiana, nunca podremos comprender esta realidad.

—¿Nuestra qué, pendejo? —exclamó Mike.

Avanzó como si estuviera dispuesto a aporrear al interlocutor.

—Ya lo ha oído —contestó Fred—. Nunca comprenderán la mentalidad china.

—Creo que tengo algo que decir al respecto... como «chino enigmático».

Era Li Yu quien hablaba. Su voz reposada dominó el ambiente.

—Cuando estaba en el instituto era el único asiático nacionalizado de mi clase. Todos pensaban que era un ser extraño y no me hablaban. Me llamaban *Chop-Chop*. Al cabo de algún tiempo, me gané la reputación de silencioso, misterioso y enigmático. La verdad es que estaba solo. En mi interior era lo mismo que ustedes...: un ser humano. El mito de los chinos enigmáticos me hubiera parecido gracioso, de no haberse tratado de racismo puro y simple.

—Exactamente, amigo —convino Mike—, exactamente.

Se oyeron murmullos de aprobación en la sala.

—Bueno, supongo que ahora ya estoy listo —dijo Nick—. Si todos los chinos son santos, yo debo ser el pecador.

—No es eso —intervino Staughton Grey—. Acaso lo sean ambos.

Aquel comentario anodino relajó la tensión. Se acordó que no conseguiríamos solucionar la discusión con los medios a nuestro alcance, y que lo mejor era dejarla para mejor ocasión. Durante el resto del viaje nadie invadiría territorio prohibido ni escalaría paredes sin el permiso del grupo. En caso contrario, el colectivo insistiría en el regreso a casa de dicha persona, incluso en el supuesto de que los chinos no le descubrieran.

—De acuerdo —dijo Nick—, lo acepto. Pero sigue siendo un misterio para mí. Sólo para que conste; quiero que todos sepan que no intenté trepar por esa pared.

¿Quién sabía si debía creerle?

Momentos después, el grupo se dispersó antes de que los nervios encrespados y los cuerpos exhaustos convirtieran el lugar en una pelea de gallos. Los miembros del grupo regresamos a nuestros aposentos. Mañana sería otro día lleno de fraternidad y meditación.

Pero por segunda noche consecutiva no conseguí dormir.

Me levanté, y dejando a Li Yu sumido en el sueño, salí a dar un paseo por los pasillos del hotel Jin Jiang.

Algo me inquietaba y no conseguía saber qué era, pero tenía la certeza de que enlazaba con lo que Li Yu había expresado. Estaba en lo cierto sobre lo enigmático de la naturaleza china. Se trataba de un mito arraigado en el racismo, pero mis impresiones de aquella sociedad junto a las experiencias del grupo eran sospechosas. Parecía la metáfora de las cajas chinas: una dentro de otra y ésta dentro de otra. La Banda de los Cuatro había llevado a cabo la Revolución Cultural, y sin embargo ahora era el enemigo. Nick Spitzler era un amigo de China, y sin embargo había intentado irrumpir en el *Diario de la Liberación*. Y después lo negó. ¿Y qué tenía el *Diario de la Liberación* que ocultar? Y también estaba Ana Tzu, enferma en Hong Kong, después restablecida y a continuación otra vez indispuerta en Cantón. Y el cadáver de la comuna, otra víctima de la Banda de los Cuatro, según Yen. Y Nancy Lemon y Fred Lisie, amantes tragicómicos echando una cana al aire en un país donde hacer el amor se mantiene tan en secreto como se puede; un país en el que los «elementos nocivos» nos atacaban por imperialistas habiendo llegado como amigos. ¿O no? ¿Y por qué me preocupaban estas nimiedades? ¿Se trataba sólo de una deformación, de un detective incapaz de desconectar? Me angustiaba esforzarme en no verme involucrado de manera profesional, especialmente en un país en el que las diferencias entre aficionado y profesional quedaban desdibujadas por serias razones filosóficas.

También contaba Liu; la más radical de nuestros guías y a la vez la más humana. ¿O era al contrario?

No tenía respuestas. Pensé en la extraña postal con el pato de la dinastía Han mientras observaba a través de la ventana del final del pasillo la luz de neón que parpadeaba una y otra vez: SIRVE AL PUEBLO, SIRVE AL PUEBLO, SIRVE AL

PUEBLO.

El siguiente día empezó, de forma bastante inocente, con una visita al barrio residencial en el lado oeste de Shanghai. Quince mil familias vivían allí: una población de sesenta mil personas. Después de la habitual Breve Introducción, nos repartimos en grupitos de cinco para visitar las viviendas de los obreros. Eran pequeñas, pero aseadas. Todas las habitaciones excepto el baño y la cocina eran dormitorios, y las camas quedaban ocultas durante el día para ser utilizadas como sala de estar. Una anciana nos habló del «pasado amargo», y un miembro del comité revolucionario nos explicó cómo la Banda de los Cuatro había saboteado la producción de la fábrica de pañuelos de la localidad.

Después, los niños de una de las guarderías nos obsequiaron con una representación escénica. Para la gran apoteosis vistieron ropas típicas e interpretaron bailes de la región autónoma tibetana.

Regresamos al hotel para almorzar, y acto seguido nos llevaron a visitar el Salón de la Industria de Shanghai, un edificio que nuestros guías deseaban subrayar que no era el apropiado para China debido a sus características arquitectónicas rusas. Nadie pudo rebatirlo. Eran diez mil metros cuadrados de planta y tenía más de cuatro mil artículos expuestos, todos fabricados en Shanghai. Me hizo sonreír uno de los escaparates, lleno de cincuenta tipos distintos de termos, pero los interminables pasillos de carretillas, paletas de *ping-pong* y tapas de wáter me parecieron tan aburridos como la Feria de Los Ángeles.

Estaba a punto de caermé dormido cuando volví a ver a los elementos nocivos. Esta vez eran seis, merodeando por la exposición de objetos de artesanía: los tres de la noche anterior y otros tres. No intenté avisar a nuestros guías ni a los compañeros de viaje, sino que me oculté detrás de una turbina para espiarles. Se apoyaron en las columnas, con gesto despectivo: la pose universal de los delincuentes de segunda fila. Esperaba que en cualquier momento sacaran unas monedas del bolsillo y empezaran a jugar a cara o cruz. A la pálida luz fluorescente del salón parecían tan amenazadores como máscaras de carnaval, hasta que observé un bulto debajo de la camisa de uno de ellos. Sólo podía ser una sobaquera. Durante un instante fugaz creí que iban a por mí. En aquel momento, Mike Sánchez les reconoció. Se quedó tan sorprendido que llamó a Yen a grito pelado.

Uno de los elementos nocivos introdujo la mano en la chaqueta. Antes de que hubiera podido moverme apuntó a Mike. Pensé que iba a matarle, pero había sacado un *spray* de pintura en lugar de una pistola y embadurnó la camisa de Sánchez.

A continuación emprendieron la huida mientras insultaban a mis compañeros de viaje, les empujaban y rociaban con el *spray* a algunos de ellos. Vi que Natalie Levine se estrellaba contra un elevador hidráulico. Uno de los jóvenes blandía algo parecido a una llave inglesa y golpeó con ella las costillas de Max Freed. Le vi

tambalearse y caer aturcido sobre el pavimento de mármol.

Ignoro lo que se apoderó de mí, pero me precipité tras ellos cuando salían por las puertas del salón. Me encontré en la gran plaza frente al edificio antes de que pudiera darme cuenta de lo estúpido que había sido al seguirles, o de lo muy aterrorizado que estaba. Les vi correr sobre el asfalto llevándome una ventaja como de cincuenta metros, y me lancé tras ellos. Hubiera seguido, pero les perdí cuando desaparecieron por una estrecha calle secundaria. Volví sobre mis talones para ver a un centenar de chinos a mi alrededor que me escudriñaban como si fuera un ser de la segunda galaxia a la derecha. MOSES WINE. CORRE GRAVE PELIGRO. TENGA CUIDADO EN TODO MOMENTO.

El regreso al hotel estuvo plagado de disculpas. Yen, para empezar, daba la impresión de haberlo tomado como una humillación personal.

—No encuentro la manera de disculparme ante ustedes. Ha sido un enorme insulto para los huéspedes del pueblo chino. Si lo desean, haremos que regresen de inmediato a su país.

—No es mala idea —murmuró Fred Lisie.

—Que detengan a los culpables —propuso Mike Sánchez elevando un poco el tono de voz.

Se restregaba el hombro, que uno de los malhechores había golpeado antes de escapar.

—Seguridad Pública se está ocupando personalmente —anunció Yen.

—Espero que sean mejores que el FBI —comentó Max con un gemido.

Un par de médicos de cabecera rurales, de servicio en el Salón, ya le habían inmovilizado las costillas con bandas de esparadrapo.

—Darán con ellos antes de que termine el día —aseguró Yen—, y cuando les atrapen pueden estar seguros de que les condenarán a cadena perpetua.

—¿Cadena perpetua? —Ruby estaba atónita. Ella sólo había recibido una rociada de *spray* que le había dejado la blusa blanca estampada al estilo de una pintura de Jackson Pollock—. ¿Por esto?

—¿Te sorprende? —exclamó Max—. Ten en cuenta dónde estamos.

—No creo que llegue a tanto —la tranquilizó Liu.

—Eso espero.

—Bien —intervino Nick—, al menos no habrá nadie del grupo que cometa el error de Lincoln Steffens. No me imagino a nadie que regrese a casa fanfarroneando como él: ¡había visto el futuro y funcionaba!

—¡Amén! —dijo Natalie, mientras humedecía con una toalla el lamparón de pintura azul en su falda amarilla de *crêpe*.

Miré a Liu. Su rostro no denotaba ninguna expresión, pero sus ojos tenían una tristeza inenarrable.

Ella fue la primera en retirarse cuando regresamos al hotel. La vi dirigirse a través del vestíbulo hasta una puerta lateral. Me había estado preguntando dónde se

hospedarían nuestros guías, y supuse que se trataba de la puerta que conducía a sus habitaciones, el equivalente austero del lujo reservado para nosotros, los extranjeros.

Yen se dirigió directamente a recepción, cogiendo el teléfono y haciendo una serie de llamadas rápidas.

—No salgan del hotel —nos advirtió a quienes estábamos aún en el vestíbulo—. Sólo intentamos evitarles incomodidades.

Subí la escalera. Ya en la habitación, la tristeza de Li Yu parecía tan profunda como la de Liu. Respeté sus sentimientos y no le hablé mientras permanecíamos sentados en los sofás, bebiendo té.

Finalmente, él rompió el silencio.

—Hubiera deseado que Nick no lo dijera.

—¿El comentario sobre Lincoln Steffens? —pregunté.

Li Yu asintió.

—Nick es así —le expliqué—. Durante los años sesenta aparecía continuamente en televisión. Y aún sigue saliendo. Uno se acostumbra a hacer declaraciones.

—¿Qué piensa que dirá esta vez?

Me encogí de hombros. No tenía sentido criticar lo obvio, pero añadí:

—No quiero ni pensar lo que dirá Max. Todos los adolescentes del país leen su periódico.

—¿Y qué hay de Natalie? —indagó Li Yu—. Da la impresión de aparecer en el telediarario de las seis cada vez que lo veo.

—Y Ruby.

—Tal vez deberíamos regresar.

Asentí. El pesimismo se adueñaba de nosotros. Me sorprendió que no me importase. Lo único que quería era meter la cabeza bajo la almohada, pero Li Yu tenía otra pregunta.

—¿Usted cree que lo hizo?

—¿El qué?

—Entrar en el periódico.

—No lo sé.

Volvimos a callar. La conversación no hacía otra cosa que deprimirnos más. Y yo no me sentía con ánimos de comunicarle que uno de los elementos nocivos llevaba una pistola. Serví otra ronda de té y observé el paisaje urbano. Era la primera vez que estábamos en la habitación durante el día, y no me había dado cuenta de la contaminación que reinaba en Shanghai. Era como contemplar Los Ángeles desde las gradas del estadio de los Dodger una tarde de agosto.

No sé el tiempo que permanecimos allí sentados, pero mi mente estaba en otra parte cuando Hu llegó a la puerta. Golpeó ligeramente con los nudillos y me levanté para abrir, olvidando que no había cerradura.

—Por favor, hagan el equipaje rápidamente —dijo—. Nos vamos.

—¿Nos vamos? ¿Adónde?

—A Pekín.

Me di la vuelta y vi que Li Yu estaba tan sorprendido como yo. Se suponía que nos quedaban aún dos noches en Shanghai.

Yen nos dio la explicación menos de media hora después, cuando estábamos reunidos en la sala de juntas del hotel.

—Nos vamos a Pekín de inmediato por su propia seguridad. No queremos que les ocurra nada en el caso de que los elementos nocivos persistan en su actitud agresiva. Verán: Shanghai era la plaza fuerte del grupo contrarrevolucionario la Banda de los Cuatro. Todos ellos eran de Shanghai. Y fueron quienes crearon confusión en la gente y la convencieron para que desconfiara de todo lo extranjero. Siguen teniendo partidarios aquí y no podemos permitir que ustedes sufran las consecuencias, si insisten en sus tácticas derechistas.

La Banda de los Cuatro. Lo sabía desde el principio.

El aeropuerto de Shanghai era como el de La Guardia a mediados de los años cincuenta. Constaba de un gran edificio con una sala de espera y un tablero que anunciaba las llegadas y salidas.

Uno se sentía como un pionero en la era de los vuelos domésticos.

Cuando llegamos, el sol empezaba a ocultarse, y sus reflejos resplandecían sobre el casco de un Boeing 707, producto del ligero deshielo de las relaciones Estados Unidos-China que siguió a la visita de Nixon. A un lado estaban estacionados un par de aviones de transporte PLA, de antes de la guerra; no eran precisamente el armamento pesado necesario para liberar a los hermanos de Taiwan.

Nos hicieron subir al aparato sin ningún tipo de formalidades. Una vez dentro, comprendí el porqué: casi todos los asientos estaban ocupados. Debían de habernos estado esperando.

Nos sentamos en la parte delantera y echamos un vistazo a los demás pasajeros. La mayoría eran soldados o mandos de diversas categorías, pero con los uniformes chinos resultaba difícil determinar las jerarquías. Una azafata, vestida con pantalón ancho y blusa blanca, repartía abanicos decorados con paisajes. Momentos después sobrevolábamos la campiña y eran visibles los alrededores de Nankín a la luz del crepúsculo.

Para tratarse de un grupo de quince turistas americanos en su primer viaje a Pekín, el ánimo era más bien sombrío. Pero decidí que no escucharía más quejas de las necesarias, y me había sentado deliberadamente cerca del pasillo. La señora Liu estaba al otro lado, con la vista clavada en el respaldo anterior. No pareció darse cuenta de que la azafata venía hacia nosotros repartiendo revistas y chicle. Sentí la maliciosa tentación de comentarle el vestuario de las azafatas de la ruta San Francisco-Los Ángeles. Las cortísimas faldas permitían a los hombres de negocios rozar traseros con sólo alargar la mano, mientras las chicas les servían el cóctel. Sin embargo, opté por preguntar a la señora Liu algo más importante.

—¿Está tan deprimida como yo?

—No le comprendo —dijo Liu mirándome intensamente.

Me disponía a discutirlo, pero caí en la cuenta de que su falta de comprensión no era fingida ni una táctica para evitar hablar de intimidades, sino la verdad pura y simple. En California uno «expresaba sus impresiones» al iniciar una conversación seria; en China se referían a «las condiciones materiales».

—Oh —dijo ella finalmente—, le apena dejar Shanghai.

—Sí. Y algunas de las cosas que han ocurrido.

—A mí también. Las condiciones en Shanghai no eran buenas. Demasiado trastorno para un viaje amistoso.

Trató de sonreír.

—¿Cree que hemos debido marcharnos?

—Estaba decidido.

—Sí, lo sé..., Liu..., pero me refiero a usted. ¿Qué le parece a usted personalmente?

Se apoderó de ella una ligera tensión. Tal vez mi pregunta era demasiado directa, pero debido al ruido del motor nadie podía oírnos.

—No me ha gustado —contestó.

—¿No le parecía necesario?

—No.

—¿Por qué?

—Ha sido exagerado. Además, algunos de los jóvenes ya han sido detenidos.

—¿Han sido detenidos?

Miré a un lado y otro de la cabina, con la repentina sospecha de que éramos observados. Sin embargo, nadie nos prestaba atención aparte de Harvey, que nos contemplaba con una sonrisa de gato de Cheshire.

—¿Qué les pasará? —le pregunté.

Ella se encogió de hombros.

—Unos meses de trabajos forzados en el campo.

—Entonces, ¿por qué? —indiqué el avión.

—Como precaución... Yen lo ha querido así.

—Ya.

Me recliné en el respaldo.

—Pero no se preocupe. Hay muchas cosas que ver en Pekín. Agradecerá disponer de tiempo extra.

Y me dedicó una sonrisa que Anna May Wong no hubiera mejorado.

El aeropuerto de Pekín no estaba mucho mejor pertrechado que el de Shanghai. Había un *jet* de Air Pakistán al lado de la terminal y otro 707 en el hangar, pero eso era todo.

Sin embargo, un flamante autobús Mercedes nos esperaba al pie de la escalerilla. Los guías de Pekín que nos recibieron eran de mayor edad y, al parecer, veteranos en el Servicio de Viajes. Se había hecho un esfuerzo para rectificar errores. El Centro había recibido la información de que un grupo de americanos había sufrido contratiempos, y el Centro había obrado en consecuencia. Se nos daba tratamiento diplomático.

De nuevo sin formalidades, subimos al autobús y fuimos conducidos a la ciudad por la misma carretera que, bordeada de nieve, había tomado Nixon y que todos nosotros habíamos visto, perplejos, pegados al televisor. Ahora junto al mismo camino se alineaban las chozas de barro, alojamientos de emergencia levantados después del reciente terremoto. Permanecerían allí hasta que las autoridades creyeran que la amenaza de otros temblores había disminuido. Cuándo iba a ser eso, nadie parecía saberlo.

Empezamos a estirar el cuello conforme nos acercábamos al centro de la ciudad. Al contrario que Shanghai, Pekín era baja y alargada, una ciudad lineal que se extendía en todas direcciones, igual que Los Ángeles. Pero el centro de Pekín valía la pena: tenía monumentos más impresionantes que el ayuntamiento, y el mayor tenderete de *tacos* al oeste de Albuquerque. Nuestra primera visión de la Ciudad Prohibida, iluminada por la noche al otro extremo de la inmensa plaza de Tien An Men, fue al menos tan impresionante como el primer encuentro con el Foro Romano o la torre Eiffel. A la izquierda, en ángulo recto con la plaza, aparecía el Gran Salón del Pueblo, feo en su funcionalidad proletaria, pero sin lugar a dudas insustituible por otro más elegante pero menos fiel a la radical China del futuro. A nuestras espaldas se encontraba el Memorial Mao y Chien Men, la antigua puerta Sur de la ciudad, una parte imponente de la muralla que otrora rodeaba Pekín.

Aparcamos frente al hotel Pekín, un gran complejo cercano a la Ciudad Prohibida y reconstruido en tres fases después de su destrucción durante la rebelión de los bóxers. Nos hicieron entrar en el edificio más reciente. Se trataba del ala moderna, al estilo internacional, pero era tranquilizador ver las puertas accionadas eléctricamente y los suelos de terrazo, después de la densidad de Shanghai. Incluso nos agradó saber que las habitaciones disponían de llave, que se dejaba al cuidado de un conserje que ocupaba un mostrador en cada planta.

Aquella noche, a pesar de que estábamos física y psíquicamente agotados, tuvimos otra reunión en la habitación que Sonya compartía con Ruby Crystal. Seguramente fue un error, ya que no tardamos mucho en empezar a discutir.

—Ante todo —dijo Max—, ¡a ninguno de nosotros se nos escapa que la explicación de la Banda de los Cuatro era una bobada!

—¿Cómo lo sabemos? —objetó Mike.

—En segundo lugar —continuó Max—, no quiero verme involucrado en ningún plan de propaganda barata. Debe quedar clara para todos una cosa: están intentando ocultarnos lo que no les interesa que veamos. No quieren que expliquemos en casa lo horripilante que es este país.

—Tiene razón —corroboró Nancy—. ¡Cielos! Invitaron a Nixon a volver.

—¿Saben? Ahora le creo. —Max señalaba a Nick—. Por lo que a mí se refiere, en este país están tan chiflados que es posible que piensen que Nick iba a saltar la pared sólo porque caminaba por la acera muy pegado a las fachadas.

—Lo que me convenció —dijo Harvey agitando la cabeza— es que nos trajeran aquí sin estudiar los problemas de Shanghai. Nunca se resuelven los asuntos sin estudiarlos en profundidad.

—¡Ya estoy harto! —exclamó Fred—. Los chinos nos han acusado a Nancy y a mí de cosas que no hemos hecho y han logrado que algunos miembros del grupo se volvieran contra nosotros sin motivo... Creo que deberíamos regresar a casa.

—No puedo creer lo que estoy oyendo —se asombró Sonya dándose una palmada en la frente—. ¡Menudo grupo!

—Es sólo una idea, Fred —intervino Reed—, pero ¿cómo podríamos hacerlo? Aquí no es cuestión de decirlo y coger el avión.

—¿Qué? Pero ¿de qué están hablando? —Sonya se estaba volviendo de color púrpura—. Apuesto a que este monstruo tiene algo que ver en todo esto.

Señaló con el dedo a Staughton Grey.

—Sonya es nuestra Persona Responsable —continuó Fred—. Sencillamente, la delegamos para que vaya al Servicio de Viajes e informe de que adelantamos el regreso. Moses puede acompañarla si quiere... ¿Qué tal, Moses?

—No me parece una buena idea —objeté.

—¿Por qué no? Si hacemos una votación...

—Moses le ha tomado demasiada afición a la señora Liu —dijo Harvey—. No quiere marcharse.

—Gracias, Harvey.

—Odio tener que reconocerlo —intervino Ruby—, pero supongo que nos hicieron salir de Shanghai porque nos ocultan algo... ¡Es tan deprimente! ¡Tengo ganas de marcharme de China!

—Sé a lo que se refiere —convino Nick—. ¡Es una desilusión!

—Tenemos que huir mientras podamos —concluyó Natalie.

—¡Ya está bien! —gritó Sonya poniéndose en pie de un salto—. ¿Qué es esto? ¿Una reunión de ultraderechistas? Tú, Spitzler, hace diez años fuiste a la cárcel por no delatar el paradero de un cura que se oponía a la guerra; hace siete estabas en el norte defendiendo a los indios en contra de los propietarios de tierras; el año pasado peleabas por los derechos de los extranjeros ilegales en la frontera de Texas. Y ahora un pequeño contratiempo en China te hace salir corriendo con el rabo entre piernas... Y tú, Ruby, arriesgaste la carrera en Hollywood y millones de dólares por tus principios. Tu revista, Max Freed, se hacía eco de los sueños de toda una generación de americanos...

—De acuerdo, de acuerdo —la interrumpió Natalie—, no quiero oír lo que va a decir de mí.

Sonya volvió a sentarse.

Durante unos instantes permanecemos en silencio contemplando el tráfico en Ch'ang An. Pero me sentía frustrado y tenía que hablar:

—Escuchen: es mi primer viaje a China y acaso el último. No quiero marcharme después de una noche en el país, debido a incidentes que pueden o no ser importantes. Tendremos tiempo suficiente para valorarlos después. Ahora estamos en China: ¿por qué no le concedemos otro día? Podemos reunirnos de nuevo mañana, a esta misma hora, y votar. Si la mayoría opta por marcharse, nos iremos. Sonya acudirá a comunicárselo a quien corresponda, y yo la acompañaré si debo hacerlo. No sé ustedes, pero yo estoy cansado y necesito dormir antes de tomar una determinación.

Debí de mostrarme convincente. La mayoría del grupo dio su aprobación.

Volví a la habitación que compartía con Mike Sánchez. Disponía de televisor y lo

puse en marcha mientras Mike entraba en el baño. En un canal retransmitían un partido de *ping-pong*, pero no conseguí dar con el interruptor del sonido. Mientras pulsaba mandos noté encima de la mesilla una fotografía de una fulana rubia en bikini de macramé. Estaba dedicada «A Mike, de La Rubia», y ocultaba parte de una carta de la cual sólo pude leer las últimas líneas: «... Por lo tanto, no quiero decir que lo nuestro haya terminado, pero si este descabellado viaje no resulta...».

«¿No resulta?». Yo no sabía exactamente a lo que ella se refería, pero me pareció el resumen perfecto del asunto.

Apagué el televisor y me tendí encima de la cama. Cogí de la mesilla un ejemplar de la *Revista de Pekín* y la hojeé mientras Mike seguía en la ducha. La literatura política china siempre había ejercido en mí un efecto calmante, fascinante pero de lejanía, igual que el catecismo de otra religión. Esta vez se trataba de una interminable discusión sobre el ensayo de Mao *En la práctica*, su ataque pragmático a los intelectuales casquivanos que construían teorías en el aire. «Quien quiera conocer algo —escribió—, no tiene otra forma de hacerlo que no sea a través del contacto directo, viviendo (practicando) en el mismo ambiente... Si se quiere el conocimiento, hay que tomar parte en la práctica de cambiar la realidad. Si quieres conocer el sabor de una pera, tienes que transformar la pera comiéndola».

A la mañana siguiente comprendimos que no podríamos experimentar tal tipo de conocimiento. Nos encontrábamos sentados en nuestro autocar esperando a que nos llevaran a la visita obligada a la Ciudad Prohibida, cuando Yen subió a bordo con el semblante pálido y su pose, habitualmente estirada, compungida.

—Amigos —dijo levantando las manos—, tengo algo muy desagradable que comunicarles...: abandonarán China dentro de las siguientes veinticuatro horas.

—¡Dios mío! —dijo Natalie, pero sin duda todos lo pensamos.

—¿Qué ha sucedido?! —gritó Nick, alarmado pese a que se cumplían sus deseos de la noche anterior.

—Se han tenido en cuenta diversas consideraciones —informó Yen—, y puedo asegurarles que no ha sido una decisión mía... Claro que se produjo un cambio de plan...

—¡Oh, vamos! —exclamó Max—. ¡Tiene que haber algo más!

Yen asintió. Yo miré a Liu, que estaba sentada en la parte trasera del autocar y miraba al frente, impasible. Ya debía de estar enterada, pensé.

—Me parece que nos debe una explicación, señor Yen —apuntó Sonya, haciendo lo posible por controlar sus emociones.

Yen desvió la vista antes de responder:

—El Comité Revolucionario de la Compañía de Viajes piensa que... la infortunada experiencia de este grupo... y su actitud... hacen imposible continuar el viaje.

—¿Nuestra actitud? —protestó Nick, harto ya.

—Haremos lo posible para que disfruten su último día de estancia en China. Visitaremos los monumentos más importantes y se les dará una cena de despedida esta noche en el restaurante El pato de Pekín... Esperamos ver de nuevo a algunos de ustedes en un próximo viaje.

—Muchísimas gracias —ironizó Harvey.

Yen se encogió de hombros e hizo un gesto al chófer para que arrancara. En menos de un minuto estábamos ante la entrada de la Ciudad Prohibida.

—Esto es la Ciudad Prohibida de los emperadores —explicó Yen—. Ahora recibe el nombre de Museo del Palacio, ya que no está prohibida. La gente puede venir siempre que lo desee.

El chófer abrió la portezuela y Yen nos indicó que nos apeáramos. La mayoría de nosotros aún estábamos aturridos.

Lo cierto es que el día fue el sueño de un turista: un domingo claro y de temperatura suave, en nada parecido al sofocante calor de Shanghai. Miles de chinos habían salido a pasear por la plaza o llegaban en grupos familiares o de amigos para visitar la antigua Ciudad Prohibida. Un orgulloso papá sacó a su bebé del cochecillo

de bambú y lo levantó hasta el cristal de la ventanilla del autocar. El pequeño mostró el puño cerrado en señal de amistad a los extranjeros. Nadie devolvió el saludo.

Liu se puso en pie y caminó hasta la parte delantera del vehículo.

—Debemos bajar —dijo batiendo palmas.

Nos levantamos y obedecemos, malhumorados. Una de los guías de Pekín se reunió con nosotros frente a la puerta Sur.

—Aquí tenemos la Ciudad Prohibida —dijo—, construida por el soberano Yung-lo, de la dinastía Ming, en el siglo xv. A lo largo de los años, varios de los palacios se derrumbaron o ardieron, y toda la ciudad se reconstruyó en tiempo del emperador Ch'ien-lung, de la dinastía Ching. Posteriormente, la emperatriz Tz'u-hsi mandó añadir varios pabellones en la parte norte... Por aquí, hagan el favor.

La seguimos hasta un enorme patio, con cinco puentes de mármol sobre arcadas de cemento. Al otro extremo se veía otra enorme puerta guardada por dos leones de bronce. Una muchacha estaba sentada a lomos de uno de los leones mientras le tomaban una fotografía.

—Éste es el río de las Aguas Doradas —continuaba la guía indicando hacia el lado opuesto del patio y los puentes—, que llega hasta la Puerta de la Gran Armonía. Los eunucos subían al emperador, veintiocho escalones, en una silla de mano... por aquí, hacia los palacios.

El grupo la siguió, pero yo me detuve, pues dos hombres con gorros de colores que se encontraban en uno de los puentes habían llamado mi atención.

—¿Quiénes son? —pregunté a Liu, que empezaba a subir la escalera al lado del señor Hu.

—Pertenecen a la minoría nacional de la región de Sinkiang... Acude gente de toda China para visitar este lugar. El señor Hu es la primera vez que viene.

Miré a Hu, que era el único con aspecto alegre aquella mañana.

—Sólo estuve una vez en Pekín —aclaró—, en 1966, cuando la Guardia Roja vino a ver al presidente Mao, en Tien An Men. El Museo del Palacio estaba cerrado por... por...

—Reformas —concluyó Liu—. Siempre se llevan a cabo mejoras en el Museo del Palacio. Hoy podremos visitar el Jardín de las Flores Orientales, que ha estado cerrado durante años.

—Estupendo —dije.

—Observo que Moses no ha perdido su sarcasmo —comentó Liu a Hu.

—Sí —admití—. Bueno, supongo que esto es *sayonara*.

—¡*Sayonara!* —Ella estalló en risas—. Eso es adiós en japonés. Debe aprender chino y volver a visitarnos... La palabra que significa adiós es *dzy gen*.

—*Dzy gen* —repetí.

—No, no —corrigió ella—. *Dzy gen*.

—*Dzy gen* —repetí otra vez sin apreciar ninguna diferencia.

Ella volvió a reír.

—¿Sabe? —continué—. Lo está tomando muy bien, considerando las circunstancias. ¿Sucedecede esto muy a menudo con los turistas extranjeros?

Ella vaciló unos instantes.

—Sólo una vez. Pero fue hace varios años, cuando el señor Hu estaba aún en la escuela de idiomas... Bueno, sigamos. ¿No quiere visitar la Ciudad Prohibida? Lamentaría no haberlo hecho al regresar a casa.

Me dio unos golpecitos en la manga y empezó a subir la escalera. Por un momento pensé que iba a tomarme del brazo, pero, claro, era imposible.

Nos reunimos con el grupo en la terraza del T'ai Ho Tien, el Salón de la Suprema Armonía, el mayor de los palacios donde los emperadores y emperatrices presidían los acontecimientos oficiales, y la escalinata estaba flanqueada por dieciocho trípodes que simbolizaban las dieciocho provincias chinas. Al lado de la escultura de un dragón tortuga, Fred y Nancy posaban para la Nikon, a la que Fred había conectado el disparador automático. Pensé lo fácil que hubiera sido sacar algunos billetes, algo de provecho de aquel viaje, si no hubiera sido tan honesto cuando aún estábamos en Los Ángeles. Era probable que su marido pagara bien los servicios prestados.

Después del Salón de la Armonía Completa entramos en el Salón de la Armonía Perseverante, donde el emperador recibía a los estudiantes que habían superado los exámenes oficiales. Sólo a los hijos de la clase dirigente se les permitía estudiar, se nos recordó. Tuve la sospecha de que yo, de todas formas, hubiera suspendido. Mi mente estaba tan confusa por los acontecimientos de los últimos días y por la sorprendente riqueza del arte chino, que no me quedaban recursos en el cerebro para la comprensión.

Cruzamos otra puerta: la de La Pureza Resplandeciente, hasta la zona de los palacios privados, los aposentos de las dinastías. Eran algo menores, menos imponentes, y al estilo de los de Bel Air, aunque decorados con una mezcla de belleza extravagante y mal gusto que nadie en Bel Air hubiera sido capaz de unir ni siquiera en un arrebatado de chinofilia. El primero era el palacio de la Pureza Celestial, residencia de la emperatriz viuda, que gobernó después de la misteriosa muerte de su hijo y heredero. Al lado se erguía el Palacio Donde los Maestros Son Venerados, dedicado a Confucio y sus enseñanzas, ahora pasado de moda, al igual que el Palacio de los Honores Intelectuales, donde se solían llevar a cabo sacrificios rituales como homenaje a los filósofos y artistas.

Unos pocos días antes, los tremendos excesos de los chinos me hubieran revuelto el estómago o me hubieran divertido, pero ahora ya no estaba tan seguro de que aquella época tuviera el monopolio de la exageración. Empezaba a nacer en mí un sentimiento de simpatía por el pueblo chino, explotado durante siglos por mandatarios vestidos con túnicas de mandarín o con uniformes militares grises.

—Por favor, síganme.

Nuestra guía de Pekín nos obligaba a apretar el paso. Era una mujer enérgica, de unos cuarenta años, con los pómulos prominentes y gruesas gafas redondas.

Éste es el Jardín de las Flores Orientales, reabierto este mes después de varios años de remodelación. —Señalaba algo que no era precisamente un jardín, sino una construcción proporcionada y airosa. Había sido pintada recientemente con motivos de pájaros rojos y azules en los travesaños. Una perspectiva ilusionista de un dormitorio femenino decoraba la puerta principal—. La mayor parte del tesoro manchú ocupaba este pabellón —proseguía la mujer—, hasta que el recinto fue quemado y saqueado en 1927. Muchas de las reliquias desaparecieron, para aparecer años después en el museo de Chiang Kai-shek, en Taiwan. Otras fueron devueltas al Estado y se exhiben ahora en los lugares que ocupaban durante el gobierno manchú. Como un gesto amistoso hacia los miembros del Viaje Amistoso de Estudio Número Cinco, les invitamos a que sean los primeros extranjeros que vean la colección restaurada.

—¡Qué interesante! —comentó Yen, que parecía algo más contento que los demás.

Un vigilante abrió la puerta y entramos.

En el interior, la luz se filtraba a través de la celosía e iluminaba una habitación con mesas y vitrinas meticulosamente ordenadas y que guardaban un número relativamente pequeño de muestras del arte chino. Sin embargo, resultaba evidente hasta para mis ojos profanos que eran de lo mejorcito.

En una de las paredes había broncees Chou, junto a jarrones de porcelana y un ánfora de vino de la dinastía Chang, identificada como perteneciente a Chen Fei, la Perla de las Concubinas, de 1890. Un traje de jade, el sudario de Tou Wan, la esposa del príncipe Ching, ocupaba el sitio de honor en la esquina.

—Aquí tenemos un caballo Tang —explicó la guía conduciéndonos hasta una vitrina—, del tipo tricolor, que es el más apreciado. Los expertos lo consideraron uno de los mejores ejemplares del mundo.

—¿Cuánto diría que puede costar? —preguntó Reed Hadley.

—No lo sé —contestó la guía—; nunca he intentado comprarlo. Pero estoy segura de que podría cubrir la alimentación de varios miles de personas.

—¿Qué es esto? —preguntó Max encabezando el grupo con la avidez de un coleccionista.

Señaló un objeto que ocupaba un pedestal, a pesar de que solo medía tres o cuatro centímetros de altura.

—No, no; eso es otra cosa —contestó la guía, intentando desviarnos en otra dirección—. No es manchú.

Pero todos estábamos reunidos alrededor del pedestal y tuvo que ceder.

—¡Es fantástico! —exclamó Ruby.

—¿De dónde procede? —preguntó Harvey, que movía la mano en la parte posterior del objeto como si quisiera detectar un campo magnético.

—Es uno de los grandes descubrimientos de la Revolución Cultural —informó la guía—, desenterrado en 1968 en Mancheng, provincia de Hopei.

—¡El pato! —gritó Fred.

Tenía razón. Nos encontrábamos frente al mismo objeto que aparecía en la página treinta y cuatro del catálogo de la exposición arqueológica china, la figura que no había salido de China: un pato en miniatura, delicadamente labrado, con el cuerpo de oro, las patas de calcedonia y delicadas alas de jade blanco extendidas. Era extraordinario.

—¿Dónde lo encontraron? —preguntó Natalie, que estudiaba la estatuilla con el ojo experto de quien ha pasado muchas horas curioseando por las antigüedades de Gump's, en San Francisco.

—En las tumbas de Liu Sheng —informó la guía—. Fue el regalo de boda del príncipe Ching de Chingshan, de la dinastía Han, a su esposa Tou Wan. Tiene como mínimo dos mil años.

—Y un valor incalculable —aseguró Reed.

—Ya puede decirlo —comentó Nancy, que se encontraba a sus espaldas—. Conozco a un conservador del Museo de Los Ángeles que daría cualquier cosa por ella. —Se dirigió a la guía—: ¿Por qué no lo venden y sirve de ayuda para construir más de esas fábricas que tanto dicen necesitar?

—Yo no decido nada.

Todos nos agrupamos para verlo más de cerca. Incluso los más radicales, Mike y Nick, parecían transfigurados por la visión del animal, cuyos ojos de esmeraldas reflejaban toda la gloria de la China imperial. Al otro lado de la habitación vi a la señora Liu que nos observaba, confirmando sus peores sospechas en cuanto a la obsesión materialista de los extranjeros.

—Ahora pueden visitar libremente el pabellón y los demás palacios —dijo la guía con brusquedad—. Les ruego vuelvan al autobús dentro de cuarenta minutos.

Miró a Yen, para que diera su aprobación, y éste asintió.

Me acerqué a Sonya y le pasé un brazo para rodearle los hombros. Nada había salido según ella lo planeó. Toda una vida de lucha por causas progresistas, en la primera línea de los piquetes, en las sentadas, desde Seattle a Carolina del Sur, para terminar allí, en la Tierra Prometida, expulsada por el Sumo Sacerdote. Y para empeorar las cosas, sus culpas habían consistido en poner el caramelo en la boca, en una habitación llena de las golosinas suficientes como para hacer tambalear los principios del corazón más radical. ¡Pobre Sonya!

Intentó llevarme hacia la salida, pero me detuve para echar un último vistazo al pato. Era una maravilla, mucho más que la reproducción del catálogo, o la del aviso que había llegado a mi habitación en el hotel de Shanghai. Por un instante pensé hablarle a Sonya de la postal, pero lo reconsideré. Podía tratarse de una broma, el tipo de jugarreta que alguien como Max Freed gastaría a un detective. Salimos del pabellón y nos dimos la vuelta para comprobar que los rezagados nos seguían.

No me sorprendió que decidieran emplear la última tarde yendo de compras. Cuando volvíamos al hotel para almorzar, la opinión era unánime. Sólo Staughton

Grey y Li Yu-ying se mostraron partidarios de visitar el Museo de la Revolución. Yen se ofreció como guía para ellos. Yo estaba indeciso, pero debía tener en cuenta la promesa que les había hecho a mis hijos, y también me apetecía caminar unas horas por las calles de Pekín.

Mike Sánchez dijo que iría conmigo. Optamos por dejar a un lado el almuerzo formal, y a base de gestos conseguimos que nos sirvieran un par de raciones de rollitos de primavera en una taberna para obreros situada en una calle secundaria. Luego, camino de los Almacenes de la Amistad, varios chinos nos siguieron. Creí que el motivo de su curiosidad estribaba en la piel cobriza de Mike, pero en seguida comprendí que en el Asia comunista ambos debíamos de resultar igualmente exóticos.

Cuando llegamos a los almacenes, me pareció que nadie de los demás estaba por allí. Sin embargo, vi a Harvey Walsh en una esquina etiquetando un enorme cajón de embalaje que contenía diversos artículos de alimentación que se proponía facturar. A su derecha, detrás de una hilera de abrigos, Nancy Lemon colocaba una bata de seda dentro de una caja. Distinguí a Ruby Crystal que salía por una puerta lateral, con los brazos llenos de paquetes. Spitzler se encontraba en la planta baja comprando pósters propagandísticos, enrollando docenas de ellos en tubos y enviándolos por correo a casa. Max Freed se había dejado un par de cientos de dólares en cometas verdes y doradas de la Factoría de Cometas de Tangshan, las doblaba cuidadosamente incluyendo una nota para sus muchos amigos del mundo editorial. Cada uno iba a lo suyo. Saludé con la mano a Natalie Levine, pero ella dio media vuelta al vernos a mí y a Mike y caminó a paso ligero hacia el departamento de envíos. Finalmente, me topé con Reed Hadley, que estaba comprando el jade suficiente para llenar el departamento de joyería de unos grandes almacenes de Dubuque.

—¿Se da cuenta? —dijo al tiempo que me mostraba una pieza trabajada a mano—. Sólo por trescientos veinte yuans. ¿Cuánto le parece que costaría en San Francisco?

—Catorce dólares —contesté.

—¡Oh, vamos! Me está tomando el pelo.

Sonreí y él me llevó del brazo hasta una esquina.

—¿Sabe? —dijo—. Pensé que iba a tener problemas en este viaje... Yo, con toda esa gente de la extrema izquierda... Pero ha salido bien, ¿verdad?

—Sí, Reed, de perlas. Va a volver a casa dos semanas antes de lo previsto.

A las cinco ya estaba en mi habitación vaciando una botella de Jack Daniel's con Mike y Harvey.

—¿Saben qué me dijo mi mujer antes de emprender el viaje? —preguntó Harvey—. Que no tenía por qué preocuparme..., que la política había sido un tropiezo de los años sesenta. —Apuró el vaso y Mike volvió a llenárselo—. Supongo que tenía razón.

—Podemos mamarnos toda la botella —sugirió Mike—. Antes de que necesitemos repostar estaremos de vuelta en donde tendremos todo el que queramos... ¡Mierda, me jode haber gastado tanto dinero en el viaje y que haya ocurrido esto!

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté.

—¡Quién cono lo sabe! —exclamó Harvey.

—El caso es que la cena en El Pato de Pekín nos va a costar un huevo —comentó Mike.

—No debes pensar en eso —replicó Harvey—. Tienes una beca, ¿no?

—Eh, amigo —protestó Mike—. Tú no sé, pero yo tengo que trabajar para ganarme la vida. Los días que falto me los descuentan... y tengo cinco hijos.

—¿Cinco hijos? —preguntó Harvey asombrado.

—¿Y qué pasa? ¿No dejan entrar a nadie con cinco hijos en los límites de Santa Bárbara? La verdad es que tenía la intención de mantener una charla contigo desde el principio del viaje. Con todos tus grupos de encuentro..., tu potencial humano, necesitas aprender bastante del mundo real. No todo el mundo vive en tu mismo plano espiritual.

Harvey estaba preparando un débil contraataque cuando se abrió la puerta. Era Natalie, vestida para la cena, con uno de los trajes sastre y la pamelita que solía utilizar en las campañas electorales.

—Hola a todos. Tengo una sorpresa. —Los tres nos afianzamos en los asientos—. Ana ha vuelto.

Desde todos los ángulos de la habitación llegaron suspiros de alivio.

—Y está bien. Además, ha tenido una buena idea. Cree que debemos solicitar al Gobierno chino que nos devuelva el dinero de inmediato.

—Es una gran idea. Cuenten conmigo.

No pude evitar sonreír. Natalie Levine, enfundada en un traje de ochocientos dólares, preocupada por el reembolso del viaje, rozaba lo absurdo. Debió de leer mi pensamiento, ya que al cabo de dos minutos nos recordaba que había terminado la campaña con más de cien mil dólares en números rojos.

Aparecieron Nick y Max, y poco después la mayoría del grupo estaba en la habitación. Todo el mundo iba vestido de etiqueta, o debía de parecerlo en la

República Popular, y me sentí triste, ya que nuestra primera salida nocturna juntos sería también la última. Me empezaba a gustar la pandilla, a pesar de las respectivas manías. Ni siquiera la llegada de Reed, Fred y Nancy me hizo cambiar de sentimiento. A continuación entraron Staughton y Li Yu, y finalmente Sonya seguida de Ruby y Ana. Algunos de nosotros nos levantamos para abrazarla. Era estupendo verla sana y salva.

Bajamos en el ascensor en masa, sin hacer caso del empleado, que mostraba su preocupación por haber excedido el límite de doce personas. Los guías nos esperaban en el vestíbulo y les seguimos hasta el autocar.

El restaurante no estaba lejos, apenas a diez minutos de Tien An Men, al sur de la puerta de Chien Men.

Para tratarse del restaurante más famoso de China, su aspecto exterior no era muy atractivo: una puerta en un edificio urbano. El interior no desentonaba. De hecho, parecía un comedor benéfico de cualquier gran ciudad americana: bien iluminado y austero hasta la exageración, pero meticulosamente limpio, como si fuera limpiado de forma continua por un equipo del Ejército de Salvación.

Nos llevaron al piso superior y nos hicieron pasar a un salón privado, donde había dos mesas redondas dispuestas para el banquete y un área separada, con los habituales sillones y sofás frente a mesitas bajas con servicios de té y cigarrillos. Fuimos acompañados a los asientos, donde el responsable de los guías de Pekín, un corpulento caballero de unos sesenta años a quien únicamente habíamos visto en el aeropuerto, tomó asiento en el sofá central, al lado de Sonya. Nos repartieron toallas calientes y nos enjuagamos la cara y las manos mientras servían una ronda de té.

Entonces tomó la palabra el responsable:

—Nosotros, los chinos, tenemos una frase que creo que este grupo considerará acertada: «Hay un gran caos bajo los cielos y la situación es excelente». Comprendo que su visita a China no ha sido lo que esperaban, ni tampoco lo que esperábamos nosotros, pero pueden estar seguros de que a pesar de las molestias que hayan sufrido estamos haciendo lo posible para evitarlas, y otros grupos que vengan en el futuro sacarán provecho de la desafortunada experiencia de ustedes. Por lo general, aprovechamos la ocasión para interminables discursos y brindis, haciendo hincapié en la amistad de nuestros pueblos, pero considerando lo ocurrido con ustedes no me parece apropiado. Por lo tanto, dejaremos a un lado las formalidades y empezaremos la cena. —Indicó las mesas redondas—. Por favor, adelante.

La preocupación del hombre parecía genuina, y todo el grupo consideró que era obligado aplaudir. Los guías también lo hicieron. Nos levantamos y caminamos hacia las mesas. Sonya y el responsable se sentaron a la más cercana. El resto deambuló unos momentos al observar que no se había destinado un lugar concreto a cada persona. En seguida Liu empezó a distribuirnos, enviando a Mike y a Staughton a la otra mesa, y después a Ana, Ruby y Natalie.

Yen se reunió con ellos y tomó asiento entre Ruby y Staughton.

—¿No va con ellos? —preguntó Liu.

—No, no —la interrumpió Nancy con un guiño—. Moses se sentará a su lado.

La guía pareció cohibida.

—Él la encuentra atractiva —aclaró Nancy.

—Atractiva no creo que sea la palabra —murmuré, pero ya estábamos sentados juntos, a la primera mesa, frente a Son— ya y al responsable.

—¿Cuál es su nombre? —pregunté a Liu señalando al veterano guía que miraba a su alrededor con una sonrisa benevolente.

—Es el camarada Tseng Ssu-yu, presidente del Comité Revolucionario del Servicio de Viajes Internacionales y ex embajador de nuestro país en la India. Fue el guía personal de Kissinger en Shanghai y Hangchow.

Volví a mirarle, impresionado. Parecía muy afable y sincero, y recordaba al tío favorito que entretiene con juegos a los niños, mientras los adultos ven el partido de *rugby* por televisión. Abrió los brazos con placer cuando fueron depositados sobre la mesa bandejas con cebolleta y pepino en rodajas y tazones con una salsa marrón.

Liu me la identificó:

—Hoisin. ¿No ha comido nunca pato de Pekín?

Negué con la cabeza.

—En los restaurantes chinos de mi país hay que encargarlo con un día de anticipación, y nunca me acuerdo.

—Sí. Necesita mucha preparación. Hay que hinchar la piel con un tubo, introducir agua hirviendo cinco o seis veces y dejarlo colgado por el cuello varias horas antes de asarlo.

Un tímido camarero joven apareció con el pato, sosteniendo la bandeja de forma que todos pudiéramos admirarlo antes de que lo trincharan.

—¿En qué piensa? —preguntó Liu.

—Me siento como un condenado a muerte a quien sirven su última cena.

Ella rió.

—No coma en exceso. Algunas veces lo que parece la última cena no lo es necesariamente.

La observé con atención mientras hacía su entrada otro camarero con una bandeja de entrantes. Una camarera llenaba los vasos con vino de ciruelas y *mao tai*.

El camarada Tseng se levantó alzando su *mao tai*. Todos respondimos a su petición.

—*Gambei* —dijo tomándolo de un solo trago, siguiendo el ritual.

—*Gambei* —repitió Sonya engullendo el suyo con la misma presteza.

Brindamos todos mientras Tseng contemplaba a Sonya perplejo.

—Es igual que el aguardiente ruso de ciruela —explicó Sonya mientras volvían a llenarle el vaso.

Tseng elevó un segundo vaso.

—Por la mayor amistad futura.

—¡Brindo por eso! —exclamó Sonya.

Y ambos bebieron. Luego empezamos a comer, primero los entremeses chinos — *P'in pan*— y después el pato. Ya estaba trinchado y las diversas raciones distribuidas en platos. El corazón, un manjar exquisito, se servía en tazón aparte. El resto iba acompañado de bollos o tortitas muy delgados. Liu nos enseñó cómo preparar bocadillos colocando un pedazo crujiente de pato encima de la tortita, y después cebolletas y pepino, para terminar untándolo de salsa *hoisin* y a continuación enrollarlo.

Ignoro cuántos comí ni cuánto *mao tai* bebí, pero el caso es que empezaba a ver el mundo en una nebulosa. Al otro lado de la mesa, Sonya y el camarada Tseng también estaban algo achispados. Hacía muchísimo tiempo que no la veía mirar a un hombre de aquella forma. Me hizo recordar los chismes familiares de años atrás, cuando ella era organizadora de las cooperativas del Bronx y tenía un compañero que nunca supimos quién era y con el que nunca se casó.

—No sé qué voy a decirle al señor Bittleman —oí que decía, sin que viniera a cuento.

—¿Quién es el señor Bittleman? —preguntó Tseng.

—Un amigo americano. Dice que la salvación del hombre se consuma a través de Dios, y yo digo que a través del hombre.

—Del hombre y de la mujer —la corrigió Tseng.

—Bien dicho, hermano —contestó Sonya, echándose otro *mao tai* entre pecho y espalda.

La cogeríamos llorona. Yo hubiera seguido con el *mao tai*, pero mi vaso estaba vacío y me conformé con el vino de ciruela. Por lo general, siempre lo había encontrado demasiado dulce, pero dadas las circunstancias me pareció aceptable. Un minuto más y quedaría totalmente anestesiado.

A pesar de mi estado, el profundo desagrado por la policía, que trascendía países y clases, me permitió ser el primero en advertir su presencia. Al menos creo que así fue. Al principio sólo se trataba de manchas blancas sobre blanco: camareros con chaqueta blanca hablando con oficiales de Seguridad Pública en el descansillo. Los oficiales estaban despistados y creían que los sindicalistas suecos del otro comedor éramos nosotros. Claro; todos los blancos parecíamos iguales. En cambio, no todos los uniformes blancos eran iguales.

A continuación, los camareros discutieron con ellos para convencerles de que nos dejaran terminar la fiesta. Pero sus voces eran un susurro, y sigo pensando que fui el único en darme cuenta.

Trajeron más pato y Liu me miró.

—¿Ha dejado de comer? ¿Es usted otro americano a régimen?

—Cada año voy a cierto lugar de Tecate —contesté, al tiempo que comprobaba de forma inconsciente si había otras puertas, ¡como si aquello hubiera importado!

—¿Tecate? ¿Dónde está?

—En México. Te señalan una dieta de ochocientas calorías diarias y, como ejercicio, varias vueltas a la manzana. Luego, puedes atracarte durante los otros once meses del año... ¿Qué hacen aquí?

—¿Quiénes?

Indiqué a los guardias de Seguridad Pública, que terminaban la discusión con los camareros. Éstos se hicieron a un lado y les franquearon el paso al comedor.

Sonriendo con educación, uno de los oficiales se acercó a Tseng y habló con él.

—¿Qué dice? —pregunté a Liu.

—Que han registrado el equipaje y no está.

—¿Qué equipaje?

—El de ustedes.

—¿Nuestro equipaje?

Ella se llevó un dedo a los labios intentando seguir la conversación que sostenían el policía y Tseng.

—¿Qué es lo que no está? —pregunté, pensando de inmediato en el alijo de Max.

¡Idiota! ¿No podía haberse abstenido a cambio de tres semanas en China?

—No se preocupe, no será nada serio..., siempre y cuando sea devuelto.

Tseng se puso en pie y caminó hacia la puerta con los otros policías. Yen se unió a ellos. Para entonces, todos los del grupo se habían dado cuenta de que algo ocurría.

Tseng volvió a ocupar su sitio y permaneció detrás del respaldo de la silla hasta reclamar toda nuestra atención.

—Amigos del Viaje Amistoso de Estudios Número Cinco: Lamento comunicarles que tal vez se produzca otro cambio de planes. Como saben, su vuelo con destino a Tokio estaba previsto para mañana. Debido a los últimos acontecimientos, se nos acaba de informar que resultará poco menos que imposible.

Miré de nuevo a los guardias de seguridad, al lado de la puerta, que prestaban atención a los presentes.

—Hemos retrasado la noticia tanto como hemos podido, a fin de esforzarnos al máximo por esclarecer el problema con rapidez, pero al parecer no será fácil.

—¿Problema? ¿Qué es todo esto? —dirigí los ojos hacia Liu, pero ella no apartó los suyos de Tseng.

—Está en sus manos, por supuesto —prosiguió—, y comprendemos que es tarea de uno, o como mucho dos miembros del grupo, y que cierto esfuerzo de disciplina colectiva puede resolverlo en horas... ¿Quién sabe?

—¡Dios mío! ¿Dónde estamos metidos? —se descolgó Nancy, incapaz de contenerse.

Tseng ni siquiera le dedicó una mirada.

—No tenemos el menor interés en procesar a los responsables. Únicamente deseamos la restitución o la seguridad de que la devolución será inminente. Hasta entonces, deberán permanecer en Pekín.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nick, reclamando la atención de Tseng.

Éste le observó y después se dirigió a todos nosotros:

—Uno de ustedes se llevó un tesoro estatal del Jardín de las Flores Orientales, entre las once treinta y once cuarenta y cinco de esta mañana.

—¿Cómo lo saben? —preguntó Max, en un tono de voz beligerante.

—No había nadie más. Después de esa hora se cerró el pabellón.

—¿Y no pudieron ser los funcionarios? —inquirió Fred Lisie, expresando la pregunta que estaba en la mente de todos.

Tseng la esperaba.

—El porcentaje de delitos, como deben de saber, es muy bajo en China. Se roban bicicletas, claro. Artículos domésticos. Radios. Pequeñas sumas de dinero. Pero, tal y como habrán notado, no existen cerraduras en las puertas de los hoteles de las ciudades que han visitado antes de Pekín. En parte se debe a que mostramos una actitud cooperativa. Pero también a que sería temerario robar a un extranjero. En una sociedad igualitaria, ¿qué podría hacer alguien con una Nikon o con un abrigo de visón? Ni utilizarlo ni venderlo. Sería detenido. Apliquen el mismo ejemplo al tesoro estatal, pero en mayor escala.

—Pero, ¿qué ha sido robado?

—Un pato de oro.

Las personas sentadas cerca de mí en el autocar que nos devolvió al hotel, debieron de pensar que estaba al borde de la locura, bromeando sin parar cuando los demás se encontraban de un humor de perros.

Lo comprendía, pero los chinos tenían su parte de razón. Cuando Max Freed saltó y solicitó comunicar con la oficina de enlace americana, el camarada Tseng en persona hizo la llamada, a pesar de que el incidente ya había sido notificado a tal organismo por cortesía, teniendo en cuenta que nuestro país aún no había reconocido oficialmente a la China Roja.

No me pareció sorprendente que el funcionario de la oficina de enlace dijera que no podía hacer nada al respecto, dado que los contactos con el Gobierno chino eran indirectos y que incluso el embajador americano en Francia no podría solucionar nada si el incidente se produjera en París.

Por supuesto que la oficina haría lo posible, si lo deseábamos, para difundir un comunicado.

Siguió pareciéndome razonable, incluso generoso, que los chinos no nos mantuvieran retenidos en nuestras habitaciones al oscurecer, sino que nos permitían pasear por Pekín hasta los límites diplomáticos, donde el tráfico no autorizado era detenido. Por supuesto que un americano blanco, negro o marrón hubiera tenido considerables dificultades para escapar de la organización hiperdisciplinada de la moderna China. Pero se trató de una cortesía, y Ana Tzu y Li Yu-ying también lo agradecieron.

A no ser, claro, que los chinos mintieran y el pato nunca hubiera desaparecido de su peana, pero ¿con qué fin? ¿No estábamos ya bastante contrariados?

—Sé por qué sonríes —dijo Nick inclinándose sobre mi respaldo—. La oportunidad de oro. ¡*Asesinato en el Orient Express* al otro lado del telón de bambú!

—Protagonista, Ruby Crystal.

—Por descontado.

—No creo que tuviera éxito. El gusto del público es extraño.

—¡Si consiguiéramos que Max Freed lo diera en capítulos!

Me alegró comprobar que al menos una persona no estuviera a punto de salir corriendo de la puerta de Chien Men al llegar al hotel. A pesar del estado de terror y agotamiento general, Sonya había insistido en que nos reuniéramos en su habitación para decidir cómo actuar. Yo no veía muchas opciones. En realidad, no veía ninguna.

—Nos quedan aún doce horas —recordó ella cuando acudimos a la convocatoria—. Si, quien sea, devuelve el pato, mañana podemos estar en el avión.

—Hay algo que no entiendo —dijo Mike—, ¿por qué creen que lo tenemos, si no lo han encontrado en nuestro equipaje?

—Porque hemos dispuesto de toda una tarde, amorcito —contestó Natalie—.

Hubiera sido posible ocultarlo en treinta lugares en Pekín o, después de envuelto como regalo, enviarlo por correo a cualquier parte del mundo.

—La oficina postal está a un par de manzanas de Ch'ang An —aclaró Harvey.

—¿Y cómo lo sabe? —preguntó Reed.

—Tuve que comprar sellos.

—Pudo comprarlos en el hotel.

—¿Me está acusando de algo?

—No, pero...

—No creo que tenga la menor idea de lo que puede caernos encima, amigo. Si tuviera que guiarme por su...

—¡Mierda! —exclamó Mike—. ¿Tenemos que soportar tanta tontería? ¡Encontremos el pato y salgamos de aquí lo antes posible!

—Pues muy bien. ¿Dónde estabas esta tarde, donjuán?

—¡Eh, un momento!

—¿Y qué me dices de tu compinche, Reed? —prosiguió Mike—. ¡Se muere por el jade, al igual que la mismísima emperatriz viuda!

—El objeto no es de jade. ¡Es de oro!

—Con jade incrustado. ¡No lo olvide!

—No lo olvido —contestó Fred observando a Mike con ironía visible—. ¡Pero no me pasé media hora en la sala de envíos del Almacén de la Amistad!

—Tiempo —dije—. Ésta es la mejor manera de no llegar a ninguna parte. Resulta evidente que si alguien se ha llevado el dichoso pato, no va a revelarlo ahora.

—¿Tienes una idea mejor? —preguntó Max.

—Podríamos dejar abierta la puerta de alguna persona.

—¿Y?

—Quien sea deja el pato en la entrada, y mañana por la mañana todos veremos si está allí. En caso afirmativo, lo devolvemos en masa a los chinos.

—¿Y si no está allí? —preguntó Nick.

—Bien venidos a China —repliqué.

La idea se aceptó, a falta de otra mejor. Se eligió la habitación en la que nos encontrábamos, la de Sonya y Ruby, y después nos acostamos.

No creo que a nadie le extrañara que por la mañana no hubiera nada. Nos reunimos alrededor de una mesa del comedor del hotel Pekín y observamos nuestras caras ojerosas mientras nos servían lo que llamaban «desayuno occidental»: bacon calcinado, tostadas frías y huevos pasados de cocción. Pero nadie tenía apetito. Contemplamos a los demás huéspedes que se preparaban para las negociaciones del día, o a miembros de otro grupo turístico que ajustaban las cámaras fotográficas a fin de estar preparados a la llegada de los guías para otro día de amistad y estudio. Reflexioné sobre lo que dirían, si tuvieran la menor noción de las barbaridades ocurridas al Número Cinco.

—Venga, Sam Spade, ataca —ironizó Nick.

Me encogí de hombros.

—¿No se te ocurre ninguna idea brillante?

—Bueno, podríamos hacer una cadena en el océano y nadar hasta Taiwan.

A nadie hizo gracia.

—Yo creo que no vale la pena andarse por las ramas —intervino Sonya—. Estamos en tus manos, Moses.

—¿Por qué? —preguntó Staughton.

—No tenemos otra salida. Es detective.

—¡Oh —replicó—, hay que ver! La gran progresista opta por el individualismo. No creo que necesitemos un detective. Somos adultos responsables. Podemos tratar el asunto democráticamente.

—¿Sí? ¿De dónde ha sacado la idea? —inquirió Max.

Natalie volvió a intervenir:

—Yo creo que...

—Un momento, un momento —dije—. Ya dejé bien claro que no estaba aquí como profesional y sigo manteniéndolo.

—Se te pagará —aseguró Max.

—¿Tratas de insultarme?

—¿Cómo podemos salir de aquí? ¡Tengo una revista que debo editar!

—Más vale que esperes sentado, chico. ¡Te quedan diez días!

Max se encontraba a punto de rebatirme cuando un grupo de africanos con vestimentas tribales se nos acercó.

—Disculpen —dijo uno de ellos—, ¿es usted Ruby Crystal?

—Sí —contestó Ruby algo incómoda.

Los africanos miraron a sus compañeros con la expresión equivalente a «¿lo veis?».

—¿Le gusta China? —preguntó.

—No está mal —contestó Ruby.

—Nosotros lo pasamos de maravilla. —E indicando a sus amigos—: Somos el equipo nacional de voleibol de Etiopía. Jugamos esta noche en el Estadio Obrero... ¿No le importa?

Puso papel y pluma frente a Ruby.

Todos miramos a Ruby mientras firmaba media docena de autógrafos.

—Ya la veré en el bar —dijo el chico sonriendo, mientras todo el equipo volvía a la mesa.

—Qué altos son —comentó Nancy.

—¿Dónde estábamos? —preguntó Max.

—Al principio —precisó Sonya—. Tratando de convencer a Moses para que actúe como detective.

—Yo me opongo —dijo Fred.

—Yo también —le secundó Natalie.

—¿Por qué? —le preguntó Max.

—Creo que Staughton tiene razón. Vinimos en grupo y tenemos que actuar en grupo. No me parece correcto que una sola persona investigue nuestros asuntos.

—¿Y cómo sabemos que es bueno? —inquirió Reed.

—Es bueno —aseguró Max.

—¿Cómo puede saberlo? —insistió Reed.

—Le dediqué un artículo.

—¡Ah! —exclamó Reed, al tiempo que me observaba como a un bicho extraño.

—No se trata de eso —replicó Staughton—. No dudo que sea bueno. Todos lo somos. Pero también deberíamos imitar a los chinos, aunque ahora no sean precisamente un ejemplo, y aprender a funcionar como un equipo.

—¿Qué te parece, Ruby? —preguntó Sonya—. Has estado muy callada desde la firma de autógrafos.

—Bueno —intervino Nancy—. Ruby interpretó varias series de detectives antes de protagonizar películas, ¿no? *Una muchacha llamada Sam...*

—No hablemos de mi historia —contestó Ruby—. Además, se aprende tanto de un detective en un telefilme como de hacer Chryslers en un anuncio. ¿Queréis mi opinión? No creo que debamos dejarlo en manos de Moses, por buen profesional que sea. Me inclino por intentarlo como grupo al menos un día.

—¡Menudo disparate! —exclamó Max.

—Oigan: no tengo el menor interés ni más idea que ustedes de cómo resolver el conflicto; por lo tanto, no se acaloren.

Entonces llegó Yen. Iba acompañado de otro hombre, vestido con uniforme gris, que debía de pesar unos cincuenta kilos y medir uno cincuenta, gorra incluida, pero la severidad de su expresión le acrecentaba.

—Buenos días —saludó Yen—. ¿Qué tal el desayuno? Me gustaría presentarles al camarada Huang, del Departamento de Seguridad Pública. El camarada será el encargado de los aspectos delictivos de su caso, aunque los guías señor Hu y señora Liu permanecerán a su disposición para ayudarles en lo que precisen.

El camarada Huang dijo algo en chino a Yen.

—El camarada Huang les desea buenos días y una rápida resolución del caso.

Un trozo de huevo frito se quedó tieso en mi tenedor.

—¡Hola, papi... acabamos de recibir tu primera postal! ¡Parece estupendo!

—Sí, oye... ¿Quieres decirle a tu madre que se ponga al teléfono?

—¿Me oyes?

—Sí. Te quiero, Jacob. Ahora, que se ponga tu madre. —En seguida.

—Hola, Moses... ¿De verdad llamas desde Pekín?

—Sí.

—¿Y qué tal?

—No muy bien.

—¿No muy bien? ¡No me digas! ¿Tienes la menor idea de lo difícil que me resulta...?

—¡Suzanne!

—¿Qué?

—¡Cállate y escucha!

—¿Qué?

—Escúchame y no les digas nada a los niños de lo que vas a oír.

—No te oigo, Moses.

—¡¡¡¿Y ahora?!!!

—Sí, ahora sí.

—No les digas nada a los niños, pero es posible que permanezca en China más tiempo del previsto.

—¿Qué?

—¿Me oyes?

—Sí. ¿Qué ha ocurrido? ¿No piensas volver?

—¡Cielos, claro que sí! Presta atención.

—Vale, vale.

—Los chinos nos tienen en una especie de arresto domiciliario. Podemos movernos por Pekín, pero nada más. Creen que alguien del grupo ha robado un pato de oro.

—¡Jesús! ¿Desde cuándo dura el asunto?

—Desde ayer... Verás, te llamo para que no te alarmes si lees algo en la prensa debido a la popularidad de Ruby Crystal, Natalie Levine y otros... Así podrás asegurarles a los niños que estoy bien y no se asustarán. Ahora, que se pongan al aparato. ¡No! Espera un minuto. ¡Espera! Telefonea a Seymour Bittleman, el amigo de Sonya, y dale la noticia, pero con cuidado..., no vaya a darle un infarto... Déjame hablar con los niños.

—Hola, papi.

—Hola, Simon.

—¿Ya has visto la Gran Muralla?

—Todavía no.

—Oh.

—Hola, papi.

—Hola, Jacob.

—¿Por qué está tan preocupada mamá?

—Oh, se trata de tía Sonya. Ya sabes cómo es. Quería quedarse en Shanghai y se lo he quitado de la cabeza.

—Bien hecho, papá.

Seguí hablando con ellos unos minutos antes de colgar y fijarme en un papel que estaba sobre la mesilla de la habitación. Para distraerme había escrito una lista de catorce nombres: Li Yu-ying, Ruby Crystal, Mike Sánchez, Harvey Walsh, Reed Hadley, Max Freed, Nancy Lemon, Nick Spitzler, Fred Lisie, Ana Tzu, Staughton Grey, Natalie Levine, Sonya Lieberman y Moses Wine. También había añadido una serie de motivos: dinero, venganza, provocación, desengaño, sabotaje. El único de ellos que tenía sentido a simple vista era el dinero, y volví a repasar la lista tachando a Ana Tzu, que todavía no había llegado a Pekín el día de los hechos, y a Moses Wine, dando por supuesto que no sufría amnesia. Algunos de los nombres parecían más sospechosos que otros, y me disponía a profundizar el estudio cuando llamaron a la puerta. Me levanté, abrí y era Max.

—¿Dónde está Mike? —preguntó.

—Abajo, en el bar. ¿No recuerdas que nos terminamos la botella de Jack Daniel's?

—Muy bien. Quiero contratarte. ¿Cuál es tu tarifa actual?

—Depende. Ciento cincuenta al día y gastos aparte.

—Te daré el doble. Estoy desesperado, Moses. Necesito salir de este atolladero como sea.

—Y todos los demás también.

—Vamos, di una cifra. Ya sabes que soy generoso.

Sacó el talonario de cheques.

—Te estás vulgarizando, Max.

—No quiero que me echen la culpa de algo que no he hecho.

—¿Quién te culpa?

—Tengo enemigos en el grupo.

—¿Cómo quién?

—Natalie Levine, por ejemplo. Le dedicamos un artículo hace un par de meses, tres semanas antes de que perdiera.

—Ya no leo el semanario, Max.

—«Natalie Levine: izquierdista que viaja en coche de lujo». Seguía una relación de sus patrocinadores: ejecutivos petroleros, terratenientes, industriales poseedores de minas de estaño en Sudáfrica.

—¡Fiuuu...! —exclamé.

—¿Y bien?

Max indicó la *Revista de Pekín* y aguardó mi respuesta.

—Olvídalo, Max. Ya sabes lo que pensarían los demás si trabajara para una sola persona.

—No tienes por qué decirlo.

—¿No te parece que lo descubrirían?

—¡Mierda, Moses! ¡Pensaba que estarías en deuda conmigo después de toda la propaganda gratis que te hice!

—Quieres sobornarme.

—No quiero sobornarte, pero no pienso terminar en una cárcel china por algo que no hice... ¡Oh, vete al cuerno!

Y salió con paso apresurado, cruzándose con Reed Hadley.

—¿Qué quería? —preguntó Reed mientras veía a Max desaparecer por el pasillo. Cerró la puerta.

—Me parece que está asustado.

Reed asintió, al tiempo que paseaba por la habitación. Finalmente, se paró y me miró.

—No sé cómo decir esto sin parecer un chivato, pero yo creo que la culpable es Ruby.

—¿Ruby?

—Ya se fijó en cómo se le iban los ojos detrás de aquella figura.

—A ella y a muchas personas más.

—Pero ella la quería. Ya conozco la expresión... Es como cuando llevo a un cliente a ver un solar en Palm Desert o en Rancho Mirage y lo quiere a cualquier precio. Salta a la vista. —No pudo evitar una sonrisa nerviosa—. Además, ¿conoce el museo de Pasadena?

—¿Norton Simon?

Asintió.

—En otoño presentaron una exposición en la que se exhibían las más importantes colecciones de arte oriental de la Costa Oeste... ¿Y sabe de quién era la mayor?

—¿De Ruby Crystal?

—¿Lo ve?

—Todos sabemos que Ruby colecciona obras de arte.

Pude haber añadido que el catálogo que yo había visto encima de la mesa de su casa tenía una señal en la página treinta y cuatro.

—Sí, pero no sabemos a dónde fue con todos los paquetes cuando salió del Almacén de la Amistad. No volvimos a verla en toda la tarde... Y quiere hacer creer que entrega su dinero a causas sociales... Bueno, ¿qué piensa hacer?

—¿Con respecto a qué?

—¿A qué se refiere? ¡Con respecto a Ruby!

—Hay otros sospechosos, Reed. Si no recuerdo mal, alguien escribió «el pato de

la dinastía Han» en el formulario de preferencias que rellenamos en Hong Kong.

—¡Eso no tiene nada que ver!

—¿No? —dijo la voz de Mike que estaba en el umbral—. ¿Dice que no tiene nada que ver y...?

—¡Soy un turista!

—¡Seguro! —Mike se dirigió a mí—. Todos sabemos que ha sido él. ¡Es el sospechoso número uno!

—¿Y quién lo dice? —le desafió Reed.

—¿Quién lo dice? ¡Todos lo dicen, carajo!

Mike se me acercó y, por su aliento, supuse que había hecho una cata de los mejores coñacs chinos.

—¿A qué estamos esperando? ¡Deberíamos estar registrando su habitación!

—Ya lo han hecho los chinos. Además, tenemos una cita con la oficina de enlace dentro de media hora.

—¡Menuda ayuda! ¿Qué crees que van a hacer? Además, piensan que somos comunistas. ¿Qué clase de detective eres? ¡Haz algo!

—No puedo hacer nada, Mike.

—¡Jesús! ¡Se largará, y todos los demás enchironados en Pekín!

—No creo que haya nadie del grupo sin nada que esconder, Mike.

Me levanté, me guardé la lista en el bolsillo y salí al pasillo. Camino del ascensor me encontré con Ana Tzu. Sonreía, canturreaba y era la vez que la veía de mejor humor desde el inicio del viaje.

—¿Qué tal Cantón? —le pregunté.

—Me encuentro mucho mejor. Me trataron con acupuntura.

—¿De qué se trataba?

—No quisieron decírmelo.

—¿Qué?

—Era muy complicado. Me pusieron muchas agujas.

—¿Visitó a sus parientes?

Ana sonrió.

La oficina de enlace americana en Pekín estaba en San Li Tun, un impersonal gueto diplomático en la parte noroeste de la ciudad, con casas bajas, tipo rancho, delante de una hilera de edificios de pisos. Casi parecía que los chinos hubieran creado un enclave imperialista a la inversa, limitando a los extranjeros a un barrio residencial independiente, dotado de supermercados y pistas de tenis: un Los Ángeles en miniatura, sin autopistas ni neones.

Incluso la oficina en sí nos recordó California del Sur, cuando aparcaron enfrente los tres taxis que Yen había pedido para nosotros. Un par de palmeras en grandes tiestos flanqueaba la entrada del edificio de dos plantas, con un gran ventanal y una terraza. Había un tiiovivo y una segadora cerca de la pared del garaje. Podíamos muy bien haber estado en una zona de la clase media-alta del valle de San Fernando.

Dan McGraw, el delegado, se encontraba dando su lección de chino cuando llegamos, y fuimos recibidos en la puerta por el señor Karpel y el señor Winston, dos de los funcionarios. Nos hicieron pasar, adoptando la expresión cortésmente apesadumbrada de los empleados de pompas fúnebres que se disponen a venderle a uno la mejor parcela del cementerio.

Nos invitaron a sentarnos en sillones americanos de principios de siglo, en una sala estilo americano con cuadros modernos, americanos, en las paredes.

—¡Gracias a Dios que estamos aquí! —dijo Nancy Lemon cuando nos ofreció «auténtico café americano», en servicio de plata, una criada china con delantal blanco.

—Sí, al parecer están pasando una aventura —comentó el señor Karpel.

—Bien puede decirlo —apostilló Natalie.

—Es una lástima que no ocupe un cargo en el Gobierno actualmente, señora Levine. De ser así podríamos provocar un incidente diplomático y dar resonancia al caso.

—Al parecer escogieron una pieza selecta —intervino Winston que fumaba en pipa—. Ese pato estaba en el lote de descubrimientos arqueológicos que los chinos han exhibido en los museos de todo el mundo.

—No —dije yo—. No han dejado que salga del país.

—Exacto —subrayó Karpel—. Aún peor. —Sonrió—. Lo próximo que les pedirán es que hagan su autocrítica.

—No lo creo, Bill —rechazó Winston sin alterarse—. Pero es una pena que no puedan culpar a la Banda de los Cuatro.

—Estamos aquí para saber lo que pueden hacer para ayudarnos —dijo Sonya.

Los dos hombres intercambiaron una mirada.

—Con franqueza, señora —respondió Karpel—, no gran cosa. Como ya le comenté al señor Freed anoche, por teléfono, tenemos las manos atadas en este asunto

por diversos motivos. Además, seguro que están al corriente de que nos encontramos en negociaciones con los chinos, bastante delicadas, que se refieren a la normalización de relaciones con China y a la protección, al mismo tiempo, de nuestros legítimos intereses en Taiwan.

—¿Y dónde quedamos nosotros? —preguntó Mike.

—En una situación difícil —admitió Winston. Se inclinó hacia nosotros gesticulando con la pipa—. Lo que los chinos intentan hacer es involucrarles en su peculiar proceso legal. Y por extraño que parezca, lo que resulta es que ustedes se conviertan en policías.

—Pero ¿cómo pueden hacer eso?

—Interviniendo en pequeños grupos de vecinos y discutiendo el problema. Eso es posible en un estado totalitario.

La sanción del grupo es tan importante, que nadie se atrevería a impugnarla.

—Y no esperen ayuda de los abogados —añadió Karpel—. Según un libro que leí, hay más abogados en Oakland, California, que en toda China. Los chinos no confían en ellos.

—Verán, los chinos son partidarios del amateurismo militante —explicó Winston—, en tanto que nosotros, los americanos, queremos profesionales.

Varios miembros del grupo asintieron. Comprendí que estábamos siendo tratados como subalternos de baja estofa en una reunión de Departamento de Estado.

—Sírvanse más café —invitó Karpel, indicando el servicio de plata que reposaba sobre una mesa estilo Chippendale.

Entonces Dan McGraw bajó por la escalera. Era un hombre afable, que había sido destinado a China recientemente, pero había algo en la actitud de los chicos del Departamento de Estado, algo en la forma en que se habían puesto en pie cuando él entró en el salón, que me dijo que el hombre no les gustaba.

—Qué fantástico pensar que alguien de esta habitación haya robado un pato —dijo mientras nos estrechaba las manos—. Es como un caso policíaco... Un famoso abogado —señaló a Nick—, un político —indicó a Natalie—, una estrella de cine —sonrió a Ruby— y el editor de una prestigiosa publicación —saludó a Max—, para no mencionar un fascinante reparto. No les importa que les trate de personajes secundarios, ¿verdad? También existen en la China igualitaria. Pero me parece que nos falta alguien. ¿Dónde está el inspector Poirot?

—Aquí —dijo Max levantando mi brazo como si terminara de ganar los cuartos de final del campeonato de boxeo—. Moses Wine, detective privado.

—Sorprendente —comentó McGraw.

—Sí, pero nuestro astuto grupito no le ha concedido poderes para investigar.

—¿Los necesita? Si se merece el pan que come, ya debe de estar investigando de todas formas.

De repente, todos callaron y me miraron.

—Que no cunda el pánico —aconsejé.

—Es lógico que tengan dudas —continuó McGraw—; todos las tenemos... Imaginen mi situación, cuando el país más rico del mundo aún vacila en reconocer al Gobierno de la nación más poblada del planeta, a pesar de que hace casi treinta años que el régimen está en el poder... Totalmente absurdo, ¿no?

Karpel y Winston dieron la impresión de estar a punto de desmayarse. Para ser un funcionario público, McGraw no tenía pelos en la lengua.

—Estoy seguro de que se harán cargo de que el señor McGraw les está hablando como ciudadano privado —precisó Karpel—, y no a título de representante del Gobierno de Estados Unidos.

—Oh, cállate, Bill —ordenó McGraw—. ¡Esto es el mundo moderno y no una reunión del Club de Veteranos de Kuala Lumpur!

—Ni estamos en el local de sindicatos de Harrisburg, Pennsylvania —murmuró Karpel, haciendo una directa alusión a la anterior ocupación de McGraw como mediador de los obreros.

—Hacemos esto muy a menudo —dijo McGraw, para quitarle importancia—. Es lo que ocurre cuando uno no es ascendido desde dentro... Bueno, supongo que han venido a pedirnos lo imposible. A menos, claro, que demuestren que nadie ha podido robar el pato. Entonces podríamos ayudarles.

Paseó la vista por la sala, pero nadie abrió la boca.

—Bien; nadie. El espíritu de grupo nunca ha sido nuestro fuerte. —McGraw miró el reloj—. Me gustaría que se quedaran, pero hoy es el día de nuestra primera barbacoa anual para funcionarios y empleados. Estoy obligado a presidirla.

—No nos queda otro remedio —añadió Karpel.

McGraw asintió, extendiendo la mano para indicarnos que era el momento de marcharnos. —Por lo general invitamos a los grupos visitantes, para que nos hablen de sus impresiones —dijo acompañándonos hacia la salida—. Nosotros no nos movemos mucho por China, ya saben. Estamos más limitados que ustedes..., pero en las circunstancias actuales... —Se detuvo y nos miró—. Si yo estuviera en su lugar, contrataría a este hombre. —Me palmeó el hombro y abrió la puerta—. En caso contrario, puede que tengan que permanecer en China hasta el Año Nuevo. Por cierto, el año próximo es el del Caballo. Bueno, ya me harán saber cómo van las cosas.

Y cerró la puerta.

—¡El año del Caballo! —exclamó Sonya, tan pronto nos encontramos fuera—. ¿Quién hubiera imaginado que esos sujetos que desempeñan altos cargos estuvieran al corriente de las viejas supersticiones? —Calló y nos miró—. Pero el bastardo tiene razón. Estamos perdiendo el tiempo. No podemos conseguir nada en grupo, así que deberíamos dejar que Moses se pusiera manos a la obra.

—¡Maldita sea! —exclamó Reed—. Acordamos que...

—¿Qué acordamos? —rebatía Mike—. ¡No sé cómo un reaccionario ha conseguido colarse en este viaje!

—¡He estado pagando cuotas de socio de la delegación de Palm Desert durante

tres años!

—¡Y me gustaría que ahora mismo estuviera en Palm Desert!

—A mí también.

—¡Entonces, dejemos que haga su trabajo, por Dios Santo!

—¡No hasta que ella hable! —Reed señalaba a Ruby—. Quiero saber dónde estuvo ayer por la tarde.

—¿Me está acusando de...?

—No la estoy acusando de nada. Pero la vi desaparecer en el barrio indígena.

—¿El barrio indígena?

—Llámelo como quiera. Me da lo mismo. Quiero saber lo que estuvo haciendo allí. —Miró fijamente a Ruby, que no parecía bien dispuesta a responderle—. ¿Y bien?

Ruby no dijo nada, y todos los demás estábamos intrigados.

—Tenía la dirección de un acupuntor —contestó finalmente.

—¿Un acupuntor? —repitió Sonya—. ¿Algo va mal?

—No... Es que... yo... —Ruby se puso color escarlata—... había oído decir que con esa técnica se conseguía detener el envejecimiento..., que hacían desaparecer, las arrugas...

—*Umbashrayen!* —exclamó Sonya golpeándose la frente con la mano—. ¡Lo que me quedaba por oír!

—Ha sido un error —admitió Ruby—. Me siento tan estúpida...

—¿Podemos ahora dejar que empiece el trabajo? —preguntó Mike mirando alternativamente a Reed y a mí.

—De acuerdo —contestó Reed a regañadientes—, lo acepto, ya que me veo obligado.

—¿Nadie se opone? —preguntó Sonya.

Observó a Staughton y a Ruby, que antes habían puesto alguna objeción, pero nadie reaccionó en contra. Entonces se dirigió a mí.

—¿Cómo piensas proceder?

—Necesito carta blanca para hablar con cada uno en privado. Aparte de eso, no sé. No es exactamente el tipo de caso con el que me haya encontrado antes.

—¿Quieres que te pagemos? —propuso Sonya sin intentar disimular su sarcasmo.

—Sí —contesté—, que entre todos me llevéis a cenar cuando regresemos a América. La única condición es que no sea a un restaurante chino.

Subimos a los taxis y volvimos al hotel. No había exagerado al decir que no estaba seguro de cómo iba a actuar. La verdad es que no tenía la menor idea de lo que haría. Por si fuera poco, no disponía de una base comparativa con ningún caso anterior. Bien mirado, el asunto era extraño. ¿Quién podría hacerlo? ¿Quién querría robar el pato hasta el punto de arriesgarse a ser encarcelado en la sociedad más desconocida del mundo?

Me apoyé contra la ventanilla, intentando introducirme en la mente de una persona capaz de cometer tal delito. Por unos momentos, mi cabeza se quedó en blanco. Entonces, tuve la visión borrosa de un Porsche plateado circulando por Mulholland Drive. Y algunas palabras de Sitting Bull que recordaba haber leído en alguna parte: «No te fíes del hombre blanco —decía el indio—, porque es un ser extraño. El ansia de poseer es en él una enfermedad».

Aquella tarde fui a la habitación de Harvey para interrogarle.

Un empleado nos dejó té de jazmín en un termo floreado y lo bebimos en silencio. Finalmente, inicié la conversación.

—He querido hablar con usted en primer lugar, Harvey, porque me parece la persona menos sospechosa.

—¿Quiere que apague eso? —me preguntó, refiriéndose a un reproductor de casetes en el que sonaba Randy Newman.

—¿Le gusta? —pregunté—. ¿Short People?

—Bastante... Oiga, ha sido un halago.

—¿El qué?

—Me ha dicho que le parecía la persona menos sospechosa.

—Sí, con sus grupos y terapias es probable que haya dejado atrás sus necesidades materiales hace ya tiempo... ¿Tiene algo de Cat Stevens?

—No, lo dejé en casa. ¿Quiere escuchar a *Paul Horn en el Taj Mahal*?

—Desde luego.

Sacó la cinta de Newman y colocó la otra.

—Preste atención a los agudos —recomendó—; siempre me hacen recordar a Krishnamurti.

—¿Ha estado usted en la India?

—Sí. Dos veces. —Asintió mientras seguía la música—. ¿Le gusta? Debería escucharlo en el aparato que tengo en casa.

—¿Qué aparato tiene?

—Una serie limitada Akai AA-1050, de cuatro fases con altavoces de estudio Advent y sintetizador.

—Caramba... ¿De dónde lo ha sacado?

—A través de un amigo, productor discográfico en Los Ángeles. Claro que el plato tuve que pedirlo a Europa.

—Claro.

—Bang y Olufsen, ya sabe.

—Ya... ¿Vídeo también?

—Naturalmente... Lo necesito para mi trabajo.

—Para filmar a sus...

—Grupos..., sí. Para retroalimentación.

Me recosté y apuré el té. Sobre la mesa, junto al reproductor Sony, había una Nikon FT con objetivo de ojo de pez, un *flash* Vivitar, un *zoom* 100-300 mm, un par de prismáticos Nikon, un reloj-calculadora Casio Quartz, una Polaroid SX-70, y una cámara de cine Canon con micro incorporado. Harvey no había salido hacia China de forma improvisada. Me pregunté si lo habría comprado todo para la ocasión o si el

negocio de la terapia en el Gestalt de Santa Bárbara sería tan rentable como tenía entendido.

—¿Usted quién piensa que lo hizo? —pregunté.

—Oh, Jesús, no sé... Quiero decir que podría hacer suposiciones igual que usted, pero no me atrevería a acusar a nadie.

—¡Oh, qué cono! ¡Adelante! La puerta está cerrada y nadie nos escucha aparte el Servicio Secreto Chino.

Él no contestó.

—Vamos, Harvey, una ayudita. Entre todos me han encomendado el trabajito de sacar las castañas del fuego. Tienen que cooperar.

Miró unos instantes hacia el reproductor y después lo paró.

—De acuerdo —dijo—, yo pienso que es Li Yu. El día que fuimos al Gran Mundo me dijo que su padre había sido aniquilado por los comunistas. Confiscaron la fábrica y le dejaron sin un céntimo.

—Y eso ¿qué significa?

—Que él cree que están en deuda con él.

—Ese pato bien podría tener el valor de una fábrica —comenté—, por lo que sé. Bueno, gracias por su tiempo.

—¿Se va?

—Exacto.

—¿No va a hacerme más preguntas?

—¿Qué podría preguntarle? ¿Robó usted el pato?

—No.

—Es lo que pensaba —dije, y salí.

Le creía. Harvey podía tener avidez, pero del mismo tipo que la mía. Ambos no dudaríamos en elegir una Motobecane de diez velocidades antes que un pato anticuado de cualquier dinastía.

Ya en el vestíbulo, dudé entre ir a ver a Li Yu o a Fred Lisie, y finalmente me decidí por éste y llamé a su puerta.

—Adelante.

Entré. Fred no estaba, pero Staughton Grey, su compañero de habitación, hojeaba un ejemplar de la *Revista de Pekín* sentado en un sillón.

—¿Dónde está Fred? —pregunté.

—Supongo que con Nancy, ¿no cree? ¿Quería interrogarle? Parece un sospechoso lógico..., hijo de un misionero y nacido en China.

—¿Es eso cierto?

—Y por aquí no hay más que ateísmo, ¿verdad?

—Me parece una suposición prudente —dije, disponiéndome a salir.

—¿Cómo lo está tomando su tía?

—Lo superará.

—Nosotros, los viejos, tenemos que mantenernos unidos.

Le miré.

—Imagino que ustedes dos ya habían tenido sus más y sus menos antes..., en los viejos tiempos.

Grey rió.

—Le sorprendería saber cómo era. Muy atractiva, pero obstinada como... —No terminó la frase—. Bueno, ¿cuándo va a interrogarme? Piensa hacerlo, ¿no?

—No sabría qué preguntarle.

—¿Qué le parece, para empezar, qué estaba yo haciendo aquella tarde en Hong Kong?

—Ya me lo explicó: visitar a un amigo del cuerpo diplomático británico.

—Sí... ¿Y qué pensaba preguntarle a Fred?

—Usted acaba de darme la idea... ¿Por qué Yen le dio la bienvenida a su regreso a China?

—Porque es el hijo de un misionero —dijo Nancy cuando entraba.

Iba sola.

—¿Dónde está Fred? —inquirí.

—Cortándose el pelo, aunque parezca imposible. Al estilo chino. No quiero ni pensar en el aspecto que tendrá. —Depositó una botella de *mao tai* sobre la mesa frente a Staughton—. De todas maneras, alguien le está esperando. —Luego, se dirigió a mí—: En el vestíbulo de la planta baja.

Miré el reloj. Sólo eran las siete. Ciertamente, se había dado prisa; hacía media hora que había dejado el mensaje. Me despedí:

—Les veré después.

—Recuerde las penas por sabotaje a la familia —me dijo Nancy con un guiño.

Me encaminé hacia la puerta, pero me paré en seco.

—Tengo una pregunta —dije a Staughton—. Después del Jardín de las Flores Orientales usted fue al Museo de la Revolución con Li Yu.

—Eso es.

—¿Estuvo en todo momento con él?

Staughton asintió.

—Por lo tanto, no tuvo ocasión de enviar o esconder nada.

—No, que yo sepa.

Asentí y salí.

No me di cuenta de lo nervioso que estaba hasta el momento en que crucé el vestíbulo, cinco minutos después. Era una sensación que desde hacía tiempo no experimentaba, pero la reconocí en seguida como la excitación del adolescente que acude a una cita, minutos antes de llamar a la puerta. En aquellas circunstancias era totalmente absurdo, pero entonces vi a Liu al otro lado de la sala contemplando un mural de la Gran Muralla, que ya debía haber visto centenares de veces. Me acerqué y hablé antes de que se percatara de mi presencia.

—En América le hubiera ofrecido una copa.

—Costumbres burguesas —contestó sin darse la vuelta—. Un encuentro entre hombre y mujer en su sociedad nunca puede ser simple. Siempre tiene que haber... complicaciones.

—Entonces, no tome la copa.

—Aceptaré una naranjada.

Se dio la vuelta y sonrió con malicia. Hizo un gesto al camarero que estaba atendiendo a otros huéspedes. Nos sentamos uno frente al otro, al lado del mural.

—¿Quería verme? —preguntó.

—Sí. Tengo algunas preguntas... y esta vez no son sobre la Banda de los Cuatro.

—Oh, pero no debe olvidar colocar la política frente a todo. ¿Recuerda lo que le expliqué acerca de «rojo y experto»?

—Confío en recordarlo.

—Hay que establecer la diferencia entre contradicciones con el pueblo y contradicciones con el enemigo.

—Contradicciones con el enemigo, ¿eh? No sé nada de eso, Ninotchka. Pero aquí, en Pekín, vamos de mal en peor. Algunos amigos extranjeros no se muestran tan cordiales como al principio.

—Es una pena. Sin embargo, alguien se ha llevado el pato. ¿O no?

—Sí, y me han elegido para que lo encuentre.

—¡Ah! Así que el detective ya tiene su caso.

—Yo quería saber si usted podría ayudarme.

—¿Y cómo?

—Tengo que hablar con muchas personas durante una investigación. Necesito a alguien que me haga de intérprete.

—Quizá el señor Hu.

—Su inglés es insuficiente..., y el señor Yen estará ocupado atendiendo a las necesidades del grupo.

Ella no respondió. Al otro extremo del vestíbulo, un par de jugadores etíopes cortejaba a Ruby.

—También preciso permisos para ver sitios y visitar lugares a los que normalmente no tendría acceso —proseguí—. Por ejemplo, mañana quiero volver a entrar en el Jardín de las Flores Orientales.

—Tal vez no sea posible.

—Y la ayuda de alguien de Seguridad Pública que sepa utilizar polvo blanco y tampones.

—No había huellas —dijo—. Ya se comprobó.

—Muchas gracias por decírmelo.

—Usted no lo preguntó.

Permanecimos allí mirándonos. Tenía los ojos brillantes color avellana y el cutis amarillo pálido absolutamente exquisito, como si fuera de ámbar.

—Esto puede complicarse —comenté.

—¿A qué se refiere?

—Nada.

—Tal vez debería conseguir que el señor Hu le ayudara.

—¡Oh, no! No.

De repente se puso en pie.

—Hasta mañana.

—Espere. Otra cuestión. —Inventé una—: ¿Cuándo descubrieron el robo?

—A las tres de la tarde. Los responsables del museo nos informaron.

—Nosotros salimos del museo a la una. Quedan dos horas durante las cuales otra persona pudo llevarse el pato... ¿Comparte la opinión del camarada Tseng? ¿Que ningún chino cometería semejante robo?

—El camarada Tseng es muy inteligente.

—Entonces, ¿por qué todas las bicicletas aparcadas frente al hotel tienen candado?

Se dispuso a responderme.

—Aguarde, no me lo diga. Todavía existen enemigos de clase en China. Incluso bajo la dictadura del proletariado las luchas continúan.

Ella sonrió.

—Pero ningún chino —enemigo de clase o no— sería lo suficientemente temerario como para robar un objeto que nadie más tuviera. Sólo conseguiría que le descubrieran. ¿Correcto?

—Correcto.

—Pues explíqueme por qué tenemos cerraduras en las puertas de nuestras habitaciones del hotel Pekín y no las había ni en Shanghai ni en Cantón.

—Es que Pekín es visitada por muchos extranjeros.

Esta vez fui yo quien sonrió.

—¿Alguna otra pregunta?

Negué con la cabeza.

—Dzy gen.

Se despidió y se dispuso a marcharse. Estaba a pocos pasos cuando la llamé:

—Liu...

—¿Sí?

—Una pregunta más.

—Hágala.

—El hombre que murió en la comuna cerca de Cantón... Fue un accidente, ¿verdad?

Esperó un poco antes de contestar.

—A usted, ¿qué le parece?

—Apostaría a que no.

—A los americanos les gusta el juego. *Dzy gen*.

—*Dzy gen*, Liu.

La vi alejarse y entrar por una puerta lateral al ala antigua del edificio. Luego deambulé por el vestíbulo y me encaminé hacia la puerta. Era una noche tibia y pensé en salir a dar un paseo para aclarar las ideas. Pero apenas había llegado al exterior cuando un hombre pareció salir de la nada.

—¿Del Amistoso Número Cinco? —inquirió.

—Sí.

—No les está permitido salir del hotel después de la seis de la tarde.

Sonrió con educación, esperando que volviera al interior del edificio. Debía de ser uno de los chicos del camarada Huang.

De camino hacia mi habitación me detuve en la que Li Yu compartía con Max. Ambos estaban sentados en la cama, escribiendo cartas.

—¡Vaya! El hombre que acabaría con toda la marihuana del mundo —dijo Max—. ¿A quién vienes a ver?

—Quisiera hablar un minuto con Li Yu.

—¿Quieres que me vaya?

Max dejó pluma y papel a un lado.

—No... puedes quedarte.

—¿Alguna novedad sobre el pato?

—No. Li Yu, ¿recuerda su comentario de que su padre solía llevarle al Gran Mundo cuando era niño?

—Sí.

—Debe de recordarlo con cariño.

—Sí..., más o menos.

—¿Qué significa más o menos?

—Me gustaba el Gran Mundo. Pero mi padre no quería ir. Supongo que pensaba que era su deber.

—Ya... ¿Eso le molestaba?

—Claro. Yo era un niño.

—¿Qué ocurrió con su padre?

—Murió.

—¿Dónde?

—En Chicago.

—¿Lo perdió todo? Después de la Revolución.

—Oh, sí. Todo.

—Especifique sus bienes.

—Dos fábricas, una casa en Shanghai, otra cerca del lago en Hangchow...

Llamaron a la puerta.

—¿Contesto? —preguntó Max.

Asentí.

—Pase —invitó Max.

Se abrió la puerta y entró Mike Sánchez.

—Una llamada telefónica —anunció—, y creo que es para ti.

—Volveré en seguida.

Avancé por el pasillo hasta nuestra habitación. El teléfono estaba descolgado y lo cogí.

—¿Diga?

—¿Moses Wine? —preguntó una voz al otro extremo del aparato.

Era un chino.

—Sí.

—Ahora mismo radiante y florido.

—¿Qué?

—Ahora mismo ir a radiante y florido.

—Perdone, pero no le comprendo.

—Ahora mismo ir a radiante y florido.

—Oiga, ¿qué es esto? ¿Habla inglés?

—Moses Wine.

—Sí, soy Moses Wine.

—Ahora mismo ir a radiante y florido.

—No sé de qué me está hablando. Radiante y florido ¿qué?

Colgó. Me di la vuelta y volví a la habitación de Max y Li Yu.

—¿Qué era? —preguntó Max—. ¿Una llamada de Yen anunciando que se nos llevan al Tíbet?

—No. Li Yu, ¿puedo hacerle otro par de preguntas?

—Por supuesto.

—¿Indemnizaron los comunistas a su padre por las fábricas?

—Tal vez lo hubieran hecho, pero no admitió sus errores.

—¿Admitir sus errores?

—En aquellos años únicamente se indemnizaba a la burguesía que reconocía sus errores y prometía apoyar la Revolución.

—Y él ¿cometió errores?

—Pagaba un salario de miseria a los trabajadores y les hacía azotar. Y depositaba el capital en bancos extranjeros.

—¿Cómo se sintió usted al respecto?

—¿Cómo se hubiera sentido usted si hubiera oído eso sobre su padre?

—Es lo que me imaginaba... Las palabras «radiante» y «florido», ¿significan algo para usted, en chino?

—Significan radiante y florido.

Claro, ¿qué esperaba?

—Li Yu, ¿puede venir un momento conmigo?

—¿Qué sucede? —preguntó Max.

—Tranquilo, Max.

—Tal vez pueda ayudar.

—¿Hablas chino?

Li Yu y yo salimos de la habitación. El empleado del mostrador estaba en su sitio, pero pasé de largo hasta el ascensor. Li Yu me siguió.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

No le contesté de inmediato. Pulsé el botón del segundo piso y el ascensor empezó a bajar.

—Quiero que descubra lo que significa «radiante» y «florido».

—No le entiendo.

—Le aseguro que yo tampoco, pero una voz me acaba de decir por teléfono: «Ahora mismo ir a radiante y florido».

El ascensor se detuvo en la segunda planta. Li Yu me miró. Yo puse el pie de forma que la puerta no se cerrara.

—Hay un hombre que se hace cargo de las llaves en cada piso. Le espero aquí mientras usted va a preguntarle por «radiante» y «florido».

Li Yu no se movió.

—¿Está nervioso?

Asintió.

—No se preocupe, no le reconocerá. Usted viene del séptimo piso.

—Yo no hago este tipo de cosas; soy un profesor.

—¿No me irá a decir que nunca ha echado una ojeada a la lista de ascensos de la mesa del decano?

No le hizo gracia.

—Escuche, Li Yu: lo haría yo mismo, pero ninguno de estos tipos habla inglés. Cualquiera que se dirigiera a ellos resultaría sospechoso.

—¿Recuerda cuando le dije que me sorprendía que me hubieran permitido regresar a China? ¡Pues no sabe lo muy malvado que era mi padre en realidad!

—Lo imagino.

Negó con la cabeza, mientras se mordía los labios.

—Vamos, Li Yu, no sé por qué lo digo, pero tengo la impresión de que va a gustarles más después de esto... y, si no es así, no le merecen.

Antes de que pudiera evitarlo, le di un empujón para obligarle a salir. Se encaminó hacia el hombre del mostrador. Al cabo de pocos segundos les oí hablar en chino. No habían intercambiado más de un par de frases cuando Li Yu regresó apresurado y con aire agitado. No dijo ni una palabra hasta que la puerta del ascensor se cerró y emprendimos el regreso a la séptima planta.

—Wang Fu Ching, 223.

—¿Es una dirección?

—Sí. Wang Fu Ching, 223.

—¿Y qué es?

—No lo sé.

—¿No le ha dicho lo que significa «radiante» y «florido»?

—No se lo he preguntado.

—¡Oh, mierda!

El ascensor se abrió en la séptima planta y Li Yu bajó, pero se dio la vuelta de inmediato al percatarse de que yo no le seguía.

—¿Qué va a hacer? —preguntó.

—Ir en busca del 223 de Wang Fu Ching.

—Pero no está permitido que...

Asentí, dejando que la puerta se cerrara. Mientras descendía saqué un plano del bolsillo. Como si la suerte se hubiera puesto de mi lado, Wang Fu Ching era la calle perpendicular a Ch'ang An, en la parte derecha del hotel. Encontrar la casa sería relativamente sencillo, pero lo difícil iba a resultar salir del hotel sin ser visto.

El ascensor se detuvo en la planta baja y salí frente al cartel rojo y dorado que anunciaba TENEMOS AMIGOS EN TODO EL MUNDO. El vestíbulo estaba prácticamente vacío. Me encaminé hacia allí intentando aparentar naturalidad, y después de cruzarlo me detuve en el escaparate de la librería. Aparenté examinar con detenimiento los artículos expuestos. En el mostrador había una recopilación de poemas de Mao traducidos al inglés. Leí un par de líneas: «El Ejército Rojo no teme afrontar la Larga Marcha, soportando con alegría diez mil peñascos y torrentes». Luego levanté la vista. Nadie parecía observarme.

Giré a la izquierda y me deslicé con rapidez por la puerta que conducía al ala antigua, y entré en un recargado vestíbulo de estilo Victoriano. Las alfombras estaban raídas y los muebles, desvencijados. Una gran araña de cristal dominaba la sala con todas las luces encendidas. Al otro extremo, un par de empleados del hotel jugaban a las cartas. Me miraron con extrañeza mientras avanzaba en su dirección, pero les mostré una postal indicando el espacio del sello como si fuera un turista idiota a la búsqueda de una oficina de correos. Antes de que pudieran acudir en mi ayuda, desaparecí por una puerta de doble hoja. Me encontré en la cocina, y seguí adelante hasta un tramo de escaleras que descendía a un pasadizo oscuro y estrecho. No tenía la menor idea de dónde me encontraba, pero me oculté en el hueco de la escalera para asegurarme de que nadie me seguía. Al cabo de algunos minutos volví a salir al pasadizo. Al fondo había un montacargas y una trampilla, y opté por ésta. La abrí y fui a dar a un callejón de la parte trasera del hotel. Al final había una verja cerrada con candado. A la vista de varios transeúntes, cogí carrerilla y la salté. Ya me encontraba en Wang Fu Ching.

La calle estaba muy animada, a pesar de que eran casi las diez. Empecé a caminar en busca del número 223. Pasé por delante de los grandes almacenes estatales y de un gran mercado que recibía los productos para la mañana siguiente. Después crucé la calle y dejé atrás una manzana de edificios menos llamativos, con pequeños comercios escondidos en las callejuelas, y tascas de tallarines y rollitos. Una tienda de instrumentos tradicionales seguía a otra que mostraba placas con el nombre y tigres labrados en la parte superior. El 223 estaba en una esquina: una fachada blanca, con una sola ventana de cristales emplomados y esmerilados. Había un rótulo encima de la puerta, escrito en chino, pero no me ayudó mucho.

Avancé un par de pasos tratando de convencerme para entrar, cuando alguien que salía abrió la puerta. Como una docena de chinos me miraron desde lo que parecía una especie de sala de espera. Sonreí de forma tan ingenua como supe, y entré. Un chico de unos dieciséis años salió a mi encuentro y empezó a hablarme en chino.

Negué con la cabeza y algunos de los hombres rieron. El joven metió la mano en una caja y me entregó lo que parecía un tíquet. Caí en la cuenta de que tenía que pagar y extendí en la palma de mi mano varias monedas. Cogió el equivalente a quince centavos y me hizo pasar por una puerta giratoria. Al otro lado había un pasillo enlosado y varios departamentos privados con bañeras. En el otro extremo vi una enorme sala con tres grandes baños comunitarios, donde unos treinta o cuarenta hombres se bañaban o descansaban sobre tumbonas de madera. ¡Radiante y Florido era una casa de baños!

El joven abrió uno de los compartimientos para mí, pero negué con la cabeza, y señalé la sala pública. Me miró como si yo estuviera loco —debí de pagar por el uso de un baño privado—, pero se encogió de hombros y me llevó hasta allí. Extendió una toalla encima de una de las tumbonas, me entregó un par de chanclas y me indicó los vestuarios. Me encaminé a uno de ellos y empecé a desnudarme. Desde arriba, en los baños, varios de los hombres me observaban. Debía de ser el primer blanco que veían.

Mientras seguía desvistiéndome, me pregunté quién me habría enviado allí y qué se suponía que yo buscaba. Nada tenía sentido. Una vez desnudo, me calcé los chanclos y me acerqué a las piscinas. Eran tres y estaban a diferente temperatura, y la introducción de la punta del pie en la primera me convenció en seguida de que excedía en unos quince grados lo que podía soportar cualquier pobre diablo extranjero. Un par de hombres rieron divertidos al introducirme en la segunda. También estaba caliente; más de lo que hasta entonces había aguantado.

Aquella, al parecer, era la más concurrida, y la ocupaban unos quince individuos que chapoteaban y se enjabonaban entre el vaho. Alguien me alcanzó una gruesa pastilla de jabón marronáceo y comencé a frotarme. La mayoría de los hombres parecían relajados: trabajadores de regreso a casa una vez finalizado el turno de noche o estudiantes descansando después de la jornada escolar vespertina. El establecimiento no era lujoso, aunque sí limpio, acogedor y simpático. A pesar de las extrañas circunstancias que me habían llevado allí, empezaba a sentirme a gusto, cuando me dio la impresión de distinguir un rostro conocido al otro extremo de la piscina. Tal vez se trataba sólo de la imprecisión con que los occidentales solemos mirar a la raza amarilla, pero él me estaba observando, y al principio no conseguí situarlo. ¿Alguien que había visto en una fábrica? ¿Un guía? Era joven, sobre la veintena, no especialmente bien parecido, aunque dotado de buena musculatura perceptible a través del agua.

Entonces se me encendió una bombilla: se trataba de uno de los «elementos nocivos», el que nos había lanzado la piedra en Shanghai. ¿Qué haría en Pekín? Por la forma insistente con que me observaba, seguro que me había reconocido. Por un momento no supe qué hacer. ¿Le saludaba? ¿Chapoteaba? ¿Me sumergía? ¿Escapaba? Me decidí por sonreírle de forma inocente con un ligero movimiento de cabeza y confiar en que creyera que no le conocía. Me miró ceñudo. Yo adopté una

expresión triste, propia de un turista que lamenta que los nativos no le tengan simpatía. A continuación me di la vuelta, enjabonándome los brazos y torso y simulando volver a lo mío.

Los demás bañistas me miraron de una forma extraña, como si se percataran entonces de la presencia de un blanco entre ellos. Les dediqué una inclinación de cabeza, intentando permanecer tranquilo, pero el corazón me latía con fuerza. Esperaba que el «elemento nocivo» me atacara. Pero al cabo de un rato salió del agua y caminó con rapidez hacia los vestuarios. Noté que me vigilaba por el rabillo del ojo mientras se secaba. Yo no levanté la vista ni alteré mis movimientos. Se vistió a toda prisa y se dirigió a la puerta. Yo seguía restregándome con el jabón, esperando comprobar si volvía para asegurarse de que no me estuviera vistiendo para seguirle. No me equivoqué: al cabo de dos minutos estaba de nuevo en la puerta mirándome. Escogí aquel preciso momento para darme más jabón en el cuero cabelludo y la nuca para un lavado de pelo increíblemente espumoso. A continuación palmoteé y procedí a lavarme las orejas y los pies. Los bañistas debieron de pensar que los extranjeros éramos unos extravagantes, y el «elemento nocivo» sonrió satisfecho y se marchó.

Me zambullí, me enjuagué y salté de la piscina. Corrí a los vestuarios y, sin molestarme en secarme, me puse la ropa con la mayor rapidez que pude y salí a todo gas del edificio, chorreando, ante la mirada atónita de los encargados de la casa de baños.

Llegué con el tiempo justo de ver al joven montar en una bicicleta. Le seguí a pie corriendo por la acera a una manzana de distancia. Mi método de seguimiento no era sigiloso, pero no tenía elección, y dadas las circunstancias tampoco hubiera dejado de arriesgarme. Además, era difícil seguirle la pista en la oscuridad. Por suerte no pedaleaba con rapidez, y tampoco iba lejos. Habíamos dejado atrás dos manzanas cuando se apeó de la bicicleta y atravesó la calle con su máquina a cuestas, cruzando la verja de lo que parecía un parque. Entré detrás de él, pero había desaparecido. Miré a mi alrededor. Varios senderos serpenteaban entre árboles y matorrales. A mi izquierda, la luz de la luna iluminaba varios parapetos de ladrillo que se reflejaban en un siniestro cauce de agua. Si mi sentido de la orientación no se equivocaba, los parapetos tenían que ser la parte posterior de la Ciudad Prohibida, y el cauce de agua, el foso que la rodeaba.

Entonces, a pocos metros de donde me encontraba, oí unos lamentos. Un hombre sentado en el borde del foso cantaba alguna vieja tonada china cuyo sonido recordaba el Cante jondo. Algo más lejano, llegaba el sonsonete de una trompeta con ritmo moderno, un cruce del *jazz* de los años treinta y las bandas tradicionales. Avancé por un sendero, como atraído por la música, cuando algo me salió al paso.

A la luz de la luna vi el destello de un cuchillo destinado a mí.

Me lancé al suelo y rodé para protegerme con los arbustos.

Salí al otro lado temblando. Vi gente por las inmediaciones y me encaminé rápidamente en su dirección. Delante de un muro de piedra, unos hombres

practicaban artes marciales, algunos de ellos con cabello largo, al estilo de los Beatles, y que no había visto llevar a nadie desde que habíamos salido de Hong Kong. Más allá, bicicletas aparcadas por parejas frente a montones de ladrillos, y al fondo se divisaban cuatro piernas entrelazadas. Aquélla era la parte de China oculta a los turistas.

Sin apartarme de una hilera de farolas, seguí avanzando hasta el otro lado del foso. Ahora veía el trompetista sentado en una piedra. Cerca de él un par de hombres charlaban detrás de unas matas. Miré a mis espaldas y me aproximé sin hacer ruido. El que estaba más cerca era achaparrado y calvo y vestía una camiseta amarilla; el otro era el «elemento nocivo». Discutían acerca de algo, y el achaparrado se disponía a marcharse. El otro le agarró por la camiseta y le amenazó con el canto de la mano. Intercambiaron algunos gritos que por unos instantes apagaron el sonido de la trompeta. Me agaché detrás de las matas y me acerqué más. En aquel momento, el hombre sacó un fajo de billetes y contó algunos que entregó al «elemento nocivo». Por el dibujo de obreros y campesinos vi que se trataba de billetes de diez yuans, los de mayor valor en la República Popular.

—¿Dónde diablos has estado? —preguntó Mike, tan pronto entré en nuestra habitación.

—Dándome un baño —contesté—. Perdona un segundo —y pasé al aseo para adecentarme.

—Pues la has metido hasta el cuello. El camarada Huang te ha estado buscando.

—¿El camarada Huang?

—Sí. Ha estado aquí en persona hace una hora. Venía con Yen como intérprete. Les he dicho que no tenía la menor idea de dónde estabas.

Regresé al dormitorio.

—¿Sabía que no estaba en el edificio?

—¡Vaya si lo sabía!

¡Después de todos mis esfuerzos para evitar ser descubierto!

—Quiere verte ahora mismo.

—¡Son las doce menos cuarto!

—Es lo que me dijo. Que te enviara a la novena planta tan pronto regresaras.

Mike me miraba con una sonrisa burlona, como si le complaciera que me hubieran cazado.

—¿Te llevaste el pato, por casualidad? —preguntó.

—Desde luego —contesté—, y también la máscara de Tutankamon.

Salí, me dirigí al ascensor y pulsé el botón con rabia. La novena planta estaba vacía y recorrí casi todo el pasillo antes de notar una luz encendida por debajo de una puerta. Golpeé con los nudillos.

—Adelante —contestó una voz.

Abrí y era un salón de conferencias. A una mesa larga estaba sentado el camarada Huang con Yen, Liu y un militar a quien no conocía. Tía Sonya estaba al otro extremo, con el semblante preocupado. Huang me hizo una indicación para que tomara asiento, luego dijo unas palabras y Yen las tradujo.

—Buenas noches, señor Wine. Le hemos estado esperando.

—Lo lamento.

—¿Dónde ha estado?

—Dando una vuelta.

Yen frunció el ceño y transmitió mi respuesta a Huang.

—¿Y por dónde ha estado paseando, señor Wine?

—En realidad, no lo sé. No puedo leer los nombres de las calles.

—Sabía usted, por supuesto, que ningún miembro de su grupo puede salir del hotel después de las seis.

—Sí, pero digamos que lo olvidé.

Yen volvió a dialogar con Huang. Esta vez la conversación se prolongó algo más.

—El camarada Huang dice que el camarada Soon, de Seguridad Pública, le recordó la norma a las siete y quince de esta misma tarde. A esa hora usted trataba de salir por la puerta principal.

—Es verdad —contesté—. Yo... Bueno, debo reconocerlo. Es mi carácter... Lo que ustedes llaman individualismo burgués. Tengo que ver las cosas con mis propios ojos.

Miré a Liu, que no reaccionó.

—¿Y qué ha visto?

—Oh, ya sabe: el habitual Pekín de noche. Gente paseando, comiendo tallarines... Me entretuve mirando escaparates... e hice un alto para admirar el Memorial a Mao.

Yen volvió a mirarme ceñudo y repitió mis palabras a Huang. Sabía que en chino no sonaría convincente. En realidad, tampoco lo sería en inglés. Huang sacó una pluma del bolsillo de su chaqueta gris y comenzó a gesticular con énfasis.

—El camarada Huang desea recordarle que se les ha concedido un trato de favor. Han sido considerados como verdaderos amigos extranjeros.

—Me hago cargo.

—También desea que recuerde que usted tiene una responsabilidad especial, como persona elegida por el grupo para encontrar el objeto desaparecido. Debe, por lo tanto, ser un ejemplo en todos los órdenes y ha de observar una conducta intachable. Como dejó escrito el presidente Mao, un hombre con mando debe ser modesto y prudente y guardarse de la arrogancia e impetuosidad. Tiene que estar imbuido del espíritu de la autocrítica.

Eché un vistazo a Liu. Ella observaba atentamente a Yen mientras éste traducía. Huang hizo una pausa y cogió un sobre. Miré a Sonya. Tenía una expresión de pavor en el rostro.

—¿Quiere hacer el favor de decirnos dónde ha estado, señor Wine? —preguntó de nuevo Yen.

Empecé a idear una respuesta vaga, cuando Liu intervino. Yen le respondió con sequedad. Liu le replicó, pero la discusión se interrumpió cuando Huang le alcanzó el sobre a Yen.

Éste me miró.

—Por desgracia, esto es un asunto de la mayor urgencia —dijo—. Llegó por cable al hotel a las ocho de esta noche.

Me entregó el sobre y lo abrí. Había dos papeles en su interior. El primero, una orden de pago a mi nombre por quince mil dólares. El segundo, una breve nota escrita en papel de carta con un elegante membrete. Decía: «Con gracias anticipadas, Arthur Lemon».

Mi primera reacción hubiera sido romper en carcajadas histéricas, pero un rápido vistazo alrededor de la mesa me dio a entender que nadie más compartiría mi sentido del humor.

—Esperamos una explicación, señor Wine.

—Sí, claro. Arthur Lemon es el esposo de Nancy Lemon.

—Eso ya lo sabemos.

—En Los Ángeles quería contratarme para que la vigilara.

—¿Para que vigilara a su esposa?

—Sí. Bumm... Para que comprobara que ella no sabotea la familia.

—Ya les informé de que éste era uno de los trabajos que suele hacer... ¿No lo recuerdan? —dijo Sonya.

Yen informó a Huang. Miré a Liu, pero ella me evitó.

—Y usted, ¿qué le respondió? —inquirió Yen.

—Que era asunto de ella. No quería verme involucrado.

—Y, sin embargo, le envía quince mil dólares...

—Es rico.

Me encogí de hombros. Sabía que daba la impresión de algo disparatado. Una tarifa como aquélla ya hubiera parecido absurda en Estados Unidos, pero en China debía parecer un pago al contado por el barco jaspeado de la emperatriz viuda.

—¿Lo suficientemente rico como para comprar un pato de la dinastía Han, tal vez? —preguntó Yen.

—Puede ser.

—¿Dónde ha estado esta noche, señor Wine?

—Ya se lo he dicho, dando vueltas por Pekín.

Me miró fijamente. Era evidente que no me creía, pero preferí permanecer callado. Después de lo que pareció un intervalo excesivo, Huang volvió a tomar la palabra. Su voz era monótona y suave, casi inaudible. Ya no gesticulaba ni tampoco se movía. Sus ojos miraban al vacío y se diría que ni parpadeaba.

—Volvemos al punto de partida —empezó a traducir Yen—, y el nuestro es servir con entusiasmo al pueblo y ni por un momento alejarnos de las masas, proceder en todos los casos en interés del pueblo y no del de uno mismo o de un pequeño grupo.

Hizo una pausa para que Huang prosiguiera. Me pasé la mano por el pelo. Aún estaba húmedo, y me pregunté si lo habrían notado. Una mancha de agua había calado la pechera de mi camisa.

—La masa —continuó Yen—, y sólo ella, es el baluarte de acero que ninguna fuerza terrenal puede abatir: ni los ricos, ni los terratenientes, ni los contrarrevolucionarios, elementos subversivos, derechistas, renegados, agentes enemigos, ni capitalistas recalcitrantes. El Partido está al servicio de la masa y, por lo tanto, estamos obligados a obedecer las normas de la disciplina. Primera: el individuo está supeditado a la organización. Segunda: la minoría está supeditada a la mayoría. Tercera: el nivel inferior está supeditado al nivel superior. Y cuarta: la comunidad entera está supeditada al Comité Central. Quien viola estas leyes, rompe la unidad del Partido.

Calló de nuevo. Yo respiré profundamente. La retórica me deprimía. Al otro lado

de la mesa, Yen y Huang parecían personajes de una película de la China Roja de los años cincuenta: encarnaciones del Peligro Amarillo dispuestas a morir por su presidente. Incluso Liu tenía el mismo aspecto. Y Sonya había acabado por ser una víctima patética.

—Así pues, señor Wine, los órganos estatales deben poner en práctica el centralismo democrático, deben apoyarse en la masa, y sus funcionarios han de estar al servicio de la causa. Debido a estas razones, hemos decidido proceder a ciertos cambios. Su grupo dispone de un día para restituir el pato. En caso contrario, no nos queda otra elección que detener preventivamente a todo el grupo, y que el Gabinete de Seguridad Pública inicie el proceso y posterior juicio.

Miré a Sonya.

—Usted, señor Wine, no podrá abandonar este edificio sin la custodia de un oficial de Seguridad Pública o un guía de la Compañía Internacional de Viajes.

Después de estas palabras, el camarada Huang y el militar que no había abierto boca se pusieron en pie y salieron. Yen y Liu permanecieron un momento en sus asientos, y a continuación Yen se marchó. Por un instante tuve la esperanza de que Liu se quedara, pero también ella se levantó y dio las buenas noches.

—¿Qué hay de mi solicitud para volver al Jardín de las Flores Orientales? —le pregunté, reteniéndola en la puerta.

—El señor Hu le acompañará —dijo. A continuación señaló mi cheque—. No lo olvide.

Y salió.

Sonya y yo nos quedamos solos.

—Me hubiera gustado que el camarada Tseng hubiera estado aquí —comentó ella.

—¿Cuál hubiera sido la diferencia?

—Me cae bien el camarada Tseng.

—Todos son iguales, Sonya. Visten igual, aprenden lo mismo, dicen lo mismo y obran de igual manera.

—Pero obran bien.

—Sonya, ¿cómo puedes seguir sosteniendo eso?

—Eres tan joven...

—¿Y qué tiene que ver?

—Eres tan joven... —repitió, como si se tratara de un responso.

—Tienes toda la condenada razón: soy joven. Y si resulta que todo esto ha ocurrido porque soy joven, me gustaría quedarme así toda la vida.

—¿Dónde estabas?

—No es asunto tuyo.

—Ésas tenemos, ¿eh?

—¿Crees que voy a decírtelo? ¡Lo más probable es que corrieras a informar al camarada Tseng y termináramos en un campo de trabajos forzados!

—¿De verdad piensas que son todos iguales?

—No; en realidad, no. Algunos de ellos son escoria fascista y los demás, sólo escoria.

—¡Moses!

Parecía humillada.

—Vale, vale...

—¡Eres un racista!

—De acuerdo... Muy bien. Soy un racista... Mejor dicho, no lo soy. Al menos, no quisiera serlo. Pero sea yo lo que sea, tu querido camarada Tseng nos ha dejado en la cuneta.

—¿Qué insinúas?

—Nos aseguró que ningún chino robaría un objeto valioso.

—Bien, ¿es que alguno lo ha hecho?

—No lo sé, pero el «elemento nocivo» que estaba cobrando una recompensa suculenta en el foso de la Ciudad Prohibida, seguro que no era Jesse James.

Aquella noche volví a soñar. No solía ocurrirme con frecuencia, pero estaba nervioso y volví a las andadas.

Hacía muchos años, probablemente alrededor de 1930, y me encontraba en alguna ciudad de China; debía de ser Shanghai. No sabía lo que estaba haciendo allí; era un periodista o algo parecido, bebía ginebra en una larga barra de roble, acompañado de varios ingleses que vestían chaquetas de mezclilla, y escuchaba cotilleos y chistes sucios. Un diminuto criado chino entraba y me tiraba de la manga diciendo algo parecido a: «Vamos, señor. Ella está aquí. Vamos señor». Salíamos del bar por la puerta posterior, donde estaba aguardando un *riksha*. El hombre que lo llevaba se tocó el sombrero y yo subí y me senté al lado de una dama china elegantemente vestida. Un velo le cubría el rostro.

—Debemos darnos prisa —decía ella— o mi esposo nos descubrirá.

Ella me tomaba de la mano mientras el conductor pedaleaba por las calles de la ciudad y después por el campo. No recuerdo de lo que hablábamos, pero había guerra y circulaban camiones de la Cruz Roja trasladando heridos.

Llegamos a una villa frente a un lago y salía una doncella a recibirnos. Abría la puerta y entrábamos en un salón decorado con biombos y exquisitas antigüedades. La mujer se desprendía del velo. Era Liu, naturalmente. Yo la abrazaba.

El resto del sueño transcurrió con rapidez. Comíamos y después hacíamos el amor en Una cama de bronce con una colcha de seda color púrpura. Fuera llovía. Ya nos habíamos amado varias veces, tres o cuatro al menos, cuando ella saltaba del lecho y corría a la ventana.

—¡Vístete! —gritaba—. ¡Ya vienen!

—¿Quién? ¿Tu marido?

—No. Los comunistas. No deben vernos.

—No seas tonta.

Yo sonreía y extendía los brazos, pero ella ya se estaba vistiendo. Comprendí que se trataba de algo serio, me incorporaba y la cogía por la cintura mientras ella seguía mirando a través de la celosía.

—¿Ocurre algo malo? —pregunté.

Ella se dio la vuelta con una expresión de terror y se dejó caer en mis brazos.

—Te sacaré de aquí —le dije, al tiempo que la abrazaba, y en aquel momento se produjo un ruido sordo seguido de un golpe.

La habían alcanzado en la espalda, y un manantial de sangre empapaba sus ropas de seda. Me desperté con un sobresalto.

En la segunda versión del sueño yo preguntaba:

—¿Ocurre algo malo?

Y ella respondía:

—No. Yo también soy comunista.

Se volvía hacia mí con una pistola en la mano y me pegaba un tiro en el estómago.

Esta vez me quedé incorporado en la cama mirando el televisor apagado. Mike Sánchez roncaba feliz en la otra cama. Debí de permanecer despierto alrededor de una hora, dando vueltas a las ideas que bullían en mi mente, tratando en vano de volver a dormirme y fijando de nuevo la vista en el televisor, hasta que tuve el tercer sueño.

Yo era un niño y estaba sentado con Sonya y mi madre observando la emisión de MacCarthy en nuestro Du Mont de cinco pulgadas.

—¡Ese hombre es el mismísimo demonio! —exclamó Sonya, señalando la pantalla.

—Un verdadero diablo —repitió mi madre.

—El peor —dijo Sonya.

—Más que peor —contestó mi madre.

—¡El peor de los peores! —concluyó Sonya.

—Eh, señoras, un momento. —McCarthy se dio la vuelta y nos miró—. Denme una oportunidad. Algunas de las personas con las que estoy hablando pueden ser comunistas. Y entonces, ¿qué?

—Entonces nada —replicó Sonya.

—Lamento tener que decírselo, señora, pero ¡estas personas son partidarias del derrocamiento, por la violencia, del Gobierno de Estados Unidos!

—¡Pues sí que es una gran cosa! —se mofó Sonya.

—¿Una gran cosa? No lo dude. ¡Se trata de su vida, amiga mía! ¿Qué le parece a usted, preciosa? —Se dirigió a mi madre, que iba mejor vestida que Sonya y era unos diez años más joven—. ¿Quiere usted que le gobiernen personas que han jurado lealtad a una potencia extranjera?

—Pues... —empezó a decir mi madre, sin llegar a decidirse.

—¿Lo ve? —McCarthy volvió a dirigirse a Sonya—: La jovencita lo sabe. ¡Ser comunista es renunciar a lo más íntimo y querido, abrazar la masa y abandonar al único amor verdadero, obedecer a un comisario sin rostro e insultar a los padres!

—¡Abraham! —Mi madre llamó a mi padre. Éste entró en la salita con un voluminoso manual de Derecho—. ¿Dice McCarthy la verdad?

—Sí, querida —contestó mi padre.

Me desperté bañado en sudor. Y con treinta minutos de retraso para el desayuno.

De todas formas, eso no era una tragedia. Las nuevas órdenes del camarada *Tseng* ya habían sido dadas, y, como más tarde supe, mi popularidad entre el grupo se encontraba en su punto más bajo. Por suerte, todos habían abandonado ya la mesa cuando bajé al comedor. Me tragué una taza de café horrible y salí al vestíbulo en busca del señor Hu. No estaba allí. Le dejé una nota en recepción y me senté a leer las últimas noticias en inglés difundidas por la Tsinhua News Agency. (Campesino en

el este de China consigue un récord en la cosecha de trigo. Pequeña región en las colinas, pionera en la modernización postal y en las telecomunicaciones). Me encontraba subyugado por una crónica sobre una recepción conmemorativa del decimoséptimo aniversario de la independencia de la República de Gabón, cuando noté la presencia de alguien a mi lado. Era Liu.

—¿Está preparado? —preguntó.

—¿Dónde está el señor Hu?

—Le han dado el día libre. Como nunca ha tenido la oportunidad de visitar la Gran Muralla, se ha unido al equipo de voleibol etíope... ¿Está decepcionado?

—¿A usted qué le parece?

—Tal vez esté cansado de mi presencia.

—No es probable.

Se levantó y me hizo un gesto para que la siguiera. Camino de la salida observé que el señor Yen estaba en una esquina del vestíbulo.

Había un taxi al pie de la escalera, pero Liu vaciló al verlo.

—¿Le parece que caminemos? Es saludable.

—Sí, será mejor.

Sonrió y continuamos el recorrido por Ch'ang An, en dirección a la Ciudad Prohibida, manteniendo una discreta distancia entre ambos.

—¿En qué va a gastar el dinero? —preguntó.

—¿Qué dinero?

—La enorme suma que recibió ayer.

—¡Oh, eso! Nunca voy a cobrarlo. No me pertenece, de todas formas; nunca he hecho nada por ese hombre.

—Algunos miembros del grupo pueden pensar lo contrario.

Reí.

—¿Qué piensa usted? ¿Cree que robé el pato?

—No soy yo quien debe decirlo. —Aplaudió con sorpresa al ver tres limusinas negras que nos adelantaban—. ¡Mire! —dijo con emoción—. ¡Van hacia el Gran Salón del Pueblo para asistir al Undécimo Congreso del Partido!

Era cierto. Al otro lado del Tien An Men divisé varias limusinas aparcadas enfrente del Gran Salón. Fuerzas del Ejército Rojo formaban un cordón entre la multitud de la plaza y los dirigentes que llegaban.

—¿Esto le hace feliz? —pregunté.

—Nuestro país ha pasado por un período de graves problemas: los terremotos de Tientsein y Tangshan, la muerte de tres grandes líderes... y aún permanecemos unidos. ¡La Revolución sigue en marcha!

Ella miró la verja de la Ciudad Prohibida. No hice el menor intento de seguirle la corriente. Me había pasado toda la vida de adulto convencido de que el nacionalismo era una de las más envilecedoras pasiones humanas, y su ultrapatriotismo chino le hacía parecer un ser distante.

Cruzamos la Puerta del Meridiano y seguimos por el Río de las Aguas Doradas hacia nuestro destino, el Jardín de las Flores Orientales. A diferencia de nuestra previa visita aquella mañana, la Ciudad Prohibida estaba prácticamente vacía, tal y como yo la imaginaba en el siglo XIX: un amplio espacio abierto con cortesanos decadentes conspirando al otro lado de los muros palaciegos.

No había nadie en las cercanías del Jardín cuando llegamos. Liu subió las escaleras ante mí y empujó la puerta. Estaba cerrada.

—Esperaremos aquí —dijo, en el rellano, mientras inspeccionaba la zona buscando al portero.

Su belleza tenía una exquisita sencillez humana que contrastaba con la ornamentación artificial de la puerta. Me hubiera gustado cogerle la mano, acariciarla. No sabía bien qué..., pero el severo comportamiento social, el temor por mí y por ella, o acaso sólo mi timidez, me frenaron.

—Confío en que no recordará China con amargura —dijo ella.

—No sé cómo la recordaré. Aún no me he marchado.

—Cierto.

El portero subió la escalinata y abrió la puerta.

—Me acordaré de usted —le aseguré.

—¿Sí?

—Sí.

Risueña, desvió la mirada. Entramos en el pabellón, y el portero nos acompañó como si se tratara de un centinela o de una carabina.

—Así que esto es lo que hace un detective —comentó ella con un toque de sarcasmo, mientras yo describía círculos alrededor del pedestal que había ocupado el pato.

—Individualismo burgués al máximo —contesté—: trabajo solo y vivo solo... «Por calles canallescás debe ir un hombre sin ser un canalla, sin ser temerario ni tampoco miedoso. Tiene que ser el mejor hombre de su mundo y lo suficientemente bueno para cualquier mundo. Él es el héroe, él lo es todo».

Liu estalló en carcajadas.

—¿Quién dijo eso?

—Raymond Chandler. ¿Le parece gracioso?

—Siento pena por él.

—¿Por qué?

—¿Cómo puede un hombre ser el todo?

La miré atentamente. Iba a decir algo sobre el presidente Mao, pero tenía la sospecha de que sabía cuál sería la respuesta, y de todas formas era una impertinencia. Ella estaba en lo cierto.

—Bien —dijo, indicando el pedestal—. ¿Qué ha descubierto?

—Nada.

—¿Nada?

—Y tampoco tenía confianza en conseguirlo.

—¿Por qué no?

—Algo me tiene preocupado desde el inicio del asunto. —Sonreí—. Esto ya es una pista para un detective.

—¿Qué le preocupa?

—Que nadie robaría un objeto valioso exhibido públicamente, propiedad del Gobierno chino, dieciocho horas antes de salir del país, y suponer que podría escapar con él.

—Imagino que la persona lo sacó del país enviándolo por correo.

—Un procedimiento arriesgado... Pero, aun así, ¿por qué confiaría en que las autoridades chinas no iban a descubrir el objeto desaparecido con tiempo suficiente para retenernos?

—Tal vez porque esperaba que el Jardín de las Flores Orientales permaneciera cerrado.

—Tal vez..., pero es mucho suponer.

—Y ahora ¿qué?

—No lo sé.

—El detective está... ¿confuso?

—Perplejo es la palabra.

Ella sonrió maliciosamente.

—En nuestra sociedad convocaríamos un debate.

—En su sociedad podrían condenarme a cinco años de trabajos forzados en una lejana provincia.

—No le vendría mal. Acaso aprendería a identificarse con la clase obrera y sus problemas.

—Vaya, vaya.

—¿Le ofende? No todo el mundo dispone del dinero o del tiempo para viajar por el mundo estudiando las revoluciones ajenas. ¿Adónde irá el próximo año? ¿A Cuba o a Vietnam?

—¿Me acusará también de haber robado el pato?

Ella se encogió de hombros, dejándome el beneficio de la duda.

—Bien; es probable que esté en lo cierto. Soy algo así como un mirón izquierdista. Lo he sido siempre. Y también soy un consumista americano que ha venido a China para comprar unos dólares de revolución... Pero me gustaría preguntarle algo.

—¿De qué se trata?

Me acerqué un poco más a ella y le indiqué al portero.

—¿Habla inglés?

—No lo creo —contestó, pero vi que no estaba segura.

Caminé hacia el otro extremo del pabellón y ella me siguió.

—¿Quién me envió a Radiante y Florido? —le pregunté cuando llegó a mi lado.

—¿Cómo?

—¿Quién me envió a los baños Radiante y Florido?

—No le entiendo.

—Anoche salí porque alguien me telefoneó para decirme que fuera a Radiante y Florido.

—¿Quién?

—Era chino y no dominaba el inglés.

—¿Acudió usted a Radiante y Florido?

—Sí..., y adivine quién estaba allí.

—No sé...

—Uno de los «elementos nocivos» de Shanghai. Intentó llevarse una rebanada de mis intestinos. Le seguí hasta el foso que está al otro lado de la Ciudad Prohibida y un hombre le entregó en mano un fajo de yuans.

—¿Era americano o chino?

—Chino... Y no empiece de nuevo con el cuento de los enemigos de clase. ¡Si vuelvo a escucharlo una vez más, voy a emprender una campaña individual para la restauración del capitalismo!

Liu observó al portero. El hombre estaba de espaldas a nosotros.

—¿Y usted piensa que fue él quien robó el pato?

—¿Por qué no?

—¿Usted lo presencié?

—No.

—Por lo tanto, no puede estar seguro.

—No.

Volvió a echar una ojeada al portero. Esta vez nos miraba haciendo oscilar un manojo de llaves colgadas de una arandela.

—¿Ha visto todo lo que quería? Debemos marcharnos.

Asentí y nos encaminamos a la salida del pabellón. Ya en el exterior, no hablamos durante un buen trecho.

—Debe usted reunirse con su grupo y explicarlo.

—¿Con qué fin?

—Hablando con ellos puede llegar más lejos.

—¿Está tratando de decirme algo?

—Ha llegado el momento de que la investigación adelante.

—Usted está insinuándome algo.

Ella asintió y seguimos caminando hacia la salida de la Ciudad Prohibida, en dirección a la Puerta del Meridiano. Intenté descifrar lo que me daba a entender. De nuevo China era un país de símbolos, de retórica ampulosa que enmascaraba cambios mucho más sutiles. Y se trataba de una evolución continua, desde el Politburó al más pequeño núcleo comunitario. Al parecer, ellos lo preferían así. Ser un detective allí, caso de que los hubiera, podría resultar un oficio peligroso en el mejor de los casos.

Cuando uno pensaba haber resuelto el caso, las condiciones de la investigación se alteraban y los resultados eran puestos en tela de juicio. Había que desdoblarse. Claro que también había una parte positiva. En un mundo de cambios constantes, uno no podía fallar. Sólo quedaba esperar, y las suposiciones erróneas se convertían en aciertos.

Sonreí a Liu cuando cruzábamos la puerta y volvíamos a enfilar Ch'ang An. Sin darme cuenta, empecé a tararear.

—¿Qué canta? ¿Es una canción americana?

—Sí.

—Dígame la letra —pidió—. No conozco ninguna canción americana aparte de *El pavo en el pajar*.

Me ruboricé al darme cuenta de lo que tarareaba.

—No creo que deba. Nuestras canciones son bastante peculiares. Todavía no hemos pasado por una revolución cultural.

—No importa: adelante —dijo, deteniéndose a medio camino entre la Ciudad Prohibida y el hotel.

—No sé si me acordaré. —Repasé mentalmente la letra de *En un bote hacia China*, que decía algo como tenerte en los brazos para siempre, sólo para mí. No demasiado apropiado para un galanteo proletario—. Pues no la recuerdo y, de todas formas, es una canción antigua. De los años cuarenta. No creo que le gustase.

—Pues me gustan las cosas antiguas de su país. Una vez vi una película titulada *Cristina de Suecia*.

—¡Greta Garbo! Leí en alguna parte que Chiang Ching solía ver películas de la Garbo en el sótano de su villa.

—No lo sabía. ¿Cómo son las canciones actuales?

—La mayoría hablan de amor, directa o indirectamente. Igual que siempre. Ahora utilizan más percusión y también sintetizadores.

—¿Sintetizadores?

—Electrónica.

—Amor con electrónica. No parece natural.

Pasó un hombre con una cesta de mimbre colgada de una pala. Nos miró con curiosidad.

—La mayoría de nuestras canciones nos hablan de las luchas de la clase obrera y de la unidad de China. Para nosotros, son lo más importante.

—El amor también es importante.

—Sí, pero sólo constituye una parte de la vida.

—Para nosotros lo es todo. Amor y éxito.

—Todo para uno y poco para los demás.

—Para uno y para los seres queridos.

—Me parece un mundo muy privado.

—Lo es.

Nos miramos fijamente. Se levantó una brisa que hizo volar las primeras hojas del otoño. Ella dejó vagar su mirada y después la volvió hacia mí.

—Algunas cosas no son fáciles, Moses.

—Lo sé.

Liu asintió y proseguimos el regreso al hotel. Mi corazón latía por una mujer china a la que no podía comprender.

—¿Recuerda la canción, aquella que canté para el grupo?

—¿La del Emperador de Jade? Tampoco recuerdo su letra.

—No existe Emperador de Jade en el cielo. No existe el Rey Dragón en la Tierra. Yo soy el Emperador de Jade, yo soy el Rey Dragón. Abridme camino colinas y montañas, ya voy...

—No se trata precisamente de *En un bote hacia China*.

—La letra es importante. Tiene que profundizar en ella. —Se detuvo en la escalera que conducía a la entrada del hotel—. Estúdielas.

Un grupo de jeques árabes subían a una limusina.

«No existe Emperador de Jade», pensé. No le veía el menor sentido. Yo le había visto con mis propios ojos. A no ser que... Pero era demasiado increíble. Permanecí inmóvil unos momentos sin decir nada mientras miraba a Liu.

—Ten cuidado, Moses, o ambos corremos peligro.

Y entró corriendo en el hotel.

Claro que no era sólo lo que significaban las palabras, pero cuándo ella la había cantado era lo que me intrigaba. Los chinos eran muy precisos: quién, qué, a quién, cuándo. En palabras de mi fiable *Revista de Pekín*, Chiang Ching había asegurado que Mao le había recomendado «actuar de acuerdo con los principios establecidos». Para mí, eso significaba llevar adelante la Revolución Cultural con Chiang y sus compañeros al mando. Pero, como todos sabíamos, Mao nunca dijo tal cosa. Al contrario, sus palabras fueron: «Practicad el marxismo y no el revisionismo, unidad y no separatismo, sed aperturistas y con sinceridad, y no intriguéis ni conspiréis».

En diciembre, el día 28, dijo: «Chiang Ching es muy ambiciosa, ¿no? Mi punto de vista es que sí lo es». Y también: «No hay que adoptar actitudes partidistas. Quien lo haga caminará hacia el desastre... No sigáis a la Banda de los Cuatro». Más adelante manifestó al entonces vicepresidente Hua Kuo-feng: «Si tú estás al mando, yo me siento seguro».

¿Lo estaba? Era un amasijo de citas con habladurías tan densas como dieciocho minutos del Watergate y el doble de largas.

No me encontraba en situación de desentrañar ni este asunto ni cualquier otro, cuando entré detrás de Liu y dejé a mi espalda al camarada Huang y a su ayudante. Le saludé sin entusiasmo y me había encaminado hacia el ascensor cuando un hombre con traje de mezclilla me abordó.

—¿*Monsieur Wine*?

—Sí.

—Soy Pierre de Bretteville, de France Press... ¿Podría dedicarme un minuto, por favor?

—Ahora no —contesté, y le rodeé para entrar en el ascensor y pulsar el botón del séptimo.

La mayoría de los componentes del grupo estaba en sus habitaciones, malhumorados como marineros a los que se les ha anulado el permiso tres horas después de haber llegado a puerto. El primero que observó mi presencia fue Reed Hadley, que irrumpió en el pasillo con un furioso:

—¿Ha devuelto ya el pato?

—No; me lo he comido. Los chinos son famosos por su pato.

—Quiero que sepa que he enviado un telegrama a mi representante en el Congreso, Digby Williamson, de San Bernardino, para informarle de lo que pasa aquí. ¡Y no vaya a creer que no he mencionado su nombre! —Hadley me apuntó con el dedo—. ¡Y pienso obtener resultados! He estado contribuyendo a sus campañas desde que se presentó a las elecciones universitarias.

Sin hacerle caso, entré en mi habitación. Si aquel prototipo de ciudadano medio había sido un anuncio de lo que Liu entendía por cooperación del grupo, ya podía

prepararme para rellenar papeletas a favor del individualismo hasta que se me cayeran los brazos.

—Voy a convocar una reunión del grupo —anuncié a Mike Sánchez.

—No puedes —replicó—. Te despidieron esta mañana durante el desayuno.

—Muy bien. Que vengan.

Sánchez me miró.

—¿Vas a entregarte?

Pero él ya sabía que no, y salió de la habitación. Diez minutos después ya estaban todos allí, con expresiones que iban desde el desprecio al recelo. Traté, de no darle importancia y les revelé lo que me había sucedido la noche anterior. En circunstancias normales, me hubiera reservado los detalles de una investigación privada hasta haberla completado, pero si teníamos que actuar como grupo y yo quería ser un detective cooperador, no me quedaba otro remedio que explicarlo todo... Bueno, casi todo.

—¿Está seguro de que era el mismo tipo al que vimos en el Gran Mundo? —preguntó Harvey, cuando hube terminado.

—En el Gran Mundo y en el Salón de la Industria.

—¿Adónde se dirigió después?

—Le seguí hasta la estación del ferrocarril. Cogió el tren nocturno hacia Shanghai.

—¿No reconoció al hombre que le dio el dinero? —inquirió Max.

Negué con la cabeza.

—Quien lo hizo, sabe quién tiene el pato —dijo Ana.

—No esté tan segura —objetó Ruby.

—Es cierto —aseguró Fred—, podía ser una tapadera.

—Levantada tres veces —añadió Mike.

—Sí. ¿Y por qué alguien quiere librarse de Moses? —preguntó Natalie.

—¿Cómo sabemos si dice la verdad? —aventuró Reed—. Todo lo que sabemos es que se ha embolsado quince mil dólares. ¡Diablos, puede haberlo inventado para sacudirse las sospechas!

—No me sorprendería —comentó Nancy, que se había mostrado a la defensiva desde el desayuno, cuanto todo el grupo fue informado del cheque de su marido.

—Yo le vi acudir al teléfono —aseguró Max, saliendo en mi defensa.

—Y yo le conseguí la dirección —añadió Li Yu—. Es cierto, les doy mi palabra.

—Entonces, ¿quién paga a ese condenado «elemento nocivo»? —requirió Harvey.

—¿Y cómo sabemos si tiene algo que ver con el pato, para empezar? —preguntó Nick.

—Tiene que ver con algo —afirmó Staughton.

A aquellas palabras les siguió un silencio de varios minutos. El intento de investigación en grupo me empezaba a poner los pelos de punta. Yo les llevaba varios puntos de ventaja, pero no quise decirles nada. Me acordé de las reuniones de la

Asociación de Padres y Profesores, cuando esperaba a que otra persona expresara mi idea para no mostrarme demasiado emprendedor. Casi siempre me salía mal, y me quedaba revolviéndome en la silla, mientras un par de estúpidas discutían si los niños utilizaban o no demasiadas gomas de borrar en clase de ciencias.

—Tenemos tres posibilidades —resumió Nick después del intervalo—. Primera: uno de nosotros ha robado el pato, o ha hecho que lo robaran, y después ha pagado al «elemento nocivo». Segunda: lo ha sustraído un chino y él es el que paga al «nocivo». Tercera: el dinero no tiene nada que ver con el pato.

—No le sigo —confesó Harvey.

—¡Vamos, anda! —exclamó Mike desorbitando los ojos.

—Bien; si uno de nosotros ha robado el pato —prosiguió Nick— ha podido ser por dos razones: lucro personal u hostilidad ideológica. En esta habitación veo fundamentos para ambas posibilidades. Y los individuos implicados será mejor que se preparen para defenderse ante el tribunal popular.

—Pero si fue un chino el que...

—¡Imposible! —interrumpió Sonya.

—¡Oh! Deje de jorobar, ¿quiere? —replicó Max.

—Ellos no obran por lucro personal —insistió Sonya.

—¿Aún piensas eso? —Max continuó rebatiéndole—: ¿Qué cree que hacía el «elemento nocivo»? ¿Practicar para dar bien el cambio en la Feria de Cantón?

—¡Ya está bien! —Nick trató de calmar los ánimos—. Supongamos que un chino se llevó el pato...

—Hemos hablado de eso, Nick —le interrumpió Staughton—. Tienen «elementos nocivos» y todo lo que se quiera, pero un objeto como el dichoso pato no les sería de utilidad por razones obvias.

—A menos que se lo vendieran a un americano —puntualizó Nick.

—Pero ¿a quién? —preguntó Staughton.

—¡Ya estamos en las mismas! —exclamó Max.

—¡Un momento! ¡Un momento! —reclamó Nancy. No dejaba de brincar en su silla—. ¡Hay otro motivo por el que un chino quisiera robarlo!

Todos aguardamos. Por fin empezábamos a ir por buen camino. Sonreí, sintiéndome el líder de uno de los grupos terapéuticos de Harvey. Tal vez China y California no estuvieran tan alejadas.

—¿Cuál es?

Nick gruñó con impaciencia, ya que esperaba que Nancy se descolgara con algo tan impresionante como una receta culinaria del *Woman's Day*.

—Para retenernos.

—¿Para qué?

—Para retenernos. Teníamos que marcharnos al día siguiente.

—¿Con qué propósito?

Ella se encogió de hombros.

—Para que cambiáramos nuestra opinión de China. Muchas personas de este grupo tenían una pobre imagen del país.

Nick le dirigió una mirada desdeñosa.

—Tiene que estar bromeando. ¿Nos está diciendo que es táctica estatal robar objetos y culpar a los extranjeros para que mejoren su opinión sobre el país?

—Él tiene razón —dijo Staughton—. No tiene sentido. Desde que ando metido en el movimiento progresista, y empecé en el sindicato, la gente busca todo tipo de razones complejas para explicar las cosas. Por lo general, se trata de algo muy simple.

—¿Cómo qué? —preguntó Sonya en tono acusatorio.

—¿Cómo voy a saberlo? —replicó Staughton cogido por sorpresa—. Depende de la situación, ¿no?

—¿No? —repitió Sonya, con mayor perspicacia en su sarcasmo de lo que solía mostrar.

—Pensaba que su larga experiencia en el movimiento progresista habría desarrollado su intuición para percibir las contradicciones de todas las épocas históricas.

—Escuchen —dijo Harvey—, si tienen problemas de tipo personal, creo que deberíamos tratarlos sin subterfugios.

—Olvídelo —replicó Sonya.

Sonó el teléfono y respondí.

—¿Diga?

—Hola. ¿El señor Wine?

—Sí.

—Soy Craig Williams, del *Toronto Globe and Mail*. Me gustaría hacerle algunas preguntas referentes a la retención de su grupo por los chinos.

—Ahora no, gracias.

—¿Y qué tal la señora Lieberman? ¿Se negaría a hablar?

—Tendrá que preguntárselo a ella.

—¿Qué me dice de Natalie Levine? —insistió.

—Adiós, señor Williams.

—Estaré en el bar por si cambia de idea —le oí decir mientras colgaba.

—Me ha estado telefoneando toda la mañana —comentó Ruby.

—Él y el francés —añadió Fred—. Cuanta más publicidad, mejor para nosotros.

—¡Al contrario! ¿Quiere apostar algo? —intervino Max.

—¡Oh, que te den por el saco! —exclamó Mike—. Lo único que te interesa es guardarte la exclusiva. ¡He oído que hablabas por teléfono con tu revista!

—¡Con el contable!

—¡Claro!

—¡Basta! —tercié—. Eso podemos resolverlo después. ¿Y si habláramos de la idea de Nancy? Supongamos que un chino se llevara la estatuilla para retenernos aquí.

—¡Cristo, no volvamos a eso! —exclamó Nick—. ¡Es la idea más descabellada que he oído hasta ahora!

—Lo mismo digo —añadió Max.

—La discusión de grupo es una gran cosa —reconoció Harvey—, pero hay que saber desplazarse.

—¿Hacia dónde? —le pregunté.

—Al tema siguiente.

—¿Y cuál es?

—¡Cómo vamos a salir de aquí!

Cayó el silencio. Observé la habitación. Era claustrofóbica. Por primera vez se me hacía patente que podíamos quedarnos allí durante meses, incluso años. Los chinos eran pacientes, después de todo. ¿No había dicho Mao que aquélla era la primera de miles de revoluciones culturales? ¿No rezaba un cartel DIEZ MIL AÑOS PARA EL GLORIOSO Y JUSTO PARTIDO COMUNISTA DE CHINA?

Mike golpeó la mesa con el puño.

—¿Cuándo voy a ver a mis hijos?

—¡Tus hijos! —exclamó Max—. ¡Tengo una...!

—¡Basta ya con tu jodida revista! —le interrumpió Mike.

—¿Quién eres tú para hablar? ¡Te has pasado el viaje intentando descubrir quién no pagaba! Es probable que afanaras el pato para pagar el crédito, sucio...

—¿Mexicano? —terminó el insulto Max—. ¿O te parece mejor comefríjoles, gringo?

—Mike se adelantó hacia Max, que se puso en guardia con los puños.

—Eh, calma —aconsejó Natalie, incorporándose de golpe.

—Hermana, ocúpate de tus asuntos. ¿Quién está pagando la deuda de cien mil dólares que ha costado tu campaña?

—¿Piensa que he robado el pato para...?

—¡Tendrá que explicarse, igual que todos!

—Pues entonces, ¿qué tal el coleccionista? —Natalie fijó la vista en Hadley—. ¡Se ha estado comportando como el intermediario en China de todas las tiendas de antigüedades de Nueva Jersey!

—No soy el único coleccionista. ¡La comunista en Cadillac tiene ella solita más jade que nadie de esta habitación!

—¿Y cree que he venido a llevarme más? —replicó Ruby—. ¿Y si habláramos del amigo misionero de la Luterana de California? También tiene que explicar muchas cosas.

—¿Cuál, por ejemplo? —la desafió Fred Lisie.

—¡Está tan dolido por la pérdida de Jesús en China, que seguramente se llevaría la Ciudad Prohibida si sirviera para su causa!

—¡No seamos ridículos! Y ella ¿qué? —Fred señaló a Ana Tzu—. ¡Desde que llegamos a Hong Kong no ha dejado de fingir enfermedades! ¿Hay alguien en esta

habitación que se las haya creído?

—¡No tiene ningún derecho! —protestó Ana, que también se puso en pie.

Todo el grupo ya estaba increpándose y a punto de llegar a las manos.

—Muéstrenos las recetas —ordenó Fred—. Vamos.

—No lo haré, si no quiero.

—No me importa lo que quiera, ¡estamos hablando de salir perdiendo el *culo* hacia los Estados Unidos de América!

—¡Pero no llegaremos a ninguna parte! —concluyó Max, sacando un porro del bolsillo y encendiéndolo con una carterita de cerillas.

—¿Será posible? ¡Este tío quiere que nos quedemos en China para siempre!

—¡Apáguelo! —gritó Sonya.

—Vamos, Max —aconsejó Harvey.

—¡Que os jodan a todos! —exclamó Fred, mientras salía de la habitación.

El grupo calló. La ira creciente que se había ido centrando en mí ahora se distribuía entre los diversos elementos, censurándose unos a otros y estableciendo el predominio de la hostilidad indiferenciada. Por muchas experiencias, sin tomar en cuenta los años, que aquellas personas hubieran tenido en situaciones de grupo, nunca podrían funcionar como una unidad estructurada y ni siquiera como conjunto libre. Eran americanos. Éramos americanos.

Sin hacer ningún comentario, me levanté y salí. No había nadie en el pasillo. Me dirigí a la habitación de Max y abrí la puerta. Allí estaba, chupando un porro y con la mirada perdida en el techo.

—¿Dónde conseguiste esas cerillas? —le pregunté.

—¿Qué cerillas?

—Las que tienes en la mano, flipado.

—Ah... —Abrió la mano y cayó la carterita de cerillas—. ¿Cómo quieres que lo sepa?

—Son tus cerillas, Max. Con ellas enciendes los porros. ¿Quién quieres que lo sepa?

—Bueno, pues... —Dio vueltas al porro—. No me acuerdo.

—¿En Pekín?

—Es probable.

—Son de Hong Kong.

—Ajá.

—Pero las obtuviste en Pekín.

—Sí —admitió con una sonrisa perdida—. El asunto se complica, ¿verdad?

—¿Cómo sabes que no las llevabas en el bolsillo desde Hong Kong sin darte cuenta?

—En primer lugar, no he estado nunca aquí —señaló la publicidad de la tapa de las cerillas—; segundo, me quedé sin fuego la noche en que volamos hacia Pekín. Lo sé porque me volví loco al no poder encender un canuto en el baño. Tuve que enviar

al chico de las llaves a por cerillas —rió para sí— la primera noche en Pekín.

—Así que no recuerdas de dónde sacaste la carterita.

Negó con la cabeza y me ofreció el porro, que rechacé.

—Piensa, Max. Concentra ese seso abotargado y trata de recordar. Si fuera algo referente a las notas de sociedad, lo sabrías en menos de un segundo. Seguro que puedes decirme a qué restaurante llevaste a cenar a Gore Vidal la última vez.

—Al Caravelle, de Nueva York.

—Magnífico. Ahora piensa dónde obtuviste las condenadas cerillas.

—En la embajada.

—¿Qué?

—Ya sabes..., en la oficina de enlace americana, donde conocimos a esos maricones. Las cogí de la mesa donde colocaron la cafetera.

—¿Estás seguro?

—Claro que estoy seguro. —Se incorporó—. Pero ¿por qué tanto interés por unas asquerosas cerillas del hotel Península?

—Porque son una pista, tontaina.

—Eso ya lo sé. Claro que son una pista. ¿Por quién me tomas? ¿Por un pobre diablo dopado que no puede seguir la investigación de un detective de pacotilla? Es una pista, pero ¿de qué?

—No lo sé —contesté.

Cogí las cerillas y salí. De nuevo en mi habitación, el grupo ya se estaba dispersando. Miré el reloj. Era aún temprano. Faltaban cuatro o cinco horas para que el camarada Huang hiciera efectiva su amenaza y pusiera a los miembros del Viaje Amistoso de Estudios Número Cinco bajo arresto preventivo, y trasladara el caso a Seguridad Pública para que iniciara el proceso. No me quedaba mucho tiempo. Me puse las cerillas en el bolsillo y me dirigí a la habitación de Staughton Grey. Por una rendija vi que se desvestía y se ponía un pijama para la siesta, pero de todas formas llamé a la puerta.

—Entre... Oh, se trata de nuestro detective fuera de servicio.

—Las cosas vienen y van.

—Sí... Bueno, ¿en qué puedo ayudarle? Como ve, me disponía a echar una siestecita. La gente mayor, como su tía y yo, necesitamos un descanso de vez en cuando.

—Perdone que le moleste; sólo quería gorrearle un cigarrillo.

—No fumo.

—Ah, claro —contesté, disponiéndome a salir de la habitación—. Lo había olvidado.

—Yo pensaba que usted tampoco.

—Sólo alguna vez, cuanto estoy en tensión.

Me miró extrañado y cerré la puerta.

Otra vez en el pasillo, caminé hacia el ascensor y pulsé el botón de bajada. Salí en

la planta baja y crucé el vestíbulo en dirección al bar.

—¿Craig Williams? —pregunté a uno de los cuatro individuos encaramados en los taburetes.

El más bajito de ellos, un rubio regordete, con chaqueta de pana marrón, se dio la vuelta. Me presenté, al tiempo que extendía la mano:

—Soy Moses Wine. Perdona que haya sido tan brusco por teléfono, pero las cosas echan humo últimamente... ¿Qué toma?

—*Gin-tonic*.

—Dos —pedí al camarero, que nos sirvió un par de exiguos vasos.

Pagué el equivalente a veinte centavos y llevé las bebidas a una mesa.

—¿Canadiense? —pregunté a Williams.

Asintió.

—A los yanquis les está vetado permanecer aquí. Normalización, ya sabe. En estos momentos, soy el único norteamericano. Hay un par de franceses y algún otro.

Bebí el *gin-tonic*.

—No está mal, ¿verdad? —comentó—. Lástima que no haya más. El único bar decente en toda China y lo cierran a las diez y cuarto en sábado. Esta gente es puritana con ganas.

—Ya puede decirlo... Ahí hay uno de su oficio. —Indiqué la entrada, donde de Bretteville, de la agencia France-Presse, perseguía a Nick Spitzler por el vestíbulo.

Por lo que yo sabía de Nick y los periodistas, me dio la impresión de que el francés no conseguiría nada.

—Sí, él —confirmó Williams—. Pierre... haría cualquier cosa por una primicia.

—¿Hay competencia incluso aquí, en la República Popular?

—¡Vaya que sí! Esto es una pesadilla para los extranjeros. Y en cuanto a chismes..., es el lugar más cerrado a este lado de Manitoba.

Bebió el contenido de su vaso de un par de tragos y miró a su alrededor.

—Debe de tener problemas para obtener noticias.

—Terribles. A esta gente no se consigue sonsacarle ni lo que desayuna.

—¿Habla usted chino?

—No.

—¿Viaja mucho por el país?

—Cuando quiero hacerlo..., pero ¿a quién le interesa? Es lo mismo en todas partes..., excepto Kweilin. Aquello es bonito... Como es lógico, tengo mis fuentes.

—Williams volvió a mirar hacia el vestíbulo y después se inclinó hacia mí—. Bueno, Wine, hágame un resumen. Huelga decir lo extraño que parece. ¿Robó alguien de su grupo esa estatuilla?

—Ojalá lo supiera.

—¿No tiene la menor idea?

Contemplé el vaso y traté de causar la impresión de que sabía más de lo que en realidad sabía:

—Creo que ahora estoy en el buen camino.

—¿De qué se trata?

—Todavía no puedo hablar de ello.

—Vamos, amigo. Desembuche. Ya conoce el dicho: hoy por ti, mañana por mí.

—¿Se habrá publicado algo sobre esto en Estados Unidos?

—Imagino que sí. Envié anoche un despacho sobre el asunto de los narcóticos. Esas noticias las recoge todo el mundo. Podría ser de portada, con Ruby Crystal y todo.

Williams sonrió de forma extraña; tenía una patética necesidad escrita en el rostro. «¡Así que aquél era un observador de China —pensé—, uno de los hombres a quienes leíamos cada mañana para saber la verdad sobre la vida detrás del Telón de Bambú!».

—¿Qué cree que podría hacer por mí, Craig?

—Bueno, podría explicarle algunas cosas sobre los bajos fondos.

—¿Como qué?

—Por ejemplo, el grupo asesino contrarrevolucionario de la provincia de Honan —asintió varias veces para enfatizar la importancia— atracó bancos por todo aquel territorio, y las autoridades tuvieron que distribuir carteles con los retratos de los miembros de la banda, ofreciendo una recompensa por su captura. Nunca consiguieron detenerles.

—¿Cuándo ocurrió esto?

—Oh, hace unos cinco o seis años.

—¿Algo más?

—Bueno... Uno escucha rumores.

—¿Por ejemplo?

—Un diplomático alemán recibió proposiciones de una prostituta el año pasado, a sólo tres manzanas del Gran Salón del Pueblo.

—¿Era china?

—Eso me dijeron. Por supuesto, no aseguro que sea cierto; se trata de habladurías.

—Ya. Un aprobado en bajos fondos, Craig. Pero podría hacer algo más por mí.

—¿Qué? ¿Qué?

—Y a cambio le prometo cualquier exclusiva que pueda surgir de nuestro grupo. Tendrá que confiar en mí, por supuesto. Y esperar. Pero será suya.

Me escudriñó un poco más de lo que yo esperaba.

—De acuerdo. Adelante.

—¿Cómo consigue los permisos para ir a Shanghai?

—Llamo al Servicio de Viajes y digo que quiero ir. Si se trata de una gran ciudad, como en este caso, no suele haber problema. Por lo general asignan un guía.

—¿Con qué rapidez puede hacerlo?

—No sé. —Me miró—. ¿Adónde quiere llegar?

—¿Podría obtener el permiso para esta noche?

—¿Esta noche?

—Sí, ya sabe que hay un tren que sale a las siete, ¿no?

—¿Usted quiere que vaya a Shanghai? —preguntó, incrédulo.

—No, Craig. No.

Aguardé hasta que hubo pasado el camarero. Al otro lado del vestíbulo vi a los jugadores etíopes. Tenían un aspecto curioso, con sus chándales naranja y negro.

—Pues entonces, ¿qué quiere?

—Quiero ir a Shanghai con su documentación.

—¡Jesús, María y José!

A Williams no le pareció divertido que le ofreciera mi tarjeta VISA como garantía. En realidad, empleé cuarenta minutos exhaustivos para convencerle de que me siguiera el juego. Finalmente, conseguí que aceptara, prometiéndole confesar que le había robado la documentación si me descubrían. Al fin y al cabo, le expliqué, mi situación ya no podía ser peor. Mi suerte estaba echada. No contestó, pero me di cuenta de que no estaba muy seguro al respecto, por lo que no me hubiera sorprendido no encontrar el sobre detrás de la maceta de cerámica del séptimo piso cuando fui a recogerlo aquella tarde.

Después de dejarle, entré en el vestíbulo y levanté el auricular del teléfono de una de las cabinas.

—Operador en inglés, por favor.

Un par de chirridos siguieron a la conexión.

—¿Diga?

—Hola... ¿Habla inglés?

—Sí.

—Quisiera que me pusiera con la habitación de una de las guías del Servicio de Viajes, Liu Jo-yun.

—Los guías no disponen teléfono en la habitación; lo siento.

—Bien. Entonces, ¿cómo podría hablar con ella? Es una emergencia..., un asunto muy importante de nuestro grupo.

No hubo respuesta. El silencio al otro lado indicaba cierta impaciencia. Los teléfonos particulares eran relativamente nuevos en China, y cuestionados como un servicio propio de burgueses. Los utilizaban casi exclusivamente los extranjeros del barrio diplomático. Casi ningún ciudadano chino disponía de tales aparatos. Ni siquiera existía guía telefónica de Pekín, según me informó el recepcionista el día anterior, aunque no supo decirme por qué. Me disponía a llamar de nuevo y repetir mi petición, cuando oí más zumbidos y un sonido familiar, sospechosamente parecido al que solía escuchar cuando manipulaba el teléfono de la oficina del SDS en Berkeley, en el año 67. Solíamos gastar bromas. Una vez marqué un número y dejé una cinta grabada con los cinco actos de *Timón de Atenas*, por la Royal Shakespeare Company, para perfeccionamiento cultural del FBI.

—¿Diga? ¿Quién es?

—Hola, señora Liu. Soy Moses Wine.

—Ah.

Parecía dubitativa.

—Del Viaje Amistoso de Estudios Número Cinco... Es sobre el asunto de los sellos de correos chinos que usted tiene que ayudarme a elegir para mis hijos.

—¿Sellos?

—Sí, no creo que lo haya olvidado. Quiero llevarles una colección de sellos de la República Popular.

—Hay muchos.

—Lo sé..., por eso tenía que ayudarme a seleccionarlos.

—¿A seleccionarlos?

Parecía que por teléfono le fallara el inglés. O tal vez mi estratagema la confundía.

—Usted los escogería. A las cinco de esta tarde. Le parece bien, ¿verdad? A las cinco. —Repetí—. La esperaré en el vestíbulo... ¿De acuerdo?

Silencio por su parte.

—En el vestíbulo. A las cinco —insistí—. A por sellos.

—No sé —contestó, y colgó.

Miré al recepcionista, que estaba a pocos pasos.

—Sellos, allí —me dijo indicando el mostrador de la librería.

Le di las gracias y me encaminé a donde me había señalado.

Pero una vez estuve al otro lado, volví a escabullirme del edificio. Esta vez fue más fácil. Una numerosa delegación de trabajadores metalúrgicos argelinos cruzaba el vestíbulo y simulé seguirles hacia el ascensor, deslizándome al bar en el último momento y desapareciendo por la puerta que comunicaba con la parte antigua. Antes de que alguien pudiera verme, ya estaba al pie de la escalera y, a continuación, en la callejuela posterior del hotel. Ahora la verja estaba abierta y salí a Wang Fu Ching.

Los chinos, acostumbrados a los extranjeros en aquella zona de la ciudad, no me prestaron la menor atención mientras caminaba a paso ligero por un par de calles interiores y después doblaba por Ch'ang An, a pocas manzanas del hotel. Allí subí a un autobús que iba en dirección este, hacia el barrio diplomático. El vehículo estaba atestado, con pasajeros en los pasillos y en la plataforma trasera. Me encontraba apretujado cuando un joven se levantó y me ofreció su asiento. No tuve otro remedio que aceptar, ya que todas las personas a su alrededor sonrieron solícitos al extranjero. Me senté y miré por la ventanilla mientras circulábamos por Ch'ang An, dejado atrás un par de manzanas de preciosas casas antiguas que unos obreros reparaban bajo el tibio sol de la tarde. Una mujer paseaba a un bebé en un cochecito de bambú, junto a un grupo de niños, seguramente de una guardería, sentados en sillitas alrededor de su maestra, en mitad de la acera. De repente, me puse furioso, Ocurriera lo que ocurriera, me había quedado sin viaje a China —al menos la parte convencional—, y quería que se me compensara por ello. Sentí ganas de abandonar todo aquel disparate, saltar del autobús y establecer contacto con la gente inmediatamente. O lanzarme a conversar con los pasajeros que me rodeaban. Pero no podía, y tampoco ellos. Lo único que podíamos hacer era sonreímos. Permanecí sentado, pensando. Llegamos al barrio diplomático, hice un gesto con la cabeza al joven que me había cedido el sitio y me apeé.

La oficina de enlace estaba a poco más de una manzana.

Caminé despacio para inventar alguna excusa, pero llegué demasiado pronto a la puerta, simulando no ver al portero, que me echó un vistazo, sin duda molesto porque alguien llegara al edificio a pie, sin poder sacarle provecho a una limusina o al menos a un taxi.

Pulsé el timbre y acudió una doncella. Iba vestida de negro y con delantal blanco, y experimenté una sacudida momentánea que me trasladó fuera de China. Por un segundo pensé que estaba en casa, haciendo alguna investigación rutinaria en Van Nuys o en Hollywood Norte, tal vez un caso de custodia de un niño en Woodland Hills.

—¿Busca a alguien? —preguntó la doncella en inglés bien pronunciado.

—Sí; quisiera ver al señor Karpel o al señor Winston.

—¿De parte de quién?

—Me llamo Wine. He venido con el Viaje Amistoso de Estudios Número Cinco.

Entró en la casa. A través de la ventana la vi hablar con alguien en la salita. Volvió inmediatamente.

—Ni el señor Karpel ni el señor Winston están aquí.

—¿Dónde están?

—De visita. Lejos.

—Ya. ¿Sabe cuándo volverán?

—¿Perdone?

—¿Cuándo estarán de vuelta?

—No lo sé.

—¿Hay alguna otra persona con quien pudiera hablar? ¿Tal vez el señor McGraw?

—Tiene que concertar una cita para poder ver al señor McGraw.

—Se trata de algo importante.

—Deje el nombre. Se le citará.

—Ya le he dado mi nombre.

—¿Cómo?

—Digo que ya le he dicho mi nombre: Moses Wine. Viaje Amistoso de Estudios Número Cinco.

—Sí. Deje el nombre y se le citará.

Me cerró la puerta en las narices. Al otro lado del césped, la expresión del portero se había trocado en recelosa.

—Hasta luego, amarillo —dije saludándole con la mano y haciéndole un guiño.

Torcí el cuello al llegar a la calle, observando con un ojo a la derecha y con el otro la acera enfrente de mí. Había adoptado el papel de sabueso que desempeñaba en Los Ángeles. Debía de ser en parte por la similitud con el barrio diplomático, pero más probablemente porque nunca en mi vida me había sentido tan fuera de mi elemento. En realidad, nunca había estado tan fuera de mi elemento.

Guiado por mi instinto dejé atrás el supermercado y doblé por la calle siguiente.

Una verja de hierro forjado protegía la parte posterior de la oficina de enlace. Miré a mi alrededor y después la escalé, dejándome caer detrás de unas ponsetias, cerca del garaje. Me disponía a encaminarme a la puerta trasera cuando oí una serie de sonidos guturales a pocos pasos:

Wo yao liang ge zuo wei... (Una mesa para dos, por favor...)

Wo yao liang ge zuo wei... (Una mesa para dos, por favor...)

Wo de mei guo da xiao shi... (Mi talla en América es...)

Wo de mei guo da xiao shi... (Mi talla en América es...)

Me asomé por detrás de unas ramas y vi a McGraw dar vueltas en mangas de camisa, haciendo prácticas de chino con cartulinas ilustradas.

Wo yao dai zhe ge... (Me lo llevo...). Wo yao dai zhe ge.

—Da la impresión de que hace progresos —dije saliendo de detrás de las ponsetias.

Por un momento, el delegado pareció sorprendido, pero me reconoció al instante.

—¡Oh... el detective! ¿Cómo están las cosas por el hotel Pekín?

—Al rojo vivo. Tal y como van, usted hablará tibetano con fluidez y todavía estaremos aquí.

—No esté tan seguro. Me están iniciando en los ideogramas y ni siquiera domino el alfabeto fonético. —Me mostró una de las cartulinas—. Eche un vistazo a esto. ¡Hay que pronunciar todas las X como si fueran SH, la Q como CH y la C como TS!

—La única palabra que sé es *dzy gen*.

—Oh, ésta también la sé... ¡Hasta la vista! —Recogió las cartas y las guardó en el bolsillo del pantalón—. ¿En qué puedo servirle?

—Para empezar, dígame por qué su doncella custodia este sitio como si fuera el palacio del zar.

—¿Chin?

—Supongo que debe de ser su nombre.

—Por lo general, no se comporta así.

—Ignoro cómo se comporta, pero según me ha dicho, Karpel y Winston están fuera, y verle a usted es como pedir audiencia al Papa el Domingo de Pascua.

McGraw se mosqueó.

—Winston está fuera. ¿Qué está pensando?

—En realidad no lo sé. Una vaga relación.

—Seguro que debe de tener algún motivo para haber trepado por la verja de la oficina de enlace. Así es como ha entrado, ¿no?

McGraw me observó unos instantes, después levantó una carretilla que estaba junto al césped y la hizo rodar hasta el cobertizo de las herramientas. Era evidente que se trataba de un tipo al que gustaba estar al aire libre y que no soportaba la holgazanería. China había de atraerle a la fuerza.

—¿Adónde ha ido Winston? —pregunté, mientras le seguía.

—A Hangchow... con su esposa.

—Vaya. Pensaba que estaría en Hong Kong.

—¿Por qué?

—Por el hotel Península. ¿No está siempre metido allí?

—No, que yo sepa... ¿Por qué?

—Oh, es que he oído decir que suele frecuentarlo el personal de aquí.

Se dio la vuelta y volvió a mirarme.

—No lo sabía. Sólo hace un mes que llegué.

—Eh, ¿qué ocurre? —Una voz aguda llegó desde el otro extremo del jardín. Era Karpel, que venía hacia nosotros—. Usted no puede estar aquí —dijo observándome de arriba a abajo, como si fuera un sargento—. Nos traerá problemas.

—¿Cuál es el motivo? —preguntó McGraw.

—No puede abandonar el recinto del hotel Pekín sin la compañía de un guía.

—¿Cómo lo sabe?

—Seguridad Pública nos ha informado. Hay un informe encima de su mesa.

Karpel parecía molesto.

—Supongo que no lo he visto.

—Bueno, pues no tiene que estar aquí, eso seguro. Bajo ningún concepto. Un asunto así comprometería todas las negociaciones.

—Eso parece —convino McGraw.

—Le dije a Chin que no le dejara entrar. —Karpel me puso la mano en la espalda y empezó a empujarme—. Ande, vamos.

—Tranquilo, muchacho, ¿eh?

—¿Tranquilo? Puede estar contento de que no le denunciemos a los chinos.

Karpel me dio un empujón más fuerte. Yo miré a McGraw, que estaba al lado de la carretilla, perplejo.

—Hubiera sido mejor que solicitara una cita —dijo.

Cuando regresé al hotel, Yen se paseaba arriba y abajo del vestíbulo. No creí que me hubiera visto entrar, pero para ir sobre seguro pedí una copa en el bar y me desvié hacia el salón, con la cara oculta por otro despacho de la Tsinghua News Agency. Me senté en uno de los sillones, y me dediqué a beber y a leer. No pasó mucho tiempo hasta que Yen se acercó y se sentó a mi lado.

—Bueno, Moses, he oído que sus amigos le han dado un puntapié.

Parecía complacido por su dominio de la jerga americana.

—No es la primera vez ni será la última.

—Le he estado buscando. ¿Dónde estaba?

—Leyendo. Y por el ala antigua. ¿Por algo en especial?

—No. Sólo quería saber si tenía alguna idea sobre el asunto del pato.

—Pues no —dije, apartando la vista del boletín.

—¿Sabe? A título personal, le deseo muy buena suerte.

—Muchas gracias, Yen.

—Desearía que se marchara de China lo antes posible.

Entonces vi a Liu entrar en el vestíbulo. Era puntual. Las cinco en punto. Al darse cuenta de que Yen estaba conmigo, su expresión cambió. Pensé que daría la vuelta y se iría.

—Me sorprendería que un miembro de su grupo hubiera hecho algo semejante —continuó Yen—. Por desgracia, van a ser confinados en cuarteles y su investigación se dificultará enormemente. Hasta que se dé el caso, le ofrezco mi ayuda personal. Puede usted llamarme a cualquier hora para los asuntos que estén fuera de su alcance dentro de los límites del hotel.

Miré a Yen. ¿Qué era lo que sabía? ¿Le habría hablado Liu del «elemento nocivo»? ¡Qué sentimental había sido al confiar en ella! ¡Qué estúpido! Observé a Liu, que estaba cerca de recepción y de espaldas a nosotros, y después de nuevo a Yen.

—Gracias, Yen, pero usted mismo acaba de decirlo: me han dado la patada.

Me levanté y empecé a caminar en dirección a Liu, pero pasé de largo por su lado hacia el ascensor, manteniendo la puerta abierta hasta que oí pasos. Entonces la cerré y pulsé el botón del tercer piso. Cuando la puerta se abrió, fui directamente al mostrador del encargado de planta.

—¿Habla inglés? —le pregunté.

Su rostro inexpresivo me dio la respuesta. No la cambió mucho al verme volver al ascensor y quedarme allí observando el panel numerado como si fuera la reliquia sagrada de alguna religión arcana. El indicador no se movía. Consideré que las posibilidades de que Liu me siguiera eran de una entre diez, y mi habilidad para convencerla de que me acompañara, aún menor, pero no tenía sentido que yo fuera sin ella.

Alguien tomó el ascensor en la planta baja y observé que el indicador se ponía en marcha: primero, segundo, tercero..., cuarto, quinto, sexto, séptimo, octavo. Aquello lo decía todo. Cualquier iniciativa que pudiera tener desapareció en un instante. Al fin y al cabo no era asunto mío; no más que de los otros. Si yo no les era útil, ellos a mí tampoco. Me retiraba y dejaría que la naturaleza o él materialismo dialéctico —lo que imperara— siguiera su curso.

El hombre del mostrador continuaba mirándome como si fuera un turista extravagante. Más cuando pulsé el botón. Vi que los números descendían: ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres. La puerta se abrió y entré.

—Suba al cuarto —dijo una voz a mis espaldas.

Asentí.

Ella había subido por la escalera.

—¿Qué tenía de malo el tercero? —le pregunté cuando volvimos a encontrarnos en el piso de arriba.

—Nada, pero usted ya había estado allí antes.

—Sí, es cierto.

Ella había sido más cuidadosa que yo.

—¿Qué quiere?

—Shanghai.

—¿Shanghai?

—Sí, quiero ir a Shanghai esta noche.

Me miró como si estuviera loco.

—Y quiero que usted me acompañe.

Liu echó la cabeza hacia atrás y rió, diciendo algo en chino que debía de ser el equivalente a «cuidado con el diablo blanco» o «vendrá un hombre del Oeste que os ahogará en el río Amarillo».

—Necesito una guía.

—Eso no es todo lo que necesita. Precisa permiso para salir de Pekín.

—¿De forma oficial, quiere decir?

—Sí, oficialmente. Ese viaje es imposible para usted.

—Para Moses Wine, sí. Tal y como está el camarada Huang actualmente... Pero, ¿qué me dice de Craig Williams, del *Toronto Globe and Mail*?

Saqué un sobre y se lo entregué.

—No se le parece mucho —comentó al inspeccionar el documento.

—Yo creía que todos los blancos parecíamos iguales.

—No tiene gracia.

—No; es cierto. Llevaré sombrero.

Ella volvió a poner el documento dentro del sobre y me lo devolvió.

—No importa. Es imposible.

—¿Imposible?

—Sí. Imposible... y no sé por qué quiere ir a Shanghai.

—Para atrapar a un «elemento nocivo».

—¿Cómo se propone conseguirlo?

—No lo sé. Escuche, Liu: no tenemos tiempo para juegos. Los tipos de Seguridad Pública van a encerrarnos en cuarteles y a preparar el juicio. Un bastardo de la oficina de enlace americana me ha tratado igual que a un leproso, y prácticamente nadie de nuestro grupo se dirige la palabra... y todo porque ha desaparecido un pato. Por otra parte, hay un «elemento nocivo» en Shanghai que puede —aunque no es seguro— resolverlo todo para nosotros. Quiero ir a verle.

—Pues vaya. Usted es muy bueno entrando y saliendo de los sitios, puede escabullirse en el tren, esconderse entre los equipajes o algo parecido.

—¿Y cómo le interrogo? ¿En griego o en italiano, suponiendo que le encuentre?

—¿Y cómo piensa encontrarle, en primer lugar?

—Usted es de Shanghai. Pensé que podría ayudarme.

—Hay diez millones de personas en Shanghai.

—Y según lo que nos ha explicado, todos meticulosamente organizados en

brigadas de fábrica, equipos de producción, jóvenes pioneros, Guardia Roja, comités, pelotones, destacamentos y no sé qué más, excepto un puñado de «elementos nocivos» que, por casualidad, pertenecen a cierta ideología y que son como los gallos de pelea en el gallinero comunitario. No debe de ser difícil dar con ellos.

Ella se volvió y se dirigió al ascensor.

—¿Qué hace?

—Estaba equivocada.

—¿En qué?

—No tiene la menor esperanza de entender China.

—¿Y ahora qué...?

—Su mente está tan deformada por la ideología burguesa que nunca podrá ver nada de forma objetiva.

—Eh, espere un minuto, camarada. —La sujeté por el brazo antes de que pulsara el botón del ascensor—. ¡Hay ciertas dudas sobre quién es el que no es objetivo!

—No lo creo.

—Y lo único que deforma mi mente es usted.

Ella se volvió y me miró. Le solté el brazo.

—Hay otra razón por la que no debo ir a Shanghai.

—Puede ser —contesté—, pero no tiene elección.

—¿No?

—No.

—¿Y por qué?

—Porque le diría al camarada Huang la verdad.

—¿Y cuál es?

—Usted la sabe mejor que yo.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

—¿Qué?

—Que usted se llevó el pato.

Pasó el encargado de planta con un montón de toallas.

Aquella tarde, Tien An Men tenía el aspecto de un campamento militar. Miles de personas estaban reunidas en corrillos, alrededor de la enorme plaza, charlando o jugando a las cartas en sillas de tijera instaladas provisionalmente sobre el cemento. Se percibía una atmósfera de expectativa relacionada, supuse, con la reunión del Undécimo Congreso del Partido, en el interior del Gran Salón, que según se informó estaba a punto de concluir. Desde donde me encontraba yo, a los pies del Memorial de Mao, el número de soldados que custodiaban la puerta parecía haberse doblado desde la última vez. Una hilera de limusinas negras, marca Bandera Roja, estaba aparcada sobre el bordillo, y media docena de camiones semioruga con armas montadas flanqueaba las limusinas.

No era difícil imaginar los motivos de tanta precaución. Una sociedad plácida y organizada como la china aún estaba convulsionada por la revolución a pocos centímetros de la superficie. La Revolución Cultural se había producido a mediados de los años sesenta, pero en fecha tan reciente como 1975 Tien An Men había sido escenario de violentos enfrentamientos: seguidores del amado Chu En-lai se manifestaban contra el eclipse transitorio de su héroe. En cualquier momento podían volver a producirse. Pero ¿en favor de quién? ¿De la Banda de los Cuatro?

Miré el reloj. Eran las seis y veinticinco. Había quedado citado con Liu allí a las seis y media, en el Memorial de Mao, en vez de salir juntos del hotel en dirección a la estación de ferrocarril, y así evitar sospechas. Vi a alguien, que me pareció ella, caminar por la enorme explanada. Llevaba la acostumbrada bolsa de plástico negra que todos los guías del Servicio de Viajes solían acarrear a todas partes. Cuando estuvo a pocos metros comprobé que era ella. Admito que había considerado la posibilidad de denunciarla; hubiera sido lo más sencillo y, además, típicamente chino: el sacrificio individual en favor de las necesidades del grupo.

No obstante, sabía que el asunto era más complejo; que ella había actuado con un propósito determinado; y que yo debería llegar al final. Y también contaban los sentimientos que ella me inspiraba.

Cuando giró a la izquierda, hacia Fan Ti Lu, que discurría a lo largo de la antigua puerta de la ciudad, la seguí a cierta distancia para que ninguno de los ciclistas y peatones que regresaban a casa después del trabajo pudiera relacionarnos. Al cabo de un par de manzanas, divisé la estación, un extraño maridaje de realismo socialista y arquitectura china tradicional. Al dejar atrás otra manzana, oí *La Internacional* a través de los altavoces situados en los aleros.

Aunque la letra nunca me había parecido gran cosa, el romanticismo desenfadado de la música seguía emocionándome. Me pregunté lo que debía sentir Liu acompañando al revisionista de última hora a la estación de Pekín.

Cuando entré en el edificio me estaba esperando medio oculta detrás de una

columna.

—Espéreme aquí —dijo, y caminó en dirección a las taquillas.

Debía de haber una docena, pero sólo dos estaban abiertas. La vi gesticular al hombre, que observó mis documentos falsos, y entregar los yuans que yo le había dado. El empleado, después de estudiarlos atentamente, registró los datos en unos formularios. Al otro lado de la sala había un grupo de extranjeros; parecían esclavos y esperaban a sus guías.

El altavoz anunció la salida de un tren con el tono chillón característico de la fonética china. Pude ver a algunas personas que hacían cola en los accesos.

Liu me hizo una señal y la seguí hacia la entrada. Ella se movió con rapidez y llegó junto al revisor para mostrarle mis documentos antes de que me encontrara lo suficientemente cerca de él como para observar las diferencias entre mi cara y la que figuraba en aquéllos. El hombre asintió y pasé a los andenes. Enfrente de mí estaba el Shanghai Express: una locomotora diésel verde brillante, con una estrella roja en la parte delantera, que arrastraba trece o catorce vagones de pasajeros. Por unos instantes perdí de vista a Liu entre la multitud que se empujaba y zarandeaba, se daba la bienvenida o se despedía. Por fin la divisé seis vagones más allá, en el momento en que subía a uno de ellos. Al darme prisa, topé con un par de policías, que me miraron con curiosidad mientras avanzaba por el andén a un paso intermedio entre la caminata y la carrera.

Liu ya estaba en el pasillo cuando subí. Era un vagón de primera clase, con la decoración lujosa de otra época: revestimiento de madera en las paredes y compartimientos individuales. Los primeros los ocupaban los esclavos y el siguiente, cuatro militares que ya estaban enfrascados en papeleo burocrático. Los dos contiguos iban libres. Proseguí hasta llegar al último, donde encontré a Liu sentada frente a un caballero de mediana edad que fumaba y bebía té. Me senté al lado de ella y me serví de la tetera de cerámica blanca. Se produjeron dos cortos silbidos y el tren empezó a moverse. Íbamos camino de Shanghai.

No sabía si debía dirigirle la palabra a Liu o no, pero al cabo de un par de minutos ella me habló.

—Tiene que guardar esto —dijo entregándome «mi» documentación y lo que supuse era el billete.

El caballero me sonrió y le preguntó algo a Liu. Ella le dio una breve respuesta.

—¿Qué quería?

—Saber de dónde es usted. Le he dicho que es un periodista canadiense.

Hice una inclinación de cabeza al hombre, y éste se lanzó a una perorata inundando el compartimiento de humo, y después tiró la colilla a una escupidera que tenía a los pies.

—¿Qué dice? —pregunté.

—Cuidado cuando se alimenta a un oso, o se dará la vuelta y te morderá.

—¿Qué?

—Quiere decir que Canadá no debería vender trigo a los rusos. El socialimperialismo soviético es la gran amenaza para la paz mundial hoy en día.

—Dígale que estoy totalmente de acuerdo.

—Eso no es cierto. A usted no le preocupa.

—¿Qué insinúa?

—Que es una persona cínica y egoísta.

—Oiga, un momento...

—Usted no precisa ayudar a la gente de ningún país. Piensa sólo en sí mismo.

—¿Y cómo lo sabe?

—Le he estado observando.

—¿Observando? ¿Y cómo demonios ha llegado a esa conclusión...? ¿Está usted dentro de mi cabeza?

Ella no contestó.

—¡Dígale a ese gilipollas lo que he comentado!

—¿Gilipollas?

—¡A él! —indiqué con énfasis.

Liu me miró y tradujo al hombre mis palabras. Asintió. El tren traqueteó y ganó velocidad al llegar al extrarradio de Pekín.

—Tal vez deberíamos hacer que se marchase —dije.

—¿Por qué?

—Sólo por precaución. Los otros dos compartimientos están vacíos.

—Usted no es una buena persona.

—¡Oh, vamos! ¡No vuelva a empezar! —Golpeé la mesa con el puño y el té osciló ligeramente. El hombre me miró, sorprendido—. Escuche: ya sé que está aquí porque la he obligado, pero usted es tan responsable de lo que ocurre como yo, incluso es posible que más. ¡Y si tiene ganas de pelea al respecto, entonces seguro que deberemos librarnos de él!

—No tengo ganas de pelea —contestó, y sacó un libro de la bolsa.

Yo miré por la ventanilla. Ya era casi de noche y sólo distinguía las siluetas de lo que debían ser granjas comunitarias, que empezaban a motear el paisaje.

—¿Cuánto va a durar esto? —pregunté.

—Dieciséis horas.

—Es una pena que no me lo dijera; hace muchos años que esperaba la ocasión de poder leer todo Proust.

—Pues tiene suerte. El año pasado, antes de que entraran en servicio las locomotoras diésel, el viaje duraba veinticinco horas.

—¿Qué lee?

—El quinto volumen de las obras del presidente Mao.

—Lógico.

Ella me miró a los ojos.

—Hay mucho que estudiar. Seguro que a usted le gustan las novelas de

detectives.

—La verdad es que no. Por lo general, todo está supeditado a la trama.

Pero ella no escuchaba mi respuesta. Tenía la cabeza metida entre las páginas del volumen V. Pensé cuántas veces lo habría leído ya, qué habría memorizado y cuántas sesiones de estudio habría empleado para discutirlo. Me asombró, de la misma forma que lo habían hecho algunos amigos que para graduarse habían tenido que leer *La reina de las hadas* o el poema de Gilgamesh docenas de veces hasta satisfacer a sus directores de tesis.

Un empleado abrió la puerta de nuestro compartimiento y se asomó.

—Es hora de cenar —informó Liu—. Vaya.

El otro viajero se levantó y salió.

—¿Usted no viene?

—No. Seguiré leyendo.

—¿No tendrá apetito?

Se encogió de hombros. Vi al grupo de esclavos avanzar por el pasillo.

Todos ellos tenían el aspecto de dirigentes sindicales de Newark.

—Demasiado peligroso, ¿no?

—Todo es demasiado peligroso. Demasiado peligroso venir, demasiado peligroso para mí estar aquí, peligroso para usted, para su grupo..., para China y América.

—¿Para China y América?

—Vivimos en un mundo de chauvinismo de gran nación.

—Y esto ¿qué tiene que ver?

—Hay un poema de Mao: «Las hormigas en el algarrobo se pavonean como potencia/. Las termitas conspiran para derribar el árbol gigante/. El viento del Oeste dispersa hojas sobre Ch'ang An/. Y las flechas vuelan, silban».

—Ah, pues... ¿podría hablarme en inglés?

—Soy china.

—No me había dado cuenta.

—El famoso sarcasmo de Moses Wine.

—Lo de famoso no es exacto.

—No lo crea. Hemos leído bastante sobre usted aquí, en China. Los miembros destacados del departamento de traducción leen todos los ejemplares de la revista *Modern Times* con mucha atención.

Miré a Liu. ¡Así que mi reputación me había precedido! Yo no era sólo un número *estadístico* trasladado de un cuestionario a una solicitud de visado, sino MOSES WINE. ¡EL DETECTIVE DE LA GENERACIÓN DE LOS SESENTA! Me pregunté qué debía de haber significado aquello para los chinos. Pero para Liu sí, debía significar algo.

—Por eso se llevó el pato, ¿verdad?

—Sí y no.

—¿Qué otro motivo podía haber? Nancy Lemon tenía razón, ¿verdad? La persona

que robó el pato no lo hizo para enriquecerse, sino para retenernos en China..., para retenerme a mí en China.

—¿Cómo averiguó que había sido yo? —preguntó.

El tren silbó, al tiempo que cruzaba un puente. Reflejado en la ventanilla, vi al empleado de ferrocarriles, con su chaqueta blanca, caminar por el pasillo.

—Bueno, como ya le dije, no creía que alguien de nuestro grupo cometiera una locura semejante..., y usted misma intentaba dármelo a entender.

—¿Sí?

—Pero yo no supe escuchar. Como cuando nos encontrábamos en la Ciudad Prohibida, inmediatamente antes de que desapareciera el pato, y se mostró tan indiferente al comunicársenos que debíamos abandonar China. Y poco después, en el restaurante, cuando comenté que era mi última cena en China y usted insinuó que tal vez no. Y también la canción sobre el Emperador de Jade que no existe... La cantó la primera vez que estuvimos allí. Da la impresión de haberlo planeado todo desde el principio.

—En cierta forma...

—No es usted un buen malhechor, Liu.

—Tal vez no quise serlo.

—No. Utilizaba a un detective americano, pero lo que no sé es por qué.

Ella se levantó.

—Vamos a cenar.

—No hasta que me lo explique.

—Hay algunas cosas que es mejor que no sepamos el uno del otro.

Levantó el pestillo y abrió la puerta.

—Por cierto, le agradezco la advertencia.

—¿Advertencia?

—La postal que dejó en mi habitación de Shanghai. A raíz de ella me mantuve alerta.

—De nada.

Fui tras ella por el pasillo hasta el vagón restaurante, donde ya había un par de grupos extranjeros y algunos militares desperdigados. El restaurante era del mismo estilo imperial que los compartimientos, con las paredes forradas de madera y manteles de lino y flores en las mesas. Al entrar, vi a los miembros del equipo de voleibol etíope que bromeaban y bebían *mao tai*. Con rapidez, desvié la vista, aparentando no conocerles, y corrí detrás de Liu hasta la última mesa. Me senté de espaldas al resto del vagón. El tren tomaba una curva. A través de una abertura en la cortina vi por la ventana el vagón siguiente, donde varios chinos estaban sentados en bancos apiñados en lo que debía ser la segunda clase de aquella sociedad sin clases.

—¿Les conoce? —preguntó Liu, mientras tomaba asiento al otro lado de la mesa.

—¿A los etíopes? Se alojaban en el hotel Pekín. Algunos de ellos se encapricharon de Ruby.

—¿Cree que le habrán reconocido?

—¿Acaso importa?

Ella no respondió. Llegó un camarero con naranjada y cerveza Tsingtao. Me decidí por la cerveza. Liu dudó un instante y también escogió la cerveza. Levanté el vaso.

—¿Qué le parece... por la amistad?

—Sí, por la amistad.

Bebimos y regresó el camarero con entremeses y bandejas de camarones kung p'ao y cerdo de Sezuan. Liu sonrió al ver cómo engullía. A continuación, llegó una bandeja de algo pegajoso, casi viscoso, que me sentí incapaz de tragar.

—Son babosas de mar —explicó. La observé mientras sostenía uno de los bichos entre los palillos y se lo llevaba a la boca—. Tiene que probarlo. Hay que experimentarlo todo por uno mismo.

—¿Una cita del presidente Mao?

—No, pero dijo...

—Sí, ya lo sé: «Si quieres el conocimiento, hay que tomar parte en la práctica de cambiar la realidad. Si quieres conocer el sabor de una pera, tienes que transformar la pera comiéndola». Hasta aquí la sigo.

—El presidente Mao aconsejaba al revolucionario que fuera selectivo.

—Perfecto.

Cerré los ojos y tragué un trozo de babosa, seguido de un buen trago de cerveza. El camarero volvió a llenar los vasos y Liu y yo continuamos bebiendo. Los etíopes empezaban a alborotar. Un par de ellos estaba de pie en el pasillo, con una botella en la mano. Les oí mencionar algo de un partido con el Equipo de Trabajadores Número Dos de Pekín y un tanteo, pero no entendí quién había ganado, y tampoco me pareció que a los etíopes les preocupara.

Uno de los jugadores se acercó dando traspiés hasta nuestra mesa, sosteniendo una botella de vino de ciruela.

—¡Primero la amistad, después la rivalidad! Es lo que dicen en China. Primero la amistad, después la competencia.

—Me parece de perlas; no he ganado un partido en toda mi vida.

El etíope rió y me llenó el vaso de vino.

—Es una china preciosa. —Señaló a Liu—. ¿Cómo se la ha ligado?

—De eso nada. Estamos en China. Aquí nadie domina a nadie.

—No, pero está con ella. Es la primera vez que veo a un extranjero con una china. ¿Cómo lo ha conseguido?

—Cuestión de suerte, supongo.

—¿De dónde es usted, amigo?

—Ciudadano del mundo.

—Oh, vamos. Yo soy de Addis Abeba. ¿Y usted?

—De Canadá —murmuré.

Se me quedó mirando, echándose atrás y cerrando un ojo dubitativo. Debía de medir dos metros. El tren cruzaba otro puente y distinguida silueta de un barco *en* el río.

—Es americano.

Me encogí de hombros. Él se dio la vuelta y dijo algo a sus compañeros en un lenguaje que supuse era amhárico^[7]. Uno de ellos le respondió:

—Es americano —repitió. El resto del equipo me observó con expresión dura—. Americano —insistió.

La palabra retumbó en mi cerebro al mirar sus ojos que, de repente, tenían la amargura del Tercer Mundo. Yo no soy el culpable de todo, hubiera querido decirle. Y, además, tampoco todo era tan malo como ellos pensaban. Había aspectos positivos, puntos favorables. Pero no conseguí pronunciar palabra.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó el etíope.

El grupo eslavo se había dado la vuelta y también me clavó la vista. Miré a Liu. Estaba inquieta, con los ojos fijos en el plato y los palillos inmóviles en el arroz.

—Negocios —contesté.

—¿Negocios?

—Sí, para una firma americana que importa productos de Shanghai.

—¿Y dónde está el resto de su grupo?

—Sigue en Pekín.

—¿Por qué ha dicho que era de Canadá?

—Bueno, es que yo...

—Todo esto no es necesario —intervino Liu—. Si quieren una explicación, se la daré. Es un extranjero indeseable y le llevo fuera del país.

—Ah, ya —respondió el jugador intercambiando ojeadas con sus amigos.

—¿Qué ha hecho?

—Actividades contra la moral del pueblo de China. No puedo hablar de ello. — Los etíopes abrieron unos ojos como platos—. Y, ahora, si nos disculpan... —Liu me hizo una indicación y me levanté—. Debo asegurarme de que regresa a su compartimiento.

Dejó un puñado de yuans sobre la mesa y salimos. Oí a los etíopes cuchichear cuando abrimos la puerta del otro vagón.

Las literas ya estaban dispuestas cuando volvimos a nuestro compartimiento. El caballero de mediana edad abría la cremallera de la bolsa de viaje. Liu se encaró con él y puso la mano encima de la litera que el chino había escogido. Le dijo algunas palabras y el hombre se enfadó. Empezó a gritarle y ella también a él. El hombre depositó su bolsa sobre la cama y Liu la apartó. Él empezó a desplegar el pijama y ella le sujetó la mano. Vociferaron durante un rato y, finalmente, el hombre elevó las manos al cielo, cerró la bolsa y abandonó el compartimiento dando un portazo.

—¿De qué se trataba? —pregunté.

—No quería marcharse.

—Ya me he dado cuenta.

—Le he dicho que los canadienses tenían pesadillas y roncaban toda la noche como cerdos.

—Gracias.

Sonreí.

—Lo he hecho por seguridad. No vaya a creer otra cosa.

—¿Quién, yo? Si no he dicho nada.

Ella se encogió de hombros.

—Los americanos son unos obsesos.

—¿Cómo lo sabe?

—Había un tipo en el viaje de mayo. Se sentó a mi lado en todos los autobuses desde Cantón hasta Mongolia, susurrándome al oído e intentando tocarme el trasero. Después me rozaba el muslo y decía que no había otra bolchevique más bonita desde que murió la segunda esposa de Trotsky.

—¿Quién era ese imbécil?

—Un historiador marxista de la Universidad de Chicago.

Sonrió con timidez y lanzó su bolsa a la litera superior. Después se dio la vuelta y empezó a desnudarse.

Yo saqué el pijama y empecé a desabrocharme la camisa. El tren se bamboleaba de un lado para el otro y me sentía sin aliento. Tenía el mismo nudo en el estómago que en la clase de baile cuando era niño. Y que en Berkeley, cuando iba a cenar a Chinatown.

—Es usted un hombre extraño, Moses. No parece sobrino de Sonya Lieberman.

—¿Por qué no?

—Ella está comprometida por un mundo mejor. Algunas veces esto es difícil para usted.

—Algunas veces.

Vi un poco de piel ambarina cuando se desprendió de la blusa y deslizó el camisón.

—Pero es buena persona.

Subió a la litera y apagó la luz.

—Tenga cuidado con los «elementos nocivos», Moses. Practican artes marciales.

—Y llevan armas.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Permanecí unos momentos en la oscuridad. Fuera, rodaba China. Era difícil concebir que estuviera allí, en la mitad del globo terráqueo, viajando en medio de la noche hacia una misión que apenas comprendía y por razones aún más desconocidas. Me asaltó la idea de que había actuado de manera automática, de que era un investigador compulsivo, y que la ambivalencia que sentía por mi profesión en América era en realidad una forma de autocompasión; lo que en China llamarían

«vacilaciones pequeñoburguesas», ese sentimiento de lujo que la masa no podía permitirse. Y que, en fin, buscar la verdad debajo de la superficie era una profesión honorable, un esfuerzo que valía la pena teniendo en cuenta las posibilidades, incluso con la etiqueta vergonzosa de detective privado.

Pero mi necesidad no era tan simple. Aparecía con diversas apariencias a la vez, algunas de ellas poderosas y otras evanescentes. Lo que estaba claro en aquel caso era que el motivo más poderoso era la mujer de la litera, a pocos centímetros de mi cabeza..., aquella Eva con traje Mao que había robado un pato para obligarme a realizar tareas de las que sólo tenía indicios y cuyas motivaciones ignoraba.

Me tendí en la litera, y mientras me bamboleaba al ritmo del tren observaba la silueta de su cuerpo. Su presencia era real. Sabía que estaba despierta; notaba su respiración y sus movimientos. El aire del sur de China era denso y podía palparse. La deseaba tanto que casi notaba sus muslos a través de la malla que separaba las camas.

—¿Liu...?

—¿Sí...?

—Yo...

—¿Sí?

No dije nada.

—¿Ocurre algo?

—No.

El tren frenó al llegar a una estación.

—¿Dónde estamos?

—Lin Nan.

—¿Puede dormir?

—¿Cómo?

—Si puede dormir —repetí.

—No lo sé; sólo hace dos minutos que estoy acostada.

El tren dio una sacudida al situarse en el andén.

—¿Por qué lo pregunta? —dijo ella.

—No sé... Supongo que por nada.

—¿Tiene más preguntas?

—Pues no.

—Si quiere acostarse conmigo, debería decirlo.

Me senté de golpe.

—¡Pues claro que quiero acostarme con usted!

—¿Por qué?

—¿Que por qué?

—Sí, ¿por qué?

—Pues me parece bastante evidente, Liu. Yo creo que es una mujer muy atractiva.

—¿Y qué?

—Bueno, pues significa algo, ¿no? Hermosa, atractiva, brillante...; excepcional, en una palabra. En América le diría que estoy loco por usted.

—¿Y eso qué significa?

—Se lo acabo de explicar.

—En China elegimos a nuestros compañeros según las ideas políticas.

—Lo sé, Liu.

—Su ideología no es la correcta. Simpatías aparte, sigue siendo un miembro elitista de la burguesía reaccionaria.

—Lo sé, Liu.

—Su mente está contaminada por el individualismo.

—Sí.

—Yo sé por qué quiere tenerme, aunque usted no lo sepa.

—Pues cuente, cuente...

Un revisor pasó por delante de nuestra ventanilla apremiando a algunas personas que estaban en el andén. La mayoría tenía el aspecto de campesinos y granjeros. Distinguí a una mujer que llegaba corriendo con una cesta de cebollas.

—Hablando con franqueza, yo tengo lo que no tiene usted.

—Eso seguro.

—No, no me refiero a eso... Quiero decir que yo represento algo para usted.

—¿El qué?

—Una especie de objeto.

—¿Objeto?

—Para Moses Wine, un simple recuerdo de China no representaría gran cosa..., aunque fuera el pato de la dinastía Han. Pero haberse acostado con una guía comunista china...

—¡Por favor!

—¿Piensa que bromeo?

—Eso espero.

—Entonces, ¿qué soy? No me conoce. Para usted, sólo un símbolo.

—¿Dé qué?

—El Oriente... la Nueva China... Algo. Un relato para los amigos cuando vuelva.

—Y eso es todo, ¿verdad?

—No todo.

—¿Qué más hay?

—Se siente atraído hacia mí porque piensa que no puede conseguirme..., porque pertenezco a una sociedad mucho más moral que la suya.

—Puede ser.

—Nosotros tenemos que sacrificarnos por la nueva sociedad, dejar a un lado el placer personal para la mejora de todos.

—Lo sé.

—¡Pero no sabe lo que significa! ¡No sabe lo duro que es!

De repente, su voz era angustiada..., una acusación y un lamento.

—¿Cómo podría, Liu? ¿Qué intenta decirme?

—¿Está divorciado?

—Sí.

—En su país lo único que hay que hacer es chasquear los dedos y ya están separados.

—Más o menos.

—Para mí no es tan fácil.

—¿Para usted?

—Mi marido y yo no congeniamos. No hemos tenido hijos y ya hace años que no dormimos juntos. Hace cuatro años presenté una solicitud...

—¿Y...?

—Hasta ahora no he recibido respuesta.

El tren dio una sacudida. Levanté los ojos hacia la litera de Liu. Hubiera querido hacerle varias preguntas, pero sabía que no debía. Me quedé callado mientras varios pasajeros avanzaban por el pasillo en busca de sus compartimientos.

—¿Se da cuenta de lo difícil que sería para mí?

—¿Sabotaje a la familia?

—Sí..., podría perder mi empleo; tal vez me ocurriera algo peor... Acaso...

—Pero ya ha arriesgado todo eso.

—Sí.

El tren silbó y entramos en un túnel.

Se produjo otro silencio mientras el compartimiento daba la sensación de estrecharse a nuestro alrededor.

Volvimos a salir del túnel. Un rayo de luna iluminaba la estancia. Podía ver el lavabo, el espejo y el pequeño ropero, al lado de la puerta.

Liu me ofreció su mano por el costado de la litera.

Yo se la cogí.

Un par de piernas se deslizaron por el extremo bajo una camisón largo de algodón.

¡China, China, China!

—Nos están buscando.

Abrí los ojos y vi a Liu totalmente vestida, de pie a mi lado. El tren avanzaba por un paso elevado entre calles estrechas. Había parcelas cultivadas entre los edificios, casas de tres o cuatro pisos, de construcción reciente.

—¿Cómo lo sabes?

—He oído que alguien hablaba con el revisor en Nankín. Los etíopes estaban con él. Me parece que no creyeron mi historia.

—¿Dónde estamos?

—En Shanghai..., en el distrito Norte.

Me levanté de un salto.

—Nos estarán esperando en la estación. ¿Cuándo podemos apearnos?

—A tres kilómetros, el tren disminuye la marcha en Hunag Pu.

Me puse los calzoncillos y me acerqué a la ventana. El tren daba un rodeo a la ciudad. Vi el río a lo lejos y los primeros rayos de sol se filtraban entre la calina, iluminando las fachadas austeras del embarcadero alemán. Noté a Liu a mi lado. Tenía ojeras y parecía cansada. No creí que hubiera pegado ojo en toda la noche después de abandonar mi cama. Hice ademán de rodearle los hombros con el brazo, pero ella se apartó y evitó mi mirada.

Me di la vuelta y abrí la puerta del pasillo. Uno de los etíopes estaba junto al W.C. fumando. El tren silbó dos veces al dirigirse a una zona más poblada. Sin embargo, no aminoró la marcha. Ya imaginaba al camarada Huang y a su cohorte aguardándonos en la estación de Shanghai, con un par de limusinas aparcadas y con las cortinillas echadas, dispuestos a conducirnos tras largo viaje a un campo de concentración de Manchuria, con comisarios y alambradas de espino, como en las películas de la guerra de Corea. Pero saltar era una locura.

Miré a Liu. En su rostro había una resignación que me asombró, una aterradora calma oriental que yo no era capaz de comprender, como si las glándulas fabricaran algún sedante en vez de adrenalina.

Entonces el tren comenzó a perder velocidad, conforme se iba acercando, a un talud que descendía hasta un campo lleno de abrojos. Una serie de callejones separaban almacenes de ladrillo que recordaban vagamente los pueblos industriales de Massachusetts.

—¿Es aquí?

Liu asintió y me precedió por el pasillo. El etíope nos miró con recelo y después nos siguió. Le oí gritar que nos detuviéramos. A medio camino de la puerta, di un giro brusco y me lancé sobre él, dejándole tendido al otro lado del pasillo. Entonces empujé a Liu hacia la puerta que tenía delante y eché el seguro después de cerrarla a nuestras espaldas.

El único camarero del vagón restaurante nos miró con expresión de asombro. Liu comenzó a hablar con él, pero le agarré por el cuello y lo arrojé al vagón siguiente. Corrimos y abrí la portezuela de la plataforma posterior. El tren parecía haber doblado la velocidad. Liu me observó, dubitativa.

—Salta y déjate caer rodando.

—¿Cómo sabes que resultará?

—Lo vi una vez en una película.

—¡Siempre de broma!

—Por favor, Liu. No tenemos elección.

Apreté su mano. El viento rozaba su mejilla.

Entonces saltó y miré el suelo a mis pies. Giraba ante mis ojos borrosos como la etiqueta de un disco de 78 r.p.m.

Vi a Liu rebotar por el talud como una lata de conservas sobre una cinta transportadora. Entonces me dejé caer a mi vez. Aterricé en el suelo resbalando sobre el estómago, pendiente abajo. La grava me arañó la camisa y las manos. Noté algo punzante en la rodilla. Por fin conseguí frenar al lado de una carretilla. Busqué a Liu. Estaba sentada a unos pocos metros sujetándose la pierna.

—¿Estás bien?

No respondió, pero se incorporó y, cojeando, se encaminó hacia uno de los callejones. Sangraba por una gran herida en la pantorrilla. A la entrada del callejón tropezó y se dejó caer de espaldas contra un muro.

Rasgué mi camisa para improvisar un vendaje.

—Tiene que verte un médico —dije, mientras le hacía un torniquete.

—No, no; tienes que continuar.

—Olvídalo. Voy a llevarte a un hospital.

Me dispuse a cogerla en brazos, pero ella me cogió la mano.

—No, por favor. Vete. Ya conseguiré ayuda luego..., después.

—Después ¿de qué? ¡Esto es un disparate, Liu! ¡No tengo la menor idea de lo que está sucediendo!

—Ve a buscar al «elemento nocivo».

—Sí, pero ¿por qué?

Liu suspiró hondo y cerró los ojos. Su tez ambarina era ahora más pálida. Temblaba ligeramente. Yo también me estremecía al imaginar la cicatriz que la herida dejaría en su hermosa pierna, si tenía la suerte de salir bien librada.

Ella señaló un cobertizo.

—Te esperaré allí. Vuelve con el mal elemento. Tenemos que probar que trabaja para Yen.

—¿Para Yen?

—Sí.

—No entiendo nada.

—Durante años ha estado empeñado en desacreditar nuestro país ante los

extranjeros. Primero los franceses y los ingleses. Ahora los americanos. Utiliza cualquier método a su alcance.

—¿Yen? —repetí.

—Sí, Yen.

Se ayudó con las manos y se apoyó en el cobertizo. Abrí la puerta y la ayudé a entrar. Era un almacén de viejos utensilios de cocina, en el que se guardaban montones de sartenes y ollas.

—Entonces, todo lo ocurrido: el intento de escalar la pared del periódico, los tipos que nos atacaron..., ¿estaba preparado? ¿Yen lo ideó?

—Sí. Incluso que Fred Lisie hubiera solicitado trasladarse a la habitación de Nancy.

Sonreí. No me extrañaba que Fred se hubiera molestado tanto. Pero dejé de sonreír de inmediato. Yen era un individuo inteligente, que estudiaba a sus víctimas con profundidad y las atacaba por sus puntos más vulnerables. Y en aquellos momentos yo nunca me había sentido más vulnerable.

—¿Por qué lo hace? —pregunté.

—Para sabotear las relaciones entre nuestros países... a fin de evitar la normalización de relaciones entre China y América.

—¿Para quién trabaja?

—Para nuestros enemigos.

—¿Taiwán?

—Puede ser... O para los rusos.

—Pero no acabo de entenderlo. ¿Por qué me necesitas a mí? ¿Por qué no le has denunciado tú misma?

—En primer lugar, porque creo que tiene un cómplice americano. Alguien que ha traído dinero. Tienes que descubrirle. Pero lo más importante: debido a mis antecedentes.

—¿Tu clase social?

Ella negó con la cabeza.

—Entonces, ¿qué antecedentes?

—Ahora ya no tiene importancia.

—¡Liu!

—No lo entenderías.

—¡Maldita sea! ¡Qué más da que no lo entienda! ¡Quiero saber qué diablos tengo entre manos!

—No es bueno que lo sepas.

—Tampoco es bueno para ti quedarte sentada en un cobertizo asqueroso, con peligro de gangrena en la pierna. Bien; ¿por qué diablos no podías hacerlo sola?

—Debido a ella —murmuró.

—¿Ella?

Liu cerró los ojos.

—Hay agua en la bolsa.

Le deslicé la bolsa del hombro y saqué un termo de plástico. Después de quitarle la tapa se lo acerqué a los labios. Bebió unos sorbos y abrió los ojos.

—¡Trabajé para ella durante siete años!

—¿Para quién? ¡Maldita sea, Liu! ¿Para quién?

—Para la camarada Chiang Ching... Fui su traductora e intérprete personal desde la Revolución Cultural hasta la caída de la Banda de los Cuatro. Nadie me daría crédito.

—No. Me temo que no.

Di a Liu otro sorbo de agua. ¡Así que había sido colaboradora de Chiang Ching! No me extrañaba que tuviera dificultades para obtener el divorcio. Seguramente ése era el menor de los inconvenientes.

Una mosca se posó en su nariz y la ahuyenté.

—¡Fuera los insectos! —recité, recordando un poema de Mao—, ¡nuestra fuerza es irresistible!

A esto había llevado su Revolución: una mujer forzada a buscar sofismas, a arriesgarlo todo para defenderse de sí misma. Contradicciones, contradicciones... Mao advirtió que habría quienes enarbolaban la Bandera Roja para atacar la Bandera Roja. Ahora era al contrario. También aseguró que la Revolución no era un banquete. Sin duda tenía razón a este respecto. En cuanto a Liu, ella no llegaría nunca ni a la mesa del aperitivo.

Aunque dudaba que ella lo quisiera. Me maravillaba su dedicación, pero me angustiaba. O tal vez yo no podía dar el paso de servir al pueblo. Acaso estuviera corrompido hasta el fondo. No pude saberlo. Me encontraba de nuevo con la metáfora de las cajas chinas: abriendo una detrás de otra más pequeña y después otra menor, y así interminablemente. Ahora era yo quien cada vez estaba más metido en una caja pequeña, que iba disminuyendo, sin llegar a ver el final. Era como un estudiante asombrado, buscando minucias más allá de la potencia de su microscopio.

—¡Tienes que irte!

Asentí.

—Dame la mano..., por favor.

Se la di.

—Ten mucho cuidado, Moses. Yen es capaz de cualquier cosa. Aquel hombre que murió en la comuna... trabajaba conmigo.

Entré en el hotel Jin Jiang camuflado entre un grupo de turistas franceses. El perfume intenso de las mujeres me pareció fuera de lugar, casi obsceno en China. Me apretujé con ellos en el ascensor confiando en que nadie hiciera el menor comentario sobre aquel americano estrafalario que llevaba la cara sucia, llena de rasguños y la camisa hecha jirones. Se trataba de un riesgo calculado, lógicamente, pero había supuesto que el último lugar donde me buscarían las autoridades iba a ser en aquel reducto del turismo socialista.

También sabía que necesitaba una nueva identidad, algo con que disfrazar mi aspecto de occidental de clase media.

El ascensor se abrió en el tercer piso y salí, mientras los franceses continuaban hacia plantas superiores. Entonces pasé por delante del mostrador del conserje sin levantar la cabeza hasta que doblé una esquina al fondo del pasillo. Allí me detuve unos instantes para asegurarme de que no me seguía, y abrí la primera puerta. No estaba cerrada con llave, naturalmente. Era lo que esperaba, ya que todas las pertenencias estaban a salvo de intrusos en la China proletaria. Encima de la mesa había un magnetófono y una filmadora Beaulieu. Abrí el ropero. Dentro había cuatro o cinco trajes masculinos, oscuros y de corte europeo. Me probé una de las chaquetas y me miré al espejo. No me quedaba mal, pero como disfraz era inútil.

Cerré la puerta y me escabullí a la habitación contigua. Estaba ocupada por dos mujeres que, entre ambas, debían de haber comprado toda la colección de otoño de Christian Dior. Aquello no me servía.

Aguardé a que el conserje se marchara y me dirigí al otro extremo. La primera puerta estaba cerrada con llave. ¿Qué era aquello? ¿Una herejía? ¿Una falta de confianza? Sin embargo, la siguiente no lo estaba. Entré y cerré la puerta a mis espaldas. Primero tuve la impresión de que no la ocupaba nadie. No había ningún objeto personal a la vista y no parecía que alguien hubiera dormido en la cama. Al abrir el armario encontré justamente lo que necesitaba: ¡estaba lleno de extremo a extremo de *galibiyas* árabes! Saqué la primera del colgador y me la puse sobre mis ropas. Mi talla, hubiera asegurado. A continuación, vi un tocado rojo y negro, que me ajusté frente al espejo.

Sonreí. Tuve que reconocer que me gustó mi aspecto. Rememoraba a mis ancestros. Y supongo que disfrutaba de la ironía: Moses Wine, judíoamericano, con la vestimenta de la Organización para la Liberación de Palestina.

Me sometí a prueba con el conserje pasando por delante y saliendo airoso, con un educado *salaam*, camino del ascensor.

Tampoco el vestíbulo ofreció ninguna dificultad. Lo atravesé despacio haciendo un alto para contemplar las tarjetas postales en la oficina de correos del hotel. La mujer a cargo del mostrador tuvo la amabilidad de mostrarme varias vistas de la

refinería de petróleo de Taching, con las descripciones en árabe. Las rechacé y salí.

Caminé por Nanching Road en dirección al Salón de la Industria. Había pocas probabilidades de que el «elemento nocivo» repitiera su actuación para otro grupo de extranjeros, pero era el único hilo que tenía en aquella ciudad de diez millones de habitantes. De acuerdo con el plano, se podía ir a pie y eran casi cuatro kilómetros, pero podía aprovechar para reflexionar. Tenía mucho en qué pensar; todo lo que Liu me había revelado. No obstante, me resultaba difícil concentrarme. No dejaba de pensar en Liu, metida en aquel cuchitril, con la pierna que debía arderle tanto como el techo recalentado por el sol bajo el que se cobijaba. Tres veces tuve la tentación de volver en su busca, pero ¿con qué motivo? Para satisfacer mis necesidades, mi deseo irresistible de estar a su lado, aunque sus fines y los míos requerían el descubrimiento del «elemento nocivo» y la entrega de Yen y sus cómplices a la justicia.

«¿Y qué justicia? ¿Y para qué? No intriguéis ni conspiréis. Unidos y no separados. Sed francos y abiertos. No sigáis el ejemplo de la Banda de los Cuatro. Evitad el separatismo, el revisionismo, todos los ismos». Estos conceptos daban vueltas en mi cabeza. La idea de que Liu hubiera pasado siete años de su vida al lado de Chiang Ching me parecía increíble. Siete años con la esposa de Mao, la mujer que había intentado poner China patas arriba, para depurar la cultura revolucionaria mientras veía películas de Greta Garbo. Al menos no debió de aburrirse.

Antes de separarnos aquella mañana, me hubiera gustado hacerle algunas preguntas acerca de Chiang Ching, pero el ambiente no resultaba propicio a las confidencias. Y, sin embargo, mi curiosidad era enorme. Tal vez se tratara del detective que había en mí, incapaz de resistirme ante uno de los mayores delitos contemporáneos. ¿Era Chiang Ching culpable de sabotaje o no? ¿Era una idealista empeñada en cambiar la esencia del ser humano, o una propagandista astuta que había empleado su vida manipulando la ideología según sus conveniencias? ¿Una nueva emperatriz viuda, decidida a gobernar China política e intelectualmente? Me parecía una cuestión fascinante. Incluso en aquellos momentos, cuando caminaba con paso apresurado por Nanching Road, mi subconsciente no se apartaba del rostro de una fotografía que había visto en *Time* de la joven actriz entrando en la Base Roja de Yenán en 1937, casi tan hermosa como su ídolo, la Garbo. ¿Qué debieron de pensar aquellos hombres, célibes monacales en su reducto, al ver aparecer ante ellos a aquella belleza de Shanghai? No era extraño que su líder se olvidara de la doctrina y se uniera a aquella mujer. No era extraño que los demás se hubieran resistido y más tarde terminaran por hacer un culto de ella. No era extraño que en la chochez del dios éste hubiera impulsado su ascenso y después se hubiera echado hacia atrás. No era extraño..., no era extraño... «Chiang Ching es muy ambiciosa...».

El contraataque había sido vitriólico. Atroz.

¿O acaso se trataba sólo de un asunto de liberación de la mujer? ¿Quién sabe? Pero el pueblo chino tenía una predisposición peculiar a la muerte por extenuación durante el coito, y aunque yo carecía de experiencia directa, me constaba que no era

la mujer quien moría.

Doblé la esquina y divisé el Salón de la Industria. Estaba atiborrado, ya que había media docena de autocares aparcados cerca del patio de cemento. Un guía, provisto de un megáfono, daba instrucciones a un grupo de japoneses uniformados que caminaban en fila agitando banderitas blancas. Fui tras ellos, después de comprar una entrada de veinte fen en taquilla. Por un instante me sorprendió mi imagen en el cristal. Había olvidado mi camuflaje. «¡Por la tumba de Alá!», me dije, al tiempo que fingía una inclinación de cabeza y avanzaba hacia el pabellón. Sólo habían pasado cuatro días desde que estuve allí, pero me dieron la impresión de semanas. Apenas recordaba lo expuesto; todo parecía cambiado, reorganizado o modernizado.

Los japoneses descendieron por la escalera que finalizaba en la sala principal, ocupada por turbinas y generadores. Les seguí sin mucha presteza, por temor a tropezar con mi túnica. Unos estudiantes chinos me salieron al paso en la escalera y me miraron desde abajo, como si fuera un personaje de *Las mil y una noches* que hubiese perdido su camello camino del desierto. Mi mano temblaba debajo de la amplia bocamanga. Les hice una ligera inclinación de cabeza sin detenerme y llegué al pie de la escalera jadeando.

Ni el «elemento nocivo» ni cualquiera de sus compinches estaban por allí. Empezaba a sentirme ridículo. Si Yen era tan listo como pensaba, no repetiría la actuación y menos aún en el mismo sitio. Ni tampoco se serviría de las mismas personas. Lo más lógico era que pagase a aquel hijo de puta y después se librara de él. Y, por supuesto, a través de intermediarios. No conseguiría sonsacarle mucho. En aquella sociedad, cualquier cabo suelto te conducía a Mongolia.

Mi expresión de perplejidad debió de ser evidente, ya que una mujer con túnica gris se me acercó saliendo de detrás de una turbina y echándome una parrafada en un idioma extraño que no era chino. Al cabo de un segundo supe qué lenguaje era cuando un grupo de árabes, algunos de ellos con un tocado igual al mío, se asomó por detrás de la turbina. Les miré, y después a la esforzada guía, preguntándome dónde diablos habría aprendido árabe. A continuación, el pánico se apoderó de mí. Retrocedí, me di la vuelta y salí como un rayo.

Oí gritos y algo que me pareció una alarma empezó a sonar. No me atreví a volver la cabeza. Corrí por el vestíbulo y me detuve de golpe al llegar a la calle, haciendo lo posible por sonreír de forma inocente a los guardias. Luego, alcancé la explanada. Nadie me seguía. Apreté el paso con la intención de poner la mayor cantidad de cemento posible entre mí y el Salón, cuando un autobús se interpuso en mi camino. Sus ocupantes me saludaron con sonidos agudos y chillones, iguales a los emitidos por los protagonistas de *La batalla de Argel*. Más árabes.

Di la vuelta. Los palestinos estaban en la puerta con algunos chinos y me señalaban. Rodeé el autobús, esquivando un camión de basura, y entré en una callejuela, al otro lado de la calle, en la parte posterior de una escuela. Caminé un par de manzanas y me oculté en un portal para quitarme la ropa y echar la *galibiya* a un

incinerador. Segundos después, un palestino, acompañado por dos guardias de Seguridad Pública, pasaron de largo. Eran los primeros que veía con armas.

Bajé al sótano, y entonces me di cuenta de que temblaba de tal forma que tuve que sujetarme a la barandilla.

Me quedé allí hasta que cayó la noche, escondido detrás de una caldera y pensando en Liu. Horas antes habían llegado unos niños que jugaban al escondite, y tuve que introducirme con dificultad en un hueco para que no me vieran. Les oí reír y pensé en mis hijos. ¿Qué harían en aquel momento? Prepararse para ir a la escuela, si calculaba bien la diferencia horaria. Debían de estar comiendo los panqueques que preparaba Suzanne, mientras se quejaban porque había puesto demasiada lecitina o algún otro compuesto alimenticio en la masa. Me parecía otro mundo.

Cuando ya era oscuro volví a salir a la calle y me dirigí hacia el río. Tenía que fiarme de mi instinto. El plano había ido a parar al incinerador, junto con la *galibiya*. Los ciudadanos de Shanghai habían salido en masa y jugaban a las cartas y charlaban al igual que durante mi primera visita, pero esta vez sus ojos me dieron la impresión de estar llenos de recelo y sus comentarios fortuitos, cargados de amenazas. Me pregunté si se habría establecido la relación entre el falso árabe y el americano desaparecido. La Milicia del Pueblo estaría armada y dispuesta a defender el Estado por todos los medios.

Noté una mano sobre mi hombro.

—¿Cómo está usted? —preguntó alguien.

Me di la vuelta y vi a un joven de veintipocos años que me sonreía.

Una multitud nos rodeó. Los chinos siempre estaban dispuestos a observar sin el menor recato a un extranjero.

—Muy bien; estoy muy bien.

—¿Adónde va?

El muchacho pronunciaba las palabras de la forma que suelen hacerlo las personas que sólo conocen unas cincuenta palabras de un idioma. Tenía que darle una respuesta.

—Al Gran Mundo —contesté—, voy al Gran Mundo.

—¿Al Gran Mundo? —El chico negó con la cabeza y a continuación se echó a reír—. El Gran Mundo está cerrado.

Dio las explicaciones pertinentes a los demás. Algunos también rieron, pero muchos parecían molestos, incluso malhumorados.

—Ya sé que está cerrado; quiero verlo de todas formas.

—¿Quiere ver el Gran Mundo? —El muchacho me miró, y después dijo algo a los demás—. Nosotros le llevaremos.

Me hizo un ademán para que le siguiera y comenzamos a caminar. No habíamos dado veinte pasos, cuando me di cuenta de que no íbamos solos. La muchedumbre nos escoltaba y ni siquiera nos dejó al doblar la esquina. Estaba llevando a cabo una misión secreta con cinco docenas de observadores a mis espaldas. Era como seguir a

un sospechoso con un cencerro colgado del tobillo y una alarma que se disparaba cada vez que levantaba el pie. Hubiera querido darme la vuelta y ahuyentarles, convertirme en un diablo o algo parecido, pero sabía que era inútil.

Atravesamos un par de calles estrechas y después una amplia avenida mientras nuestros acompañantes iban aumentando. No debía de haber gran cosa que hacer por la noche en la República Popular de China. Yo daba la impresión de ser su principal fuente de diversión. Me hubiera reído a gusto, de no estar aterrorizado.

Dejamos atrás un gran mercado cubierto y salimos al otro lado de Nanching Road. Reconocí el edificio oscuro y con listones de madera.

—El Gran Mundo —dijo mi guía.

—Lo sé.

—Sitio no bueno.

—Ah, ¿no?

—Vieja sociedad. Muy mala. Juego. Malas mujeres. Todo muy malo.

—Comprendo... Bueno, hasta la vista. Gracias por la ayuda.

Saludé con la mano a la muchedumbre de chinos. No se movió.

Me encogí de hombros y crucé la calle esquivando la riada de bicicletas, para después detenerme en el bordillo y observar a mis acompañantes. Me sonreían y tuve la sensación de que querían protegerme. Sentí enormes deseos de ayudarles, de demostrarles mi solidaridad y emplear hasta el último cartucho para frustrar el último intento de querer pintar China como el monstruo de Asia ante la normalización de relaciones.

Me encontraba delante de la verja del Gran Mundo, a pocos metros de donde habíamos sido atacados por los «elementos nocivos». Extrañamente, el candado no estaba puesto. Abrí y entré en el patio del edificio.

De pronto, todo estaba en silencio. El tráfico de Nanching Road sonaba a muchos kilómetros, y mis sesenta compañeros se habían desvanecido.

Miré a mi alrededor. Todas las ventanas seguían condenadas con tablones de madera, y las puertas cerradas y repintadas, tal y como habían estado desde la Revolución Cultural.

Entonces vi una débil luz debajo de una puerta, al otro extremo del patio. Avancé en aquella dirección y mis pasos resonaron en el pavimento.

Me detuve y caminé sin hacer ruido a través del pórtico y hasta la puerta. Se percibían sonidos. Música. Di otro paso y escuché. Procedía de un tocadiscos, sí, pero la grabación raspeaba de tal forma que daba la impresión de que en vez de aguja lo hicieran funcionar con una lima de uñas. Aun así, la reconocí de inmediato. El gemido y el rasgueo de la guitarra me hizo retroceder veinte años. Era Elvis cantando *No seas cruel*.

Traté de abrir la puerta. Estaba cerrada, pero el pestillo era fácil de correr y abrí manteniéndome de espaldas contra el muro. Una escalera desvencijada conducía a un subterráneo, que debió de ser un club nocturno, a juzgar por el papel de las paredes y

las pantallas de las lámparas. Descendí y los escalones crujían a cada paso. Al fondo, la música que sonaba ahora era de algún grupo negro americano, del estilo de Los Flamingo o Los Charts.

Llegué al último escalón y a una antecámara decorada con pósters americanos. Una puerta entreabierta comunicaba con un pasillo. Al otro extremo distinguí una gran sala en forma de L, que era de donde provenía la música. Una pareja bailaba un simulacro de *twist*. Ella vestía una falda estampada y él unos pantalones con una franja de color en la costura. En un ángulo otras personas reían y jugaban a los dados, y junto a ellas, apoyado en una máquina de discos, se halla el «elemento nocivo», siguiendo el ritmo de la música con los pies. Me quedé pasmado ante aquel revuelo antirrevolucionario de la China de los años cincuenta, cuando un objeto punzante rozó mi costillar. Ya lo había notado en otras ocasiones, pero no lo suficiente como para saber el calibre.

—¡Qué suerte tenerle entre nosotros, señor Wine! —exclamó Yen—. Los detectives americanos siempre son bien venidos al Gran Mundo.

Y señaló un póster de Bogart en *El sueño eterno*.

—Me gustaría darle las gracias por la hospitalidad, Yen.

—Es usted un sentimental, señor Wine.

—¿Por hablar de hospitalidad?

—Por todo... La gente... China.

—Sí. Supongo que tiene usted razón.

—Olvida de dónde viene. América. El mejor país.

—A mí también me gusta, Yen. Tal vez de forma distinta a la suya, pero me gusta.

—No lo entiende. No es cuestión de gustos, sino de realidad. La verdad no es China. Es América. —Apretó la pistola contra mis costillas—. No sabe lo que es esto. Ninguno de ustedes. No saben lo que significa cada día lo mismo: saltar de la cama y trabajar día tras día igual, en el mismo sitio, como un esclavo, por el mito de servir al pueblo, que sólo existe porque lo dice un altavoz.

—¿De dónde ha sacado este amor por... América, Yen?

—Hace años, cuando llegó el primer hombre de negocios y me mostró fotografías de su país: Baltimore, Dallas, Las Vegas... ¡Está loco! ¡Abandonarlo por esto!

—¿Quién ha dicho que piense abandonarlo?

—Sé lo que quiere: lo mismo que todos los izquierdistas americanos. ¡Soñadores!

Me asió por el hombro y me aplastó contra la pared. Uno de sus amigos se me acercó con una navaja en la mano. Los bailarines de la esquina se habían detenido y me miraban al son de *Bep-Opa-Lula*.

—Tendrá que hacernos un favor.

—¿A ustedes?

—Sí. Su llegada no podía ser más oportuna, señor Wine. Uno de los miembros de su grupo nos trae una subvención.

—¿Quién es?

—Usted ya lo sabe. De todas formas, es una cantidad miserable: dos mil dólares, y se nos prometieron diez mil.

—Mala suerte.

El «elemento nocivo» me acercó más la navaja al cuello.

—¿Qué quiere de mí?

—Que me traiga el resto.

—Está bromeando.

—En absoluto, señor Wine.

—¿Por qué piensa que haré algo semejante?

Yen sonrió y se dio la vuelta para mostrarme una pistola calibre 45 que pendía de su cinturón. Se adelantó hacia la máquina de discos y acarició el armazón.

—Gene Vincent y los Blue Caps. ¿Le gustan?

—No está mal.

—Me encanta toda su música: Gene Vincent, Arthur Haley y los Comets, Buddy Holly...

—Hace dieciocho años que murió.

—Sí, en el Big Bopper. Usted creía que yo era un estúpido, ¿no es así? —Hizo un gesto al «elemento nocivo», que me dio un violento golpe de kung-fu en el plexo solar. Me doblé, sujetándome el estómago—. No lo soy, señor Wine. Cuando digo que tiene que hacerme un favor, sé que no podrá negarse.

Después de mirarme fijamente apartó un biombo de un puntapié. Detrás estaba Liu, inconsciente.

—¡Hijo de puta! —Me abalancé sobre Yen, derribándole contra la máquina de discos—. ¡La has asesinado!

Traté de hacerme con la pistola, pero el «elemento nocivo» y otro hombre lo evitaron, rozándome la garganta con la navaja y sujetándome las manos a la espalda.

—¡La has matado, asqueroso bastar...!

—No la he matado, señor Wine —contestó Yen, mientras se liberaba de mi asalto—. Hubiera sido insensato. Debería saberlo. —Cogió una jeringa de una mesita cercana—. Tengo entendido que fue un científico americano quien descubrió el pentotal.

Contemplé a Liu. La habían narcotizado. Debido a mi arrebató de ira no me había dado cuenta de que aún respiraba. Sentí un alivio inenarrable que pronto fue superado por el odio hacia Yen.

—Es usted un sentimental, señor Wine. Liu Jo-yun no lo es. Ella es una revolucionaria recalcitrante..., aunque incluso la señora Liu comete errores.

—Y usted es peor que la escoria.

—Puede ser que la muchacha ponga un celo excesivo. Primero el izquierdismo de Chiang Ching y ahora...

Soltó una carcajada.

—Puedes reírte lo que quieras, Yen. No he venido solo. El edificio está rodeado.

Afuera esperan cien hombres.

—Señor Wine, no intente trucos. He sido guía del Servicio de Viajes Internaciones durante catorce años. ¿No le parece que debo saber que los chinos siguen a los extranjeros por la calle? Es patético. —Se me acercó más—. Además, usted no sabe lo que ocurre aquí, debajo de lo que se ve a simple vista. Dentro de tres años China puede volver a ser capitalista. El dique de Shanghai alineado junto a los hoteles turísticos y tenderetes de Coca-Cola. Gentes como usted se sentirán traicionadas.

Sonrió de oreja a oreja. Hubiera querido hacerle picadillo, pero el «elemento nocivo» me tenía cogidos los brazos con una llave de judo.

—Señor Wine, es preciso que vea la situación con claridad. A cambio del dinero que nos debe el agente de su grupo, liberaremos a la señora Liu sana y salva.

—Fantástico.

—Y otra cosa.

—¿Qué es?

—El pato.

—¿El pato?

—Por supuesto, señor Wine. Estoy seguro de que no me creará tan ingenuo como para quedarme en China una vez haya concluido su misión. —Señaló a su gente—. Esta operación ha terminado..., y con el pato Han tendremos el futuro asegurado. Un objeto de tal belleza y siendo un ejemplar único, valdrá al menos cuatro millones de yuans para los anticuarios de Taiwán.

—Nunca hubiera imaginado que se tomara tantas molestias por unos cuantos podridos de los grandes, ni siquiera al cambio de un país del Tercer Mundo.

—Cierto, señor Wine.

—Pero no sé cómo espera que lo encuentre.

—¿Encontrarlo? ¡Oh, vamos! Después de haber compartido su intimidad con la señora Liu, no esperará que crea que ella no le confesó haber robado el pato... si es que usted no lo había descubierto ya.

—Sí, pero no me ha dicho dónde estaba.

Volví a mirar a Liu. No se había movido. Encima de la mesita, la jeringuilla estaba junto a un frasco de pentotal vacío.

—Supongo que no le ha costado mucho hacerla hablar.

—No.

—Entonces, ¿para qué me necesita?

—Porque lo tiene su tía.

—¡No sé cómo no lo encontraron! ¡Registraron nuestras habitaciones y los equipajes!

—Es lo que te estoy diciendo, *shmendrik*. Ella me lo dio después.

—¿Cuándo?

—Después de la cena. En el restaurante. Pensamos que estaría más seguro.

—¿Las dos?

—Sí, las dos.

Desvié la vista. Mi cerebro se había convertido en huevos revueltos y sentía una presión en las sienes que no desaparecía. Shanghai, Pekín...

Ya no sabía dónde estaba. Si era martes, debía de ser el Archipiélago Gulag.

Era el Primero de Mayo en agosto, y más de un millón de manifestantes que llenaban Tien An Men celebraban el Undécimo Congreso del Partido. A través de las ventanas del hotel se oía música marcial y se veían racimos de globos rojos que se perdían en el radiante cielo azul. Grandes efigies de cartón piedra de Chiang Ching, Wang Hung-wen, Chang Chun-chiao y Yao Wen-yuan eran expuestas a la multitud y objeto de escarnio público. La Banda de los Cuatro podía haber sido derrocada de un solo golpe, pero la batalla seguiría hasta el final.

—No tienes una gran opinión sobre mí, ¿verdad?

—No he dicho eso.

—¡Claro que no! ¡No has dicho nada!

—Eh, fue por ti por lo que ella robó el pato. Para que tuvieras que investigar.

—Muchas gracias.

—Escucha, ¿crees que te incluí en el viaje como premio por tu buena conducta? No has asistido a una sola reunión de la Sociedad de Amigos y te he enviado la invitación cada vez.

—De acuerdo, de acuerdo. Has acabado con mi paciencia. ¿Dónde está?

—Guardado bajo llave.

—Dámelo.

Empecé a registrar su equipaje.

—Aguarda un momento. ¡Despacito!

—La matarán, Sonya.

—La matarán de todas formas.

—Tal vez, pero tenemos una posibilidad.

Ella me miró.

—Moses, ¿por qué viniste?

—¿Qué?

—¿Por qué has venido?

—¿Qué quieres decir? ¡Estoy aquí porque Yen me subió a un avión de la CAAC,

en apariencia como viaje turístico, pero en realidad para que le entregara el pato!

—No me refiero a eso. Lo que quiero saber es por qué crees que te incluí en el viaje.

—¿Qué es todo esto? ¿Un cuestionario? —Vacíe su equipaje, pero el pato no apareció—. ¡Ya está bien! ¡O me dices dónde está el maldito pato o cometeré un crimen!

—No hasta que me digas lo que sabes.

—Sé que estamos en dificultades, ¡y ella más que nadie!

—¡No es eso lo que te he preguntado!

Eché un vistazo a la funda de la cámara fotográfica y miré a mi tía cara a cara. Por la ventana asomaba un enorme estandarte rojo colgado de la fachada del hotel Pekín.

—Sonya, no sé nada; lo único que tengo son suposiciones.

—Adelante con las suposiciones.

—Muy bien; a ver qué te parece... Desde que viniste a China por primera vez hace ocho años, has estado presumiendo de ser la única persona extranjera que mantenía correspondencia con una guía del Servicio de Viajes Chino.

—La única, no.

—Bien; si no la única, una de las pocas. No tiene importancia. Lo que sí es importante es de quién se trataba, y supongo que por aquel entonces debía de ser una joven e ilusionada intérprete de Chiang Ching, llamada Liu Jo-yun.

Sonya asintió.

—Tú y Liu os hicisteis amigas, amigas íntimas, según me decías, y en cierto momento Liu te dejó entrever en alguna carta que las cosas no eran precisamente una maravilla en el Servicio de Viajes, y que alguien lo utilizaba para sabotear las relaciones chinoamericanas, si bien dudo que acusara a Yen directamente. Y menos por correo, naturalmente.

—¿Cómo hubiera podido?

—Después supiste que se producirían entradas ilegales de dinero para el pago de los contrarrevolucionarios chinos. Por lo tanto, decidiste que tu sobrinito se ocupara del caso..., aunque no quisiste decírselo porque desconfiabas de él...

—Ideológicamente.

—Ideológicamente. Increíble, ¿no?

—No me lo parece.

—Claro.

—No se le dice a nadie más de lo que debe saber.

—¡Sonya, ya no estamos en los años treinta! ¡Nadie creó esa basura!

—Ah, ¿no?

—No.

—Era por tu propia seguridad.

—¡Oh, vamos!

—Bueno, pues ya ves lo que ha ocurrido.

—¿Qué ha ocurrido?

—¡Te has enamorado como un idiota de alguien a quien no volverás a ver!

—¡Oh, mierda! ¡Al menos no me he enamorado de un agente de la CIA!

—¿Qué?

—Staughton Grey.

—¡Moses! —Se sentó en la cama y me miró—. Yo... no sé qué tiene que ver...

—Conque no, ¿eh?

—¡No!

—¡Y yo pensaba que querías la verdad!

—Bueno...

—¿Sí o no?

—Yo...

Me observó con aprensión.

—¿Qué te parece esto? Escena retrospectiva... Año 1934...

—¡Oh, Dios mío!

—Vamos, Sonya. ¡Año 1934!

—Por favor...

—Escucha, Sonya; ahora lo sé. Una parte de la verdad. ¿La quieres o no?

Ella vaciló.

—De acuerdo. Año 1934. El Movimiento Cooperativista del Bronx. Se extiende como la pólvora por los cuatro puntos cardinales del barrio. Jóvenes idealistas, entre ellos Sonya Lieberman, están a punto de convertir el Bronx en una comuna.

—Moses, ¿qué es todo esto?

—Bien lo sabes. ¡He escuchado la historia en tus rodillas, en las de mi madre, mil veces! Año 1935. Otra historia que también solía oír. La misma Sonya Lieberman está enamorada de otro de los organizadores. Viven juntos, sin vínculo matrimonial, ya que son socialistas, pero es la verdad. ¡Rayos, truenos, amor para siempre! Año 1936...

—¡Moses!

—Déjame terminar. Año 1936... Algo extraño sucede. Un escándalo político. En el umbral del éxito, el Movimiento Cooperativista del Bronx resulta ser un frente comunista y lo desarticula la policía. Los jóvenes organizadores son detenidos, acusados de rojos, ridiculizados, pierden sus empleos... ¡La coña! Todos, excepto Sonya Lieberman y su amante. ¿Qué ha ocurrido? ¿Quién ha dado el soplo? ¿Un infiltrado entre ellos? Pero ¿quién? ¡Sonya Lieberman seguro que no, por los Altos de Sinaí! Pero su amante..., su amante... ¿Quién era su amante? ¡Ay, secreto de familia! Nunca lo supe. Mi madre jamás me lo reveló. Era una tragedia escondida en el cuarto trastero, como un tío demente o un primo que es propietario de un bar de alterne. Hasta que...

Sonya se había derrumbado, su rostro se había demacrado, y la espalda parecía

encorvada. Daba la sensación de que tuviera cien años.

Me senté a su lado y la abracé.

—Perdóname.

—No es nada.

—Pero todo esto no tenía sentido. No conseguía comprender por qué habías escogido este viaje en particular, ni cómo tú y Liu sabíais que alguien de este grupo llevaba dinero para Yen.

—Hasta que descubriste quién era Staughton.

Asentí.

—Nunca he podido desenmascararle, en todos estos años. Y seguía haciéndolo, espiándonos. Yo lo sabía. En el Movimiento por la Paz, en los Derechos Civiles, en todo. Veía su nombre en los periódicos. Pero... no podía obrar en contra suya.

—Porque le amabas, Sonya.

—¡No, no!

De pronto, se indignó.

—Sí.

—Yo estoy por encima del sentimentalismo burgués... —Su voz la abandonó de nuevo—. Sentimentalismo burgués...

—Sin él, todos estaríamos muertos, Sonya.

Ella bajó la cabeza.

—Lo sé.

—¿Dónde está él ahora?

—En su habitación. No ha salido de allí desde hace un par de días. Solo. Creo que sospecha algo, Moses. Max Freed le hizo un comentario sobre las cerillas del hotel Península. Ésta es la causa de que no le entregara a Yen todo el dinero. Pensó que podía necesitarlo para la huida.

—Tiene compinches en la oficina de enlace. Tal vez le ayudarán.

—¿Qué vas a hacer, Moses?

—Dame el pato.

—No irás a entregárselo a Yen, ¿verdad?

—¡Dámelo, Sonya! ¡Deja de jorobar! Lo que hubo entre tú y Staughton Grey pasó hace cuarenta años, pero Liu sólo tiene veintinueve.

—Dime qué piensas hacer.

—Entregarme.

—¿Qué?

—No veo por qué te preocupa tanto. Tú eres la que tiene fe en el tribunal popular. ¡Ahora, dame ese pato antes de que cambie de idea!

Sonya suspiró y se levantó. Se dirigió al armario y sacó del fondo una bolsa de plástico de Ohrbach.

—Siempre suelo llevar alguna; nunca se sabe cuándo puede ser útil.

Cogí la bolsa y la abrí. En el interior había una caja lacada, del tipo barato

comprado por los turistas, con un paisaje de la Gran Muralla en la tapa. Estaba claveteada y tuve que forzarla con la lima de uñas de Sonya. Al abrirla saltó un puñado de paja y debajo estaba el pato. No quería mirarlo, pero desprendía, algo de la magnificencia de la dinastía Han, de la artesanía milenaria que nosotros nunca conseguiríamos reproducir, que me dejó pasmado. Tuve que hacer verdaderos esfuerzos para volver a cerrar la caja.

Me la puse debajo del brazo y caminé hacia la puerta. Sonya me siguió.

—Ten cuidado —dijo.

—No olvides cerrar con llave.

Abrí la puerta, Al otro lado del pasillo estaba Staughton Grey.

—¿Qué diablos quiere?

—Pensé que querría hablar conmigo.

—Un poco tarde, ¿no le parece?

—Espero que no, Wine. Espero que no sea demasiado tarde para nadie. Ni para usted, ni para mí, ni para ella.

Eché un vistazo a Sonya. Estaba temblando.

—Apártese.

—No irá a denunciarme, ¿verdad?

—Puede ser...

—Me queda algún dinero. Tal vez... —introdujo la mano en el bolsillo.

—¡Debe de estar bromeando!

—¡Tendrá problemas, Wine! ¡No sabe cómo las gastan!

—Es asunto mío, ¿no cree?

—Su tía es ya mayor; ¡esto la mataría!

Volví a mirar a Sonya. Estaba llorando. Comprendí que nunca la había visto de aquella forma; nunca había observado la menor grieta en su aspecto duro y burlón.

—¡Es usted un asqueroso hijo de puta! Vuelve a utilizarla. ¡Quiere dar la impresión de que esta mujer le preocupa, pero yo estoy seguro de que nunca le ha importado nadie durante diez minutos en toda su miserable vida!

—No es cierto. —Se dirigió a Sonya—. ¡Díselo! ¡Dile que no es cierto!

Sonya sollozaba, cubriéndose el rostro con las manos.

—¿Por qué no la deja en paz? ¿No le ha hecho ya bastante daño?

Salí al corredor y empujé a Grey, al tiempo que cerraba la puerta a mis espaldas. Me dirigí al ascensor.

—Deje al menos que le explique —dijo, persiguiéndome—. Usted no lo entiende. Tenía que hacerlo. Era mi deber patriótico. Yo quería de verdad a Sonya, pero ella era una ingenua, ¿lo comprende? Una ingenua... ¡No se deje embaucar, Wine! Piense en el pacto Stalin-Hitler, en las purgas... en las traiciones. ¡Siempre acaban por traicionar!

Dejé que la puerta del ascensor se cerrara delante de sus narices.

Al llegar al vestíbulo aguardé unos momentos antes de salir, y después me moví

lo más rápido que pude sin dedicarles ni una mirada a los chicos del camarada Huang, que me dieron el alto al ver que me dirigía a la puerta.

Ya en la calle me deslicé entre dos autocares turísticos y empecé a correr hacia Tien An Men. La celebración estaba en su apogeo. No había visto tanta gente junta desde la marcha antibelicista sobre Washington, en el sesenta y siete. Al cabo de una manzana, era una masa tan apretada que tuve que abrirme paso como si fuera un jugador de *rugby*.

Me encontré en el centro de la manifestación con estandartes y banderas que ondeaban sobre mi cabeza. Una escuadrilla de reactores cruzó el espacio abriéndose en formación al pasar sobre la Ciudad Prohibida. Delante de mí una banda tocaba encima de una tarima provisional, detrás de un coro de mil voces que cantaban las alabanzas del Partido, del Congreso y del presidente Hua. Al otro lado, un grupo igualmente numeroso de atletas había construido una torre humana como imponente demostración de solidaridad. Me dirigí hacia allí, y las masas de chinos se apartaron para dejar paso al extranjero.

En pocos minutos llegué a los escalones del estrado y comencé a subirlos. Las personas que estaban al pie se inquietaron, y algunas se adelantaron para intentar detenerme. Un oficial de las fuerzas armadas me salió al paso, pero le aparté y subí corriendo. Entonces me puse delante del coro manteniendo el pato sobre mi cabeza y grité:

—¡Viva Chiang Ching! ¡Viva la Banda de los Cuatro! ¡Viva Chiang Ching! ¡Viva la Banda de los Cuatro!

Sabía que Nick Spitzler estaría encantado de tener la oportunidad de ver actuar al tribunal popular. Estaba sentado en la primera fila, disimulando una sonrisa, ajustándose los auriculares con ansiedad para poder seguir la traducción simultánea.

No muy lejos se encontraba Max Freed, también feliz, pues ya veía el gran titular en primera página. Estaba poniendo en marcha dos magnetófonos que reposaban en la silla de al lado. Junto a Max estaba Ruby, quien me había informado confidencialmente poco antes que se había puesto en contacto con algunos productores americanos para llevar a cabo una versión cinematográfica de nuestras aventuras.

En realidad, la mayoría del grupo estaba contento, aliviado de que fuera otro —yo, en este caso— quien se enfrentara a un juicio aquella tarde, en un salón del sótano del hotel Pekín. También se habían quitado un peso de encima al saber que habría un avión dispuesto a la mañana siguiente para llevarles a Camón, donde enlazarían con otro vuelo para Hong Kong por la tarde.

Lo cierto es que si no hubiera existido un interés verdadero por mi porvenir, la atmósfera hubiera sido de fiesta de despedida.

Sólo Staughton Grey no las tenía todas consigo. Ocupaba un asiento al fondo, con aspecto de abrigar malos presagios, que yo compartía, ya que durante los dos días transcurridos desde mi detención me había convencido de mi error tanto respecto a mí mismo y a Liu.

No sabía nada de ella. No tenía la menor idea de si los elementos subversivos la habían denunciado; ni siquiera me constaba que siguiera con vida.

Aparté los ojos de Staughton para mirar a Yen, esperando que su expresión me diera alguna pista sobre el paradero de Liu, pero no descubrí nada cuando él y el camarada Huang observaron complacidos el auditorio antes de ocupar sus asientos.

Además de nuestro grupo, había varios chinos entre la concurrencia, algunos del Servicio de Viajes y otros cuyo trabajo estaba relacionado con el turismo: camareros, doncellas, conserjes, ascensoristas, conductores de autocar, etc. Era el estilo chino: invitar a los directamente afectados por un juicio, para que pudieran hacer observaciones sobre la culpabilidad o inocencia del acusado e incluso recomendar una sentencia, si deseaban hacerlo.

Me había pasado la tarde anterior aprendiendo lo que pude sobre el tribunal popular. Los procedimientos eran inquisitoriales; no adversos como los nuestros. Se llevaban a cabo dos tipos de juicios, unos por «contradicciones entre el pueblo» y otros por «contradicciones entre el pueblo y el enemigo». Los primeros eran asuntos domésticos, informales, que se solventaban con pedagogía de grupo, críticas y autocríticas. Los delitos menores eran asunto de la comunidad. Las penas eran leves y se alentaba la rehabilitación y no el castigo.

Las contradicciones entre el pueblo y el enemigo eran otro asunto. Se referían a fuerzas resistentes y al sabotaje de la Revolución, y se juzgaban con severidad. Se llevaba a cabo una investigación exhaustiva y el Estado convocaba un tribunal de tres miembros. Las sentencias eran vagas, imprevisibles, y las consecuencias, siniestras.

No tuve necesidad de ver el tribunal para saber que yo estaba en la segunda categoría. Sin embargo, cuando tomaron asiento dos de los miembros, les reconocí: el camarada Tseng, del Servicio de Viajes, y el camarada Huang, de Seguridad Pública. El tercero fue presentado como la señora Gwo, lavaplatos del hotel. Ella actuaría como juez.

Otro representante de Seguridad Pública leyó una lista de acusaciones contra mí: salida no autorizada del hotel Pekín en cuatro ocasiones; viaje furtivo de Pekín a Shanghai; robo de un objeto de la dinastía Han exhibido en el Museo de Palacio; y otras actividades de naturaleza contrarrevolucionaria. Esto último, supuse, era un eufemismo por haberme presentado ante un millón de personas y gritar: «¡Viva la Banda de los Cuatro!», delito castigado con setenta y cinco años de transporte de estiércol desde Manchuria hasta el Tíbet.

A juzgar por la reacción del público cuando se leían los cargos, había subestimado el castigo. Un grupo de trabajadores, situado en la parte posterior de la sala, imprecó contra mí y me amenazó con el puño. La mujer sentada a mis espaldas me dijo algo al oído, mientras se agarraba con fuerza al brazo del sillón y me obligaba a sujetarme al otro sillón en busca de apoyo. Su vecino me agarró de la manga sacudiéndola una y otra vez.

—¿Tiene usted algo que alegar?

Sabía la pregunta que me estaba haciendo la señora Gwo, antes de que la traducción simultánea sonara en mi oído.

—Por ahora, no —respondí.

—¿Desea que un ciudadano chino le asista en la defensa?

—Mejor que no.

—¿Desea hacer una autocrítica?

—No.

Al intérprete no le costó demasiado trabajo traducir la respuesta a la señora Gwo.

—Por lo tanto, no niega su salida sin autorización del hotel Pekín, el viaje de Pekín a Shanghai, el robo de un pato de la dinastía Han y otras actividades contrarrevolucionarias.

—No niego las salidas ni el viaje furtivo, pero no sustraje el pato Han; al *menos*, no realmente, y si mis «actividades contrarrevolucionarias» se refieren a mi conducta durante la celebración del Undécimo Congreso del Partido, mi único propósito era atraer la máxima atención posible sobre el caso.

—¿Atraer atención sobre su caso?

—Sí, a fin de provocar un juicio público y rápido.

Se produjeron murmullos en la sala. Vi que Sonya me observaba con

preocupación.

—Y para evitar el asesinato de Liu Jo-yun, del Servicio de Viajes Internacional de China.

En aquel momento oí gritos de asombro colectivo. Miré a Yen, que no aparentaba sentir la menor impresión. El camarada Huang tenía el semblante severo y abrió un maletín del que sacó un expediente que depositó encima de la mesa. Le oí preguntar algo en chino.

—¿Quién iba a asesinar a Liu Jo-yun? —preguntó el traductor.

—Tal vez ya esté muerta.

—¿A manos de quién?

—De quienes trabajan para el camarada Yen Shih. Él debería ser juzgado, no yo. Más gritos de asombro.

—El camarada Yen hace cinco años que es miembro del comité revolucionario del Servicio de Transportes Internacionales de China.

—¿Y qué?

—El camarada Yen es un viejo amigo de la Revolución China. Su padre participó en la Larga Marcha, al lado de nuestro glorioso líder, el presidente Mao.

—¿No fue Lenin quien dijo que la dialéctica de la historia era tal, que la victoria teórica del marxismo obligaba a sus enemigos a disfrazarse de marxistas?

Huang se puso furioso.

—No tome a broma a este tribunal, señor Wine. ¡En este país sabemos mucho de agentes extranjeros que se familiarizan con la retórica demuestra sociedad para combatirla!

—¿Piensan que soy un agente extranjero?

—¿Qué otra cosa puede explicar su conducta irracional? —Abrió el expediente—. El camarada Yen ha tenido la amabilidad de proporcionar estas fotografías de usted espiando a los ciudadanos de la República Popular de China.

Me mostró una en la que yo miraba a través de una reja en la isla de Shamien. Al fondo aparecía la imagen borrosa de Natalie Levine.

—Eso no es espiar. Era una guardería.

Levantó otra en la que estaba inclinado sobre un cuerpo que reconocí como Ana Tzu.

—¿Qué se supone que significa?

—Una hora después esta mujer ingresó en el hospital de Cantón y permaneció allí durante tres días, sin que los médicos pudieran dar un diagnóstico.

—Porque estaba fingiendo. Quería quedarse en Cantón para visitar a sus parientes. ¿No es así, Ana?

Ella desvió rápidamente la vista y se cubrió la cara.

Huang sacó otra fotografía. Yo me deslizaba por una pared de Wang Fu Ching. Vi que el público la contemplaba con interés. A continuación la cambió por otra. Estaba mal iluminada, pero se me distinguía entre una montaña de espuma jabonosa.

—Seguro que reconoce la casa de baños Radiante y Florido, de Pekín, señor Wine —dijo Huang.

Me miró con una expresión que sin duda rayaba en la amenaza.

Comencé a sudar. ¡Así que Yen lo había preparado desde el principio! Él, o uno de sus compinches, había hecho la llamada telefónica que me había enviado a la casa de baños. La intención era desacreditarme por anticipado, antes de que pudiera serle de utilidad a Liu. Y, según parecía, había tenido éxito. Miré a Yen, que sonreía con satisfacción, al tiempo que decía unas palabras a Huang que el intérprete no se molestó en traducirme.

—Conocemos la existencia de un cheque que recibió del señor Arthur Lemon, de Newport Beach, California, señor Wine. ¿Está dispuesto a confesar sus delitos y a hacer la autocrítica?

—No.

Huang golpeó la mesa con el puño.

—Señor Wine: está usted malogrando la buena disposición de este tribunal hacia un acusado extranjero.

Uno de los obreros dio un salto y gritó algo al tribunal.

—El camarada Wu, de mantenimiento del hotel —decía la traducción—, desea expresar su repulsa por la muerte de su hermano, un arrocero, que pereció durante el bombardeo americano en territorio chino durante la guerra de Liberación de Vietnam.

Se levantó una mujer.

—La camarada Chiu, médico rural, desea protestar por el apoyo americano a los gángsters del Kuomintang, de Taiwan, que explotan al pueblo desde hace tantos años.

Se puso en pie una anciana.

—La camarada Li, barrendera jubilada, desea manifestar su condena por la muerte de su madre, Ch-en-Ming-hsien, obrera textil de una fábrica de propiedad americana que murió, con la tercera parte de la plantilla de operarios, a causa de inhalaciones tóxicas.

Otras dos personas se incorporaron.

—¡Diga a estas personas que yo también deploro ese tipo de cosas! —grité al traductor—. Y que me avergüenzo en nombre de mi país... ¡Pero no soy culpable de esos crímenes!

El auditorio empezó a patear. Huang golpeó de nuevo con el puño.

—¿Ha cambiado de opinión, señor Wine?

—¿Dónde está Liu Jo-yun?

—No es asunto de su incumbencia.

—He solicitado saber el paradero de Liu Jo-yun.

—Ha ido a visitar a su marido, a la provincia de Yunnan.

Yen respondió a mi pregunta directamente en inglés. Por la mueca de su rostro, comprendí que mentía.

—Señor Wine, si no tiene nada que alegar en su defensa, el tribunal pasará a

deliberar.

Lentamente, me levanté y miré a mi alrededor, primero al público chino y después a mis compañeros de viaje. Parecían confusos, recelosos. ¿Tendrían alguna validez las acusaciones? Al fin y al cabo, yo era un detective privado. Acaso el Gobierno me hubiera contratado. Tenía sentido, ¿no? ¡Qué inverosímil que estuviera en aquel viaje, para empezar! Algunos de ellos evitaron mi mirada. Me dirigí al tribunal.

—En primer lugar, me gustaría decir que vine como amigo de China y que me mantendré, a pesar de todo, amigo de China.

—Esto es mentira —rebatíó Huang—. Usted no es amigo de China.

—¿Cómo sabe lo que siento?

—He visto lo que ha hecho. Y es...

—Deje que hable —le interrumpió otra voz.

Era el camarada Tseng. Incliné la cabeza y proseguí:

—La mayoría de lo que he visto aquí me ha impresionado: los niños, el espíritu de la gente, el orgullo comunitario incluso en las ciudades. Otras cosas, como la lucha contra la Banda de los Cuatro, son asuntos internos que no comprendo, y otras, como las limitaciones del individuo, admito que me molestan. Pero, tal y como acabo de decir, siento simpatía por el pueblo chino y continuaré sintiéndola, sea cual sea la decisión de este tribunal.

Hice una pausa con la intención de que el público me observara y tratara de discernir si era honesto, u otro diablo extranjero que intentaba embaucarle.

—Muchas fuerzas dividen el mundo. Y además existen las fuerzas dentro de las fuerzas que nos dividen de nosotros y de los demás. Irán está en guerra con Irak, Israel con Siria, Etiopía con Somalia, China con la Unión Soviética, la Unión Soviética con Estados Unidos y así sucesivamente. Dentro de estos países hay situaciones que son un reflejo del exterior. Aquí, en China, han tenido once confrontaciones entre ambos bandos. En la Unión Soviética, una parte apoya a Lenin y Stalin y la otra a Jruschov y a Brezhnev. En Estados Unidos también tenemos nuestros debates, como el originado en los años sesenta, cuando la mayoría de nosotros pensaba que nuestro país se había embarcado en una guerra imperialista.

»Dos naciones crecieron dentro del país. Una apoyaba la paz, la justicia para las minorías y una mayor igualdad económica. La otra era partidaria de la dominación del mundo, la elevación del *status* social y el crecimiento económico a cualquier precio. Mucha gente fuera del país malinterpretó nuestra postura, como sin duda nosotros no hemos comprendido bien la de ustedes. Requiere un gran esfuerzo para un individuo entender a otro, y para que una cultura entienda a otra, la dificultad se multiplica. Ustedes, por ejemplo, se formaron una idea equivocada del escándalo Watergate y del odio de los americanos progresistas hacia el presidente Richard Nixon. También, en su impaciencia para que defendamos al mundo de los rusos, deben de considerar que un país que ha iniciado una guerra a diez mil millas de sus

playas, tiene que emplear tiempo para digerir la futilidad de tal empresa. Los americanos siguen sin comprender a China. De alguna forma hemos creado el mito de que un pueblo, al otro lado del mundo, que ni siquiera tiene un soldado en territorio extranjero, amenaza nuestra seguridad.

De repente, todo el mundo guardaba silencio. Los miembros del tribunal habían cerrado los expedientes y me observaban con interés.

—Por lo tanto, la confusión engendra confusión, y comunicarnos entre nosotros es tan engañoso ante este tribunal popular como lo sería en lo que en América llamamos «tribunal de opinión pública». Comprendernos costaría mucha paciencia y la dosis de ingenuidad que ninguno de nosotros tiene. Éste es el motivo por el que Liu Jo-yun tuvo que robar un pato, que no pretendía quedarse, para hacerme, comprender su sociedad. Y por eso tuve que adoptar una actitud hacia la Banda de los Cuatro que no es real, a fin de que se vieran obligados a comprender la mía.

Silencio. Los miembros del tribunal se miraron unos a otros.

—¿Asegura que fue Liu Jo-yun quien sustrajo el pato? —preguntó el camarada Tseng.

—Sí.

—¿Por qué? —intervino Huang.

—Para evitar que el Viaje *Amistoso* de Estudios Número Cinco abandonara China, y poder desenmascarar a Yen Shish.

—¿De qué? ¡Él no ha hecho nada!

Huang me mostró el puño cerrado. Se produjo un revuelo en la sala y alguien gritó al fondo.

—¡Ha dirigido usted acusaciones sin pruebas contra el camarada Yen, señor Wine! —dijo Tseng.

—Lo sé.

—¿Se da cuenta de que estas acusaciones empeoran su situación en lugar de mejorarla?

—Me hago cargo. Y no las hubiera formulado de no ser por la detallada explicación que sobre las actividades del camarada Yen me dio el señor Staughton Grey. —Miré a Grey, que se incorporó de golpe en la silla. Continué de inmediato, para no darle tiempo a protestar—. El señor Grey estaba en situación inmejorable para saberlo, ya que al principio era un cómplice del señor Yen.

Los miembros del tribunal estaban atónitos. Tseng miró a Yen, que sonrió y le dijo algo en chino. Después Yen desvió la vista hacia Grey.

—¿Era usted cómplice mío, señor Grey?

—Sí, lo fue —dije yo—, antes de que comprendiera el espíritu de China y llegara a la conclusión de que no debía intervenir en los asuntos internos del país.

—Se lo he preguntado al señor Grey —insistió Yen.

—Me lo dijo el día que volví a Pekín...

—¡Se lo he preguntado a él! —repitió Yen.

—Y yo le estoy explicando lo que él me dijo. Que quería hacer una autocrítica, que había visto muchas cosas en China que le gustaban...

—¿Es eso cierto, señor Grey? —inquirió Tseng.

—Por supuesto que podrían creer que lo hace para salvar el pellejo —proseguí, mirando intensamente a Grey—, pues no querría que miembros de este grupo pudieran revelar a los chinos que era un agente de la CIA, portador de ayuda económica para una red clandestina de contrarrevolucionarios. O que, si lo sabían, al menos se dieran cuenta de que había cambiado de bando; un cambio de bando genuino, para que le permitieran volver a su país a fin de trabajar por la amistad chinoamericana dentro de la misma organización, derrotando a los reaccionarios que aún se oponen a la mejora de relaciones entre nuestros países. Por este motivo, el señor Grey quería hacer la autocrítica. ¿No es así, señor Grey?

Esperé conteniendo el aliento y confiando en que Grey tomara la decisión apropiada. Podía adivinar algunos de sus pensamientos... Si podía contar con la ayuda de sus compinches de la oficina de enlace... Si Sonya testificaría en su contra. Si ella gozaba de la suficiente credibilidad entre los chinos. Vi que Sonya le observaba y le temblaban las manos.

Grey se puso en pie.

—Es cierto —dijo—, quería hacer la autocrítica.

Yen se levantó de un salto, gritando algunas palabras en chino, pero Grey le ignoró. Se dirigió a Sonya:

—Hay muchas cosas en mi vida de las que debo arrepentirme. En realidad, toda mi existencia ha sido un tremendo error..., pero la mayoría de estas equivocaciones no guardan relación con el objeto de este juicio, crearían confusión en las personas aquí presentes y parecen muy lejanas. —Se dio la vuelta para mirar al tribunal—. Les aseguro que todo cuanto ha dicho el señor Wine es cierto, que Yen Shih es un agente al servicio de Taiwan y que imagino que la camarada Liu Jo-yun está en graves dificultades. Como prueba de ello, les citaré los nombres de varias personas cómplices de Yen Shih en Shanghai y Taipei, miembros de un grupo clandestino del servicio secreto del Gobierno de Taiwan: Wang Ching-chu, Wu Hsi-lien, Fang Tzu-yang, Hsu Mu-hua...

—¿Seiscientos treinta y ocho dólares? Friederich, nunca hubiera imaginado que una transmisión fuera tan cara.

—Uno aprende muchas cosas nuevas cuando compra un Porsche, señor Wine.

—Desde luego. La semana pasada me enteré de que un estárter costaba trescientos veintiocho dólares, y dos semanas antes que un sincronizador de cerraduras Servo vale cuatrocientos treinta y dos. Tiene usted un taller de lujo, Friederich.

Se encogió de hombros.

—Es muy selecto, señor Wine.

Asentí y salté al asiento del Messerschmitt.

—Voy a venderlo —dije a Simon, que había esparcido las piezas de Lego sobre la tapicería del coche.

No pareció gustarle la idea:

—¡Oh, no! ¡Papá!

—¡Papá! —exclamó Jacob, apartando los ojos de un ejemplar de Oliver Twist—. Ya no tienes ganas de diversión. Desde que volviste de China estás decaído.

Enfilé La Ciénaga Boulevard.

—Es una opinión.

—Tía Sonya dice que la gente tiene un brillo extraño cuando regresa de China.

—¿Brillo? El único brillo que he visto en ella es al despedirse de su novio que zarpaba para Sudamérica.

—¿Tía Sonya tiene novio? —preguntó Simon.

—Tuvo uno, ¿recuerdas? Te lo dije... Hace cuarenta años. Nunca funcionó.

—¿Y él está en Sudamérica?

—En Sudamérica. En alguna parte. Fue a China, pero no quiso volver aquí.

Simon parecía no entenderlo. Giré por Sunset y tomé Laurel, en dirección a las colinas.

—¡Más de prisa!

—¿Quieres que me pongan una multa? ¡Te he anunciado que pienso vender este chisme!

—Ya sé por qué estás tan deprimido —aseguró Jacob.

—¿Por qué?

—Porque tienes una amiga.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué te hace pensar eso?

—Oh, no sé.

—Vamos, deja esa timidez. Adelante.

—Lo he oído.

—¿A quién?

—A mamá.

Tenía una sonrisa avergonzada.

—¿Qué te ha contado?

—Nada..., hasta que la obligué.

—¿Y cómo lo hiciste?

—La amenacé con decirte lo de Sydney.

—¿Quién es Sydney?

—No te lo diré hasta que me hables de tu chica.

—No tengo chica.

Nos paramos en el semáforo rojo en Canyon Store. Jacob me miró. Su rostro denotaba complicidad. Los niños amables se comportan así cuando los papeles de padre e hijo se invierten.

—No pasa nada, papá.

Asentí.

—¿Era la mujer que tuvo problemas? ¿La que quería denunciar al camarada Yen?

—Basta ya con el camarada Yen —dijo Simon.

Ya le había explicado la historia tres veces.

—Temías que ella muriera, ¿no? ¿O acaso que fuera a la cárcel?

Asentí de nuevo.

—¿Se llamaba Loo Joe John o algo parecido?

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—Mamá quería darte esto.

Jacob me mostró una postal.

—¿Cómo es que ha llegado a vuestra casa?

—Supongo que tenían tu antiguo domicilio.

—Claro.

Le cogí la tarjeta. En el anverso ostentaba la fotografía de una bandera roja ondeando sobre un arrozal. El semáforo cambió al verde, pero no me moví. Di la vuelta a la postal y leí:

«Estimado señor Moses Wine,

El camarada Hu, del Servicio de Viajes Internacionales de China, me ha informado de la resolución de su caso. Son buenas noticias, ¿verdad? Puede que le interese saber que estoy en la Escuela de Cuadros de la Cosecha de Otoño del Siete de Mayo, en la región de Sinkiang, cerca de la frontera con Rusia, donde estoy estudiando intensamente el quinto volumen de las obras del presidente Mao Tse-tung, a fin de combatir mi naturaleza individualista y continuar la lucha contra la Banda de los Cuatro. Dentro de algún tiempo, según me han informado, volveré al Servicio de Viajes como guía. Confío en que también usted pueda regresar a China algún día como Persona Responsable.

Amistosamente, Liu Jo-yun»

Nacido el 22 de noviembre de 1943 en Nueva York, Roger L. Simon estudió en el Dartmouth College y se especializó en Literatura Dramática en Yale. Antes de internarse en el género policíaco, escribió guiones para la pantalla y cuatro novelas previas (entre las que destacamos *Heir* y *The Mama Tass Manifesto*).

Su primera novela negra, donde creaba al personaje de Moses Wine, fue *La gran maquinación* (*The Big Fix*, 1973), que ganó el Premio Especial de la Mystery Writers of America y el Premio John Creasey Memorial para la Mejor Primera Novela Policiaca, que concede la Asociación de los Crime Writers de Gran Bretaña.

En 1977, Roger Simon visitó China, y de aquella visita nació dos años después la presente novela, *El pato de Pekín* (*Peking Duck*, 1979).

Previamente había recreado por segunda vez al inefable Moses Wine en *Wild Turkey* (1974).

Otras novelas del mismo personaje son *California Roll* (1985) y *The Straight Man* (*Caída de un cómico*, 1986).

COLECCIÓN MOSES WINE

1. *The Bif Fix*, 1973 (*La gran maquinación*)
2. *Wild Turkey*, 1974 (*Trapos sucios*)
3. *Peking Duck*, 1979 (*El pato de Pekín*)
4. *California Roll*, 1985 (*California Roll*)
5. *The Straight Man*, 1986 (*La caída de un cómico*)
6. *Raising the Dead*, 1987 (*El mesías de Los Ángeles*)
7. *Dead Meet*, 1988
8. *The Lost Coast*, 2000



ROGER L. SIMON (22-11-1943, New York, EE.UU.). Roger Lichtenberg Simon nació en Nueva York (EEUU) en 1943. Se graduó en el Dartmouth College en Inglés en 1964 y obtuvo un máster en escritura de guiones en la Yale School of Drama en 1967. Se trasladó a Los Ángeles y publicó su primera novela en 1968 y la primera de Moses Wine en 1973. La realización del guión de la película le abrió las puertas de Hollywood en 1978. Viajó por Cuba, China (en 1977) y la Unión Soviética, que acabó odiando. Fue autor de los guiones de *Enemigos*, *A Love Story* en 1989, *Escenas en una galería* en 1991 y *Dueto en Praga* que también dirigió, en 1998.

Ha sido presidente de la Costa Oeste de PEN y vicepresidente de la International Association of Crime Writers.

Su pensamiento político sufrió una profunda transformación tras el 11-S convirtiéndose a partir de ese momento en un neoconservador. Cree que este hecho ha provocado su inclusión en la lista negra del Hollywood actual.

Bloguero desde 2003, es director de Pajamas Media, una web donde vuelca sus opiniones y de Pajamas TV, una televisión por internet.

Ha estado casado tres veces, actualmente con la guionista Sheryl Longin.

Notas

[1] Formato de video analógico de SONY muy popular en su día, hoy en desuso. (*N. del E. D.*) <<

[2] Asociación política progresista de estudiantes norteamericanos de los años setenta, cuyas siglas significan: Students for Democratic Society (Estudiantes por una Sociedad Democrática). (*N. del T.*) <<

[3] Plato típico de la cocina mexicana, que consiste en un pastel de harina de maíz, relleno de carne y verduras, cubierto de queso y gratinado al horno. (*N. del T.*) <<

[4] Ensalada de la cocina libanesa, a base de sémola de trigo. (*N. del T.*) <<

[5] Primera película de los Hermanos Marx (1929). (*N. del T.*) <<

[6] Juego de palabras con la fonética del nombre Reed y el adjetivo *red* (rojo). (N. del T.) <<

[7] Idioma hablado en el norte y centro de Etiopía. (*N. del E. D.*) <<